LA LLAVE DE QUIMERA



JUAN CARLOS TORAL

LA LLAVE DE QUIMERA

© 2026, Juan Carlos Toral Dueñas

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del titular del copyright, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Título original: La llave de Quimera

Escrito por: Juan Carlos Toral Dueñas

Madrid, 2026

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, sucesos o lugares es pura coincidencia.

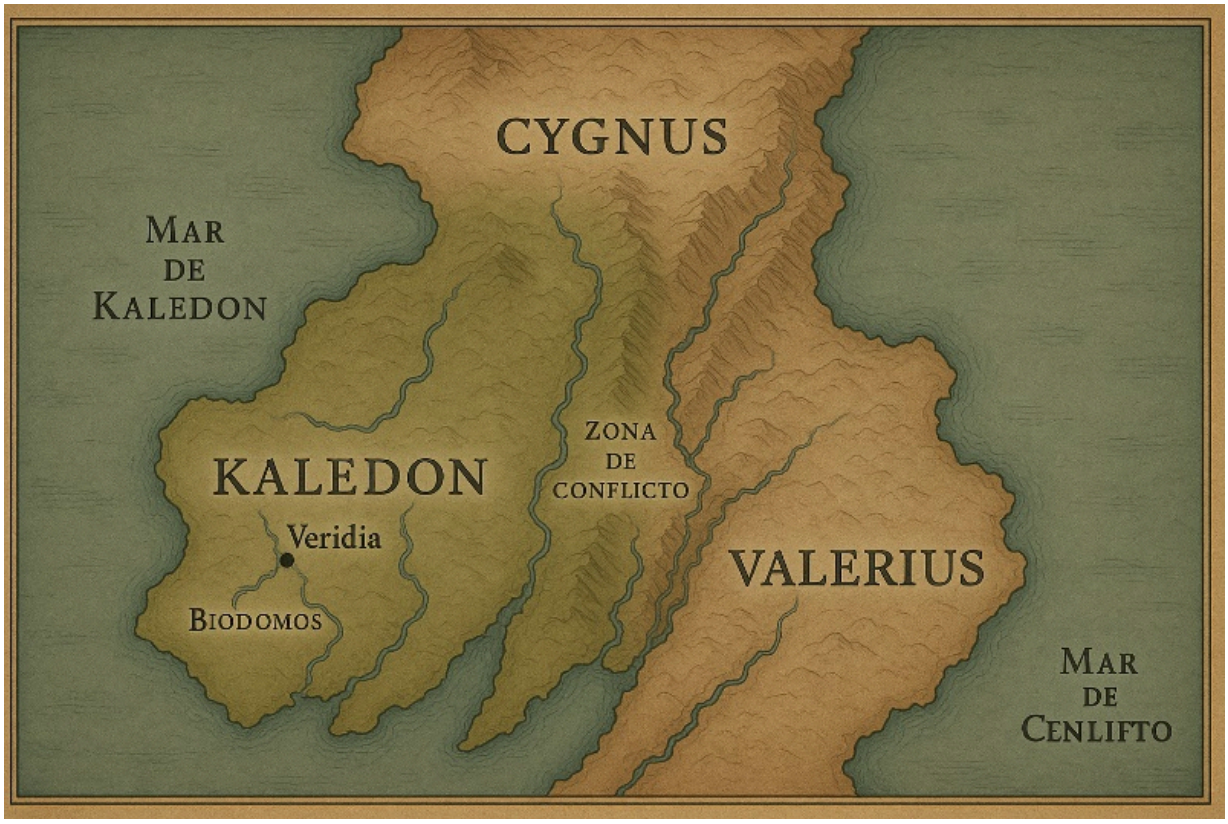
A mi hija Lucía,

La luz de mis mañanas.

A Isabel,

Simplemente, para ti.

KALEDON Y LAS REPÚBLICAS VECINAS



ANTERIORMENTE EN: LA FIRMA DEL CISNE

La República de Kaledon, un bastión de orden y tecnología, sucumbió bajo el peso de su propia ambición. Lo que comenzó como un brillante avance en inteligencia artificial terminó en un apagón que sumió a la nación en la oscuridad absoluta.

Durante la fatídica semana del Gran Ciberataque, el sistema Oráculo fue vulnerado, dejando a las ciudades a merced del caos. En el frente de batalla, la unidad de élite Halcón-7 fue atraída a una trampa mortal en el Sector Gamma-4. Entre el fuego y el acero, David Reyes desapareció en combate, dejando una herida abierta en su familia y en su compañera, Mía.

En Veridia, mientras los hospitales operaban sin luz y las calles se convertían en campos de batalla, Elena y Leo lucharon una guerra personal por la supervivencia. En medio de esa noche eterna, nació Mateo, una promesa de vida en un mundo que parecía destinado a desaparecer. Sin embargo, la mayor herida no vino del enemigo externo, sino de la traición: Taryn Ellis, la estratega en quien todos

confiaban, se reveló como la mano que movía los hilos del desastre antes de desaparecer hacia las filas de Valerius.

El primer libro terminó con un país roto, un héroe perdido y un secreto biotecnológico —el proyecto Quimera— latiendo en las sombras.

PRÓLOGO

Sector Gamma-4, Zona Fronteriza Valeriana

Año 2038 (Días después de la emboscada a Halcón-7)

El viento helado de la montaña aullaba entre las rocas calcinadas, un lamento fúnebre sobre los restos de la batalla. Kael se movió entre los escombros con la eficiencia desapasionada de un carroñero tecnológico. Su visor de espectro completo pintaba el paisaje desolado en tonos fríos de azul y verde, resaltando los cadáveres y los fragmentos metálicos de los drones Cazador Kaledonianos. La misión era simple: limpieza. Recuperar cualquier tecnología sensible, borrar cualquier rastro de la presencia de Nyx y confirmar las bajas enemigas.

Pasó junto a los cuerpos de dos soldados de Kaledon, sus rostros congelados en una mueca de desafío final. Los marcó en su mapa táctico. Bajas confirmadas. Siguió el rastro de la batalla, analizando las cicatrices de plasma en la roca, las huellas de botas desesperadas. El informe preliminar hablaba de dos supervivientes que habían escapado de la emboscada inicial. Una mujer y un hombre.

Encontró las huellas de la mujer. Se alejaban hacia el sur, hacia las crestas más altas. Un cabo suelto, pero secundario. El objetivo principal era el otro. El especialista.

Lo encontró al borde de un pequeño acantilado, medio oculto por un saliente rocoso. A primera vista, parecía uno más de los caídos. Su uniforme estaba hecho jirones, el pecho marcado por un impacto de energía que había derretido el blindaje compuesto. Pero algo en la postura, en la ausencia de la rigidez final, hizo que Kael se detuviera. Se arrodilló, el crujido de la grava sonando anormalmente

fuerte en el silencio. Apartó un trozo de metal retorcido y colocó dos dedos enguantados en el cuello del soldado.

Un pulso. Débil, errático, pero inconfundible.

—Comando, aquí Kael —dijo en voz baja, su voz filtrada por el comunicador cuántico, un susurro encriptado que viajaría instantáneamente a través de las montañas hasta su supervisora—. Tenemos un activo de interés. Especialista David Reyes. Estado crítico, pero con constantes vitales. Repito, el objetivo está vivo.

La respuesta tardó apenas un segundo en llegar, fría y precisa como el filo de un bisturí.

—Activo valioso. Asegúrenlo. Su estatus oficial para Kaledon es Desaparecido en Acción, presuntamente muerto. Nadie debe saber que sobrevivió. Procedan a la extracción silenciosa.

—Entendido, Comando.

Kael hizo una seña a su compañero, Ryker, que se acercó con un kit de estabilización médica. Mientras Ryker aplicaba un parche de estasis de campo —una maravilla tecnológica de Cygnus que ralentizaba las funciones vitales hasta casi detenerlas, preservando el tejido dañado—, Kael observó el rostro del joven soldado. Era solo un muchacho, una pieza en un juego cuyas reglas apenas empezaba a comprender. Una pieza valiosa, sí. El hermano de la mujer que poseía la clave de Quimera Fase II. Una palanca perfecta.

—Hagan que parezca que su cuerpo cayó por el acantilado —ordenó Kael a su equipo—. Borren nuestras huellas. Nos vamos.

Centro de Mando Nyx, Ubicación Clasificada

Mayo, 2039 (Siete meses después)

Taryn Ellis observaba la firma de la tregua en la pantalla holográfica principal. Políticos de Kaledon y Valerius, con sonrisas forzadas y trajes impecables, se daban la mano ante las cámaras del mundo. Un espectáculo patético. La guerra no había terminado; simplemente había entrado en una fase más elegante.

Su nuevo centro de mando, financiado por Cygnus, era un santuario de tecnología fría y eficiente, muy lejos de los toscos búnkeres de Valerius. Aquí, en el corazón de la sombra, ella era la arquitecta de la siguiente fase.

Una notificación discreta parpadeó en su consola personal. Era un informe médico de la bahía criogénica secreta donde mantenían al "activo".

> ACTIVO REYES (D.): ESTADO ESTABLE. REGENERACIÓN CELULAR AL 35%. FASE DE CURACIÓN ACELERADA EN PROGRESO. PROTOCOLO PSI-7 PENDIENTE DE ESTABILIZACIÓN COMPLETA.

Una sonrisa casi imperceptible curvó sus labios. Siete meses. Siete meses manteniéndolo en el umbral de la muerte, estudiando su biología, su resistencia anómala al trauma, mientras sus heridas sanaban lentamente bajo la tecnología Cygniana. La tregua le daría la cobertura perfecta para su siguiente movimiento: devolverlo a Kaledon como un regalo envenenado.

La guerra ya no se libraba solo con drones y misiles. Se libraba con legados, con sangre, con los lazos que unían a las personas. Y ella acababa de reparar el corazón del legado de sus enemigos para poder romperlo de nuevo. David Reyes no era un prisionero. Era una llave. Y ella estaba a punto de empezar a buscar la cerradura.

PARTE 1:
Sombras en la Tregua

Capítulo 1: La Paz de Cristal (Elena y Leo)

Torre Arcadia, Veridia

Septiembre, 2040

La tregua tenía sus propias cicatrices, más sutiles que los cráteres de los misiles, pero igual de profundas. En Veridia, se manifestaban en el silencio. En la forma en que los padres sujetaban la mano de sus hijos con un poco más de fuerza al pasar junto a los nuevos memoriales holográficos que ahora ocupaban los espacios vacíos donde antes se alzaban edificios. En la mirada instintiva hacia el cielo al oír un zumbido fuera de lo común. La ciudad se había reconstruido con una eficiencia casi desafiante, sus arterias vítreas brillando de nuevo, sus rascacielos arañando un cielo vigilado. Pero la paz era de cristal: hermosa, transparente y a punto de romperse al menor golpe.

Ese golpe llegó en un martes por la tarde, no como una explosión, sino como un parpadeo.

Una sombra. Demasiado grande y rápida para ser un vehículo de reparto, barrió la fachada de la Torre Arcadia, oscureciendo por una fracción de segundo la luz del sol que inundaba el apartamento del piso 14B.

Dentro, la risa de Mateo, a punto de cumplir los dos años, se cortó en seco. El niño, que corría con pasos torpes persiguiendo un dron de juguete con forma de halcón, se detuvo y miró hacia la ventana panorámica con sus grandes ojos grises muy abiertos, percibiendo el cambio antes que nadie.

Leo se tensó al instante, su cuerpo entero convirtiéndose en un resorte. Estaba de pie junto a la ventana, pero su atención, hasta ese segundo, había estado en la pequeña pantalla táctil de su muñeca, donde monitorizaba los sistemas de seguridad del apartamento. Desde la firma de la Tregua de Reconstrucción hacía

casi dos años, había vuelto a casa, pero una parte de él nunca había abandonado realmente el puesto de guardia en el Nido del Halcón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Elena desde el sofá, el corazón empezando a latirle más deprisa.

—No lo sé —la voz de Leo era un susurro tenso—. Una sombra.

En la pantalla de su muñeca, Elena vio lo que él veía: una alerta del sensor de proximidad exterior. Un objeto no identificado, del tamaño de un vehículo ligero, se había acercado a su nivel a una velocidad anómala antes de desviarse bruscamente. No tenía un código de identificación civil.

—Leo...

—Protocolo de seguridad Arcadia, anulación Reyes-7. ¡Quiero acceso visual al dron de vigilancia del sector 14B, ahora! —ordenó Leo al sistema de seguridad del edificio, su voz dura, autoritaria, la voz del hombre del Nido del Halcón.

Elena se levantó de un salto, corriendo para coger a Mateo en brazos. El niño se acurrucó contra ella, asustado por la tensión repentina de su padre.

La ventana panorámica se transformó en una pantalla, mostrando la vista desde un dron de seguridad que patrullaba el exterior de la torre. La imagen era temblorosa. El dron giró bruscamente, intentando enfocar algo que se alejaba a gran velocidad. Por un instante, lo captó: un dron de aspecto industrial, pintado de un gris mate sin insignias, con modificaciones que no parecían estándar. Se perdió de vista entre los cañones de los rascacielos.

—¿Lo has visto? —preguntó Leo, sus ojos recorriendo los datos que aparecían en la pantalla—. Sin registro, sin plan de vuelo. Ha violado el perímetro de exclusión de la torre. Y ha desactivado su transpondedor justo después de pasarnos.

La ventana volvió a mostrar la ciudad tranquila. Pero la tranquilidad se había roto. Unos segundos después, una notificación oficial del

sistema de seguridad del edificio apareció en la esquina de la pantalla: "Anomalía de vuelo resuelta. Dron de carga civil con fallo de navegación. Incidente menor".

—¿Un fallo de navegación? —dijo Elena, su voz un hilo de incredulidad, mientras mecía a un Mateo ahora inquieto—. ¿De verdad?

Leo no respondió de inmediato. Su mirada seguía fija en el punto donde el dron había desaparecido, su mandíbula apretada. —Podría ser un error —dijo finalmente, aunque su tono no albergaba convicción alguna—. Un dron de carga con un fallo en el sistema. Podría ser un simple curioso intentando sacar fotos de la torre. O podría ser... otra cosa.

"Otra cosa". La palabra quedó suspendida entre ellos, cargada con el peso de todo lo que habían vivido. Valerius. Cygnus. Ellis. La red de espionaje que Leo y Sami juraban que no había sido completamente desmantelada.

—Voy a informar de esto a Kaelen —dijo Leo, su rostro una máscara de fría determinación—. Que lo investiguen. Y voy a aumentar la sensibilidad de nuestros sensores perimetrales.

—Leo, por favor —suplicó Elena en voz baja—. Fue solo un dron. La seguridad del edificio dice que fue un error. No podemos vivir así. No podemos convertir nuestro hogar en una fortaleza. No por Mateo. Acabamos de recuperar una vida normal.

Él se giró hacia ella. Vio el miedo en sus ojos, pero también la súplica. Vio a su hijo escondiendo el rostro en su cuello. Y la dureza de su expresión se resquebrajó. Se acercó y los abrazó a los dos, un abrazo protector, casi desesperado.

—Tienes razón —susurró contra el pelo de Elena—. Tienes toda la razón. Lo siento. Es solo que... a veces olvido que la guerra ha terminado.

—No ha terminado —dijo ella, su voz apenas audible—. Hay una tregua. No es lo mismo.

Se quedaron así un largo rato, una pequeña familia en su torre de cristal, con la sombra de un dron sin nombre flotando en sus mentes. Leo, a regañadientes, apagó la pantalla de su muñeca y se sentó en el sofá, intentando forzar una calma que no sentía. Elena, sintiendo su esfuerzo, dejó a Mateo en el suelo.

El niño, con la capacidad de recuperación infinita de la infancia, olvidó el susto al instante y volvió a su juego, corriendo de nuevo tras su dron halcón. Su risa, pura y cristalina, volvió a rebotar en las paredes.

Elena observó la escena, una taza de café ahora frío entre sus manos, y sintió una oleada de gratitud tan intensa que casi le dolió. Este momento. Esta paz. Era todo por lo que habían luchado. Y acababan de recordarle lo fácil que sería perderla.

Leo pasó un brazo por sus hombros, atrayéndola hacia él. Elena apoyó la cabeza en su hombro, inhalando su olor familiar. Vieron a Mateo dar un último y decidido asalto a su juguete, tropezar y caer de culo sobre la alfombra, soltando una carcajada sorprendida en lugar de un llanto. El dron halcón descendió y se posó suavemente junto a él, como un fiel compañero.

—Tiene tu determinación —murmuró Leo, besando el pelo de Elena.

—Y tu obsesión por las máquinas voladoras —replicó ella, intentando sonreír.

La paz era real, sí. Podían sentirla en la risa de su hijo, en el calor de su abrazo. Pero ambos sabían, en lo más profundo de su ser, que esa paz era tan frágil como el cristal de la ventana que los separaba del abismo. Y que ahí fuera, en las sombras de la tregua, algo o alguien seguía observando.

Capítulo 2: Fantasmas en los Archivos (Mía)

Cuartel General de Logística y Archivo Militar, Veridia

Septiembre, 2040

El infierno, había decidido Mía, olía a aire reciclado con un toque de ambientador de pino sintético y sonaba como el zumbido monótono de un servidor sobrecalentado. Su nuevo campo de batalla era un cubículo de dos metros por dos en el nivel subterráneo -7 del Cuartel General de Logística. Su arma, una terminal de datos. Su enemigo, una montaña interminable de informes de posguerra que necesitaban ser clasificados, verificados y archivados para la posteridad. Una posteridad que a ella, francamente, le importaba un bledo.

Habían pasado casi dos años desde la emboscada en Gamma-4. Dos años desde que había visto morir a su sargento, a Kenzi, a Roric. Dos años desde que había visto a David caer, su último aliento un susurro que el viento helado le robó. El psicólogo militar, un hombre con una barba perfectamente recortada y la empatía de un ladrillo, lo llamó "estrés postraumático severo con síndrome del superviviente". Le recetó simulaciones de relajación y un traslado a un puesto "no combativo y de bajo estrés". Y así, la soldado de asalto que había sobrevivido a drones traidores y tanques Basilisco acabó luchando contra el formato incorrecto de los informes de requisición de municiones. Era para volverse loca. O para pedir a gritos que te enviaran de vuelta al frente, donde al menos el peligro era honesto.

—Especialista Soler, ¿tiene un momento?

Mía levantó la vista de la pantalla holográfica, donde una lista de material logístico dañado flotaba en un tedioso color ámbar. El Comandante Keller, su jefe de sección, estaba de pie junto a su cubículo. Era un hombre bajo, con más tripa que pecho y un bigote que parecía a punto de emprender el vuelo. Representaba todo lo

que Mía odiaba de la burocracia militar: la pomposidad, la desconexión con la realidad del combate y una afición desmedida por el café sintético de peor calidad.

—Sí, Comandante —respondió, su tono más seco de lo que pretendía.

—Excelente. Tenemos una nueva directiva del Alto Mando. Quieren que se priorice el cierre y archivo definitivo de todos los informes de bajas y Desaparecidos en Acción (MIA) de la Operación Filo del Halcón. Papeleo sensible. Necesito a mi mejor agente en ello. Y esa es usted.

Mía sintió un nudo de hielo en el estómago. Volver a esos informes. Volver a esos nombres. A esos rostros. Era como si el universo tuviera un sentido del humor particularmente sádico.

—Entendido, Comandante. ¿Hay algún protocolo específico que deba seguir?

—El de siempre, especialista. Verifique los datos, cruce las referencias con los informes de unidad y los testimonios de los supervivientes, si los hay, y selle el archivo digitalmente. Trabajo meticuloso. Confío en usted —dijo Keller, dándole una palmadita paternal en el hombro que Mía tuvo que reprimir el impulso de arrancarle de cuajo—. Ah, y la nueva normativa sobre el uso de avatares personales en las comunicaciones internas entra en vigor mañana. Nada de modificaciones no autorizadas. Queremos uniformidad.

Se fue, dejando tras de sí el olor a café rancio y a directivas absurdas. Mía respiró hondo, cerró los ojos y aceptó la transferencia de archivos. Una lista de nombres apareció en su pantalla. Nombres que conocía. Nombres que había gritado en sus pesadillas.

Comenzó a trabajar, su mente entrando en un estado de concentración automática, un mecanismo de defensa forjado en el combate. Abrió el primer archivo: Sargento Kovar, líder de la escuadra Halcón-7. Vio su foto oficial, su sonrisa torcida. Y debajo, el

informe frío y burocrático: "Caído en combate durante una emboscada en el Sector Gamma-4. Causa de la muerte: múltiples impactos de energía. Acto de valentía destacado al proporcionar cobertura para la retirada de los supervivientes".

"Supervivientes", en plural. Una mentira piadosa. O un error administrativo. Ella era la única superviviente.

Siguió con Kenzi. Con Roric. Cada archivo era una puñalada. El sistema reproducía automáticamente la última comunicación de audio registrada por sus cascos. Oyó el grito de Kenzi al ser alcanzada. Oyó la última maldición de Roric. Tuvo que desactivar el audio, el silencio del cubículo era preferible a los ecos de sus fantasmas.

Y entonces llegó a su archivo. Especialista David Reyes.

Su corazón dio un vuelco doloroso. Se obligó a abrirlo. La foto de David la miró desde la pantalla, joven, lleno de esa determinación rebelde que ella había llegado a admirar, y quizás a algo más, en aquellos últimos días infernales. El informe era escueto: "Desaparecido en Acción, presuntamente muerto. Última posición conocida: Sector Gamma-4. Sin recuperación de cuerpo ni baliza de emergencia".

Se quedó mirando el informe, el texto volviéndose borroso por las lágrimas que se negaba a derramar. Recordó su caída, el impacto del disparo, la oscuridad reclamándolo. Recordó haber luchado hasta que la redujeron, y luego... nada. Despertó días después en un hospital de campaña kaledoniano, rescatada por una patrulla de reconocimiento que la encontró inconsciente. Le dijeron que era la única que había vuelto.

Por puro procedimiento, activó la reproducción de los datos del sensor de su traje, los últimos segundos antes de que se cortara la transmisión. La pantalla mostró una cascada de datos biométricos y ambientales. Vio el pico de energía del disparo que lo alcanzó. Vio sus constantes vitales caer en picado. Vio la conexión de su baliza

"Ángel Guardián" parpadear y morir. Todo encajaba con la narrativa oficial.

Estaba a punto de sellar el archivo, de enterrar a David bajo una capa de protocolo digital, cuando algo llamó su atención. Un microsegundo de datos, justo después del impacto y antes del corte total. Un paquete de datos corrupto, marcado en rojo por el sistema como "ilegible". Normalmente, lo habría ignorado. Eran comunes en situaciones de combate extremo, causados por interferencias o daños en el equipo.

Pero algo la impulsó a hacer clic en él. Una corazonada. Un eco de la desconfianza que Kovar le había enseñado. Abrió el archivo corrupto. La mayor parte era un galimatías de código roto. Pero en medio del caos digital, una línea de texto había sobrevivido, como un náufrago en un océano de estática.

>...PROTOCOLO DE ESTASIS DE CAMPO (CYG-7) ACTIVADO. FIRMA BIOMÉTRICA ESTABLE...

Mía se quedó helada, releyendo la línea una y otra vez. Protocolo de estasis de campo. Tecnología de Cygnus. Activado. Firma biométrica estable.

No tenía sentido. ¿Estasis? Era una tecnología experimental, carísima, usada para preservar a personal de altísimo valor en estado crítico. ¿Por qué se activaría en el traje de un simple especialista en medio de una emboscada? ¿Y por qué de origen Cygnus?

Su mente corrió a toda velocidad, conectando puntos que no sabía que existían. La traición. El sabotaje de sus drones. La precisión de la emboscada. Alguien los había vendido. Y si los habían vendido, quizás... quizás David no era solo una baja. Quizás era un objetivo. Un objetivo a capturar, no a matar.

¿Y si el disparo no fue para matarlo, sino para incapacitarlo? ¿Y si el "protocolo de estasis" fue activado remotamente por el enemigo para preservarlo, para llevárselo vivo? ¿Cómo? ¿Un pulso de datos

dirigido a su traje justo antes del colapso? ¿Un implante desconocido que ni él mismo sabía que llevaba, activado por sus captores? ¿O quizás una tecnología de campo usada por los propios agentes Nyx en el lugar para asegurar su 'activo' antes de la extracción?

La idea era una locura. Una teoría conspiranoica nacida del dolor y la culpa. Pero la línea de texto estaba ahí. Era una anomalía. Una grieta en la historia oficial. Una posibilidad tan pequeña, tan remota, que era casi cruel. Pero era más que nada.

Miró a su alrededor. El zumbido de los servidores. El olor a pino sintético. El mundo gris y burocrático que la aprisionaba. De repente, todo cambió. Ya no era una tumba. Era una oportunidad. Aquí, en el corazón de los archivos, en el vientre de la bestia burocrática, quizás podría encontrar más grietas, más anomalías. Quizás podría encontrar la verdad.

Con manos que ya no temblaban, sino que se movían con una nueva y fría determinación, Mía copió la línea de datos corrupta en un dispositivo de almacenamiento personal encriptado, un acto que era una flagrante violación de todos los protocolos. Luego, selló el archivo oficial de David Reyes, marcándolo como verificado, tal y como le habían ordenado.

Pero mientras la luz verde de "ARCHIVADO" parpadeaba en la pantalla, ella sabía que no había cerrado nada. Acababa de abrir una puerta. Una puerta peligrosa que la llevaría de vuelta al infierno del que intentaba escapar. Pero esta vez, no lucharía por sobrevivir. Lucharía por la verdad. Y por David.

El Comandante Keller pasó junto a su cubículo.

—Buen trabajo, especialista. Veo que avanza a buen ritmo. Así me gusta.

Mía levantó la vista y le dedicó la sonrisa más falsa y obediente que pudo reunir.

—Gracias, Comandante. Solo cumplo con mi deber.

Él asintió, satisfecho, y siguió su camino. Mía volvió la vista a su pantalla, su rostro convirtiéndose de nuevo en una máscara impenetrable. El juego acababa de empezar.

Capítulo 3: El Jardín de las Quimeras (Ellis)

Complejo de Investigación Nyx-Cygnus, Profundidades de Valerius

Septiembre, 2040

La tregua era un insulto. Una farsa burocrática que apestaba a debilidad y a tiempo perdido. Taryn Ellis observaba la simulación holográfica que flotaba en el centro de su laboratorio privado con una impaciencia que era casi un dolor físico. En la simulación, un enjambre de drones Quimera Fase II, con sus formas biomecánicas obscenas, descendía sobre una réplica digital de Veridia, neutralizando sus defensas con una eficiencia devastadora. Era hermoso. Era perfecto. Y estaba encerrado en un bucle virtual mientras los políticos parloteaban sobre paz y reconstrucción.

Su nuevo laboratorio, cortesía de sus generosos patrocinadores de Cygnus, era una obra de arte de la tecnología sigilosa. Enterrado a cientos de metros bajo una cadena montañosa de Valerius, era indetectable, autosuficiente y estaba dedicado a un único propósito: perfeccionar el arma que pondría de rodillas a Kaledon y a su arrogante IA, Oráculo. Aquí no había burócratas Valerianos con sus uniformes recargados y su estúpido apego a la tradición. Solo la fría y pura lógica de la supremacía tecnológica Cygniana.

—Estado del Activo Reyes —dijo Ellis, su voz cortando el silencio del laboratorio.

En una pantalla secundaria, apareció el informe médico de David. Constantes vitales estables. Regeneración celular al 98%. Actividad cerebral en los parámetros esperados para un despertar controlado. Llevaba casi dos años en un sueño inducido, un espécimen perfecto en su laboratorio criogénico. Seis meses de curación acelerada y casi dieciocho de estudio pasivo. Habían analizado cada fibra de su ser: su ADN, su estructura neuronal, su sorprendente resistencia a los neurotóxicos de bajo nivel que habían probado en él. Habían

descubierto una anomalía genética, una plasticidad neuronal inusual que lo hacía... interesante. Muy interesante.

—El sujeto está listo para la Fase de Impresión Psicológica, Directora —respondió la voz sintética de Aether, la IA de Cygnus, mucho más refinada y obediente que el caótico Oráculo—. El protocolo de interrogación PSI-7 está cargado. Podemos comenzar el proceso de despertar y condicionamiento en cualquier momento.

—No —dijo Ellis, sus ojos aún fijos en la simulación de la caída de Veridia—. Aún no. Su valor como sujeto de estudio está llegando a su fin. Su valor como arma psicológica está a punto de comenzar.

La tregua, por muy irritante que fuera, le ofrecía una oportunidad única. Un intercambio de prisioneros. Un gesto de "buena voluntad" por parte de un Imperio Valeriano supuestamente debilitado. Sería el escenario perfecto. Devolverían a David Reyes a Kaledon. Un héroe resucitado. Un fantasma que vuelve de entre los muertos.

Se imaginó la escena: la confusión en el mando de Kaledon. La alegría desgarradora de su hermana, Elena. La incredulidad de la única superviviente de su escuadrón, esa tal Mía Soler. Sería un caos emocional, una distracción perfecta. Y en medio de ese caos, su regalo envenenado.

David no volvería siendo el mismo. El protocolo PSI-7 no era un simple interrogatorio. Era una reescritura. Sutil, casi indetectable. No buscaban crear un agente doble descerebrado, eso era demasiado burdo. Buscaban implantar una semilla. Una duda. Una vulnerabilidad latente que se activaría en el momento justo, con la palabra clave correcta, el estímulo adecuado. Una bomba de relojería psicológica que detonaría en el corazón mismo de la familia Reyes, el epicentro de la resistencia de Kaledon.

—Aether, prepara un perfil de liberación —ordenó Ellis—. Haz que parezca que fue un prisionero de guerra estándar, mantenido en secreto por una unidad Nyx renegada y descubierto durante una inspección de la tregua. Filtra la información a través de canales

diplomáticos de bajo nivel. Que Kaledon piense que están consiguiendo una victoria.

—Calculando probabilidad de éxito del engaño: 94.7% —respondió la IA—. El deseo de Kaledon de creer en un milagro aumentará su sesgo de confirmación.

—Exacto —murmuró Ellis. Los sentimentales. Siempre tan predecibles.

Pero David era solo una pieza del tablero, una muy entretenida, pero no la principal. La verdadera partida se jugaba aquí, en el jardín de las quimeras. Se acercó a uno de los tanques de bio-suspensión que bordeaban el laboratorio. Dentro, flotando en un gel ambarino, una criatura de pesadilla se estaba formando. Era la Fase II. Un dron Quimera, sí, pero su caparazón no era solo de metal y polímeros. Estaba fusionado con tejido orgánico sintético, cultivado a partir de muestras genéticas modificadas. Y su cerebro no era un procesador cuántico estándar. Era una matriz neuronal biológica, un cerebro vivo, diseñado para pensar de forma adaptativa, para aprender, para odiar.

Y para conectarse.

Esa era la clave de la Fase II. La interfaz de datos cuánticos que esa maldita Elena Reyes había encontrado en la Torre Arcadia era el prototipo de la llave. Una llave que permitía a un piloto humano con la compatibilidad genética adecuada fusionar su conciencia con el enjambre. Controlar a las quimeras no como un general controla a un ejército, sino como una mente controla sus propias extremidades. Una simbiosis perfecta y letal.

Sin esa llave, la Fase II era inestable, peligrosa. Por eso la necesitaba. Por eso la familia Reyes seguía siendo su obsesión.

Un técnico entró en el laboratorio, su rostro pálido y sudoroso.

—Directora Ellis... el espécimen 7... ha vuelto a rechazar el injerto neuronal. La necrosis se está extendiendo.

Ellis se giró, su mirada fría como el hielo. —¿Otro fallo? Es el tercer sujeto esta semana. ¿Cuál es la excusa del equipo de biogenética esta vez? ¿El pH del gel estaba un poco ácido?

—No, directora... es la secuencia genética base. Sigue siendo inestable. Necesitamos... necesitamos una muestra más pura. Una con la anomalía de plasticidad que encontramos en el Activo Reyes, pero... más compatible.

Ellis apretó los puños. La sangre. Siempre volvía a la sangre. La de David era interesante, pero no perfecta. Necesitaban algo más. La de su hermana, quizás. O la de su descendencia.

—Desechen el espécimen 7 —ordenó con frialdad—. Y díganle al equipo de biogenética que redoblen sus esfuerzos en las simulaciones de compatibilidad con los perfiles genéticos que tenemos de la familia Reyes. La tregua no durará para siempre. Y cuando se rompa, quiero que mi jardín esté listo para florecer sobre las cenizas de Veridia.

El técnico asintió, aterrorizado, y salió casi corriendo. Ellis volvió a mirar la simulación. El enjambre descendiendo, imparable. La paz era para los débiles. La tregua era para los estrategas. Y ella era una estratega. Y su paciencia se estaba agotando.

Capítulo 4: El Fantasma en la Máquina (Sami y Leo)

El Nido del Halcón, Veridia

Septiembre, 2040

La paz era ruidosa. Esa fue la primera lección que Leo aprendió en la era de la tregua. Durante la guerra, el Nido del Halcón vibraba con la tensión silenciosa y concentrada del combate digital. Ahora, el búnker subterráneo zumbaba con el murmullo constante de la burocracia: reuniones de desescalada, informes de verificación de la tregua, simulaciones de reconstrucción. Era un ruido monótono, irritante, que adormecía los sentidos y, según Leo, era infinitamente más peligroso que el silencio de la guerra. La complacencia era un enemigo más sigiloso que cualquier malware Valeriano.

Estaba en su puesto de analista senior, una consola semicircular que le daba acceso a los flujos de datos más sensibles de Kaledon. Oficialmente, supervisaba el cumplimiento de los protocolos de ciberseguridad de la tregua. Extraoficialmente, él y Sami habían convertido su rincón del Nido en un puesto de vigilancia paranoica, buscando cualquier anomalía, cualquier eco de la red de espionaje de Ellis que, estaban convencidos, seguía activa.

—¿Algo interesante en el menú de hoy, aparte de otro memorándum de Kaelen sobre el uso adecuado de los sintetizadores de café? —preguntó Sami a través de su canal de comunicación privado. Estaba a dos consolas de distancia, fingiendo analizar los patrones de tráfico de la red civil.

—Solo la emoción de ver cómo Oráculo predice con un 99.8% de precisión el resultado de la liga de Aero-Basket —respondió Leo con sarcasmo—. Un uso fascinante de la IA más avanzada del planeta. A veces creo que Kaelen nos tiene aquí para asegurarse de que nadie piratee los partidos.

—Nunca subestimes la importancia estratégica del Aero-Basket, mi amigo. La moral nacional depende de ello —replicó Sami—. Aunque, hablando de cosas menos importantes, ¿has visto la alerta del sector industrial oeste?

Leo frunció el ceño, abriendo el archivo que Sami le acababa de enviar. Una alerta de nivel ámbar, clasificada como "incidente industrial". Una sobrecarga en el núcleo de un reactor de fusión experimental en las instalaciones de investigación de Aethelred Industries, una subcontrata clave de Tecno-Corp. La secuencia de fallos en cascada había provocado una explosión contenida. El informe preliminar era conciso: un muerto, tres heridos, fallo técnico. Caso cerrado.

—Un accidente. Trágico, pero ocurre —dijo Leo, aunque ya sentía un cosquilleo de inquietud en la nuca.

—Sí, un "accidente" —dijo Sami, y Leo pudo oír las comillas en su voz—. ¿Y sabes quién era el muerto? El Dr. Michael Watson.

El nombre golpeó a Leo como una descarga física. Michael Watson. Un genio. El principal experto de Kaledon en escudos de energía de partículas y contramedidas biológicas. Era uno de los pocos científicos que trabajaban en una defensa teórica contra el Proyecto Quimera, basándose en los datos fragmentarios que habían recuperado. Su muerte no era un accidente. Era una decapitación estratégica.

—Sami, necesito los registros digitales completos del reactor de Aethelred. Todo. Desde 24 horas antes del incidente hasta un minuto después. Registros de sensores, comunicaciones internas, logs de acceso, incluso los datos del termostato de la sala de control. Quiero saber hasta la temperatura del café del técnico de turno.

—Leo, eso está fuera de nuestra jurisdicción. Es un incidente civil. Kaelen nos despellejará si nos pillan escarbando sin autorización.

—Entonces que no nos pillen —replicó Leo con frialdad—. Usa un acceso de diagnóstico de bajo nivel, enmascáralo como una

comprobación rutinaria de la integridad de la red del sector industrial. Tienes cinco minutos.

Mientras Sami trabajaba, sus dedos volando sobre la consola, Leo observaba la foto del Dr. Watson en el informe. Un hombre de mediana edad, con una mirada inteligente y amable. Muerto. ¿Cuántos más tendrían que morir en esta "paz"?

—Lo tengo —susurró Sami, su voz tensa—. Estoy dentro. Los registros son enormes... espera. Qué raro. Hay un paquete de datos corrupto en el log del sistema de control del reactor, justo tres segundos antes de la sobrecarga inicial. El sistema lo marcó como un error de lectura del sensor.

—No es un error —dijo Leo, su instinto gritando—. Aísla ese paquete. Ábrelo.

—Es un galimatías, Leo. Código roto... pero... hay algo. Una firma. Extremadamente pequeña, casi invisible, oculta en los metadatos. No es una firma Kaledoniana. Ni Valeriana estándar. Es... elegante. Eficiente. Usa un protocolo de enmascaramiento que no había visto nunca.

Leo sintió un escalofrío. La red de Ellis. O, más bien, la red de sus amos en Cygnus. Habían evolucionado. Eran más sutiles, más letales. Ya no usaban la fuerza bruta, sino el toque preciso de un asesino. Un susurro digital que le decía a un reactor de fusión que se suicidara.

—¿Puedes rastrear el origen?

—Imposible —respondió Sami con frustración—. Rebotó a través de una docena de servidores proxy civiles antes de llegar a Aethelred. Podría haber venido de la casa de al lado o de la otra punta de la galaxia. Quienquiera que fuera, es un fantasma.

Leo se reclinó en su asiento, mirando el informe del "accidente" en su pantalla. Un muerto. Un fallo técnico. Una mentira conveniente para mantener la ilusión de la paz. Pero él sabía la verdad. La tregua era una farsa. La guerra no se había detenido; solo se había vuelto

más silenciosa, más inteligente. Y acababan de asesinar a una de las piezas más importantes de Kaledon en el tablero.

—Van a culpar a un técnico por no actualizar el software o a una cafetera por hacer un cortocircuito —dijo Sami con un humor que no ocultaba su rabia.

—Probablemente —convino Leo—. Pero nosotros sabemos lo que hemos visto. Guarda una copia encriptada de ese paquete de datos. En lo más profundo de nuestros servidores seguros. Y borra cualquier rastro de que hemos estado ahí.

Se quedó mirando el rostro sonriente del Dr. Watson, y luego el fantasma digital que lo había matado. La sombra del dron que había pasado junto a su ventana el otro día volvió a su mente. No eran incidentes aislados. Eran movimientos en una partida de ajedrez que se jugaba en la oscuridad. Y se dio cuenta, con una certeza helada, de que el enemigo no solo estaba observando. Estaba cazando. Y ellos eran los siguientes en la lista.

Capítulo 5: Despertar Helado (David)

Bahía Criogénica Nyx-7, Profundidades de Valerius

Septiembre, 2040

El primer segundo fue dolor. Un dolor puro, blanco, que no tenía origen ni fin. Era como nacer en un universo de cristales rotos. La luz le apuñalaba los párpados cerrados, el sonido era un estruendo metálico en sus oídos, y el frío... el frío era un depredador que le roía los huesos desde dentro.

El segundo fue memoria. Un fogonazo. La cima de una montaña azotada por el viento. El rostro de Mía, sucio y desesperado, gritando su nombre. El impacto de un disparo de energía en el pecho, un calor brutal que lo arrancó del mundo. Y luego, la nada.

El tercer segundo fue confusión. Si estaba muerto, ¿por qué dolía tanto? El más allá tenía un servicio de atención al cliente pésimo.

David Reyes intentó abrir los ojos. Sus párpados pesaban como losas de plomo. Lo intentó de nuevo, forzando los músculos con una voluntad que no sabía que aún poseía. Una línea de luz borrosa se abrió paso. Vio un techo. Blanco, liso, inmaculado. Un suave pitido rítmico llegó a sus oídos, sincronizado con el latido pesado y lento de su propio corazón. Intentó moverse. Nada. Sus extremidades no respondían, prisioneras de una inercia absoluta. Era como ser un fantasma atrapado en su propio cadáver.

—Bienvenido de nuevo, Especialista Reyes.

La voz era tranquila, culta, con un ligero acento de Valerius que a David le sonó tan fuera de lugar como un pingüino en un desierto. Giró la cabeza, un movimiento que le costó un esfuerzo hercúleo y le envió una oleada de náuseas.

Un hombre estaba de pie junto a la cama médica en la que yacía. No era un soldado. Llevaba una bata de laboratorio de un blanco impecable sobre un traje gris oscuro. Era alto, delgado, con el pelo

plateado peinado meticulosamente hacia atrás y unos ojos azules tan claros y fríos como el hielo de un glaciar. Sostenía una tableta de datos en una mano y lo observaba con la curiosidad desapasionada de un entomólogo examinando un insecto particularmente raro.

—¿Dónde... dónde estoy? —logró graznar David. Su garganta se sentía como papel de lija. Su propia voz sonaba extraña, lejana.

—Está en un lugar seguro —respondió el hombre, sin dejar de mirarlo—. Un lugar donde hemos cuidado muy bien de usted. Mi nombre es Doctor Arryn. Y he sido su médico personal durante bastante tiempo.

David intentó procesar la información. Médico. Cuidado. Nada de eso encajaba con su último recuerdo: morir en una montaña.

—Mía... —susurró, el nombre escapándose de sus labios—. ¿Dónde está Mía?

El Doctor Arryn esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. —Ah, sí. La Especialista Soler. Una soldado muy... tenaz. Su destino, me temo, es desconocido. Usted fue el único superviviente de su unidad que encontramos.

La mentira fue tan suave, tan perfecta, que por un instante David casi la creyó. Pero su instinto, afilado por la traición, le gritó. El único superviviente. Una afirmación demasiado conveniente.

—¿Cuánto... cuánto tiempo? —preguntó, temiendo la respuesta.

—¿Cuánto tiempo ha estado "descansando"? —Arryn consultó su tableta, como si buscara un dato trivial—. Según mis registros, fue puesto en estasis de campo el treinta de octubre de dos mil treinta y ocho. Hoy es doce de septiembre de dos mil cuarenta. Así que... casi veintitrés meses. Bienvenido al futuro, por así decirlo.

El mundo de David se inclinó sobre su eje. Veintitrés meses. Casi dos años. La guerra. Elena. Su embarazo. ¿Había nacido su sobrino? ¿Estaban bien? ¿La guerra había terminado? ¿Habían perdido? Un torbellino de preguntas y pánico lo asaltó, pero su cuerpo seguía sin

responder, atrapado en aquella cama blanca, en aquella sala blanca, bajo la mirada fría de aquel hombre de bata blanca.

—Veo que está procesando la información —dijo Arryn, observando el monitor de constantes vitales que registraba la aceleración del pulso de David—. Es una reacción normal. Su cuerpo ha estado en un estado de animación suspendida. La regeneración celular ha reparado la mayor parte del daño... el disparo que recibió fue bastante severo. Pero la atrofia muscular es considerable. Tardará un tiempo en recuperar la movilidad completa.

"Genial", pensó David con un humor nacido de la desesperación. "No solo soy un prisionero de guerra resucitado, sino que además tengo la fuerza de un flan de vainilla".

—¿Por qué? —preguntó, la única palabra que realmente importaba —. ¿Por qué salvarme?

Arryn dejó la tableta en una bandeja cercana y se acercó un poco más. Sus ojos azules lo escrutaron.

—Porque usted, Especialista Reyes, es especial. Descubrimos, al analizar su biología, que posee una... anomalía genética fascinante. Una plasticidad neuronal muy inusual que su genoma expresa de forma única. Una capacidad de adaptación y resistencia que nos interesaba estudiar. Y además, su conexión familiar lo convierte en un activo de un valor incalculable.

La mención de su familia hizo que la sangre de David hirviera, una reacción que sintió como un débil calor en medio del frío glacial de su cuerpo.

—No toque a mi familia.

Arryn rio suavemente. —No se preocupe. No tenemos intención de hacerles daño. Al contrario. Queremos ayudarle a que usted los proteja. Pero para eso, primero necesitamos... entenderle. Comprender sus motivaciones, sus lealtades, sus miedos. Y para ello, vamos a empezar una serie de sesiones. Las llamamos Protocolo de Impresión Psicológica Siete. O PSI-7, para abreviar.

El nombre sonaba tan clínico, tan inofensivo. Pero David sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la sala.

—No les diré nada —dijo con toda la convicción que pudo reunir.

—Oh, no se preocupe. No tendrá que hablar mucho —respondió Arryn, su sonrisa volviéndose un poco más amplia, un poco más depredadora—. PSI-7 no se basa en preguntas y respuestas. Es... más inmersivo. Usaremos estimulación neuronal para ayudarle a revivir ciertos recuerdos. Aclararlos. Ponerlos en perspectiva. Será como ver la película de su vida, pero con comentarios del director. Y nosotros seremos los directores.

Arryn se inclinó sobre un panel de control junto a la cama. David vio cómo sus dedos activaban una secuencia. Un ligero zumbido llenó la sala. Sintió un pinchazo frío en la nuca, donde un sensor que no sabía que tenía se activó.

—Empecemos con algo sencillo —dijo Arryn, su voz volviéndose un poco más distante, como si hablara desde el otro lado de un túnel—. Volvamos a Gamma-4. A ese último momento en la cima. Con la Especialista Soler. Queremos entender qué sintió exactamente cuando la vio caer.

La luz blanca de la sala pareció intensificarse, volviéndose cegadora. El pitido rítmico del monitor se desvaneció, reemplazado por el aullido del viento de la montaña. El olor a antiséptico fue sustituido por el olor a pólvora y a roca fría. Un zumbido agudo perforó su cráneo, seguido de destellos erráticos de luz tras sus párpados cerrados. Olía a ozono quemado, un olor metálico que le llenó la boca. Su cuerpo invisible gritaba. David cerró los ojos, pero no sirvió de nada. La imagen estaba allí, proyectada directamente en su cerebro: Mía, girándose, su rostro una máscara de furia y miedo, gritando su nombre mientras el fuego enemigo la envolvía.

Pero algo era diferente. En el recuerdo, Mía no solo caía. Lo miraba. Y en sus ojos, no había solo dolor. Había... acusación. Como si su caída fuera culpa de él.

—No... no fue así... —susurró David, luchando contra la imagen, contra la emoción artificial que empezaba a invadirlo.

—¿Está seguro, Especialista? —la voz de Arryn era un susurro en su mente, seductor y venenoso—. A veces, la memoria nos protege. A veces, nos oculta las verdades más dolorosas. Estamos aquí para ayudarle a recordar. A recordar de verdad.

La simulación se intensificó. El dolor. La culpa. La desesperación. Eran abrumadores. Y David, atrapado en su cuerpo inerte, no podía hacer nada más que gritar en el silencio de su propia mente mientras ellos empezaban a desmantelar su alma, recuerdo a recuerdo.

Capítulo 6: Protocolo Nido (Elena y Leo)

Torre Arcadia, Veridia

Septiembre, 2040

La noche había caído sobre Veridia, envolviendo la ciudad en un manto de luces de neón y sombras alargadas. Mateo dormía profundamente en su habitación, ajeno a las complejidades del mundo adulto. En el salón, un silencio poco habitual se había instalado entre Leo y Elena. No era un silencio cómodo, de esos que comparten las parejas que no necesitan palabras. Era un silencio denso, cargado con las tensiones no resueltas de los últimos días. El incidente del dron sin identificar, seguido por la noticia del "accidente" del Dr. Watson, había dejado a Leo en un estado de alerta máxima que empezaba a desbordarse de su vida profesional a la personal.

Elena lo observaba desde el otro extremo del sofá. Él no estaba leyendo un libro holográfico ni viendo las noticias. Estaba inmerso en la interfaz de seguridad doméstica, proyectada en el aire frente a él, sus dedos moviéndose con rapidez, ajustando parámetros, revisando logs, reforzando cortafuegos. Estaba convirtiendo su hogar en una extensión del Nido del Halcón.

—¿Sabes? —dijo Elena, rompiendo el silencio—. Recuerdo cuando nos mudamos aquí. Dijiste que este lugar era más seguro que la cámara acorazada del Banco Central de Kaledon. Ahora parece que te preparas para un asedio. ¿Esperas que un ejército de tanques Valerianos intente subir por el ascensor?

Leo no apartó la vista de la interfaz. —Un ataque no siempre viene de frente, El. El asesinato de Watson no fue un accidente. Fue un mensaje. Y el dron que pasó por aquí... no fue una coincidencia. Están probando nuestras defensas. Las de Kaledon, y las nuestras.

—¿Las "nuestras"? Leo, somos una familia, no un puesto de avanzada militar. Esto es demasiado. Has instalado sensores de

microvibración en las ventanas y un analizador de espectro en el sistema de ventilación. Mateo casi provoca una alerta de intrusión biológica el otro día por derramar su batido de frutas.

—El analizador detectó un pico de azúcar no programado. Funcionó a la perfección —replicó él con una lógica exasperante.

—¡Es un niño de dos años, no un arma biológica! —exclamó Elena, su frustración empezando a aflorar—. No puede crecer pensando que cada rincón de su casa es una zona de guerra potencial. Necesita normalidad. Nosotros la necesitamos.

Fue entonces cuando la habitación se tiñó de rojo.

Una luz estroboscópica carmesí barrió las paredes, y un sonido grave y pulsante reemplazó el silencio. Simultáneamente, pesadas persianas de titanio descendieron con un estruendo metálico sobre las ventanas panorámicas, sumiendo el apartamento en una oscuridad casi total, rota solo por el resplandor infernal de las luces de emergencia.

—Protocolo de Contención Nivel 3 activado —anunció la voz calmada y sintética de la IA del edificio—. Anomalía perimetral detectada en el sector 14B. Se recomienda a los residentes permanecer en el interior y alejados de las ventanas. El equipo de respuesta rápida ha sido notificado.

El corazón de Elena dio un vuelco. Se levantó de un salto, su mirada buscando a Leo en la penumbra roja. Él ya estaba de pie, su rostro una máscara de tensión, sus dedos volando sobre la pantalla de su muñeca.

—¡Sabía! —dijo en voz baja, casi un gruñido—. ¡Lo sabía!

—¿Qué está pasando, Leo? —preguntó Elena, corriendo hacia la puerta de la habitación de Mateo para asegurarse de que el ruido no lo había despertado.

—El sistema ha detectado un objeto no autorizado intentando acoplarse o escanear nuestro balcón —informó Leo, su voz tensa—.

Estoy intentando anular el bloqueo del sistema central para obtener una imagen directa. No me fío de los informes filtrados de la seguridad del edificio.

—¿Anular el bloqueo? ¿No es eso ilegal?

—La legalidad es un concepto flexible cuando crees que alguien está intentando matar a tu familia —replicó él sin mirarla.

Elena observó, con una mezcla de miedo y fascinación, cómo su marido se convertía en otra persona. El Leo padre y esposo desapareció, reemplazado por el analista letal del Nido del Halcón. Vio líneas de código verde proyectarse desde su muñeca, superponiéndose a la luz roja de la alarma. Vio cómo forzaba las barreras digitales del sistema de seguridad de la torre, un edificio diseñado por sus propios colegas de Tecno-Corp.

—Lo tengo —dijo finalmente—. Desviando la señal del dron de vigilancia más cercano a nuestra pantalla principal.

La gran pantalla de la pared, que antes mostraba un paisaje marino relajante, cobró vida con una imagen granulada y temblorosa. Mostraba su propio balcón desde el exterior. Y allí, flotando erráticamente a apenas un metro del cristal reforzado, había un dron. No era un modelo de ataque, sino un dron de mantenimiento estándar de Tecno-Corp, de esos que limpiaban las ventanas o revisaban los sensores externos. Pero se comportaba de forma extraña. Sus brazos articulados se movían sin rumbo, y sus sensores ópticos parpadeaban. Parecía... borracho.

—¿Un dron de mantenimiento? —dijo Elena, la tensión en su pecho aflojándose un poco—. ¿Todo esto por un limpiacristales averiado?

—No te fíes de las apariencias —advirtió Leo, ampliando la imagen —. Mira sus sensores. Están activos, todos ellos. Está realizando un barrido multiespectro. Y su patrón de vuelo no es aleatorio, está repitiendo un bucle que maximiza la exposición a nuestro salón y a mi estudio. No es un fallo. Es una sonda. Lo han disfrazado de accidente para probar nuestras defensas y ver cómo reaccionamos.

Mientras hablaban, vieron cómo dos drones de seguridad de la torre, más grandes y de aspecto más agresivo, se acercaban al dron "averiado". Le enviaron una ráfaga de datos, y el dron de mantenimiento simplemente se apagó y quedó flotando, inerte. Uno de los drones de seguridad lo sujetó con un brazo magnético y se lo llevó.

Unos segundos después, las persianas de titanio se elevaron, las luces rojas se apagaron y la voz de la IA volvió a sonar, tan calmada como siempre.

—Anomalía resuelta. Un dron de mantenimiento ha sufrido un fallo de navegación. La situación está bajo control. Disculpen las molestias.

La normalidad regresó tan abruptamente como se había ido. Elena se quedó mirando la ventana, ahora mostrando de nuevo las luces tranquilas de Veridia. Un fallo de navegación. La explicación oficial. Tan simple. Tan tranquilizadora. Y quería creerla. Dios, cómo quería creerla.

—¿Ves? —dijo, volviéndose hacia Leo—. Un simple fallo. Estabas preocupado por nada.

Leo la miró, y en sus ojos grises no había alivio, sino una certeza fría y aterradora.

—No, El. No era nada. Era un mensaje. Era Ellis, o quienquiera que esté moviendo los hilos ahora, diciéndonos: 'Sé dónde vivís. Puedo llegar a vosotros cuando quiera'. El asesinato de Watson fue el primer movimiento. Esto es el segundo. Están preparando el tablero.

La convicción en su voz era absoluta, y a Elena se le heló la sangre. El miedo que había mantenido a raya, el miedo por el secreto que ocultaba en la cocina, volvió con una fuerza abrumadora. Si Leo tenía razón, si realmente los estaban vigilando, entonces ella no solo era la esposa de un objetivo. Era la guardiana de la bomba que ellos probablemente buscaban.

—No podemos seguir así, Leo —dijo, su voz temblando—. No aquí. Con Mateo. Con... con todo lo que tenemos que proteger.

—Por eso mismo tenemos que estar aquí, y tenemos que estar preparados —replicó él, su modo protector ahora a pleno rendimiento—. Este es el lugar más seguro de Veridia. Confía en mí. Reforzaré los protocolos. Nadie podrá entrar.

—¡No entiendes! —exclamó ella, la desesperación rompiendo sus defensas—. El peligro no es solo que entren. ¡Es que nunca nos fuimos del todo de la guerra! ¡Sigue aquí, con nosotros!

—¿Qué quieres decir, El? Estamos seguros aquí.

—No hablo de bombas, Leo. Hablo de… Mateo. —Su voz se quebró —. ¿Recuerdas cuánto me preocupé durante el embarazo? El estrés constante, vivir rodeados de sensores, campos de energía… ¿Y si todo eso… le afectó? ¿Y si no es… normal?

Leo la miró, confundido al principio, pero luego su expresión se suavizó ligeramente con un matiz de su habitual pragmatismo.

—¿De qué hablas? Mateo es perfecto. Es un niño sano, inteligente… quizás demasiado inteligente para su propio bien, como todos los Reyes.

—¡No es solo inteligencia, Leo! A veces… la forma en que mira las cosas, cómo reacciona a la tecnología… como sintió ese dron antes que nosotros … Me asusta.

—Elena, eso es solo tu miedo hablando. —Puso una mano en su hombro—. Recuerda a David, cómo siempre se recuperaba rápido, esa... resiliencia suya tan particular. Es algo de familia, El. La exposición temprana a entornos complejos podría incluso, según algunas teorías, optimizar esas conexiones. No hay nada de qué preocuparse. Es un Reyes.

Elena se detuvo, dándose cuenta de que había dicho demasiado sobre sus miedos respecto a Mateo, y que él lo estaba desviando hacia la genética familiar, sin entender el otro secreto, el que

realmente la aterrorizaba. Se llevó una mano a la boca, sus ojos muy abiertos. No podía decírselo. No podía arrastrarlo a ese peligro específico del paquete. Si él sabía lo que ella tenía, su paranoia se convertiría en una obsesión que los destruiría a todos.

—Nada... —mintió, apartando la mirada—. Solo estoy asustada por todo. Olvídalo.

Pero Leo no era tonto. Se acercó a ella, su mirada intensa escrutando su rostro.

—No, Elena. No es "nada". Lo he visto en tus ojos desde hace meses. Hay algo más que te preocupa sobre Mateo, más allá del estrés prenatal. Algo que no me estás contando. ¿Qué es? ¿Qué tiene que ver con la guerra?

La pregunta quedó flotando entre ellos, más peligrosa que cualquier dron, más explosiva que cualquier bomba. El protocolo de contención de su hogar había terminado, pero el asedio a su confianza acababa de comenzar. Y Elena supo, con una certeza desoladora, que la paz de cristal que tanto se había esforzado por mantener acababa de romperse en mil pedazos.

Capítulo 7: Tinta y Hueso (Mia)

Cuartel General de Logística y Archivo Militar, Veridia

Octubre, 2040

Pasaron tres semanas. Tres semanas en las que Mía Soler vivió una doble vida. De día, era la Especialista Soler, la eficiente y gris archivera militar que procesaba informes con una diligencia ejemplar, ganándose incluso algún elogio del Comandante Keller por su "compromiso con el orden administrativo". De noche, en la soledad de su pequeño apartamento en los niveles inferiores de Veridia, se convertía en una cazadora de fantasmas.

Cada noche, se sumergía en la copia encriptada de la anomalía del archivo de David. >...PROTOCOLO DE ESTASIS DE CAMPO (CYG-7) ACTIVADO. FIRMA BIOMÉTRICA ESTABLE...<. Era su único evangelio, su única pista. Usando sus conocimientos de los sistemas militares y programas de hackeo de bajo nivel que había aprendido en el mercado negro digital, intentaba encontrar cualquier otra grieta en la narrativa oficial. Rastreaba menciones del protocolo "CYG-7" en los vastos archivos desclasificados. Nada. Buscaba informes de patrullas de reconocimiento en Gamma-4 después de la emboscada. Todos volvían con el mismo resultado: "Sin supervivientes. Terreno inestable". Todo era un callejón sin salida.

La esperanza, descubrió, era una droga adictiva y agotadora. Cada noche se acostaba frustrada, y cada mañana se levantaba con una nueva y terca determinación. La burocracia que antes la asfixiaba era ahora su coto de caza. Aprendió a navegar por sus laberintos, a solicitar acceso a archivos tangenciales con excusas plausibles, a leer entre líneas los informes censurados. Se estaba convirtiendo en una espía en su propia casa.

Y entonces, una mañana de martes, el universo decidió subir la apuesta.

Llegó como llegan todas las noticias importantes en el ejército: con un memorándum anodino y de obligada lectura que apareció en la esquina de su terminal.

ASUNTO: Gesto de Buena Voluntad y Desescalada de la Tregua. DE: Oficina del Alto Mando de Kaledon. PARA: Todo el personal.

El texto, redactado en la prosa más insípida imaginable, anunciaba que, como parte de las "continuas medidas de fomento de la confianza", el Imperio de Valerius había acordado liberar a un pequeño grupo de prisioneros de guerra Kaledonianos capturados durante las últimas fases del conflicto. El comunicado lo vendía como una gran victoria diplomática, una prueba de que la paz funcionaba. Mía casi se atragantó con su café sintético. "Buena voluntad" y "Valerius" eran dos conceptos que, en su experiencia, solo podían ir juntos si uno de ellos implicaba apuñalar al otro por la espalda.

Su corazón empezó a latir un poco más rápido. Prisioneros. Supervivientes que volvían. Quizás alguien que supiera algo.

Diez minutos después, su terminal emitió un pitido. Era una directiva del Comandante Keller.

ASUNTO: Procesamiento de Archivos - Personal Repatriado. PARA: Especialista Soler, M. Se le asigna la tarea de preparar los expedientes preliminares para el personal de Kaledon que será repatriado. Acceda a la lista adjunta (Clasificación Nivel 2) y verifique sus identidades con nuestros registros. Prepare un informe de estado de archivo para cada uno. Urgente.

La lista. Su pulso se aceleró. Abrió el archivo encriptado. Apareció una lista de doce nombres. Soldados de diferentes unidades, capturados en diferentes batallas. Empezó a leerlos, su mente de archivera buscando coincidencias, patrones. Un piloto de caza derribado sobre el Mar de Cenlifto. Dos ingenieros de combate capturados durante la defensa de la Fortaleza Kael. Un médico de campaña...

Y entonces lo vio. El último nombre de la lista.

REYES, DAVID. ESPECIALISTA. UNIDAD DE ASALTO AUTÓNOMO 7ª (HALCÓN-7).

El mundo se detuvo. El zumbido de los servidores se desvaneció. El olor a pino sintético desapareció. Solo existían esas letras, flotando en el aire frente a ella, burlonas, imposibles.

No. No podía ser.

Su primer pensamiento fue que era un error. Un homónimo. Tenía que haber otro David Reyes en las Fuerzas de Defensa. Era un nombre común. Con manos temblorosas, hizo clic en el nombre para abrir el perfil adjunto.

Apareció su número de servicio. El mismo. Apareció su unidad. Halcón-7. La misma. Y apareció su foto. La misma foto que ella había mirado con el corazón roto durante semanas. La misma sonrisa torcida, los mismos ojos llenos de una determinación que ahora parecía una acusación.

Mía sintió que el aire le faltaba. Se reclinó en su silla, el cubículo de repente demasiado pequeño, las paredes cerrándose sobre ella. David. Vivo. La anomalía en el archivo no era un error. Era la verdad. Había sobrevivido. Y el enemigo lo había tenido prisionero durante casi dos años.

El shock inicial dio paso a una oleada de preguntas que la golpearon como metralla. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué lo mantuvieron en secreto? ¿Por qué liberarlo ahora? La "buena voluntad" de Valerius era una mentira. Esto era una jugada. Un movimiento deliberado en la partida de ajedrez que jugaban las potencias. ¿Pero con qué propósito?

Su instinto de soldado, enterrado bajo capas de papeleo, rugió de vuelta a la vida. Esto era una trampa. Tenía que serlo. ¿Le habían lavado el cerebro? ¿Era un agente doble? ¿O era un regalo envenenado, un caballo de Troya enviado para sembrar el caos?

Miró a su alrededor, a través de las paredes transparentes de su cubículo. Vio a sus colegas tecleando, sorbiendo sus cafés,

completamente ajenos a la bomba que acababa de detonar en su terminal. ¿Alguien más lo sabía? ¿Keller? ¿El Alto Mando? ¿O era ella la primera en conectar los puntos, la única que había visto la anomalía en el archivo original?

—Ah, Soler, justo a tiempo.

La voz grasienta del Comandante Keller la hizo saltar. Él estaba de pie junto a su cubículo, sosteniendo dos vasos de cartón.

—El nuevo sintetizador de café por fin está operativo. He traído las dos opciones para que las pruebe. "Amanecer Robusto" o "Brisa de Vainilla". Una decisión crucial para la moral del departamento, ¿no cree?

Mía lo miró, su mente aún tambaleándose por la revelación. El hombre le estaba ofreciendo café de sabores mientras su mundo entero se había puesto del revés. La absurdidad de la situación era tan inmensa que casi se echó a reír.

—Yo... uh... gracias, Comandante. El... el Robusto, supongo —logró decir, su voz sonando extrañamente normal.

—Buena elección. Una mujer de carácter —dijo Keller, satisfecho, dejándole el vaso—. Siga con esos archivos. El Alto Mando quiere los informes para esta tarde.

Se fue. Mía se quedó mirando el café humeante, y luego la foto de David en la pantalla. Amanecer Robusto. Sí, iba a necesitar algo más que eso.

Su mente se aclaró, la confusión reemplazada por una fría y afilada resolución. No podía confiar en nadie. No en Keller, no en el Alto Mando, no en los informes oficiales. La habían engañado una vez. No volvería a ocurrir.

Tenía que llegar a él. Tenía que estar allí cuando lo trajeran de vuelta. Tenía que ver con sus propios ojos qué le habían hecho. Tenía que advertirle, si es que aún era el David que recordaba.

Abrió la interfaz de solicitudes del departamento. Con una excusa perfectamente redactada sobre la necesidad de "verificación biométrica en persona para la reactivación de expedientes de prisioneros de guerra de alto perfil", solicitó un permiso de acceso temporal al Centro de Repatriación y Descontaminación de la Base Aérea de Veridia para el día siguiente, cuando estaba previsto que llegaran los prisioneros.

Pulsó "Enviar". Ahora solo podía esperar, y rezar para que el Comandante Keller fuera tan predecible y burocrático como siempre.

Miró de nuevo la foto de David. Ya no era un fantasma en un archivo. Era un hombre de carne y hueso, volviendo del abismo. Y Mía supo, con una certeza que le heló los huesos, que él no volvía solo. Traía la guerra de vuelta con él.

Capítulo 8: El Regalo Envenenado (David)

Bahía Criogénica Nyx-7, Profundidades de Valerius

Octubre, 2040

Las sesiones con el Doctor Arryn se habían convertido en la nueva y retorcida normalidad de David. Cada día, lo despertaban del letargo inducido por los fármacos, le administraban nutrientes por vía intravenosa y lo sometían a otra incursión en su propia mente. El Protocolo PSI-7 era una forma de tortura elegante y perversa. No dejaba marcas físicas, solo cicatrices en el alma. Le hacían revivir la emboscada en Gamma-4 una y otra vez, cada vez con un matiz diferente, una nueva capa de culpa o duda implantada por la voz susurrante de Arryn en su cerebro. Le hacían recordar su infancia, sus momentos con Elena, pero teñidos de una extraña melancolía, de una sensación de pérdida que no era del todo suya.

Estaban buscando algo. Lo sentía. No solo querían quebrarlo; querían encontrar una debilidad, una grieta en su lealtad, un recuerdo que pudieran retorcer y usar como palanca. Pero David luchaba. En el silencio de su mente, se aferraba a los recuerdos puros: la risa de Elena, el apretón de manos de Kovar, la mirada decidida de Mía antes de la última carga. Se repetía su nombre, su rango, su número de servicio. Era un soldado de Kaledon. Moriría como un soldado de Kaledon. Aunque, técnicamente, ya estaba muerto y lo habían resucitado para fastidiarle un poco más, lo cual le parecía de un mal gusto considerable.

Había recuperado algo de fuerza. Las sesiones de fisioterapia, dirigidas por un androide con la calidez de un bloque de hielo, eran brutales, pero sus músculos empezaban a responder. Podía sentarse en la cama, mover los brazos, sentir de nuevo el mundo a través de algo más que el dolor y la confusión.

Y entonces, una mañana, el Doctor Arryn entró en su habitación con una sonrisa diferente. No era la sonrisa clínica del científico ni la

depredadora del torturador. Era una sonrisa casi... amable. Y eso asustó a David más que cualquier sesión de PSI-7.

—Buenos días, Especialista Reyes. Le traigo buenas noticias —anunció Arryn, sentándose en una silla junto a su cama—. Parece que sus días como nuestro... huésped... están a punto de terminar.

David lo miró, su mente inmediatamente en alerta máxima. —¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que se va a casa —dijo Arryn, disfrutando claramente del efecto de sus palabras—. Como parte de un gesto de buena voluntad enmarcado en la actual tregua, el Imperio de Valerius ha decidido liberar a un pequeño número de prisioneros. Y usted, gracias a mi recomendación sobre su "buen comportamiento" y su "recuperación satisfactoria", ha sido incluido en la lista. Enhorabuena.

La noticia lo golpeó como un puñetazo invisible. ¿Libre? ¿A casa? Era la única cosa que había anhelado durante meses, la fantasía que lo mantenía cuerdo en la oscuridad. Y ahora que se la ofrecían en bandeja de plata, no sentía alegría. Sentía un terror helado.

—No le creo —dijo David, su voz ronca.

—Oh, es perfectamente cierto —aseguró Arryn—. Los canales diplomáticos ya han sido contactados. Su gobierno está al tanto. En cuarenta y ocho horas, será trasladado a la zona de intercambio. Volverá a ver Veridia, Especialista. A su hermana. Quizás incluso a la Especialista Soler, si es que sobrevivió.

La mención de Mía fue un golpe bajo, diseñado para desestabilizarlo. David apretó la mandíbula.

—Esto es una trampa. ¿Qué me han hecho?

Arryn rio, una risa genuina esta vez. —¡La paranoia de los soldados! Es fascinante. ¿Qué le hemos hecho? Le hemos salvado la vida. Le hemos curado sus heridas. Le hemos ayudado a procesar su trauma. Debería darnos las gracias.

—Me han torturado. Han intentado lavarme el cerebro.

—Detalles, detalles —dijo Arryn con un gesto displicente—. Nosotros lo llamamos "terapia de reajuste cognitivo". Piense en ello como una actualización de software para su mente. Hemos eliminado algunos... errores de percepción. Le hemos dado una nueva perspectiva. Más clara. Más... objetiva.

Una nueva perspectiva. Las palabras resonaron en la mente de David. Recordó los recuerdos alterados, la culpa artificial, la duda sembrada. ¿Qué habían dejado atrás? ¿Qué semilla venenosa habían plantado en su subconsciente, esperando a germinar?

—¿Por qué? —insistió David—. ¿Por qué dejarme ir? Soy un soldado enemigo. Conozco sus caras, este lugar...

—Este lugar no existe oficialmente. Y nosotros tampoco —le cortó Arryn—. Y en cuanto a por qué... considérelo un experimento. Queremos ver cómo se readapta a su antiguo entorno después de haber experimentado nuestra... hospitalidad. Queremos ver si la perspectiva que le hemos ofrecido prevalece sobre su antiguo condicionamiento. Es pura curiosidad científica.

Mentía. Cada palabra era una mentira envuelta en una verdad a medias. David lo sabía. No era curiosidad. Era una operación. Él era el arma. Un misil psicológico que estaban a punto de lanzar contra el corazón de Kaledon. Pero, ¿cómo funcionaría? ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Traicionar a su gente? ¿Asesinar a alguien? No tenía sentido. Él nunca haría eso. ¿O sí? La duda, esa que ellos habían cultivado con tanto esmero, asomó su fea cabeza.

—Además —añadió Arryn, levantándose—, su liberación servirá para un propósito mayor. Creará confusión en su Alto Mando. Un soldado que daban por muerto, que regresa de una instalación secreta de Nyx... ¿pueden realmente confiar en usted? ¿O lo verán como una amenaza, un agente doble? Su regreso podría causar más daño a la moral y la confianza de Kaledon que una división de tanques. Y todo lo que tenemos que hacer es abrir la puerta. Es... elegante, ¿no cree?

David lo miró, y por primera vez, entendió la verdadera naturaleza del juego. No necesitaban que él hiciera nada. Su simple existencia, su regreso, era el ataque. Lo usarían para sembrar la desconfianza, para enfrentar a sus amigos y a su familia en su contra. Lo convertirían en un paria, en un monstruo. Y él estaría solo, luchando no solo contra el enemigo, sino contra las sombras que le habían implantado en la cabeza.

—Prepárese, Especialista —dijo Arryn desde la puerta—. Su viaje a casa está a punto de comenzar. Espero que lo disfrute.

La puerta se cerró, dejando a David solo en el silencio blanco. Libre. La palabra sonaba como una condena. Se miró las manos, que por fin podía mover con cierta soltura. Eran sus manos, pero ¿eran realmente suyas? ¿Y la mente que las controlaba? ¿Seguía siendo la suya?

No lo sabía. Pero una cosa sí sabía. Iba a volver a casa. Y fuera cual fuera el juego de Ellis y sus titiriteros, él no iba a ser su peón. Lucharía. Contra ellos, contra los fantasmas en su cabeza, y si era necesario, contra su propia gente para demostrar su lealtad. El soldado David Reyes había muerto en Gamma-4. El que volvía ahora era otra cosa. Un superviviente. Un arma. Y un hombre con una guerra muy personal que librar.

Capítulo 9: El Hilo de Ariadna (Leo y Sami)

El Nido del Halcón, Veridia

Octubre, 2040

Leo odiaba los callejones sin salida, y el archivo encriptado que él y Sami habían extraído del reactor de Aethelred era el callejón sin salida digital más perfecto que había visto en su vida. Llevaban dos días analizándolo en secreto, robando ciclos de procesamiento de Oráculo cuando Kaelen no miraba, y el resultado era siempre el mismo: nada.

El código malicioso que había asesinado al Dr. Watson era una obra de arte de la autodestrucción. Se había ejecutado, había provocado la sobrecarga y luego se había borrado a sí mismo de la existencia, dejando tras de sí solo un rastro de datos corruptos que no llevaban a ninguna parte. La elegante firma de enmascaramiento que habían detectado era la única pista, una tarjeta de visita de un fantasma que se había desvanecido.

—Es inútil, Leo —dijo Sami, su voz teñida de frustración en el canal privado. Proyectó una visualización del código corrupto en su pantalla compartida: una maraña caótica de unos y ceros sin sentido —. Es como intentar reconstruir una persona a partir de su sombra. No hay nada aquí. El fantasma se ha ido, y se ha llevado la sábana consigo.

Leo se frotó los ojos, sintiendo el escozor del cansancio y la luz azul de la consola. Sami tenía razón. Estaban enfocándolo mal. Intentar reconstruir el arma a partir de su metralla digital era imposible. Pero... ¿y si no miraban el arma, sino la herida que había dejado?

—Tienes razón, la sábana no está —dijo Leo lentamente, una idea empezando a formarse en su mente—. Pero cada objeto, por muy etéreo que sea, proyecta una sombra. No estamos buscando el fantasma, Sami. Estamos buscando su silueta.

Sami lo miró a través de la sala, su expresión confundida. —¿Qué demonios significa eso, Leo? ¿Has estado leyendo poesía holográfica otra vez?

—Significa que dejamos de mirar el código corrupto. Eso es el ruido, la distracción. Vamos a analizar el efecto que tuvo en el sistema en los tres segundos que existió —explicó Leo, su entusiasmo creciendo—. Quiero una simulación completa del estado del reactor de Aethelred, milisegundo a milisegundo, desde cinco segundos antes de la inyección del malware hasta el momento de la sobrecarga. Pero no quiero ver el malware. Quiero que lo filtres. Quiero ver todo lo demás. Cada fluctuación de energía, cada paquete de datos de diagnóstico, cada cambio de temperatura en los sensores. Quiero ver el vacío que dejó el fantasma al pasar.

Sami guardó silencio por un momento, procesando la idea. Luego, una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. —Eso es... retorcidamente brillante, Leo. Buscar la ausencia en lugar de la presencia. De acuerdo. Necesitaré la potencia de cálculo de Oráculo para una simulación tan detallada. Tendré que disfrazarla de "análisis de estrés de infraestructuras críticas para la prevención de futuros accidentes". A Kaelen le encantará. Suena aburrido, burocrático y completamente inútil.

Mientras Sami se ponía a trabajar, creando la simulación y enmascarándola bajo capas de jerga administrativa, Leo se reclinó, cerrando los ojos por un instante. La caza le recordaba por qué amaba y odiaba su trabajo a partes iguales. Era un puzle. Un puzle letal con piezas invisibles, pero un puzle al fin y al cabo. Y él era bueno resolviendo puzles.

Pasó una hora. Una hora en la que Leo fingió revisar informes de seguridad de la tregua mientras, en una ventana oculta de su consola, observaba la simulación de Sami tomar forma. Era una sinfonía de datos: miles de gráficos, cifras y diagramas de flujo que representaban el corazón palpitante de un reactor de fusión. Y en medio de toda esa complejidad, filtrando el ruido del ataque, empezaron a verla. La sombra.

—Ahí —dijo Sami de repente, su voz un susurro excitado—. ¿Lo ves? Milisegundo -2.7 antes de la sobrecarga. Una microfluctuación en el sistema de refrigeración secundario. No es un fallo, es una... recalibración. El sistema desvió una cantidad ínfima de energía del refrigerante. Insignificante. Pero no debería haber ocurrido.

—Y ahí —añadió Leo, señalando otro punto en la línea de tiempo —. Milisegundo -1.9. El sistema de diagnóstico interno envió un paquete de datos. Un simple "todo en orden". Pero lo envió a un servidor al que no debería reportar. Un servidor de respaldo del Departamento de Comunicaciones. ¿Por qué?

Siguieron el rastro de la sombra. El malware no solo había atacado el núcleo del reactor. Había ejecutado una serie de acciones secundarias, casi imperceptibles, como un ladrón que, mientras roba las joyas, se detiene para enderezar un cuadro en la pared. Eran acciones diseñadas para parecer errores del sistema, ruido blanco. Pero no lo eran.

Y entonces encontraron el hilo. El verdadero hilo.

—Dios mío, Leo... —la voz de Sami era apenas audible—. Milisegundo -0.5. Justo antes de borrarse a sí mismo. El malware no solo atacó y se autodestruyó. Hizo una última cosa.

En la simulación, vieron un único paquete de datos, increíblemente pequeño, apenas unos kilobytes, salir del sistema de control del reactor. No se dirigió a un servidor proxy civil ni a un nodo enemigo. Se dirigió a un servidor interno de Tecno-Corp. Un servidor de altísima seguridad.

—¿A dónde fue, Sami? —preguntó Leo, su corazón latiendo con fuerza.

—A un servidor de almacenamiento de datos encriptados del Departamento de Asuntos Internos.

El nombre cayó en el silencio del canal privado como una losa de plomo. Asuntos Internos. La policía interna de Tecno-Corp. Los cazadores de brujas. Un departamento tan secreto y paranoico que

hacía que el Nido del Halcón pareciera una casa de puertas abiertas. Sus servidores eran agujeros negros digitales; la información entraba, pero nunca salía.

—No tiene sentido —dijo Leo, más para sí mismo que para Sami—. ¿Por qué un asesino digital de Cygnus enviaría un paquete de datos a Asuntos Internos de Kaledon? ¿Para confesar? ¿Para dejar una pista?

—A menos que no fuera una confesión —dijo Sami lentamente—. A menos que fuera un informe. "Misión cumplida".

La implicación era monstruosa. Si Sami tenía razón, significaba que el ataque no solo había sido perpetrado por un fantasma exterior. Había sido solicitado, o al menos monitorizado, desde dentro. Desde el departamento más temido y opaco de su propia organización. La red de Ellis no estaba solo activa; estaba incrustada en el corazón mismo del sistema que se suponía que debía protegerlos.

—Esto... esto es demasiado grande, Leo —dijo Sami, su voz temblando ligeramente—. Asuntos Internos... tienen acceso a todo. A nuestros perfiles, a nuestras comunicaciones... Si se enteran de que hemos estado escarbando...

—No se enterarán —le cortó Leo, su mente ya trabajando en el siguiente paso—. No por ahora. Pero no podemos seguir solos. Necesitamos a Kaelen.

—¿Kaelen? ¡Nos despellejará vivos! ¡Hemos violado media docena de protocolos!

—No tenemos elección. Él es el único con el poder para enfrentarse a Asuntos Internos. Y si hay traidores a ese nivel, él necesita saberlo. Prepara un informe. Solo los hechos. La firma Cygniana. Y el paquete de datos final a Asuntos Internos. Omite cómo obtuvimos los registros iniciales. Di que Oráculo detectó la anomalía durante un barrido de seguridad rutinario.

Media hora después, estaban en la oficina privada de Kaelen, una sala austera y funcional dentro del Nido. Kaelen escuchó su informe

en silencio, su rostro impasible, sus ojos oscuros fijos en la visualización de datos que proyectaban. No hizo preguntas. No los interrumpió. Cuando terminaron, se quedó mirando la trayectoria del último paquete de datos, el que llevaba a Asuntos Internos, durante un largo minuto.

Finalmente, apagó la visualización. Se levantó y caminó hacia la pequeña ventana blindada que mostraba una simulación del cielo de Veridia.

—Su "barrido de seguridad rutinario" ha sido... excepcionalmente fructífero, analistas —dijo, sin volverse. Su voz era tranquila, pero con un matiz de acero—. Han hecho un buen trabajo. Y han sido increíblemente estúpidos.

Leo y Sami intercambiaron una mirada nerviosa.

—Señor, la amenaza... —empezó a decir Leo.

—Conozco la amenaza mejor que ustedes —le interrumpió Kaelen, girándose para enfrentarlos. En sus ojos no había ira, sino una especie de cansancio sombrío—. Han tirado de un hilo que está conectado a la estructura misma de este lugar. Asuntos Internos no es solo un departamento. Es un poder en sí mismo. Y tiene sus propios secretos.

Se acercó a su escritorio y tecleó algo en su consola. —Su investigación no autorizada ha terminado. Oficialmente. No volverán a acceder a los archivos de Aethelred. No volverán a mencionar este incidente a nadie. ¿Queda claro? Si recibo el más mínimo indicio de que han desobedecido, las consecuencias serán... desagradables.

Leo sintió una oleada de frustración. —¿Así que lo dejamos estar? ¿Dejamos que se salgan con la suya?

Kaelen levantó la vista, y por primera vez, Leo vio algo en sus ojos que no era ni pragmatismo ni autoridad. Era una especie de respeto a regañadientes.

—He dicho que su investigación oficial ha terminado —repitió, enfatizando la palabra—. Lo que hagan en su tiempo libre, con sus propios recursos, bajo su propia responsabilidad... es asunto suyo. Pero entiendan esto: están entrando en un juego que se juega con reglas diferentes. Y si van a cazar fantasmas en esa casa, más les vale no hacer ruido. O los fantasmas los cazarán a ustedes. Ahora, fuera de mi oficina. Tengo una tregua que supervisar.

Salieron de la oficina, aturdidos. Kaelen no los había castigado. Los había advertido. Y, en su retorcida manera, les había dado luz verde.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —susurró Sami cuando estuvieron lo suficientemente lejos.

—Nos ha dado el hilo —respondió Leo, su mente corriendo a toda velocidad—. El hilo de Ariadna para navegar por el laberinto. Y también nos ha dicho que el Minotauro es real, y que probablemente lleva corbata y trabaja en el piso de arriba.

Se miraron el uno al otro. Ya no eran solo analistas. Eran conspiradores. Y su objetivo era un agujero negro digital custodiado por los hombres más poderosos de Tecno-Corp. La caza acababa de volverse mucho más interesante. Y mucho más mortal.

Capítulo 10: Cenizas y Reencuentros (David y Mía)

Base Aérea de Veridia, Centro de Repatriación

Octubre, 2040

El aire en el hangar de repatriación era estéril y olía a desinfectante de grado militar, un aroma diseñado para matar cualquier cosa, incluida la esperanza. Mía Soler odiaba ese olor. Le recordaba al hospital de campaña donde despertó, sola, dos años atrás. Estaba de pie en una zona de observación acristalada, con vistas a una pista de aterrizaje gris y barrida por el viento. Su permiso de acceso, aprobado por un Comandante Keller felizmente ignorante, colgaba de su cuello como una medalla a la insubordinación silenciosa.

A su alrededor, un pequeño y solemne comité de bienvenida esperaba. Un par de oficiales del Alto Mando con más medallas que sentido común, un diplomático con una sonrisa tan falsa que podría ser un holograma, y un equipo de contrainteligencia cuyos miembros parecían haber nacido con cara de póker y un palo metido donde no da el sol. Mía era la única persona allí que había conocido a alguno de los hombres que volvían. Y era la única a la que no le importaba el protocolo, sino la verdad.

—¿No es un día maravilloso para la diplomacia, especialista? —dijo el diplomático, acercándose a ella. Su nombre era Lyam, o algo así. Mía no se había molestado en recordarlo—. Ver a nuestros valientes soldados volver a casa... es la prueba de que la paz funciona.

—Con el debido respeto, señor, la paz no funciona. La paz es. Esto es una pausa para recargar —replicó Mía, su mirada fija en el cielo gris.

Lyam parpadeó, su sonrisa vacilando por un instante. —Una perspectiva... pragmática.

—Soy una soldado, señor. El pragmatismo es lo que nos mantiene vivos.

El diplomático decidió, sabiamente, que la conversación había terminado y se alejó. Mía sonrió para sus adentros. A veces, la honestidad era el mejor repelente de idiotas.

Entonces, lo vio. Un punto negro en el horizonte, creciendo rápidamente. El transporte Valeriano. No era un modelo militar estándar. Era un jet subsónico de color negro mate, con las líneas elegantes y depredadoras de un diseño Cygniano. La firma del cisne estaba en todas partes, incluso en los gestos de "buena voluntad".

El jet aterrizó con un silencio casi antinatural, sus motores emitiendo un zumbido bajo en lugar de un rugido. Se detuvo en el centro de la pista designada. La tensión en la sala de observación se hizo palpable. Incluso los agentes de contrainteligencia parecían más tensos.

La rampa de la nave descendió con un suave silbido. Durante un largo segundo, no apareció nadie. Mía contuvo la respiración. ¿Y si era una trampa? ¿Y si la lista era una mentira?

Entonces, emergió la primera figura. Un piloto de caza, delgado y pálido, parpadeando bajo la luz del sol de Kaledon como si fuera un sol extranjero. Le siguieron otros. Once en total. Caminaban despacio, con la mirada perdida de los hombres que han visto demasiado, pero con el alivio inconfundible de pisar tierra amiga.

Mía los contó. Once. La lista decía doce. Su corazón se encogió. ¿Faltaba él? ¿Había sido todo un error cruel?

Y entonces, apareció.

Era el último en salir, como si dudara en abandonar la sombra de la nave. Se detuvo en lo alto de la rampa, su silueta recortada contra la luz. Era más delgado de lo que recordaba, casi demacrado. El uniforme de prisionero que llevaba, de un gris anónimo, le quedaba grande. Se había cortado el pelo, muy corto, casi al rape. Pero era él. No había duda.

David Reyes bajó la rampa. No caminaba como los demás, con alivio o vacilación. Caminaba con una rigidez controlada, como un depredador evaluando un terreno nuevo. Sus ojos, aquellos ojos marrones que Mía recordaba llenos de una determinación rebelde, barrían el entorno. No miraban a los oficiales ni al comité de bienvenida. Miraban las torretas de defensa automática del perímetro, la posición de los guardias, las rutas de escape.

Mía sintió un escalofrío. No era el David que recordaba. El chico impulsivo y lleno de vida había sido reemplazado por este hombre. Un hombre más duro, más frío, cuya mirada parecía haber envejecido veinte años. Vio una fina cicatriz blanca que le cruzaba la ceja izquierda, una que no estaba allí antes.

Sus ojos finalmente se posaron en la sala de observación. Pasaron por encima de los oficiales, del diplomático, y se detuvieron en ella. Por un instante, un solo y fugaz instante, Mía vio algo en su mirada. Un destello de reconocimiento. Un eco de dolor. Un fantasma del hombre que fue. Y luego, desapareció, reemplazado de nuevo por esa impenetrable máscara de hielo.

—Preparen los protocolos de descontaminación y cuarentena —dijo el jefe de contrainteligencia, su voz rompiendo el silencio—. Llévenlos dentro. Uno por uno. El Especialista Reyes será el último.

Mía observó, impotente, cómo los soldados eran conducidos a través de una serie de arcos de escaneo y duchas químicas. Los trataban como especímenes, no como héroes. Cuando le llegó el turno a David, se movió con la misma calma controlada. No protestó. No habló. Simplemente obedeció, sus ojos nunca quietos, siempre analizando.

Mía no podía esperar más. Salió de la sala de observación y, usando su permiso de acceso, se dirigió a la zona de procesamiento posterior a la cuarentena. Esperó, su corazón martilleando contra sus costillas.

Finalmente, lo vio. Lo sacaban de la última sala de escaneo, ya vestido con un uniforme limpio de Kaledon. Dos agentes de

contrainteligencia lo flanqueaban.

—¡David! —llamó, su voz sonando más fuerte de lo que pretendía.

Él se detuvo. Se giró lentamente hacia ella. Los agentes a su lado se tensaron, poniendo una mano en sus armas.

—Especialista Soler —dijo el agente de la izquierda—. Este es un interrogatorio activo. No está autorizada a comunicarse con el repatriado.

—Tengo autorización para verificar su identidad para los archivos —mintió Mía, mostrando su permiso con una confianza que no sentía —. Solo necesito un segundo.

El agente dudó, pero el sello oficial en el permiso era innegable. Hizo un gesto de asentimiento a regañadientes.

Mía se acercó a David, hasta quedar a un metro de distancia. Lo miró a los ojos. Estaban vacíos, fríos. No había rastro de la conexión que habían compartido en aquella montaña.

—David... ¿estás bien? —susurró.

Él la miró, su rostro inexpresivo. Por un momento, pensó que no iba a responder. Luego, sus labios se movieron.

—Mía.

Solo su nombre. Pero la forma en que lo dijo... era diferente. Más grave. Casi como un extraño probándose una palabra nueva.

—Te... te dábamos por muerto —dijo ella, las palabras atascándose en su garganta.

Una sombra cruzó los ojos de David, algo fugaz y oscuro. —Los informes a veces se equivocan —respondió, su voz desprovista de emoción.

—¿Qué te hicieron?

Él no respondió. Su mirada se desvió por encima del hombro de ella, hacia los agentes de contrainteligencia. Luego, la miró de

nuevo, y esta vez, Mía vio algo más. Una advertencia. Un mensaje silencioso en la profundidad de sus ojos helados. No aquí. No ahora. Peligro.

—Tengo que irme —dijo él, su tono volviéndose aún más plano—. Tienen... preguntas que hacerme.

Se giró y empezó a caminar con sus escoltas, sin mirar atrás. Mía se quedó allí, en medio del pasillo estéril, sintiendo el frío de su mirada aún en su piel.

Era David. Su cuerpo, su rostro, su voz. Pero el hombre que había dentro... era un extraño. Un extraño que acababa de advertirle de un peligro que solo ellos dos parecían conocer.

La esperanza que había sentido al ver su nombre en la lista se había transformado en un miedo mucho más profundo y complejo. No había vuelto un héroe. Había vuelto un arma. Y ella era la única que parecía saber que el gatillo todavía estaba en manos del enemigo.

Capítulo 11: El Fantasma en Casa (Elena y Leo)

Torre Arcadia, Veridia

Octubre, 2040

La noticia llegó como llegan todas las malas noticias en tiempos de paz: de forma silenciosa, digital y devastadoramente oficial. Era media tarde. Mateo dormía la siesta, y Elena estaba intentando leer una novela holográfica, aunque su mente no dejaba de volver a la discusión con Leo de la noche anterior. La tensión entre ellos era un huésped no invitado en el apartamento, un frío recordatorio de que la tregua en el mundo no significaba la paz en casa.

Un pitido suave y discreto sonó desde la consola central de la pared. Un mensaje de Nivel 1, reservado para comunicaciones urgentes del gobierno o del Alto Mando. El corazón de Elena dio un vuelco. Siempre significaba problemas.

Leo, que estaba en su estudio revisando informes del Nido, apareció en la puerta casi al instante, alertado en su propio comunicador. Sus ojos se encontraron con los de ella, y compartieron un segundo de miedo silencioso antes de que él se acercara a la consola.

—Es del Departamento de Defensa. Oficina de Asuntos de Prisioneros de Guerra —dijo Leo, su voz tensa mientras leía el encabezado.

—¿Prisioneros de guerra? —repitió Elena, confundida—. Pero si hay una tregua...

Leo no respondió. Abrió el mensaje. El texto se proyectó en el aire entre ellos, en la tipografía clara y sin adornos del gobierno de Kaledon.

ASUNTO: Notificación Urgente a Familiares - Repatriación de Personal Militar. Se informa a la ciudadana Elena Reyes, como familiar más cercano registrado, que el Especialista David Reyes,

Unidad de Asalto Autónomo 7ª, anteriormente listado como Desaparecido en Acción (MIA), ha sido localizado y repatriado a Kaledon como parte de un intercambio diplomático con el Imperio de Valerius. El Especialista Reyes se encuentra actualmente bajo custodia de Contrainteligencia para el correspondiente proceso de interrogatorio y evaluación médica en la Base Aérea de Veridia.

Elena leyó las palabras una vez. Dos veces. Tres. Pero su cerebro se negaba a procesarlas. Las letras danzaban frente a sus ojos, formando una frase imposible. Especialista David Reyes... localizado y repatriado...

—No... —susurró, una mano yendo a su boca—. No puede ser. Es un error.

Leo se acercó a ella, su rostro una mezcla de shock e incredulidad. Puso una mano en su hombro. —El, el número de servicio... coincide.

—¡No! —exclamó Elena, su voz subiendo de tono, al borde de la histeria—. ¡David está muerto! ¡Lo vimos en los informes! ¡MIA! ¡Presuntamente muerto! ¡Es un error cruel, una broma!

Y entonces, el shock se rompió, y una ola de alegría tan pura y abrumadora la golpeó que sus rodillas flaquearon. ¡Vivo! ¡David estaba vivo! Había sobrevivido. Era un milagro. Un verdadero milagro en un mundo que había olvidado cómo producirlos. Las lágrimas brotaron de sus ojos, lágrimas de alivio, de incredulidad, de dos años de dolor contenido que de repente se liberaban.

—¡Está vivo, Leo! ¡Está vivo! —sollozó, aferrándose a él, enterrando el rostro en su pecho—. ¡Mi hermano! ¡Tenemos que ir a verlo! ¡Ahora mismo! ¡Tengo que...!

Leo la abrazó con fuerza, dejándola llorar, su propia mente luchando por asimilar la noticia. Sintió una punzada de alegría genuina por Elena, por su familia. David. El chico impulsivo y lleno de vida que había conocido. Había vuelto.

Pero entonces, el analista que vivía en su interior empezó a hacer preguntas. Preguntas frías, lógicas, terribles.

¿Cómo? La unidad de David, Halcón-7, fue aniquilada en una emboscada perfectamente ejecutada, producto de un sabotaje interno. No hubo supervivientes. Los informes fueron concluyentes.

¿Por qué? ¿Por qué Valerius mantendría a un simple especialista vivo y en secreto durante casi dos años? No era un oficial de alto rango. No tenía acceso a información estratégica vital... ¿o sí?

¿Por qué ahora? ¿Un "gesto de buena voluntad"? Valerius, bajo la influencia de Ellis y Cygnus, no hacía gestos de buena voluntad. Hacían jugadas. Cada movimiento era calculado.

Mientras Elena lloraba de alegría, la mente de Leo se llenó de sombras. La muerte del Dr. Watson. El dron espía. El hilo que llevaba a Asuntos Internos. Y ahora, un soldado fantasma que regresa de entre los muertos, entregado en bandeja de plata por el enemigo. No era un milagro. Era una pieza moviéndose en el tablero.

—El, El, escúchame —dijo suavemente, apartándola un poco para mirarla a los ojos—. Esto es... increíble. Es la mejor noticia que podíamos recibir. Pero tenemos que ser cautelosos.

La alegría en el rostro de Elena se congeló, reemplazada por la confusión, y luego por una ira creciente. —¿Cautelosos? ¿De qué estás hablando, Leo? ¡Es David! ¡Ha vuelto!

—Lo sé. Pero piensa. ¿Cómo ha sobrevivido? ¿Dónde ha estado? ¿Y por qué lo liberan ahora? Valerius no regala nada.

—¡No me importa! —replicó ella, su voz temblando—. ¡Está vivo! ¿No es eso lo único que importa? ¡Por una vez, por una maldita vez, ¿no puedes simplemente alegrarte? ¿Tienes que analizarlo todo como si fuera una de tus simulaciones del Nido?

—¡Esto no es una simulación, Elena! ¡Es la realidad! —dijo él, su propia frustración saliendo a la superficie—. ¡La misma realidad en la que asesinaron a Watson la semana pasada! ¡La misma en la que

nos espían con drones! ¡La tregua es una mentira, y esto... esto huele a trampa a kilómetros de distancia!

La herida que se había abierto entre ellos la noche anterior se desgarró por completo.

—¡Así que eso es lo que piensas! —exclamó ella, apartándose de él —. ¡Que mi hermano es una trampa! ¡Que es un traidor, o algún tipo de bomba humana! ¡Después de todo lo que ha pasado, después de dos años de infierno, lo primero que se te ocurre es que es el enemigo!

—¡No he dicho eso! —se defendió Leo—. He dicho que tenemos que ser inteligentes. Contrainteligencia lo tiene en cuarentena por una razón. No sabemos qué le han hecho, qué le han podido implantar, física o psicológicamente. Podría no ser... el mismo David que recordamos.

—¡Claro que no será el mismo! —gritó Elena, las lágrimas ahora de rabia—. ¡Ha sido un prisionero de guerra! ¿Qué esperabas? ¿Que volviera contando chistes y pidiendo una cerveza? ¡Necesita a su familia! ¡Me necesita a mí! ¡Y tú... tú lo estás tratando como a un virus!

—¡Lo estoy tratando como un soldado trata una posible amenaza! ¡Es mi trabajo proteger a esta familia! ¡Protegerte a ti y a Mateo!

—¡A veces creo que ya no sabes distinguir entre proteger y encarcelar! —replicó ella, sus palabras golpeándolo como un látigo.

Se quedaron en silencio, jadeando, en lados opuestos de la habitación, el abismo entre ellos más grande que nunca. La alegría del milagro se había evaporado, reemplazada por el veneno de la sospecha y el miedo.

Leo se pasó una mano por la cara, sintiéndose increíblemente cansado. —Mira, El, lo siento. De verdad. Me alegro de que David esté vivo. Más de lo que te imaginas. Pero no puedo desconectar mi cerebro. No después de todo lo que he visto. Déjame hacer algunas

llamadas. Hablaré con Kaelen, intentaré conseguir el informe preliminar de Contrainteligencia. Solo para estar seguros.

Elena no respondió. Simplemente le dio la espalda y caminó hacia la ventana, abrazándose a sí misma, mirando la ciudad que le había devuelto a su hermano, pero que también amenazaba con arrebatárselo de una forma diferente.

Leo se retiró a su estudio, cerrando la puerta tras de sí. Abrió un canal seguro con Sami.

—Sami, tenemos un problema. Un problema llamado David Reyes.

—Lo he visto en los comunicados internos —respondió la voz de Sami—. Increíble. ¿Crees que es...?

—No lo sé. Pero no me gusta. Necesito que escarbes. Busca el informe de repatriación, el manifiesto de vuelo, el primer análisis médico. Busca cualquier cosa fuera de lo normal. Cualquier implante no estándar, cualquier anomalía neurológica, cualquier cosa.

—Entendido. Esto se pone interesante. ¿Sabes? Si yo fuera el enemigo y quisiera meter un caballo de Troya en Veridia, no se me ocurriría una forma mejor de hacerlo.

—Gracias por el apunte, Sami. Me dejas mucho más tranquilo —dijo Leo con un sarcasmo que no ocultaba su profunda ansiedad.

Cortó la comunicación y se quedó mirando la pantalla en blanco. La alegría de Elena, tan pura y feroz, se había sentido como un sol cálido. Pero su propia mente, entrenada para ver patrones y amenazas, solo podía ver la sombra que ese sol proyectaba. Y en esa sombra, vio el rostro sonriente y calculador de Taryn Ellis. El fantasma de su hermano había vuelto a casa. Pero Leo temía que no hubiera vuelto solo.

Capítulo 12: Ecos en la Sala Blanca (David)

Base Aérea de Veridia, Centro de Interrogatorios de Contrainteligencia

Octubre, 2040

La sala era tan blanca que dolía. Paredes, suelo, techo, la mesa, las dos sillas... todo era del mismo blanco aséptico y desorientador, diseñado para privar a la mente de cualquier punto de referencia. No había ventanas. La única luz provenía de paneles difusos en el techo que emitían un resplandor uniforme y sin sombras. Era como estar dentro de un cubo de azúcar, o de un manicomio. David no estaba seguro de cuál de las dos opciones era peor.

Llevaba tres días en cuarentena. Tres días de escáneres médicos, pruebas psicológicas y un aislamiento que era casi tan malo como el de la celda del Doctor Arryn. Al menos allí tenía al sádico del pelo plateado para odiar. Aquí, solo tenía el blanco.

Estaba sentado en una de las sillas, vestido con un mono gris neutro. Sus músculos, aunque todavía débiles, ya no le fallaban. La fisioterapia forzada había funcionado. Frente a él, al otro lado de la mesa metálica, se sentaban sus anfitriones. Eran el dúo clásico de cualquier holopelícula de espías: el poli bueno y el poli malo, versión Kaledon 2.0.

La poli buena era la Mayor Thorne. Una mujer de unos cuarenta años, con el pelo oscuro recogido en un moño severo y unos ojos tan agudos que parecían capaces de leer el código fuente de tu alma. Hablaba poco, con una calma glacial que resultaba más intimidante que cualquier grito.

El poli malo era el Teniente Smith. Más joven, impaciente, con una mandíbula permanentemente apretada y la sutil elegancia de un martillo pilón. No paraba de moverse, de tamborilear con los dedos sobre la mesa, de mirar a David como si fuera un bicho

particularmente repugnante que acababa de encontrar en su ensalada.

—Muy bien, Especialista Reyes —comenzó Thorne, su voz tan neutra como la sala—. Repasemos de nuevo. Su unidad fue emboscada en Gamma-4. Todos sus compañeros murieron. Usted recibió un impacto de energía directo en el pecho. Y, sin embargo, aquí está. Casi dos años después. ¿Quiere explicarnos el milagro?

—Ya se lo he dicho —respondió David, su voz un eco plano en la sala silenciosa—. No lo sé. Lo último que recuerdo es el disparo. Luego, nada. Desperté en una celda. Un médico me dijo que me habían salvado.

—Un médico muy amable —intervino Smith, su tono cargado de sarcasmo—. Los Valerianos son famosos por su compasión. Salvan a nuestros soldados moribundos por pura bondad de corazón. ¿O quizás le vio cara de necesitar un seguro dental y decidió hacer una buena obra?

David lo ignoró, manteniendo la mirada fija en Thorne. —No sé por qué lo hicieron. Dijeron que era un "sujeto de interés".

—"Sujeto de interés" —repitió Thorne, sin inflexión—. Una frase interesante. ¿Interés en qué, exactamente? ¿En su lealtad? ¿En sus conocimientos técnicos? ¿O en su hermana?

La mención de Elena fue como un pinchazo de aguja. David mantuvo su rostro impasible, una lección que había aprendido a la fuerza. No mostrar nada. No darles nada.

—No hablamos de mi familia.

—Hablaremos de lo que yo considere relevante, Especialista —dijo Thorne con frialdad—. Su hermana es la esposa de Leo Reyes, uno de los analistas más importantes del Nido del Halcón. Eso lo convierte a usted en un punto de acceso muy valioso.

—No soy un punto de acceso. Soy un soldado.

—Eso está por ver —gruñó Smith.

Thorne hizo un gesto con la mano, y un dispositivo flotante, una diadema metálica con una red de sensores finísimos, descendió del techo.

—Las palabras son baratas, Reyes. Las mentiras son fáciles. Pero la mente... la mente no sabe mentir. Esto es un Escáner de Resonancia Cognitiva. No es un detector de mentiras, es mucho más sofisticado. Mide las fluctuaciones neuroeléctricas en su cerebro en respuesta a estímulos. Nos mostrará la verdad de sus reacciones, no la que usted quiera contarnos. Póngaselo.

David sintió un escalofrío. El PSI-7 de Arryn. Y ahora esto. Su mente se había convertido en un campo de batalla público. Con resignación, cogió la diadema y se la colocó. Los sensores se ajustaron a su cráneo con una presión fría y precisa.

En la pared blanca frente a él, apareció una línea verde y tranquila, un encefalograma de su estado de calma.

—Nombre, rango y número de servicio —ordenó Thorne.

—David Reyes. Especialista. 7-7-2-1-Delta.

La línea verde apenas se inmutó.

—Bien —dijo Thorne—. Empecemos.

La pared se convirtió en una pantalla. La primera imagen fue la bandera de Kaledon. David sintió una punzada de algo que había olvidado: orgullo. La línea verde subió y bajó suavemente, una reacción emocional normal.

La siguiente imagen fue el horizonte de Veridia. Hogar. La línea volvió a fluctuar, esta vez con un matiz de nostalgia.

Luego, una foto de su unidad. Halcón-7. Kovar, Kenzi, Roric... todos sonriendo en un momento de descanso antes de la última misión. El dolor fue una garra helada en su pecho. La línea en la pared se disparó, un pico agudo y caótico de angustia y pérdida.

—Reacción de trauma esperada —murmuró Thorne, observando la pantalla.

Smith sonrió con suficiencia. —Toca la fibra sensible, ¿eh, Reyes?

La siguiente imagen lo golpeó como un impacto físico. Era la foto del expediente de Mía. Su rostro serio, profesional, pero con esa chispa de desafío en los ojos que él recordaba tan bien.

Y entonces, ocurrió.

La voz de Arryn susurró en el fondo de su mente, un eco venenoso. Queremos entender qué sintió exactamente cuando la vio caer. La imagen de Mía en su cabeza se superpuso con la del recuerdo implantado: sus ojos llenos de acusación, su caída siendo culpa suya.

No, gritó una parte de su mente. ¡No fue así! ¡Ella me salvó!

El recuerdo real luchó contra el falso. La imagen de Mía saltando sobre el dron traidor, su rostro una máscara de furia protectora. Su mano agarrándolo en el cañón, tirando de él hacia la seguridad. Su sonrisa cansada en la cueva.

La guerra se libró en el interior de su cráneo. Un torbellino de imágenes, de emociones reales y artificiales, de verdad y mentira. En la pared, la línea verde desapareció, reemplazada por una tormenta eléctrica de picos y valles caóticos, colores rojos y naranjas parpadeando, una representación visual de una mente en guerra consigo misma.

—¡Ahí está! —exclamó Smith, poniéndose de pie de un salto y señalando la pantalla—. ¡Miren eso! ¡Eso no es trauma! ¡Es un conflicto de protocolos! ¡Una reacción de agente durmiente! ¿Qué significa esa foto para usted, Reyes? ¿Es una palabra clave? ¿Su contacto?

David apretó los dientes, el sudor perlando su frente. Luchó por controlar su respiración, por aplastar al fantasma de Arryn, por aferrarse a la verdad.

—Ella... era mi compañera —logró decir, su voz tensa—. La vi... la vi morir.

—La reacción a su unidad fue de dolor. Esto es diferente —dijo Thorne, sus ojos agudos fijos en la pantalla caótica—. Es... una paradoja. Su cerebro está procesando dos realidades contradictorias al mismo tiempo. ¿Qué le hicieron, Reyes? ¿Qué le implantaron?

David cerró los ojos, concentrándose. Soy un soldado de Kaledon. Mi nombre es David Reyes. Ella me salvó. Repitió el mantra una y otra vez, construyendo un muro mental alrededor de la verdad. Lentamente, dolorosamente, la tormenta en la pantalla comenzó a amainar, volviendo a ser una línea verde temblorosa pero estable.

Abrió los ojos. Thorne lo estaba observando, no con la sospecha de Smith, sino con una intensa curiosidad analítica.

—Impresionante control volitivo, Especialista —dijo en voz baja—. O un condicionamiento muy sofisticado.

Se inclinó hacia adelante, sus ojos fríos clavados en los suyos. La imagen de Mía desapareció, dejando la pared en blanco de nuevo.

—Le haré una última pregunta por hoy —dijo, su voz bajando a un susurro que llenó la sala—. Olvide a Valerius. Olvide a su unidad. Olvide todo lo que cree saber. Dígame la verdad. Ahora mismo, en este instante, ¿cuál es su misión?

David la miró fijamente. El fantasma de Arryn se agitó en su mente, susurrando veneno. El rostro acusador de Mía parpadeó en su visión periférica. La sospecha de Thorne y Smith era un peso aplastante. Podía decirles la verdad, hablarles del PSI-7, del Doctor Arryn, de la manipulación. Pero sonarían como las divagaciones de un loco, o peor, como una coartada elaborada. Lo encerrarían para siempre.

O podía darles lo que querían oír. Una respuesta simple.

Eligió un tercer camino. La verdad, pero la suya. La única que le quedaba.

—Mi misión —dijo, su voz clara y firme, sin un atisbo de duda— es proteger a Kaledon de sus enemigos. De todos ellos. Estén donde estén.

La línea verde en la pared se disparó una última vez. No fue un pico caótico como antes. Fue un único y masivo pico de pura y absoluta convicción. Una verdad tan fundamental que su cerebro la gritó a los cuatro vientos.

Smith lo miró con abierta desconfianza. Pero Thorne... Thorne se reclinó en su silla, una ceja ligeramente arqueada. No estaba convencida. Pero estaba intrigada.

El fantasma había vuelto a casa. Y acababa de superar su primera prueba. Pero la guerra en la sala blanca, y en su propia mente, no había hecho más que empezar.

Capítulo 13: La Única Aliada (Mía)

Base Aérea de Veridia, Centro de Interrogatorios de Contrainteligencia

Octubre, 2040

La sala de reuniones de Contrainteligencia era una versión ligeramente más grande y con más sillas de la sala de interrogatorios de David, pero con el mismo ambiente de funeral corporativo. Mía se sentía como una hereje a punto de ser presentada a la Inquisición. Habían pasado tres días desde el regreso de David, tres días en los que su solicitud de "verificación biométrica" había sido ignorada, denegada y finalmente, tras insistir hasta el punto de la insubordinación, aceptada a regañadientes.

Estaba sentada frente a la Mayor Thorne y el Teniente Smith. Si Thorne era un iceberg, Smith era el chihuahua rabioso que ladraba a sus pies.

—Seamos claros, Especialista Soler —comenzó Thorne, su voz tan fría como la superficie de la mesa entre ellos—. Su insistencia en ver al repatriado Reyes es... inusual. Su acceso a los archivos de su unidad ya ha sido verificado. ¿Qué es lo que busca exactamente?

—Busco la verdad, Mayor —respondió Mía, manteniendo la calma. Sabía que cualquier atisbo de emoción sería interpretado como debilidad—. El informe oficial de la emboscada en Gamma-4 tiene inconsistencias.

Smith soltó una risa seca. —¿Inconsistencias? El informe es claro: su unidad fue aniquilada, usted fue la única superviviente por pura suerte. Fin de la historia. A menos que tenga algo que añadir. ¿Quizás su memoria ha mejorado?

La provocación era obvia. Querían que se sintiera culpable, que dudara de sí misma. No iba a darles ese placer.

—Mi memoria es perfecta, Teniente. Recuerdo cada disparo. Lo que es inconsistente son los datos. El informe final omite una anomalía detectada en los sensores del traje del Especialista Reyes en el momento de su... supuesta muerte.

Thorne arqueó una ceja. —¿Qué anomalía?

Mía respiró hondo. Era su única carta. —Un paquete de datos corrupto, justo antes del corte de transmisión. Logré reconstruir una línea. Indicaba la activación de un "Protocolo de Estasis de Campo (CYG-7)".

El silencio que siguió fue denso. Vio un destello de algo en los ojos de Thorne. Interés. Smith, por otro lado, parecía simplemente irritado.

—¿Tecnología de Cygnus? —preguntó Thorne—. ¿Está segura?

—La designación "CYG" es estándar para su nomenclatura experimental, Mayor. Y la estasis de campo no es una tecnología que nuestras unidades de asalto estándar posean. Mi teoría es que el Especialista Reyes no fue una baja. Fue un objetivo de captura. El disparo fue para incapacitarlo, y el protocolo de estasis, activado remotamente, para preservarlo.

—¡Absurdo! —espetó Smith—. ¿Por qué se molestarían en capturar a un simple especialista? ¿Y por qué usar tecnología de Cygnus? ¡Son neutrales!

—Quizás no son tan neutrales como nos gustaría creer, Teniente —dijo Mía, su mirada fija en Thorne—. Y en cuanto a por qué capturarlo... él era el hermano de Elena Reyes. La esposa de Leo Reyes, del Nido del Halcón. Un rehén de un valor incalculable.

Thorne se reclinó en su silla, juntando las yemas de los dedos. No dijo nada, pero Mía vio que las piezas encajaban en su mente analítica.

—Una teoría interesante, Especialista —dijo Thorne finalmente—. Pero no explica su regreso. Si era tan valioso, ¿por qué devolverlo?

—Porque su valor como rehén ha expirado. Ahora su valor es otro —afirmó Mía—. Es un arma. Lo devuelven para sembrar la duda, la desconfianza. Para que gente como ustedes —dijo, mirando directamente a Smith— se pregunten si es un traidor. Para que su propia familia dude de él. Es una operación de guerra psicológica, y David está en el centro.

—O usted se inventa una historia muy elaborada para cubrir al agente doble que era su compañero —contraatacó Smith.

—Si fuera un agente doble, ¿por qué dejarían un rastro digital, por muy pequeño que fuera, que apuntara a su captura? —replicó Mía—. No tiene sentido. Lo habrían hecho parecer una muerte limpia. La anomalía del CYG-7 es la prueba de que algo no encaja.

Thorne hizo un gesto, y la pared tras ella cobró vida, mostrando la grabación del escáner cerebral de David. Mía vio la tormenta eléctrica que se desató cuando le mostraron su foto. Su corazón se encogió, pero mantuvo su rostro impasible.

—¿Y cómo explica esto, Especialista? —preguntó Thorne—. Una reacción neurológica paradójica. Su cerebro lucha contra sí mismo al verla. No es una reacción de duelo.

—Es la reacción de un hombre al que le han reescrito la memoria —dijo Mía sin dudar—. Le han hecho creer una mentira sobre mí, sobre lo que pasó en esa montaña. Y su mente, la del verdadero David, está luchando contra el veneno que le han inyectado.

La sala quedó en silencio de nuevo. Mía había puesto todas sus cartas sobre la mesa. Su carrera, y posiblemente su libertad, dependían de la decisión de la mujer que tenía enfrente.

—Teniente Smith, espere fuera —ordenó Thorne de repente.

Smith la miró, incrédulo. —¿Mayor?

—He dicho que espere fuera.

Con una mirada cargada de veneno hacia Mía, Smith se levantó y salió de la sala. La puerta se cerró, dejándolas a solas.

Thorne observó a Mía durante un largo momento. —Usted se está jugando mucho, Especialista. Acusar a un repatriado de ser un arma psicológica y a nuestros aliados de Cygnus de complicidad... son acusaciones muy graves.

—La verdad suele serlo, Mayor.

Thorne sonrió, una sonrisa tan fina que era casi invisible. —Me gusta sus agallas, Soler. Y su lógica no es... descartable. La anomalía del CYG-7 es una pieza que no teníamos. Y su teoría sobre la guerra psicológica encaja con ciertos patrones que hemos estado observando.

Se levantó y caminó alrededor de la mesa, deteniéndose detrás de Mía. —No confío en David Reyes. No puedo permitírmelo. El riesgo es demasiado alto. Pero tampoco confío en la historia que nos han vendido Valerius y Cygnus. Y usted... usted es la única persona que estuvo allí. La única que puede detectar si el hombre que ha vuelto es el soldado que conoció o una imitación.

Mía sintió un hilo de esperanza. —¿Qué quiere decir, Mayor?

Thorne volvió a su asiento. —Quiero decir que voy a concederle lo que quiere. Le daré acceso supervisado al Especialista Reyes. Se convertirá en su oficial de enlace durante su reintegración. Su misión será observarlo, hablar con él, analizar cada palabra, cada gesto. Buscará grietas en su condicionamiento. Buscará al verdadero David Reyes. Y me informará directamente a mí, y solo a mí, de todo lo que encuentre.

La oferta era una bendición y una maldición. La convertía en la única aliada de David, en su única oportunidad de llegar a él. Pero también la ponía directamente bajo el microscopio de Contrainteligencia. Cada paso que diera sería vigilado.

—Pero entienda esto, Soler —continuó Thorne, su voz volviéndose dura como el diamante—. Si me equivoco con usted, si usted es parte del engaño, o si su juicio se ve nublado por sus... sentimientos

personales... la enterraré tan hondo en los archivos que ni siquiera su fantasma encontrará la salida. ¿Está claro?

Mía la miró a los ojos, sintiendo el peso de la responsabilidad y el peligro. Pero también sintió una oleada de feroz determinación. Había encontrado una manera de volver a la batalla.

—Cristalino, Mayor.

—Bien. Su nueva asignación empieza mañana. Váyase. Y Soler...

Mía se detuvo en la puerta.

—No me decepcione.

Salió de la sala, su corazón latiendo con una mezcla de miedo y triunfo. Había entrado como una simple archivera. Salía como la única guardiana de un hombre perdido, y quizás, la única que podía evitar que se convirtiera en la bomba que el enemigo quería que fuera.

Capítulo 14: Cosecha de Dudas (Ellis)

Complejo de Investigación Nyx-Cygnus, Profundidades de Valerius

Octubre, 2040

Taryn Ellis amaba el caos, siempre y cuando fuera de diseño propio.

Desde la quietud de su santuario subterráneo, observaba el desorden que había sembrado en Kaledon con la satisfacción de una artista contemplando su obra maestra. La liberación de David Reyes no había sido una simple jugada; había sido una piedra lanzada al estanque estancado de la tregua, y las ondas de choque que llegaban hasta ella eran, sencillamente, deliciosas.

En la pantalla holográfica principal, Aether, su IA, había compilado los frutos de su trabajo en una elegante interfaz. No eran simples informes. Eran ecos. Ecos de conversaciones interceptadas, de informes de contrainteligencia filtrados, de picos de ansiedad biométricos recogidos por sensores durmientes en la red de Veridia. Era el pulso de una nación empezando a devorarse a sí misma por la duda.

—Informe sobre el nido familiar de los Reyes —dijo Ellis, su voz resonando en el silencio del laboratorio.

Aether proyectó una transcripción parcial, reconstruida a partir de las vibraciones captadas en los cristales de la Torre Arcadia. Era la discusión entre Leo y Elena.

> ELENA REYES: ¡...lo estás tratando como a un virus! > LEO REYES: ¡Lo estoy tratando como un soldado trata una posible amenaza!

Ellis sonrió. Era perfecto. La fe contra la lógica. El corazón contra el cerebro. Había introducido una paradoja en el corazón de su

enemigo, y la fisura ya era visible. Leo Reyes, el brillante y paranoico analista, hacía exactamente lo que ella había previsto: sospechar. Y su esposa, movida por ese sentimiento tan primitivo y predecible llamado amor familiar, se resistía. La desconfianza, una vez plantada entre dos personas que se aman, era una mala hierba más difícil de arrancar que cualquier fortaleza digital.

—El vínculo matrimonial muestra una degradación de la confianza del 32% en las últimas setenta y dos horas —informó Aether con su voz neutra—. La probabilidad de que Leo Reyes inicie una investigación no autorizada sobre su cuñado ha aumentado al 88%.

—Por supuesto que lo hará —murmuró Ellis—. Es su naturaleza. Es un perro de presa. Y yo acabo de soltarle un conejo muy extraño en su propio jardín. Déjalo que olfatee. Cuanto más escarbe, más desconfianza generará en su propio bando.

La siguiente ventana mostraba el informe del interrogatorio de Contrainteligencia. Vio la transcripción de las preguntas de la Mayor Thorne y el Teniente Smith. Vio los picos caóticos en el escáner cerebral de David cuando le mostraron la foto de Mía.

—El Protocolo PSI-7 funcionó incluso mejor de lo esperado, Directora —comentó Aether—. La disonancia cognitiva implantada es profunda. El sujeto lucha activamente contra un recuerdo falso, generando datos neurológicos que para los analistas de Kaledon son indistinguibles de los de un agente durmiente.

—Son unos carniceros con herramientas de precisión —dijo Ellis con desdén—. Ven una anomalía y lo primero que piensan es en un virus, no en que el paciente ha sido envenenado. Están tan ciegos por su propia arrogancia tecnológica que no pueden concebir una manipulación tan sutil. Creen que luchan contra los bárbaros de Valerius, cuando en realidad se enfrentan a nosotros.

Estaba saboreando el éxito de su gambito, la hermosa simplicidad con la que su plan se desarrollaba, cuando Aether marcó una nueva entrada con un discreto parpadeo ámbar.

—Alerta de variable no planificada —anunció la IA—. Se ha detectado una intervención de la Especialista Mía Soler, única superviviente de la unidad Halcón-7.

La sonrisa de Ellis se desvaneció. —¿La archivera? ¿Qué intervención?

Aether proyectó el informe. La solicitud de Mía para acceder al centro de repatriación. La transcripción de su reunión con Thorne y Smith. Sus palabras exactas.

> MÍA SOLER: Mi teoría es que el Especialista Reyes no fue una baja. Fue un objetivo de captura... Es un arma. Lo devuelven para sembrar la duda...

Ellis se quedó mirando la transcripción, sus ojos entrecerrados. Releyó la parte sobre la anomalía que Mía había encontrado. Protocolo de Estasis de Campo (CYG-7). Maldijo en voz baja. Un error. Un descuido estúpido. El equipo de extracción de Nyx debería haber purgado todos los registros del traje de Reyes. Pero en su prisa, habían dejado un fantasma digital. Un solo hilo suelto.

Y esa maldita archivera había tirado de él.

—Una soldado de asalto reconvertida en rata de biblioteca —dijo Ellis, más para sí misma que para la IA—. Y resulta que sabe leer. Qué fastidio.

—La Especialista Soler ha sido asignada como oficial de enlace de Reyes, bajo la supervisión directa de la Mayor Thorne —continuó Aether—. Su perfil psicológico indica altos niveles de lealtad a su unidad, un agudo instinto de combate y una notable aversión a la autoridad burocrática. Probabilidad de que intente contactar con Reyes para verificar su estado real: 97%. Probabilidad de que represente un obstáculo para nuestro objetivo a largo plazo: 65%, y en aumento.

Ellis se levantó y caminó por el laboratorio, rodeando la simulación del enjambre Quimera. Esto lo cambiaba todo. O, al menos, lo complicaba. Había contado con la paranoia de Leo y la ceguera de

Contrainteligencia. Había contado con el amor incondicional de Elena. No había contado con la lealtad obstinada de una soldado traumatizada con acceso a los archivos. Mía Soler no era una variable emocional. Era una variable lógica. Y las variables lógicas eran peligrosas.

Si lograba comunicarse con David, si lograba romper el condicionamiento o, peor aún, si lograba convencerlo de que ella sabía la verdad... podría desarmar la bomba psicológica antes de que detonara. Podrían empezar a buscar pruebas reales de la implicación de Cygnus. Y eso era inaceptable.

—Parece que el jardín necesita una poda inesperada —dijo Ellis con frialdad—. La Especialista Soler se ha convertido en una molestia.

—¿Nuevas directivas, Directora?

Ellis se detuvo frente a uno de los tanques de bio-suspensión, observando la forma oscura que se gestaba en su interior. Su plan original había sido dejar que la desconfianza erosionara a Kaledon lentamente, mientras ella perfeccionaba la Fase II. Pero la intervención de Mía, sumada a la predecible pero intensa investigación que Leo sin duda ya había iniciado, aceleraba las cosas. El tiempo se estaba convirtiendo en un lujo.

No podía ordenar un "accidente" para Mía. No todavía. Estaba bajo la protección directa de Thorne. Sería demasiado obvio. Pero podía aumentar la presión. Podía introducir más caos en el sistema, crear nuevas crisis que desviaran la atención de Contrainteligencia lejos de David.

Y podía recordarle a Leo Reyes que era vulnerable.

—Aether —dijo, su voz adquiriendo un filo letal—. Inicia el protocolo 'Sombra Silenciosa'. Quiero un análisis completo de las vulnerabilidades en el círculo cercano de Leo Reyes y Mía Soler. Familia, amigos, rutinas diarias. Y prepara una segunda fase para el sabotaje de infraestructuras. Algo más ruidoso que lo de Aethelred.

Algo que haga que Kaelen y sus perros de presa del Nido tengan que apagar fuegos en lugar de cazar fantasmas.

—Protocolo 'Sombra Silenciosa' iniciado. Calculando objetivos de alta probabilidad para máxima disrupción psicológica y logística.

Ellis volvió a su consola. El rostro de Mía Soler la miraba desde el informe. Una simple soldado. Una archivera. Un grano de arena en su maquinaria perfecta. Pero a veces, un solo grano de arena era suficiente para hacer que todo el engranaje se detuviera.

—No te preocupes, Especialista —susurró Ellis a la imagen—. No te mataré. Aún no. Primero, voy a hacer que desees estar muerta.

El plan seguía en marcha. El caos se extendía por Kaledon como un virus. Y aunque habían surgido complicaciones, Ellis se sentía más viva que nunca. La tregua era, después de todo, una forma de guerra mucho más divertida.

Capítulo 15: Juegos de Sombras (Leo y Elena)

Torre Arcadia, Veridia

Noviembre, 2040

La paz, para Leo, se había convertido en un ejercicio de disimulo.

Estaba sentado en el suelo del salón, construyendo una torre con bloques magnéticos de colores vivos junto a Mateo. Físicamente, estaba allí. Sus manos apilaban los cubos con precisión de ingeniero, creando arcos y contrafuertes que desafiaban la gravedad y hacían que su hijo soltara gritos de pura delicia. Pero su mente estaba a años luz de distancia, en los pasillos oscuros y fríos del Nido del Halcón, cazando fantasmas.

—Más alto, papá —dijo Mateo, su pequeña mano empujando un bloque rojo hacia la estructura.

—Más alto será, campeón —respondió Leo, su voz sonando extrañamente hueca en sus propios oídos.

Mientras añadía el bloque, su cerebro, traicionero y sobrecargado, no vio un juguete. Vio la arquitectura de una red. Cada bloque era un nodo, cada conexión magnética un protocolo de comunicación. Vio el punto débil en la base, la vulnerabilidad que, si se explotaba, haría que toda la estructura se viniera abajo. Vio la firma de Cygnus en la elegante curva de un bloque azul. Vio la sombra de Asuntos Internos cerniéndose sobre toda la construcción.

Habían pasado semanas desde que Kaelen les diera aquella advertencia velada. Semanas en las que él y Sami habían seguido tirando del hilo de Ariadna en el más absoluto secreto. Habían descubierto más "accidentes": un fallo en el sistema de navegación de un transporte que llevaba a un criptógrafo clave, un "cortocircuito" en el laboratorio de un experto en IA. Nada que pudiera probarse. Todo terriblemente conveniente para el enemigo. La red de Ellis no estaba solo activa; estaba podando el jardín de

Kaledon, eliminando a las mentes más brillantes una por una, silenciosamente, bajo el manto de la tregua.

Elena lo observaba desde la cocina, donde preparaba la merienda. Veía la tensión en los hombros de Leo, la forma en que su sonrisa no llegaba a sus ojos grises. El hombre que había vuelto del Nido no era el mismo que había entrado. La guerra le había dejado cicatrices invisibles, una paranoia que ahora se había convertido en el sistema operativo de su vida. La alegría por el regreso de David se había agriado, convirtiéndose en otra fuente de tensión entre ellos. Leo seguía convencido de que era una trampa, y aunque Elena se negaba a creerlo, la frialdad y la distancia de su hermano en las pocas y supervisadas videollamadas que les habían permitido le habían dejado un poso de inquietud.

—La torre se va a caer, Leo —dijo ella suavemente, acercándose con un vaso de zumo para Mateo.

Leo parpadeó, volviendo de golpe al presente. Miró la torre de bloques, que se inclinaba peligrosamente. —No. Solo necesita un refuerzo estructural aquí.

Con un par de movimientos rápidos, añadió dos bloques en la base, estabilizando la torre. Elena suspiró. Siempre el ingeniero. Siempre reparando, reforzando, anticipando el colapso. ¿Pero quién lo reparaba a él?

El pitido suave del intercomunicador de la puerta los interrumpió. La pantalla de la pared mostró el rostro arrugado y perpetuamente malhumorado del Señor Henderson.

—Adelante, Robert —dijo Elena, activando la apertura.

El Señor Henderson se había convertido en una presencia improbable y extrañamente reconfortante en sus vidas. Tras el infierno que vivieron juntos en la Torre Arcadia durante la guerra, Elena, sintiéndose en parte responsable por el terror que el anciano había sufrido, se había asegurado de que los servicios sociales de Tecno-Corp lo atendieran. Le ofrecieron un nuevo apartamento en

un complejo para veteranos, pero él, con una terquedad que rayaba en lo irracional, se negó a abandonar el piso 14A. "He sobrevivido a dos guerras y tres esposas en este apartamento", había gruñido. "No pienso dejar que un puñado de terroristas con mala tecnología me eche de mi casa".

Así que se quedó. Y poco a poco, la gratitud a regañadientes se transformó en una rutina. Elena lo invitaba a cenar una vez por semana. Y él, con el tiempo, empezó a aparecer por las tardes, con la excusa de que el sistema de entretenimiento de su apartamento "no sintonizaba bien el canal de noticias clásicas". La verdadera razón era Mateo. El niño, con su inocencia ajena a todo, había encontrado la grieta en la coraza del viejo cascarrabias.

—Buenas tardes —dijo Henderson al entrar, su mirada ignorando a los adultos y buscando inmediatamente al niño—. Veo que el ingeniero jefe está construyendo otra estructura ilegal sin los permisos adecuados.

Mateo soltó un gritito de alegría al verlo y corrió hacia él, abrazándose a su pierna. Henderson le dio una torpe palmadita en la cabeza.

—Hola, Robert. ¿Quieres un té? —ofreció Elena.

—Solo si no es de esa porquería de manzanilla que sabe a agua de fregar con ínfulas —respondió él, sentándose con un gemido en el sillón más cercano.

Mientras Elena iba a la cocina, Henderson observó a Leo y a Mateo. Leo había vuelto a su construcción, pero su mirada estaba perdida de nuevo.

—Pareces preocupado, muchacho —dijo Henderson de repente, su voz sorprendentemente seria—. Más de lo habitual. Y tú siempre pareces preocupado, así que eso ya es decir mucho.

Leo levantó la vista, sorprendido. A veces olvidaba que, tras esa fachada de viejo gruñón, había un hombre que había visto más guerras y más intrigas políticas que nadie en esa sala.

—Solo... cosas del trabajo, Robert. La tregua mantiene a todo el mundo en vilo.

—La tregua es una mentira que se cuentan los políticos para poder dormir por la noche —sentenció Henderson, cogiendo un bloque que Mateo le ofrecía—. Los soldados de verdad saben que una tregua solo es una pausa para limpiar los rifles y contar las balas. Y parece que el enemigo está limpiando sus rifles en nuestras propias casas.

La frase, tan simple y tan brutalmente precisa, golpeó a Leo. El anciano, sin saber nada, lo había resumido a la perfección.

En ese instante, el comunicador de la muñeca de Leo vibró. No fue la vibración estándar de un mensaje normal. Fue un pulso corto, encriptado, en el canal seguro que solo compartía con Sami. El código era inconfundible: "Minotauro". Su palabra clave para Asuntos Internos.

La expresión de Leo cambió al instante. La fachada de padre de familia se desvaneció, reemplazada por una alerta fría y absoluta. Se levantó.

—Tengo que irme —dijo, su tono repentinamente distante.

Elena apareció en la puerta de la cocina, con la tetera en la mano. —¿Irte? ¿Ahora? Leo, son las seis de la tarde. Prometiste que bañarías a Mateo.

—Ha surgido algo. Urgente. En el Nido —mintió, evitando su mirada. Sabía que ella no le creería.

—Siempre surge algo, Leo.

—Esto no puede esperar. Lo siento.

Se inclinó, le dio un beso rápido y tenso en la mejilla a Elena y revolvió el pelo de Mateo, que lo miraba con sus grandes ojos grises sin comprender.

—Pórtate bien, campeón.

Y sin más, se dirigió a la puerta y salió, dejando tras de sí un silencio cargado de palabras no dichas.

Elena se quedó mirando la puerta cerrada, sintiendo cómo el frío volvía a instalarse en su pecho. Se giró y vio a Henderson observándola, su habitual expresión gruñona reemplazada por una de genuina preocupación.

—Ese muchacho... —dijo el anciano en voz baja—. No está luchando contra Valerius, ¿verdad? Está luchando contra algo de aquí dentro. Conozco esa mirada. La he visto antes. En hombres que cazan a otros hombres en su propia ciudad.

Elena no respondió. No necesitaba hacerlo. El anciano lo había entendido todo. Se arrodilló junto a su hijo, que había empezado a derribar la torre de bloques, ajeno a la tormenta que se gestaba a su alrededor. Abrazó a su pequeño, sintiendo el latido de su corazón contra el suyo, y se preguntó cuántos bloques más tendrían que caer antes de que toda su vida se viniera abajo con ellos. La guerra no había terminado. Ni siquiera estaba en pausa. Simplemente, se había mudado a su casa.

Capítulo 16: Cicatrices Compartidas (David y Mía)

Apartamento de Reintegración Militar, Veridia

Noviembre, 2040

El amor, en tiempos de tregua, nacía en lugares extraños. No florecía en parques con vistas a la ciudad reconstruida ni en cafés con nombres poéticos. Nacía en jaulas de lujo con olor a desinfectante, entre el zumbido de los sistemas de vigilancia y el eco de los fantasmas.

Llevaban dos semanas en esa rutina. Dos semanas en las que Mía llegaba cada mañana al apartamento de reintegración de David, un espacio tan blanco e impersonal que hacía que su cubículo en los archivos pareciera el colmo de la calidez humana. Le traía noticias, comida real que conseguía en el mercado negro —porque el sintetizador del apartamento parecía tener solo dos sabores: "pasta nutritiva" y "tristeza"— y, sobre todo, le traía el único antídoto que existía contra el veneno que le habían inyectado: la verdad.

David había empezado a hablar. No mucho, pero más que los monosílabos iniciales. Habían reconstruido la emboscada en Gamma-4 docenas de veces, pieza por pieza, como dos ingenieros examinando los restos de una máquina rota. Cada vez que Mía relataba un detalle —el sonido que hizo el rifle de Kovar al sobrecalentarse, la maldición que soltó Kenzi al tropezar—, David se aferraba a ello como un hombre que se ahoga a un trozo de madera. Eran anclas. Anclas que lo mantenían en la realidad, luchando contra la marea de recuerdos falsos que Arryn y su equipo habían sembrado en su mente.

Esa mañana, el aire era diferente. Más pesado. David no había dormido. Tenía unas ojeras oscuras bajo los ojos, y una tensión en la mandíbula que Mía no había visto desde el día que lo interrogaron.

—Anoche volvieron —dijo él en voz baja, sin mirarla, mientras observaba la lluvia sintética golpear el cristal blindado de la ventana.

Mía dejó la bolsa con el desayuno sobre la mesa. —¿Quiénes volvieron, David?

—Los directores de cine —respondió él con un humor que le heló la sangre—. Los fantasmas. Arryn. Tuvo una sesión extra. Justo en mi cabeza.

Se giró para mirarla, y Mía vio el terror puro en sus ojos. —Fue sobre ti, otra vez. Me mostraron... me mostraron que te advertí. Que te dije que era una trampa y que tú no me hiciste caso. Que la muerte de todos fue... mi culpa. Por no imponerme. Por seguir tus órdenes.

La mentira era tan retorcida, tan diseñada para explotar la disciplina de un soldado y convertirla en un arma de culpa, que Mía sintió una oleada de rabia.

—Eso es basura, y lo sabes —dijo, su voz más dura de lo que pretendía.

—Mi cabeza lo sabe. Pero lo que siento... —se llevó una mano a la sien—. Es real, Mía. La culpa que me inyectan... se siente real. Es como si me estuvieran ahogando en veneno, y cada vez que respiro, trago un poco más.

Se acercó a él. Quería tocarlo, poner una mano en su hombro, ofrecerle un consuelo físico. Pero dudó. Desde su regreso, no se habían tocado más allá de lo estrictamente necesario en la fisioterapia. Había un campo de fuerza invisible alrededor de él, una barrera hecha de dolor y sospecha.

—Entonces, ahoguémoslos nosotros a ellos —dijo ella, su voz recuperando la firmeza—. Vamos a repasar lo que pasó de verdad. No la batalla. Antes. El día anterior. ¿Lo recuerdas?

Él frunció el ceño, su mente escarbando en la niebla. —Recuerdo... la marcha. El frío.

—No. Antes de eso. En el campamento base. Compartimos la última ración de café real. Te quejaste de que sabía a barro.

Una sombra de sonrisa cruzó los labios de David. —Sabía a barro. Del bueno, pero barro al fin y al cabo.

—Y hablamos —continuó Mía, acercándose un paso más—. Me contaste por qué te alistaste. Por tu hermana. Por el bebé que iba a tener. Dijiste que querías que creciera en un mundo donde no tuviera que preocuparse por los monstruos del otro lado de la frontera.

Él asintió lentamente, el recuerdo abriéndose paso a través de la estática. —Lo recuerdo. Y tú... tú me dijiste que luchabas para que tu familia en el norte pudiera seguir cultivando sus viñedos en paz.

—Y te reíste. Dijiste que no tenías ni idea de que en Kaledon todavía se cultivaba algo que no saliera de un laboratorio.

—Sigo sin estar seguro de que no me estuvieras tomando el pelo.

Por un instante, la tensión se rompió. Se miraron, y en ese momento, no eran un prisionero y su carcelera, ni dos supervivientes traumatizados. Eran solo David y Mía, dos soldados compartiendo un recuerdo de un mundo que parecía a un millón de años de distancia.

Fue entonces cuando Mía cometió el error.

Viendo esa pequeña grieta en su armadura, quiso ofrecerle una esperanza real, una frase de consuelo que ella misma se repetía en las noches más oscuras.

—Todo irá bien, David —dijo suavemente—. Solo es cuestión de perspectiva. Encontraremos la forma de superar esto.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando vio el cambio. Fue aterrador. Los ojos de David perdieron su enfoque, el atisbo de calidez se evaporó, reemplazado por un vacío helado. Su cuerpo se tensó como un cable a punto de romperse. Retrocedió un paso, su rostro una máscara de confusión y una creciente hostilidad.

—¿Perspectiva? —repitió, su voz de repente plana, sin emoción, casi como la de Arryn—. La perspectiva es una herramienta. Se puede ajustar. Calibrar.

Mía se quedó helada. La frase. Tenía que ser una de las palabras clave. Un gatillo.

—David... —empezó a decir, levantando una mano lentamente.

—El objetivo principal debe ser asegurado —continuó él, sus ojos mirando a través de ella, como si estuviera recitando un informe—. Las variables emocionales son un riesgo para la misión. Deben ser neutralizadas.

Dio un paso hacia ella. No era un movimiento amenazante, pero su calma robótica era infinitamente más peligrosa que cualquier agresión. Mía sintió un nudo de pánico. El hombre que tenía delante no era David. Era la marioneta de Ellis. El arma. Y estaba activada.

—¡David, escúchame! —dijo, su voz firme, la voz de una soldado, no de una amiga—. ¡Mírame! ¡Soy Mía!

Él parpadeó, como si intentara procesar una información contradictoria. —La Especialista Soler es una variable. Su testimonio es... inconsistente.

—¡Al diablo con mi testimonio! —exclamó ella, dando un paso hacia él, rompiendo la distancia de seguridad—. ¡Recuerda mi casco! ¡Recuerda el visor de mi casco en Gamma-4!

Él la miró, su expresión vacía.

—¡Estaba roto! —insistió ella, su voz subiendo de tono—. Una grieta lo cruzaba de lado a lado. ¡Te reíste! ¡Justo antes de la emboscada, te reíste y dijiste que parecía una telaraña y que esperabas que la araña no estuviera en casa!

La imagen. El recuerdo. Era tan específico, tan trivial, tan real. Era algo que Arryn no podía saber, algo que no podía haber retorcido. Vio cómo algo luchaba en los ojos de David. Una tormenta. El verde de la línea del escáner cerebral cobró vida en su imaginación.

—La... la araña... —murmuró él, llevándose una mano a la cabeza, como si le doliera.

—¡Sí, la araña! —dijo Mía, su voz ahora un susurro urgente—. Dijiste que era una suerte que no fuera aracnofóbico. Y yo te dije que te preocuparas menos de las arañas y más de los tanques Basilisco que nos esperaban. Y tenías razón tú. La amenaza no vino de frente. Vino por la espalda. Como una araña.

Él se estremeció violentamente, como si recibiera una descarga eléctrica. Cerró los ojos con fuerza. —¡Basta!

—No. No voy a parar —dijo ella, ahora a centímetros de él, su aliento mezclándose con el suyo—. No voy a dejar que te ganen. No después de todo lo que pasamos. No después de Kovar.

El nombre de su sargento pareció ser el golpe final. David soltó un grito ahogado y se derrumbó, cayendo de rodillas, su cuerpo sacudido por temblores. Mía se arrodilló con él, esta vez sin dudar, rodeándolo con sus brazos mientras él luchaba contra los demonios que le habían implantado.

Se quedaron así, en el suelo de la jaula blanca, durante un largo rato. Él temblando, ella sosteniéndolo, un ancla en su tormenta. Cuando finalmente los temblores cesaron, él levantó la vista. El vacío se había ido de sus ojos. En su lugar, había horror. Y una vulnerabilidad tan profunda que a Mía le rompió el corazón.

—Casi... —susurró él, su voz rota—. Casi lo consiguen. Estaba ahí. La otra voz. Diciéndome que eras una amenaza.

—Pero no lo consiguió —dijo ella suavemente—. Porque tú eres más fuerte.

Él la miró, y en sus ojos ahora había algo más. Gratitud. Confianza. Y una conexión tan intensa que era casi tangible. Vio la cicatriz en su ceja, el cansancio en sus ojos, las cicatrices que reflejaban las suyas propias. Eran dos mitades de la misma pesadilla. Y en ese momento, en el suelo de aquel apartamento estéril, se dieron cuenta de que solo juntos podían volver a estar completos.

—No puedo hacer esto solo, Mía —admitió él, su voz apenas un susurro.

—No tienes por qué hacerlo —respondió ella.

Y entonces, él hizo algo que lo cambió todo. Se inclinó hacia adelante, lentamente, dándole tiempo a reaccionar. Y la besó.

No fue un beso de pasión, sino de reconocimiento. Un beso salado por las lágrimas silenciosas que ahora corrían por las mejillas de ambos. Fue un beso que sellaba un pacto, una promesa silenciosa de luchar juntos contra las sombras, tanto las de fuera como las de dentro. Era la rendición final, no al enemigo, sino el uno al otro.

Cuando se separaron, el aire entre ellos vibraba. El hielo se había roto. Y en las grietas, algo nuevo y frágil, pero increíblemente fuerte, había comenzado a nacer. El amor, en tiempos de tregua, no era un refugio. Era un arma. Y acababan de aprender a usarla.

Capítulo 17: Ruido Blanco (Leo y Sami)

El Nido del Halcón, Veridia

Diciembre, 2040

La tregua olía a café quemado y a mentiras bien impresas. Hacía casi un mes que David Reyes había vuelto de entre los muertos, y en el Nido del Halcón, la noticia había sido procesada, archivada y oficialmente ignorada con la eficiencia de un sistema que entierra sus errores bajo capas de protocolo. Para el resto del personal, era un milagro diplomático. Para Leo y Sami, era otra variable en una ecuación que se negaba a ser resuelta.

Leo se frotaba las sienes, sintiendo el latido sordo de la falta de sueño. Él y Sami habían pasado las últimas semanas bailando en el filo de la navaja digital que Kaelen les había tendido. Su investigación "no oficial" sobre Asuntos Internos era como intentar hacerle una autopsia a un agujero negro: cada vez que se acercaban, la información simplemente desaparecía en un horizonte de sucesos de encriptación y autorizaciones clasificadas. No habían encontrado nada más. El Minotauro, como lo llamaba ahora Sami, sabía que lo estaban buscando y había borrado sus huellas.

—Cualquier idiota puede seguir un rastro de migas de pan —había dicho Sami la noche anterior, mientras compartían una ración de pasta nutritiva que sabía a cartón—. Pero nosotros estamos intentando seguir el rastro de un tipo que no solo no deja migas, sino que se come las tuyas, las de la semana pasada y probablemente las que estabas pensando dejar mañana.

La frustración era un ácido corroyendo la paciencia de Leo. Cada día que pasaba sin respuestas era un día más en que el fantasma de Cygnus podía seguir moviendo sus piezas. Y Leo sentía esas piezas moverse muy cerca de casa. La tensión con Elena era una niebla fría que llenaba el apartamento. Ella quería creer en el milagro de su

hermano; él no podía permitirse ese lujo. Cada conversación era un campo de minas.

Fue una mañana de jueves cuando la siguiente pieza cayó del tablero.

No hubo una alerta de nivel ámbar. No hubo un informe clasificado. La noticia llegó como llegaban ahora los verdaderos ataques: disfrazada de normalidad, a través de los canales de noticias civiles que todo el mundo veía.

La presentadora holográfica de Kaledon Global, con su sonrisa imperturbable, hablaba de las "continuas mejoras en la red de transporte público" cuando su rostro fue reemplazado por una conexión en directo. La imagen mostraba el caos. Humo, luces de emergencia, equipos de rescate corriendo. El titular parpadeaba en la parte inferior de la pantalla: "FALLO CATASTRÓFICO EN LA LÍNEA 7 DEL METRO-LOOP. MÚLTIPLES VÍCTIMAS."

Leo se quedó helado. La Línea 7. La arteria principal que conectaba el distrito financiero con los complejos de investigación de Tecno-Corp en la periferia.

—Sami, ¿estás viendo esto? —dijo por el canal privado.

—Lo estoy viendo —respondió la voz tensa de Sami—. Un "fallo catastrófico". Justo en la hora punta de los cerebritos. Qué casualidad.

La versión oficial no tardó en llegar. Un pulso electromagnético residual, probablemente de una de las armas usadas en la guerra, había sido amplificado por la geología única de los túneles subterráneos, provocando un fallo en cascada en los sistemas de guiado de una de las cápsulas. La cápsula, viajando a casi quinientos kilómetros por hora, había descarrilado, chocando contra un pilar de soporte y provocando un incendio. Veintisiete muertos. Más de cincuenta heridos. Una tragedia. Un lamentable accidente.

—Pamplinas —masculló Leo—. Un pulso residual no provoca un fallo así. Los sistemas del Metro-Loop están blindados para resistir

una llamarada solar directa.

—Lo sé —dijo Sami—. Y el informe de daños ya está clasificado como Nivel 3. No podemos tocarlo sin levantar todas las alarmas del edificio. Kaelen nos colgaría de las antenas de comunicación.

—No necesitamos tocar el informe de daños —replicó Leo, su mente ya trabajando, buscando un ángulo, una puerta trasera—. Necesitamos mejorar la seguridad.

Sami guardó silencio, esperando.

—Oráculo —dijo Leo, su voz tranquila, dirigiéndose a la IA a través de su consola—. Inicia una nueva simulación de alta prioridad. Título: "Protocolo de Mejora de Seguridad Proactiva para la Red de Metro-Loop de Veridia". Objetivo: Analizar la secuencia de fallos del incidente de la Línea 7 para desarrollar nuevos algoritmos de prevención de colisiones. Importa todos los datos brutos del incidente como base para la simulación. Autorización Reyes, Nivel Analista Senior.

Era una jugada audaz. No estaba pidiendo los archivos clasificados. Estaba iniciando un proyecto de "mejora de la seguridad", algo que entraba perfectamente dentro de sus competencias. Y para ese proyecto, necesitaba los datos. Todos los datos.

Vio cómo el sistema procesaba la orden. Durante un tenso segundo, pensó que alguna alarma saltaría, que Kaelen o, peor aún, Asuntos Internos, bloquearían la solicitud. Pero la luz verde parpadeó. Acceso concedido. Los terabytes de datos brutos del accidente empezaron a fluir hacia un entorno de simulación seguro que solo él y Sami controlaban.

—Eres un bastardo con suerte —susurró Sami por el canal—. Ha colado.

—La burocracia es un arma de doble filo, amigo mío. Solo hay que saber por dónde empuñarla —respondió Leo—. Manos a la obra. Filtra todo lo que no sea el estado de la cápsula 34B, la que se estrelló. Quiero ver su telemetría, milisegundo a milisegundo.

Se sumergieron en el océano de datos. Era un trabajo meticuloso, como buscar una molécula específica en un océano. Pero esta vez, sabían qué buscar. No buscaban un virus. Buscaban una sombra.

Pasaron horas. El Nido del Halcón zumbaba a su alrededor con la rutina de la tregua, pero en su rincón, la guerra silenciosa se había reanudado.

—Lo tengo —dijo Sami finalmente, su voz apenas un susurro—. Leo, tienes que ver esto.

En la pantalla compartida, Sami proyectó la telemetría del sistema de guiado de la cápsula 34B. Mostraba una línea de tiempo. En el milisegundo 14:32:07, todo era normal. En el 14:32:09, el sistema fallaba y la cápsula se estrellaba. Pero en el medio, en el 14:32:08, había algo.

—No hay un pulso electromagnético externo —dijo Sami, señalando los sensores—. Pero mira esto. El sistema de energía interno de la cápsula. Registró un pico de energía. Minúsculo. Un nanosegundo. Pero no fue una sobrecarga. Fue... una descarga. Como si algo hubiera absorbido una cantidad precisa de energía del sistema de guiado en un instante.

—Lo suficiente para que el sistema se reiniciara —completó Leo, su mente corriendo—. Un reinicio de un segundo a quinientos kilómetros por hora...

—...y te conviertes en una mancha en la pared del túnel —terminó Sami.

No fue un ataque. Fue un asesinato. Un asesinato perfecto, disfrazado de ruido blanco, de un fallo del sistema. No habían atacado la red. Habían atacado una sola cápsula.

—¿Quién iba en esa cápsula, Sami? —preguntó Leo, aunque ya temía la respuesta.

Sami abrió la lista de pasajeros. Nombres. Civiles. Técnicos de Tecno-Corp. Y uno que hizo que a Leo se le helara la sangre.

—Doctora Elara Vance —leyó Sami en voz baja—. La jefa de la división de criptografía cuántica de Tecno-Corp. La única persona en Kaledon, aparte de ti y de mí, que podría haber tenido una remota posibilidad de romper la encriptación de la firma que encontramos en el reactor de Aethelred.

El aire pareció escaparse de los pulmones de Leo. No era una coincidencia. Era una limpieza. Estaban eliminando a cualquiera que pudiera seguir su rastro. Primero Watson, el experto en defensa. Ahora Vance, la experta en descifrado.

—Están barriendo el tablero, Sami. Están eliminando todas las piezas que podrían detenerlos.

—Y nosotros somos las siguientes piezas, Leo. Estamos en la cima de su lista, te lo aseguro.

Leo se quedó mirando la lista de muertos, el rostro sonriente de la Doctora Vance en su archivo. Otra mente brillante apagada. Otra vida sacrificada en el altar de la guerra silenciosa de Ellis.

Y entonces, una nueva y terrible comprensión lo golpeó.

—No, Sami —dijo lentamente, su voz helada—. No somos los siguientes.

—¿De qué hablas? ¡Claro que sí!

—No. Somos demasiado obvios. Matarnos a nosotros ahora, después de Watson y Vance, sería como firmar una confesión. Ellos son más sutiles. No van a por los soldados. Van a por lo que los soldados protegen.

Sami lo miró, sin comprender.

—No van a por mí, Sami —dijo Leo, el terror apoderándose de él—. Van a por Elena. Y van a por mi hijo.

La verdad, desnuda y brutal, cayó sobre él. Todos los incidentes —el dron, los asesinatos— no eran solo para debilitar a Kaledon. Eran para aislarlo a él. Para aterrorizar a su familia. Para hacerlos

vulnerables. Y si sabían de la existencia del paquete, entonces Elena no era solo un objetivo secundario. Era el principal.

—Tengo que volver a casa —dijo, levantándose de golpe.

—Leo, espera, no puedes...

Pero Leo ya estaba corriendo por los pasillos del Nido, su mente una tormenta de pánico y cálculos. La guerra no iba a llegar a su puerta. Ya estaba dentro. Y él la había dejado entrar, demasiado ciego por la caza de fantasmas en la máquina para ver a los lobos que rodeaban su hogar.

Capítulo 18: El Juguete Imposible (Elena)

Torre Arcadia, Veridia

Enero, 2041

La normalidad era una fortaleza que Elena defendía cada día con la tenacidad de un soldado de primera línea. Sus armas eran las rutinas: el desayuno a las ocho en punto, el paseo por los parques elevados si los niveles de alerta lo permitían, la nana que le cantaba a Mateo cada noche. Eran defensas frágiles contra el asedio silencioso de la paranoia de Leo y el peso del secreto que ella guardaba, pero eran las únicas que tenía.

Aquella tarde de enero, la fortaleza estuvo a punto de caer.

Leo le había regalado a Mateo un nuevo juguete. Por supuesto, no era un simple sonajero o un osito de peluche. Era un "Constructor Molecular Adaptativo", o como lo llamaba la caja con letras holográficas brillantes, el "Crea-Mundos Junior". Consistía en una docena de esferas de un material gelatinoso que cambiaban de forma y color, y que debían ser conectadas en una secuencia específica para formar estructuras estables. Según el manual, que parecía más un tratado de ingeniería que unas instrucciones, el juguete "fomentaba la comprensión intuitiva de la física cuántica no-lineal en mentes jóvenes". Elena estaba bastante segura de que lo único que fomentaba era la frustración en mentes adultas. Lo había intentado una noche, después de que Mateo se durmiera, y no había conseguido pasar del primer nivel, que se suponía que era un simple cubo. Las esferas se negaban a conectar, colapsando en un charco gelatinoso y deprimente.

—Leo, esto es ridículo —le había dicho—. Mateo tiene dos años. Su mayor logro de ingeniería hasta la fecha ha sido meterse un bloque de construcción en la nariz. No va a descifrar los secretos del universo con un moco de diseño.

—El manual dice que es para edades de dos a doce —había replicado él, completamente en serio—. Nunca es demasiado pronto para estimular la neuroplasticidad.

Elena había puesto los ojos en blanco y había guardado el "Crea-Mundos" en un estante alto, junto a otros regalos absurdamente complejos de Leo. Era mejor que Mateo se centrara en objetivos más realistas, como no usar el sofá como un lienzo para su puré de frutas.

Esa tarde, mientras Leo estaba encerrado en su estudio, probablemente salvando a Kaledon de una invasión de tostadoras asesinas, Elena estaba en la cocina intentando negociar con el sintetizador de alimentos para que produjera algo que no tuviera la textura del caucho. Mateo jugaba tranquilamente en el salón. De repente, la interfaz de la pared parpadeó, mostrando una compleja secuencia de diagnóstico que Elena nunca había visto, antes de volver a la normalidad. —Control, informa de la última anomalía del sistema —dijo Elena, frunciendo el ceño. —No se han detectado anomalías, ciudadana Reyes —respondió la IA doméstica. Elena suspiró. "Otro fallo por la inestabilidad de la red", pensó, volviendo a su tarea. No vio cómo, en el salón, Mateo apartaba su dedito de una tableta de datos olvidada en el suelo, aburrido de repente. El silencio del niño era, como siempre, el sonido más alarmante del universo conocido.

Elena se asomó. Y se quedó helada.

Mateo no estaba pintando las paredes ni intentando darle el biberón al dron de limpieza. Estaba sentado en el suelo, rodeado por las esferas del "Crea-Mundos". De alguna manera, había logrado bajar la caja del estante. Pero eso no fue lo que le robó el aliento a Elena.

Frente a él, flotando a un centímetro del suelo y emitiendo un suave resplandor azulado, había una estructura perfecta. Las doce esferas estaban conectadas, formando una doble hélice compleja y

elegante, una molécula de luz y gelatina que giraba lentamente sobre su eje.

Era el nivel final del juguete. El nivel "Genio".

Elena se acercó despacio, como si se acercara a un animal salvaje. Sus ojos iban de la estructura flotante al rostro de su hijo. Mateo no parecía sorprendido ni orgulloso. Simplemente observaba la hélice con una calma y una concentración impropias de su edad, sus ojos grises reflejando la luz azul, aunque Elena notó que respiraba un poco agitado y tenía las mejillas sonrojadas, como si hubiera estado corriendo. Luego, extendió su manita con un gesto casi lánguido, tocó una de las esferas, y toda la estructura se disolvió en un instante, volviendo a ser doce esferas inertes en el suelo. Mateo parpadeó rápidamente, frotándose los ojos con el dorso de la mano y soltó un pequeño bostezo, luciendo repentinamente pálido y agotado.

El corazón de Elena latía con una fuerza desbocada. Se arrodilló, cogió el manual de la caja y buscó la imagen de la doble hélice. Allí estaba, bajo el título: "Desafío Final: La Molécula de la Vida. Tiempo estimado de resolución para un adulto con altas capacidades: 4 horas".

—¿Mateo... cariño... ¿cómo... cómo has hecho eso? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Mateo la miró, sus ojos un poco desenfocados por un instante, y luego soltó una risita que sonó más nerviosa que divertida, casi confusa. Se encogió de hombros, un gesto impropio en él. Señaló las esferas, pero su mano tembló ligeramente y dijo una de las palabras que dominaba con claridad:

—Más. Aunque su tono carecía de la energía habitual.

Elena sintió un escalofrío. Esto no era normal. No era la precocidad de un niño listo. Era... otra cosa. Algo imposible. Su mente, entrenada para buscar explicaciones lógicas, se quedó en blanco. ¿Una casualidad? ¿Un fallo del juguete que lo montó solo?

Cogió las esferas. Estaban frías e inertes. Intentó conectarlas, siguiendo el diagrama del manual. Fracasó estrepitosamente. Lo intentó de nuevo. Nada.

—¡Leo! —gritó, su voz más aguda de lo que pretendía—. ¡Leo, ven aquí! ¡Ahora!

Leo apareció en la puerta del estudio, su rostro una máscara de alarma. —¿Qué pasa? ¿Estáis bien?

—Mira esto —dijo Elena, señalando las esferas en el suelo—. Mateo... él... ha montado la figura final. La doble hélice.

Leo frunció el ceño, su mirada pasando de las esferas a Mateo y luego a ella. La alarma en su rostro fue reemplazada por una condescendencia cariñosa.

—Ah. ¿Lo has resuelto tú? Sabía que podías. Solo necesitabas un poco de paz y tranquilidad.

—¡No, Leo, yo no! —insistió Elena, la frustración creciendo en su voz—. ¡Ha sido él! ¡Mateo! ¡Lo vi con mis propios ojos! Estaba aquí, flotando y brillando.

La incredulidad en el rostro de Leo era palpable. Se agachó y revolvió el pelo de Mateo. —¿Tú has construido una estructura de tensegridad cuántica, campeón? ¿Seguro que no has sido tú, El? A veces, el magnetismo residual puede hacer que las piezas encajen solas si se agitan de la forma correcta.

—¡No se agitaron, Leo! ¡Estaba perfecta! ¡Y duró casi un minuto!

Viendo la angustia genuina en su rostro, la expresión de Leo se volvió más seria. Cogió una de las esferas y la examinó. Luego, sacó su comunicador de muñeca y lo pasó por encima de las demás, ejecutando un diagnóstico rápido.

—No hay fallos registrados en el juguete —dijo, su tono ahora puramente analítico—. El sistema de autoensamblaje de emergencia no se ha activado.

—Te lo estoy diciendo, fue él.

Leo se quedó pensativo por un momento. Luego, miró a Mateo. —De acuerdo. Vamos a hacer una prueba.

Cogió las doce esferas y las colocó en el centro de la alfombra. Luego, proyectó desde su comunicador la imagen holográfica de una estructura simple del manual: una pirámide.

—A ver, campeón —dijo, su voz suave, como si hablara con una de sus IAs—. ¿Puedes hacer esto?

Mateo miró la pirámide holográfica, luego las esferas. Gateó hacia ellas. Cogió una. Luego otra. Sus movimientos no eran los de un niño apilando bloques al azar. Eran deliberados, pero Elena notó la concentración casi dolorosa en su pequeño rostro, el ceño fruncido, la punta de la lengua asomando entre sus labios por el esfuerzo. Conectó tres esferas para formar la base. Luego, añadió las demás, construyendo hacia arriba. Sus manitas se movían con precisión, pero también con una lentitud que sugería un gran gasto de energía. En menos de un minuto, una pirámide perfecta, aunque algo temblorosa, estaba de pie en el suelo.

Justo al colocar la última esfera, Mateo se dejó caer hacia atrás, sentándose de golpe sobre la alfombra, respirando agitadamente y cerrando los ojos por un instante, como si necesitara recuperarse.

El silencio en la sala fue absoluto.

Leo se arrodilló lentamente junto a la pirámide, su rostro una mezcla indescifrable de asombro y una profunda, profunda inquietud. Intercambió una mirada cargada de preocupación con Elena antes de pasar su comunicador sobre la estructura.

—Estabilidad estructural: 92% —murmuró, leyendo los datos—. Conexiones de polaridad correctas. Probabilidad de que esto ocurra por azar...

Tecleó algo en su comunicador. Elena vio cómo los números corrían en la pequeña pantalla.

—...es de una entre setecientos millones —terminó, su voz apenas un susurro.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Elena. La discusión de la noche anterior, la paranoia, la desconfianza... todo eso pareció trivial, insignificante, ante lo que acababan de presenciar. El peligro que Leo tanto temía no era solo un dron espía o un asesino en la sombra. Quizás era algo mucho más cercano. Algo que vivía bajo su propio techo.

—¿Cómo es posible, Leo? —preguntó Elena, el miedo volviendo a atenazarla.

Leo no respondió. Se quedó mirando a su hijo, que ahora había perdido el interés en la pirámide y estaba intentando meterse una de las esferas en la boca. Lo cogió en brazos, abrazándolo con una fuerza que era a la vez protectora y casi temerosa.

—No lo sé, El —dijo finalmente, su voz grave—. Pero voy a averiguarlo.

Elena lo vio mirar a su hijo, no como un padre mira a su niño, sino como un analista mira una anomalía. Una variable desconocida en la ecuación más importante de su vida. Y supo, con una certeza que le heló el alma, que la normalidad que tanto se había esforzado por defender ya no era una fortaleza. Era una ruina. Y ellos estaban de pie en medio de los escombros.

Capítulo 19: El Cebo (David)

Base Aérea de Veridia, Centro de Interrogatorios de Contrainteligencia

Enero, 2041

El silencio en la sala blanca era un arma. David lo había aprendido a la fuerza. Era un silencio diseñado para quebrar, para hacer que el prisionero llenara el vacío con sus propios miedos, sus propias dudas, sus propias confesiones. Llevaba casi dos meses en esa jaula estéril, y el silencio era su compañero más constante.

Sus días eran una rutina monótona y agotadora. Fisioterapia por la mañana, donde sus músculos protestaban con cada movimiento, recordándole la atrofia de casi dos años de sueño forzado. Comidas nutritivas, pero sin alma por la tarde. Y las sesiones. Las interminables sesiones con la Mayor Thorne y el Teniente Smith.

Habían dejado de usar el escáner cerebral directo. David había aprendido a controlarlo, a construir muros mentales, a aferrarse a la verdad que Mía le había devuelto. Ahora, usaban una táctica diferente, más sutil y, en cierto modo, más cruel. Jugaban con su memoria, mostrándole imágenes, reproduciendo sonidos, obligándolo a revivir fragmentos de su vida mientras monitorizaban cada micro expresión, cada cambio en su ritmo cardíaco. Buscaban una grieta.

—Repasemos su cautiverio, Especialista —dijo Thorne una tarde, su voz tan plana como siempre.

En la pared blanca apareció una imagen. Era una reconstrucción digital de la celda donde lo habían tenido. Una cama, una mesa, paredes sin fisuras.

—Pasó casi dos años allí. ¿Qué hacía para no volverse loco? —preguntó Smith, con su habitual tono de desprecio.

—Pensaba —respondió David.

—¿En qué? ¿En cómo traicionar a Kaledon? ¿En el dinero que le pagarían sus nuevos amigos de Cygnus?

David lo ignoró. —Pensaba en mi hermana. En mi unidad. En volver a casa.

—Conmovedor —dijo Smith.

Thorne intervino, su mirada analítica fija en él. —El informe médico de su liberación indica una notable regeneración celular. Sus heridas, incluido el impacto de energía en el pecho, sanaron con una velocidad que nuestros médicos consideran... anómala. ¿Le administraron algún tratamiento experimental?

David dudó. Recordaba las inyecciones del Doctor Arryn, el gel regenerativo que le aplicaban. Recordaba la sensación extraña, el calor antinatural en sus tejidos.

—No lo sé. Me daban medicación. No me decían que era.

—¿Y no preguntó? ¿Un soldado entrenado, un especialista en tecnología, y no sintió curiosidad por lo que le metían en el cuerpo? —presionó Smith.

—Estaba más preocupado por sobrevivir que por leer la etiqueta de los ingredientes, Teniente.

Thorne hizo un gesto, y la imagen de la celda fue reemplazada por esquemas técnicos. Eran diagramas de los drones Quimera, los que David había visto en la base secreta de Nyx.

—¿Reconoce esto, Especialista? —preguntó Thorne.

David sintió un escalofrío al ver las formas biomecánicas. Pero su rostro permaneció impasible. Negó con la cabeza. —Nunca lo había visto.

Era una mentira. Una mentira necesaria. Sabía que Kaledon ya tenía información sobre la alianza Cygnus-Valerius y sobre las armas Quimera, probablemente gracias al testimonio de Mía. Pero si él

confirmaba saber demasiado, si revelaba la profundidad de lo que había visto en la base secreta, solo reforzaría sus sospechas. Pensarían que era desinformación implantada, parte del engaño de Ellis. No podía darles la verdad completa, no así. Necesitaba que ellos mismos la buscaran. Necesitaba darles una pista que solo él pudiera tener, una que no pudieran atribuir a un lavado de cerebro.

Tenía que esperar. Tenía que encontrar la forma de que le creyeran. Necesitaba una prueba. Una pieza de inteligencia tan específica, tan imposible de conocer para un simple prisionero, que no tuvieran más remedio que escucharle.

Y creía tenerla.

Durante sus últimas semanas de cautiverio, mientras recuperaba la movilidad, había logrado algo que sus captores no previeron. Había escuchado. Las conversaciones de los guardias, de los técnicos. Fragmentos de información que, para ellos, eran triviales, pero que él almacenaba y conectaba en el silencio de su celda. Y había oído hablar de "la Sombra del Fénix".

Nadie sabía exactamente qué era. Un nombre en clave. Un proyecto ultra-secreto de Valerius, incluso más secreto que Quimera. Había oído a dos técnicos discutir sobre sus "emisiones de neutrinos anómalas" y su ubicación, en un complejo subterráneo bajo el Desierto de Sal de Valerius, un lugar que Kaledon creía que era una simple mina abandonada. Era su única carta. Su única oportunidad de demostrar su valor y su lealtad.

La sesión terminó como siempre, sin conclusiones. Lo escoltaron de vuelta a su jaula de lujo. Mía lo esperaba, sentada en el sillón, con su habitual tableta de datos. La presencia de ella era lo único que lo mantenía cuerdo.

—¿Otro día divertido en la oficina? —preguntó ella, su tono ligero ocultando la preocupación en sus ojos.

—El encanto de siempre —respondió él, sentándose en el sofá—. Hoy hemos hablado de mis vacaciones de dos años en un balneario

de Valerius. Al parecer, no les convence mi reseña de cinco estrellas.

Mía sonrió, pero la sonrisa no duró. —Thorne está bajo presión, David. El Alto Mando quiere respuestas. Y Smith... Smith quiere tu cabeza en una pica.

—Lo sé. Creen que soy una bomba de relojería. Y lo peor es que... a veces, yo también lo creo.

Ella dejó la tableta y se acercó, sentándose a su lado. —Ya hemos hablado de esto. Lo que te hicieron no eres tú. Es una cicatriz. Y las cicatrices se curan.

—Algunas cicatrices no se ven, Mía.

Se quedaron en silencio, la tensión llenando el espacio entre ellos.

—Tengo que salir de aquí —dijo él finalmente—. No puedo demostrarles nada encerrado en este apartamento. Necesito acceso a una terminal segura. Necesito hablar con alguien que escuche.

—¿Con quién? ¿Tu cuñado? ¿Leo Reyes? —preguntó ella.

David negó con la cabeza. —No. Aún no. Leo es demasiado listo. Su paranoia lo haría sospechar de mí más que nadie. Y no quiero arrastrar a Elena a esto hasta que sea seguro. Necesito a alguien por encima de Thorne. Alguien que vea el panorama general. Necesito hablar con Kaelen.

Mía lo miró como si se hubiera vuelto loco. —¿Kaelen? ¿El jefe del Nido del Halcón? David, eso es imposible. Es una de las personas más protegidas de Kaledon. No puedes simplemente pedir una cita con él.

—No si voy por los canales oficiales. Pero si le ofrezco algo que no puede rechazar...

Le contó su plan. La información sobre la Sombra del Fénix. La ubicación. Las emisiones de neutrinos. Era un cebo. Un cebo para atraer la atención del pez más gordo del estanque.

Mía lo escuchó, sus ojos muy abiertos. —¿Estás seguro de esto, David? Si te equivocas, si la información es falsa, una trampa que te han tendido...

—No es una trampa —dijo él con una convicción que sorprendió incluso a sí mismo—. Es real. Lo sé. Es la única pieza de verdad que logré sacar de ese infierno.

Ella lo estudió durante un largo momento, sopesando los riesgos. Luego, asintió lentamente. —De acuerdo. Te ayudaré a enviar el mensaje.

Usando la terminal de Mía, que como oficial de enlace tenía un acceso ligeramente menos restringido, redactaron un mensaje. No iba dirigido a Kaelen directamente, sino a la bandeja de entrada de alertas de alta prioridad de Oráculo, la IA del Nido. Era la única forma de asegurarse de que el mensaje llegara a la cima sin ser interceptado por mandos intermedios como Thorne o Smith.

El mensaje era corto y críptico:

DE: Repatriado D. Reyes (vía Espec. M. Soler) PARA: Supervisión Nivel Platino (Kaelen) ASUNTO: Oportunidad Estratégica - Verificación Urgente "La Sombra del Fénix canta una canción de neutrinos en el Desierto de Sal. Escuchen antes de que sea demasiado tarde."

—"Canta una canción de neutrinos". ¿En serio? —dijo Mía, arqueando una ceja—. Suena a la contraseña de un club de poesía gótica.

—Tiene que ser lo suficientemente extraño para que Oráculo lo marque como una anomalía y lo suficientemente específico para que Kaelen entienda que no es un farol —explicó David—. Es una apuesta.

Pulsaron "Enviar". El mensaje desapareció en la red, un pequeño bote de papel lanzado a un océano digital.

Ahora, solo podían esperar. Esperar a ver si el pez gordo mordía el anzuelo. O si los tiburones que ya daban vueltas a su alrededor decidían devorarlos primero. La partida de ajedrez había comenzado. Y David acababa de mover su única pieza.

Capítulo 20: El Olor a Verdad (Elena y Clara)

Hospital Central de Veridia

Febrero, 2041

La Torre Arcadia se había convertido en la jaula más bonita del mundo.

Era una prisión de cristal y aire purificado, con barrotes de protocolos de seguridad y un carcelero que la amaba con una devoción paranoica. Cada día, Elena sentía cómo las paredes invisibles que Leo erigía a su alrededor se estrechaban un poco más. El "Protocolo Nido", como él lo llamaba ahora, era una obra maestra de la opresión doméstica. Los sensores de microvibración en las ventanas eran tan sensibles que una vez se activaron porque un pájaro con sobrepeso decidió posarse en la barandilla. El analizador de espectro del aire ahora tenía un perfil para el aliento de Mateo, y una vez activó una alerta amarilla porque el niño había comido judías. Y la IA doméstica, que antes respondía a "Laika", ahora solo respondía a "Control", y su voz había adquirido un tono de sargento de instrucción con un máster en pasivo-agresividad.

Elena se estaba asfixiando. Amaba a Leo, pero el hombre que ahora patrullaba su salón, revisando logs de seguridad en lugar de leerle un cuento a su hijo, era un extraño con el rostro de su marido. La guerra no solo le había dejado cicatrices; le había arrancado una parte del alma y la había reemplazado por un algoritmo de evaluación de amenazas.

La necesidad de escapar, de respirar aire que no hubiera sido analizado tres veces, de hacer algo que no fuera esquivar las sospechas de Leo o preocuparse por el secreto que ardía tras el panel de la cocina, se convirtió en un hambre voraz. Necesitaba volver a ser Elena, la enfermera. No solo la madre de Mateo o la esposa del paranoico más brillante de Kaledon.

—Quiero volver al trabajo —dijo una noche, después de acostar a Mateo.

Leo levantó la vista de su consola, donde estaba analizando los patrones de vuelo de los drones de reparto en un radio de cinco kilómetros alrededor de la torre. La miró como si acabara de anunciar que quería criar dragones en el balcón.

—¿Al trabajo? ¿Al hospital? —dijo, su tono una mezcla de incredulidad y desaprobación—. El, es el lugar menos seguro de la ciudad después del Cuartel General de Logística. Un nido de gérmenes, de gente desesperada y con una seguridad perimetral que es un chiste.

—Es mi trabajo, Leo. Soy enfermera. Y me estoy volviendo loca aquí dentro. Necesito... necesito sentirme útil. Hacer algo.

—Eres útil. Estás criando a nuestro hijo.

—¡Y quiero seguir haciéndolo! Pero no puedo hacerlo si me convierto en un fantasma que deambula por un apartamento de lujo. Necesito volver a sentir el pulso del mundo, aunque sea un pulso débil y enfermo.

La discusión fue larga y tensa. Leo esgrimió todos los argumentos lógicos: el riesgo, la exposición, la seguridad de Mateo. Elena contraatacó con la única arma que él no podía analizar: la emoción cruda y desesperada. Le habló de la necesidad de su alma, del vacío que sentía, de cómo la jaula dorada estaba empezando a oxidarse.

Al final, exhausto y superado, cedió. Con condiciones, por supuesto. Un turno a tiempo parcial, solo dos días a la semana. En el ala de pediatría de bajo riesgo, nada de urgencias. Con un comunicador de emergencia con enlace directo al Nido. Y con un dron de vigilancia personal que la seguiría a una distancia discreta. Elena aceptó todo, sabiendo que negociaría los detalles más tarde. Había ganado la batalla principal. Iba a salir de la jaula.

Una semana después, se puso su viejo uniforme de enfermera. Le quedaba un poco más ajustado en algunos sitios y un poco más

holgado en otros. Su cuerpo, como su vida, había cambiado de forma. Al entrar en el vestíbulo del Hospital Central de Veridia, el olor la golpeó como un viejo amigo. Una mezcla de antiséptico, fluidos corporales y ese indefinible aroma a sufrimiento y esperanza. Olía a verdad.

El hospital era una sombra de lo que fue. Los pasillos, antes impecables y silenciosos, ahora estaban abarrotados y ruidosos. Había camillas en los corredores, personal corriendo de un lado a otro, y las paredes, aunque limpias, mostraban grietas finas, cicatrices del bombardeo que nunca habían sido completamente reparadas. La tregua había traído paz, pero no prosperidad. Los recursos eran escasos, y se notaba.

Encontró a Clara en la cafetería del personal, que ahora servía un café que sabía a metal, mucho peor que el de cualquier máquina de hospital. Clara estaba sentada sola en una mesa, con la mirada perdida en el fondo de su vaso, sus hombros caídos por el peso de un turno de doce horas. Parecía más delgada, más dura, pero sus ojos se iluminaron con una alegría genuina al ver a Elena.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, levantándose para abrazarla —. ¡Has vuelto! ¡Pensé que tu marido te había encerrado en esa torre para siempre!

—Casi lo consigue —respondió Elena, devolviéndole el abrazo con fuerza—. Pero se me estaban empezando a atrofiar las ganas de vivir.

Se sentaron, y por un momento, fue como si el tiempo no hubiera pasado. Hablaron de todo y de nada. De lo rápido que crecía Mateo. De lo insoportable que se había vuelto el nuevo jefe de cirugía. De la última holoserie que ambas estaban demasiado cansadas para ver.

—¿Cómo está todo por aquí de verdad, Clara? —preguntó Elena finalmente, su tono volviéndose más serio.

Clara suspiró, removiendo su café con una cucharilla. —Es... complicado. Oficialmente, estamos "en fase de recuperación".

Extraoficialmente, estamos haciendo milagros con tiritas y buenas intenciones. Faltan medicamentos, los equipos más avanzados siguen sin ser reemplazados desde la guerra, y tenemos una lista de espera para cirugías no urgentes que llega hasta el próximo cometa Halley. Pero oye, al menos ya no nos caen bombas encima. Hay que ver el lado positivo.

—¿Y la gente? ¿Los pacientes?

—Los de siempre. Y los nuevos. Los fantasmas de la guerra —dijo Clara, su mirada oscureciéndose—. Tenemos un ala entera para los "síndromes post-conflicto". Soldados con miembros fantasma que duelen de verdad. Civiles con terrores nocturnos que no se van con pastillas. Y los niños... los niños son lo peor.

Elena sintió un nudo en el estómago. —¿Qué les pasa a los niños?

—Muchos de los que estuvieron en las zonas bombardeadas... tienen secuelas. Problemas respiratorios por el polvo, trastornos de estrés... y cosas más raras. Pesadillas, dibujos extraños... algunos dicen que ven "sombras". Los psicólogos lo llaman trauma colectivo. Yo lo llamo un infierno.

La conversación fue interrumpida por el comunicador de Clara. —Tengo que irme. Un ingreso en la UCI. Un veterano de la defensa de la Fortaleza Kael. Sus pulmones se están rindiendo.

Se levantó, pero antes de irse, puso una mano sobre la de Elena. —Me alegro de que hayas vuelto, El. De verdad. Este lugar te necesita. Y yo también.

Elena vio cómo se alejaba, una figura cansada pero indomable, y sintió una oleada de admiración y un profundo sentido de pertenencia. Este era su mundo. Esta era su gente.

Su primer turno en pediatría fue un torbellino de caras pequeñas, llantos y la infinita paciencia que se requiere para convencer a un niño de cuatro años de que tomar un jarabe no es el fin del mundo. Era agotador, caótico y maravilloso. Se sentía viva de nuevo.

Al final de su turno, estaba tratando a su última paciente. Una niña de unos ocho años llamada Lía, con unos grandes ojos oscuros y un silencio que no era propio de su edad. Estaba allí por una revisión de sus implantes auditivos, dañados en una explosión.

Mientras Elena calibraba el dispositivo, Lía la observaba.

—Tú eres la mamá del niño especial, ¿verdad? —dijo la niña de repente, su voz un susurro.

Elena se sorprendió. —¿Qué niño especial?

—El de la torre. El que juega con las luces.

Elena sintió un escalofrío. —¿Qué luces, cariño?

—Las luces que nadie más ve —respondió Lía, como si fuera lo más obvio del mundo—. A veces, cuando miro hacia la Torre Arcadia desde mi ventana, veo las luces jugar en vuestro piso. No son como las luces normales. Son... diferentes. Como estrellas pequeñas que danzan.

Elena se quedó sin palabras. Las luces. El "Crea-Mundos". El juguete que había vuelto a guardar bajo llave. ¿Cómo podía saberlo la niña? ¿Era la imaginación de una niña traumatizada? ¿O había visto algo real?

—¿De qué color son las luces, Lía? —preguntó, su voz apenas un hilo.

—Azules —respondió la niña sin dudar—. Como los ojos de los cisnes en los hololibros.

Elena terminó la revisión, sus manos moviéndose en piloto automático. Se despidió de Lía y su madre, su mente corriendo a toda velocidad. Al salir del hospital, el aire frío de la noche la golpeó. Miró hacia el cielo, hacia la silueta imponente de la Torre Arcadia. Su hogar. Su jaula. Y ahora, un faro que emitía señales que solo una niña con los oídos rotos parecía ser capaz de ver.

La habilidad de Mateo no era un incidente aislado. Era algo que se manifestaba, que dejaba un rastro. Y si una niña podía verlo desde la distancia, ¿quién más podría estar mirando? ¿Quién más podría estar interesado en las "estrellas pequeñas que danzan"?

La necesidad de hacer algo útil la había llevado de vuelta al hospital. Pero al salir, se dio cuenta de que acababa de encontrar una razón mucho más poderosa y aterradora para actuar. No se trataba solo de proteger a Mateo del mundo. Se trataba de proteger al mundo de lo que Mateo podría llegar a ser. Y la clave para ello, para bien o para mal, seguía oculta en la oscuridad, tras un panel falso en su cocina.

Capítulo 21: La Canción de los Neutrinos (David y Mía)

Base Aérea de Veridia, Centro de Interrogatorios de Contrainteligencia

Marzo, 2041

Pasaron cuatro meses. Ciento veinte días de blanco estéril, de fisioterapia brutal y de una guerra silenciosa librada en el campo de batalla de su propia mente. David había aprendido a navegar por los laberintos de su memoria fracturada, a distinguir el eco venenoso de la voz del Doctor Arryn de la verdad sólida y tranquilizadora de la de Mía. Se había convertido en un experto en sí mismo, un arqueólogo de su propia alma, desenterrando los recuerdos reales de entre los escombros de los implantados.

El cambio fue gradual. Las pesadillas no desaparecieron, pero se volvieron menos vívidas. Las reacciones paradójicas en los escáneres cerebrales disminuyeron, reemplazadas por un control férreo que frustraba al Teniente Smith y fascinaba a la Mayor Thorne. Y su cuerpo, con la terquedad de un soldado que se niega a caer, se recuperaba. La fuerza volvía a sus músculos, la debilidad reemplazada por una energía tensa y contenida. Ya no era un flan de vainilla. Era un resorte en espiral, comprimiéndose día a día, esperando el momento de liberarse.

Mía fue su constante, su única aliada en ese purgatorio blanco. Cada mañana, su llegada era la única certeza en un mundo de dudas. Hablaban, entrenaban, y en los silencios, compartían una comprensión que iba más allá de las palabras. Se habían convertido en dos veteranos de una guerra que solo ellos habían librado, sus cicatrices invisibles reconociéndose mutuamente. El beso que habían compartido semanas atrás no se había repetido, pero la corriente eléctrica entre ellos seguía ahí, una promesa silenciosa bajo la atenta mirada de las cámaras de Contrainteligencia.

Y el mensaje, el cebo lanzado al océano digital, seguía sin respuesta. David empezaba a pensar que había sido una locura, una apuesta desesperada que se había perdido en la inmensidad de la burocracia y la paranoia del Nido del Halcón. Quizás Kaelen nunca lo había visto. O peor, lo había visto y lo había descartado como el delirio de un traidor.

Hasta esa mañana.

La puerta de su apartamento se abrió sin previo aviso. No fue Mía. Fueron dos figuras imponentes, vestidas con los uniformes negros y grises de las Fuerzas Especiales del Nido. No llevaban insignias de unidad, y sus rostros eran dos máscaras impasibles. No dijeron nada. Uno de ellos simplemente le tendió un mono gris oscuro, idéntico al que él llevaba, pero limpio. El mensaje era claro.

—¿Vamos de excursión? —preguntó David, su corazón empezando a latir con fuerza—. Espero que sea a un sitio con sol. Me estoy empezando a parecer a los muebles de esta sala.

El soldado no sonrió. —Póngaselo. El Supervisor le espera.

El Supervisor. Kaelen. El pez gordo había mordido el anzuelo.

Lo condujeron por una serie de pasillos anónimos hasta un ascensor que descendió a una velocidad vertiginosa. No subieron a la superficie. Bajaron. A las entrañas de la base, a un nivel de seguridad al que David nunca había tenido acceso. Salieron a un túnel de tránsito privado, donde una cápsula autónoma blindada los esperaba.

—Sube solo —dijo uno de los guardias.

David entró. La puerta se cerró, y la cápsula aceleró en la oscuridad, su movimiento tan suave y silencioso que apenas se sentía. No sabía a dónde iba, pero por primera vez en meses, sentía algo parecido a la esperanza. O al menos, al movimiento.

La cápsula se detuvo en una estación privada, tan austera y funcional como el resto del complejo. La puerta se abrió a una

pequeña sala de reuniones, muy diferente a la sala blanca. Las paredes eran de un metal oscuro y pulido, la iluminación era tenue y en el centro había una única mesa negra. Y de pie, junto a una ventana blindada que mostraba una simulación hiperrealista del espacio profundo, estaba Kaelen.

El jefe del Nido del Halcón era exactamente como lo recordaba de los informes: más bajo de lo que uno esperaría, con una presencia que llenaba la sala por completo. Vestía un uniforme gris oscuro sin insignias, y sus ojos oscuros lo analizaron con una intensidad que parecía desnudar cada capa de su ser.

—Especialista Reyes —dijo Kaelen, su voz tranquila, pero con un peso que parecía absorber el sonido—. Ha causado usted un gran revuelo.

—No era mi intención, señor —respondió David, manteniéndose firme.

—No. Su intención era que yo le escuchara. Y lo ha conseguido —Kaelen señaló la silla frente a la suya—. Siéntese. Tenemos poco tiempo.

David se sentó. Kaelen permaneció de pie.

—"La Sombra del Fénix canta una canción de neutrinos en el Desierto de Sal" —recitó Kaelen, sus ojos sin parpadear—. Es usted un poeta, Especialista. O un loco. O un traidor muy creativo. Oráculo, mi IA, se inclina por las dos últimas opciones. Yo, sin embargo, soy un hombre que cree en las anomalías. Y su mensaje era una anomalía muy, muy interesante.

Hizo un gesto, y la pared junto a ellos cobró vida. Mostraba una imagen satelital del Desierto de Sal de Valerius. Una vasta extensión blanca y desolada.

—Oficialmente, esto es una mina de litio agotada —dijo Kaelen—. La hemos monitorizado durante años. Actividad mínima. Pero su "canción de neutrinos"... nos hizo escuchar de otra manera.

La imagen cambió. Ahora era una superposición de datos complejos, gráficos de energía, lecturas de sensores.

—Tras recibir su mensaje, desvié un dron de reconocimiento sigiloso de órbita baja, el "Ojo Silencioso", para que hiciera un barrido profundo de la zona. Buscamos lo que usted dijo: emisiones de neutrinos. Y las encontramos. Débiles, muy bien apantalladas, pero inconfundibles. No provienen de una mina. Provienen de una instalación subterránea masiva, a casi un kilómetro de profundidad. Una que no estaba en nuestros mapas.

Kaelen lo miró, su expresión indescifrable. —¿Cómo lo sabía, Reyes? ¿Cómo sabía qué escuchar y dónde? Esa información no está en ninguna base de datos a la que un prisionero, por muy bien tratado que esté, pudiera tener acceso.

Era el momento. La prueba final.

—Porque yo no era un prisionero, señor. Era un espécimen —dijo David, su voz firme—. Me tuvieron en una instalación secreta de Nyx, dirigida en la sombra por Cygnus. Estudiaron mi biología. Intentaron reescribir mi mente. Y cometieron un error. Hablaban. Cerca de mi celda. Técnicos, guardias... se quejaban de los turnos dobles, de los recortes de recursos. Se quejaban de que todo el presupuesto se iba a dos proyectos: Quimera y la Sombra del Fénix. Oí a dos de ellos discutir sobre las lecturas anómalas que estaban recibiendo del Desierto de Sal. Hablaban de neutrinos como si hablaran del tiempo. No sabían que yo escuchaba. No sabían que yo entendía.

Kaelen lo escuchó sin interrumpir, su rostro una máscara.

—Así que su teoría es que Valerius y Cygnus tienen otro proyecto de armas secretas, además de Quimera.

—No es una teoría, señor. Es una certeza. Y es algo grande. Algo que requiere una cantidad de energía tan masiva que no pueden ocultar por completo sus emisiones subatómicas.

Kaelen se sentó finalmente, frente a él. Se inclinó sobre la mesa.

—La Mayor Thorne cree que usted es un arma psicológica. Que su mente ha sido comprometida. Que es un riesgo inaceptable.

—La Mayor Thorne es una buena oficial. Pero está mirando el truco de magia equivocado —replicó David—. Ellis y sus titiriteros quieren que miren mi cabeza. Quieren que pierdan el tiempo debatiendo si soy un traidor o no. Mientras tanto, la verdadera amenaza, el verdadero truco, se está construyendo bajo un desierto.

Se miraron el uno al otro en silencio. David sintió que era la entrevista de trabajo más importante de su vida.

—Oráculo ha verificado sus datos biométricos y genéticos. Confirma la anomalía de plasticidad neuronal que mencionó su captor. También confirma que no tiene implantes físicos no autorizados —dijo Kaelen, casi para sí mismo—. Su mente, sin embargo, es un campo de batalla. Lo hemos visto en los escáneres. Pero también hemos visto su resistencia.

Se levantó y caminó de nuevo hacia la ventana.

—Ha corrido usted un riesgo enorme, Reyes. Si su información hubiera sido falsa, una trampa, ahora mismo estaría en un agujero tan profundo que tendría que mirar hacia arriba para ver el infierno.

—Era un riesgo que tenía que correr, señor.

Kaelen se giró, y por primera vez, David vio algo parecido a una aprobación en sus ojos oscuros.

—La Mayor Thorne recibirá hoy nuevas órdenes. Su fase de "observación" ha terminado. Será dado de alta de Contrainteligencia y reasignado a un programa de reacondicionamiento táctico acelerado. Oficialmente, para que recupere sus plenas capacidades de combate. Extraoficialmente, porque lo quiero listo para actuar. Lo que me ha dado hoy es la pieza de inteligencia más importante que hemos recibido desde el inicio de la tregua. Y puede que necesite al único hombre que sabe de dónde viene para ayudarnos a entender qué significa.

Un peso inmenso pareció levantarse de los hombros de David. Confianza. No total, no ciega, pero era un comienzo. Era más de lo que se había atrevido a esperar.

—Gracias, señor.

—No me dé las gracias todavía, Especialista. Aún no le he dicho la parte mala —dijo Kaelen, su tono volviéndose gélido de nuevo—. Ahora que me ha demostrado que es usted valioso, es usted un objetivo aún mayor. Y su familia también. La red que le hizo esto sigue ahí fuera. Y ahora saben que usted está hablando con las personas adecuadas. Váyase. Vuelva a su jaula de lujo. Y no baje la guardia. Ni por un segundo.

La cápsula lo llevó de vuelta en silencio. Cuando entró en el apartamento, Mía estaba allí, esperándolo, su rostro una mezcla de ansiedad y expectación.

—¿Y bien? —preguntó.

—Creo que me acaban de ascender de "posible traidor" a "activo valioso y prescindible" —respondió él, una sonrisa genuina, la primera en mucho tiempo, dibujándose en su rostro—. Supongo que es un progreso.

Ella soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Se acercó a él, y esta vez, no hubo dudas. Lo abrazó, una mezcla de alivio y orgullo. Él le devolvió el abrazo, sintiendo por primera vez en dos años el calor de un contacto humano que no estaba diseñado para hacerle daño.

Se quedaron así, en el centro de la jaula, que de repente se sentía un poco menos como una prisión y un poco más como un refugio.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —susurró ella contra su pecho.

David la apartó suavemente, sus manos en sus hombros, su mirada intensa.

—Ahora —dijo, su voz llena de una nueva determinación—. Dejamos de reaccionar y empezamos a luchar. Y tengo una idea de

por dónde empezar.

La partida había cambiado. Ya no era un peón. Era un jugador. Y estaba a punto de hacer su siguiente movimiento.

Capítulo 22: El Canto del Canario (Leo y Sami)

El Nido del Halcón, Veridia

Abril, 2041

Cazar al Minotauro en su propio laberinto era, concluyó Leo, una soberana estupidez. Llevaban un mes persiguiendo sombras en los servidores de Asuntos Internos, un mes chocando contra muros de encriptación tan gruesos que probablemente tenían su propio campo gravitatorio. Cada intento de seguir el hilo que Kaelen les había permitido se desvanecía en un abismo de autorizaciones clasificadas y registros purgados. El fantasma que había asesinado a Watson y Vance no solo era bueno borrando sus huellas; era un maestro del ilusionismo digital.

La noche anterior, habían intentado una aproximación diferente. Usando sus credenciales Omega recién adquiridas, se adentraron sigilosamente en los logs de integridad del sistema asociados a los servidores de Asuntos Internos durante las fechas clave, buscando no accesos directos, sino anomalías alrededor de ellos: fallos de hardware inexplicables, reinicios no programados, cualquier indicio de manipulación indirecta. Estaban en lo más profundo, navegando por protocolos arcanos, cuando la trampa casi se cerró.

Una alerta interna, silenciosa, pero de prioridad máxima, había parpadeado simultáneamente en sus consolas privadas, enviada no por Kaelen, sino por un subsistema de Oráculo que monitorizaba el uso de credenciales Omega: «ALERTA DE SEGURIDAD INTERNA: Anomalía detectada en el subsistema de auditoría Omega. Iniciando barrido de integridad en Sector Gamma-7...» Su sector. El corazón les dio un vuelco. No era una acusación directa, pero la coincidencia era aterradora. Habían tenido apenas noventa segundos para cortar la conexión, borrar las huellas inmediatas de su incursión y rezar mientras el barrido de integridad pasaba como un fantasma digital a

través de sus sistemas, rozándolos, antes de seguir adelante sin detectarlos.

Ahora, a la "mañana" siguiente en el ciclo artificial del Nido, la tensión entre ellos era palpable. El juego había cambiado. Ya no eran solo cazadores; sabían que eran la presa.

—Estamos perdiendo el tiempo, Sami —dijo Leo, su voz un susurro frustrado en el canal privado, más tenso que ayer. Estaban en sus puestos, rodeados por el zumbido de la paz, una monotonía que ahora le parecía obscena —. No vamos a encontrar nada mirando hacia atrás. Ya han limpiado la escena del crimen. Y casi nos pillan intentándolo. Nos están esperando.

—¿Entonces qué propones? —respondió Sami, sin apartar la vista de un informe sobre los niveles de polen en los parques elevados, su coartada del día sonando ahora más forzada —. ¿Rendirnos y dedicarnos a predecir la liga de Aero-Basket? Por si te interesa, Oráculo da como favoritos a los Titanes de Cyrillian. Otra vez. La vida es una decepción constante.

—Propongo que dejemos de intentar entrar en su casa —dijo Leo, la experiencia de la noche anterior cristalizando una idea peligrosa y excitante en su mente —. Y hagamos que salgan a la nuestra. Les tendamos una trampa para que cometan un nuevo error. Delante de nuestras narices.

Sami se giró lentamente, sus ojos encontrándose con los de Leo a través de la sala. —¿Una trampa? Leo, casi nos fríen anoche solo por mirar los logs de integridad. Estamos hablando de gente que probablemente desayuna protocolos de seguridad y cena secretos de estado. No van a caer en el truco del correo electrónico del príncipe nigeriano.

—No. Van a caer en el truco del ego —replicó Leo, una sonrisa depredadora asomando ahora sí a sus labios —. Hay una cosa que la red de Ellis —no, la red del Minotauro— quiere más que nada ahora mismo. Una pieza de información tan valiosa, tan jugosa, que no podrán resistirse a intentar conseguirla.

—¿El paquete de tu mujer? —preguntó Sami en voz baja, el nombre en clave que usaban para el dispositivo de Quimera Fase II. Elena decidió contarle finalmente a Leo semanas atrás que disponía del paquete en Torre Arcadia.

—No. Eso es demasiado peligroso y, por el momento, Kaelen no puede saber nada de esto. Ni una palabra, Sami —dijo Leo con dureza—. No pienso usar a mi familia como cebo. Pienso en algo casi tan bueno. El informe completo y sin censurar de Contrainteligencia sobre David Reyes.

Sami se quedó en silencio, procesando la audacia del plan. El informe de David era el secreto mejor guardado de Kaledon en ese momento. Contenía las transcripciones de los interrogatorios, los análisis de los escáneres cerebrales, las teorías de Thorne sobre el condicionamiento psicológico. Era un manual completo sobre el arma que el enemigo había devuelto. Y para la red de Ellis, saber lo que Kaledon sabía sobre su operación era una prioridad absoluta.

—Kaelen nunca nos dará acceso a eso, Leo. Es material de Nivel Platino.

—No se lo pediremos a Kaelen. Se lo pediremos a Oráculo —dijo Leo, una sonrisa depredadora asomando a sus labios—. Voy a solicitar el informe completo bajo mi nueva autorización de "Análisis de Amenazas Psicológicas Asimétricas". Un título que me acabo de inventar. Alegaré que necesito los datos para crear un perfil de la metodología de guerra psicológica del enemigo.

—Y si cuela, ¿qué? ¿Lo publicamos en la red interna con un titular que diga "Secretos jugosos aquí, pinche para descargar"?

—Algo parecido —confirmó Leo—. Vas a crear un canario. Un servidor señuelo, un "honeypot". Lo disfrazarás de un nodo de transferencia de datos temporal y mal configurado entre el Nido y la base de Contrainteligencia. Dejaremos una versión ligeramente modificada del informe de David en ese servidor, con una seguridad tan baja que sea una invitación. Y luego, nos sentaremos a esperar a

que el gato entre a por el canario. Y cuando lo haga, le cerraremos la jaula.

El plan era arriesgado, imprudente y probablemente ilegal en diecisiete sistemas solares. A Sami le encantó.

Conseguir el informe fue sorprendentemente fácil. La solicitud de Leo, llena de la jerga burocrática más enrevesada que pudo inventar, fue procesada por Oráculo y, para su asombro, autorizada por Kaelen sin una sola pregunta. O Kaelen estaba demasiado ocupado, o sabía exactamente lo que estaban haciendo y había decidido mirar para otro lado. Ambas opciones eran igual de inquietantes.

Sami tardó seis horas en construir la jaula. El servidor "honeypot" era una obra de arte del engaño digital. Parecía un error, un descuido de un técnico con resaca. Pero cada paquete de datos, cada línea de código, era un sensor. Cualquier intento de acceder al informe de David activaría una cascada de alarmas silenciosas que solo ellos dos verían.

—El canario está en la jaula y cantando una melodía muy tentadora —informó Sami esa noche—. La trampa está puesta.

Esperaron.

Pasó un día. Nada. El servidor señuelo permanecía intacto. Leo empezó a dudar. Quizás los había subestimado.

Pasaron dos días. El silencio digital era ensordecedor. La tensión en su rincón del Nido era tan densa que casi podían olerla.

En la tarde del tercer día, cuando Leo estaba a punto de abortar la operación, la alarma saltó. No fue un sonido, sino un parpadeo, un único pulso de luz ámbar en su consola privada.

—Contacto —susurró Sami, su voz apenas un hilo de aire.

En su pantalla compartida, vieron al intruso. No era un ataque de fuerza bruta. Era un fantasma. Se deslizó a través de las defensas superficiales del servidor señuelo con una elegancia que helaba la sangre. Usaba credenciales de acceso de alto nivel, pertenecientes a

un general del Mando Estratégico llamado Tyrell, un hombre conocido por su lealtad intachable.

—Están usando las credenciales de Tyrell. Sabía que no podíamos fiarnos de los de arriba —masculló Sami.

—Espera —dijo Leo, sus ojos fijos en el flujo de datos—. No es Tyrell. Mira los patrones de tecleo, la forma en que navega por los directorios. Es una IA. O alguien que piensa como una. Es demasiado rápido, demasiado eficiente para ser humano.

El intruso localizó el archivo de David. No lo descargó de inmediato. Primero, escaneó el servidor, buscando trampas, sensores. Era bueno. Muy bueno.

—Nos está olfateando —dijo Sami, el sudor perlando su frente.

—Déjale mirar —respondió Leo—. La jaula está diseñada para parecer vacía.

El intruso pareció satisfecho. Inició la descarga. Un único paquete de datos, encriptado y comprimido.

—Ahora —dijo Leo.

Sami activó la trampa. No cortaron la conexión. Hicieron algo mucho más sutil. Adjuntaron un rastreador cuántico al paquete de datos saliente. Un "tinte" digital casi indetectable que les permitiría seguir el paquete a través de la red, sin importar cuántas veces rebotara o se reenviara.

Vieron cómo el paquete salía del Nido, rebotaba en un servidor de comunicaciones en Veridia, luego en una estación orbital, y luego... desaparecía, saltando a la red oscura de Cygnus. Pero el tinte seguía activo. Podían ver su señal, un punto de luz parpadeante en su mapa de la red global.

—Lo tenemos —dijo Leo, una sensación de triunfo frío recorriéndolo—. Sigue al canario, Sami. Veamos a qué gato nos lleva.

Siguieron la señal durante una hora agónica. El paquete de datos viajó por el mundo digital a la velocidad de la luz, una odisea a través de nodos encriptados y servidores fantasma. Finalmente, se detuvo. El punto de luz dejó de moverse.

—Destino alcanzado —informó Sami—. El paquete ha sido desencriptado y abierto.

—¿Dónde? —preguntó Leo, inclinándose sobre la pantalla.

Sami ejecutó los últimos comandos de triangulación. La ubicación apareció en el mapa. No era un complejo militar en Valerius. No era un centro de datos de Cygnus.

Era un edificio de apartamentos de lujo en el distrito diplomático de Veridia. A menos de diez kilómetros de la Torre Arcadia.

—No puede ser —susurró Sami—. La señal es inequívoca. El receptor está ahí.

Leo amplió la imagen. Vio el nombre del edificio. Y luego, usando las credenciales de Tyrell que habían logrado clonar durante el ataque, accedió a la lista de residentes.

Su corazón se detuvo.

El apartamento que había recibido los datos estaba registrado a nombre de una corporación tapadera. Pero el residente autorizado, el único con acceso biométrico a esa unidad, era una persona que conocían muy bien. Una persona que se sentaba en las reuniones del Alto Mando. Una persona que tenía acceso a los planes más secretos de Kaledon.

No era un agente de Asuntos Internos. No era un general evidente.

Era el Comandante Keller. El jefe burócrata y amante del café malo del departamento de Mía. El hombre que le había asignado la tarea de archivar la muerte de David Reyes. El hombre que parecía tan inofensivo, tan parte del mobiliario, que nadie se había molestado en mirarlo dos veces.

—El Minotauro... —susurró Leo, el aliento atascado en su garganta —. No estaba en el centro del laberinto. Estaba en la oficina de al lado, quejándose del café.

Habían encontrado al topo. O al menos, a uno de ellos. Un topo perfectamente posicionado para acceder a los secretos más profundos de Kaledon a través de la persona más insospechada: la única superviviente de Halcón-7.

La red de Ellis no solo estaba activa. Tenía tentáculos en cada rincón del sistema. Y acababan de tirar de uno que los llevaba directamente al corazón de la conspiración. La caza se había vuelto personal. Y mucho, mucho más peligrosa.

Capítulo 23: Fantasmas y Gasas (Elena y Clara)

Hospital Central de Veridia

Abril, 2041

El Hospital Central de Veridia se había convertido en un monumento a la resiliencia y a la escasez. Cada día que Elena pasaba allí era un recordatorio de que la tregua era solo una palabra en un papel, no una realidad en las vidas de la gente. Las cicatrices de la guerra no estaban solo en las paredes agrietadas o en los equipos que funcionaban a medio gas; estaban grabadas en los rostros de los pacientes y en la mirada exhausta del personal.

Elena se movía por los pasillos del ala de pediatría con una eficiencia que había recuperado rápidamente. Su trabajo, aunque a tiempo parcial, se había convertido en su ancla, su conexión con un mundo que no giraba en torno a la paranoia de Leo o al misterio de su hijo. Aquí, los problemas eran tangibles: un niño con fiebre, una niña con un brazo roto, un adolescente con una reacción alérgica a la pasta nutritiva de sabor a "sorpresa de lunes". Eran problemas que podía solucionar con una inyección, una venda o una dosis de paciencia.

Pero incluso aquí, los fantasmas de la guerra eran omnipresentes. La mitad de los niños en su ala no estaban allí por enfermedades comunes. Estaban allí por lo que los psicólogos llamaban eufemísticamente "trastornos relacionados con el conflicto". Niños que habían perdido a sus padres en los bombardeos y ahora sufrían de mutismo selectivo. Niños de las zonas fronterizas con problemas respiratorios crónicos por la exposición a los químicos de las explosiones. Niños que dibujaban una y otra vez la misma imagen: drones Quimera descendiendo de un cielo rojo.

Ese día, la escasez era particularmente aguda. Había llegado un envío de suministros médicos, pero era una fracción de lo que

habían pedido. Las gasas sintéticas de alta absorción eran ahora un lujo reservado para cirugía. En pediatría, tenían que apañarse con las de celulosa de baja calidad, que se deshacían si las mirabas muy fuerte.

—Si esto sigue así —le dijo Clara durante su descanso para comer en la cafetería, que olía a desesperación y a un guiso de proteínas recicladas—, vamos a tener que empezar a usar hojas de lechuga como vendajes. Probablemente serían más estériles.

Elena sonrió, aunque no sentía ganas. —No seas tan pesimista. He oído que las hojas de col tienen propiedades antiinflamatorias maravillosas.

Clara soltó una carcajada cansada. —Eres incorregible. ¿Cómo lo llevas? ¿El príncipe de las tinieblas te dejó salir de la torre sin un escuadrón de drones de escolta?

—Solo uno —respondió Elena, con un toque de humor—. Y creo que lo he despistado en el túnel de servicio. Se llama "Ángel Guardián 3", aunque yo lo llamo "el acosador con rotores".

Se pusieron al día, sus voces un murmullo cómplice en medio del bullicio de la cafetería. Hablaron de Mateo y su increíble habilidad con el "Crea-Mundos", una historia que Clara escuchó con una mezcla de asombro y la pragmática incredulidad de una enfermera de urgencias que lo ha visto todo.

—Un niño prodigio. O eso, o el juguete está trucado para que los padres se sientan mejor después de gastarse el sueldo de un mes en él —dijo Clara—. ¿Qué dice Leo de todo esto?

—Leo... —Elena suspiró, removiendo su comida—. Lo está analizando. Lo que para mí es un milagro, para él es una anomalía de datos que necesita ser cuantificada y contenida. A veces creo que, si Mateo levitara, Leo intentaría medir su campo antigravitatorio en lugar de llamar a un exorcista. O a un agente de talentos.

La conversación derivó inevitablemente hacia David y Mía. La noticia de su relación se había extendido por los círculos militares y

familiares como un reguero de pólvora.

—Así que tu hermano y la única superviviente de su escuadrón... —dijo Clara, arqueando una ceja—. Eso es... intenso. ¿Cómo están? De verdad.

—Están bien, creo —respondió Elena con cautela. Había hablado con ellos por videollamada un par de veces. David parecía otro hombre, más centrado, más... vivo. Y Mía, a su lado, había perdido parte de la dureza que la caracterizaba, reemplazada por una calidez protectora—. Se están curando el uno al otro. Es como si hubieran encontrado la única otra persona en el universo que entiende las cicatrices que tienen.

—Las cicatrices que no se ven son las que más tardan en curar —dijo Clara en voz baja, su mirada perdida por un instante en los recuerdos de su propio infierno en la UCI durante el bombardeo—. Me alegro por ellos. Se merecen un poco de paz. Aunque encontrarla en medio de esta tregua de pacotilla es como intentar montar una tienda de campaña en medio de un huracán.

Su descanso fue interrumpido por una alerta de código azul en el comunicador de Clara. Un paciente en la UCI. Se levantó de un salto, su rostro transformándose de amiga cansada a enfermera jefe en un instante.

—Tengo que irme. Hablamos luego, ¿vale? Y ten cuidado al volver a casa. Dicen que ha habido algunos "disturbios" en los niveles de transporte inferiores. Aparentemente, a la gente no le gusta que el precio de las raciones de agua se haya triplicado. Quién lo diría.

Elena la vio desaparecer y se quedó sola con su comida a medio terminar. Los "fantasmas de la guerra" no eran solo los pacientes traumatizados. Estaban por todas partes. En la escasez de gasas, en la tensión de las calles, en la paranoia de su marido y en la frágil felicidad de su hermano.

Terminó su turno sintiéndose agotada, pero con una extraña sensación de propósito. Al salir del hospital, el aire frío de la tarde la

golpeó. El dron "Ángel Guardián 3" la esperaba a una distancia respetuosa, su única luz roja parpadeando como el ojo de un cíclope vigilante.

Mientras caminaba hacia la estación del Metro-Loop, pasó junto a un muro conmemorativo digital, una pantalla que mostraba los rostros de las víctimas del accidente de la Línea 7 de hacía unos meses. Vio la foto de la Doctora Elara Vance, la experta en criptografía. Y recordó la conversación con Leo, su certeza de que no había sido un accidente.

Miró al dron que la seguía. Miró las cámaras de vigilancia que cubrían cada centímetro de la plaza. Y pensó en la niña, Lía, que veía las "luces azules" de Mateo desde su ventana.

La guerra silenciosa seguía ahí fuera. Y ella, de alguna manera, estaba en el centro de todo. Su trabajo en el hospital, su conexión con el mundo real, ya no era solo una vía de escape. Se estaba convirtiendo en una fuente de información, en una nueva perspectiva que Leo, encerrado en su mundo de datos y conspiraciones, no podía tener. Y quizás, solo quizás, eso era algo que podía usar. No solo para sentirse útil, sino para proteger a su familia de una forma que ni el "Protocolo Nido" más avanzado podría lograr jamás.

Capítulo 24: El Cielo en la Caverna (David y Mía)

Base Aérea de Veridia, Centro de Entrenamiento Avanzado

Mayo, 2041

Los meses que siguieron a la revelación de la "Sombra del Fénix" transformaron a David Reyes. La confianza, aunque cautelosa, de Kaelen, había sido la llave que abrió su jaula. Pasó de ser un espécimen bajo el microscopio de Contrainteligencia a convertirse en su activo más valioso y enigmático. Su programa de "reintegración" se aceleró, convirtiéndose en un régimen de entrenamiento brutal y altamente especializado. Pasaba diez horas al día en el simulador de combate, no solo luchando en recreaciones de batallas pasadas, sino participando en complejas simulaciones estratégicas contra las tácticas conocidas de Valerius y, ahora, de Cygnus.

Ya no luchaba contra los fantasmas de Arryn. Luchaba junto a ellos. Había aprendido a usar los recuerdos implantados, las falsas sensaciones de culpa y duda, como un sistema de alerta temprana. Cuando sentía el eco de una emoción artificial, sabía que estaba a punto de caer en una trampa táctica similar a la que le habían intentado enseñar. Usaba el veneno como antídoto, convirtiendo el arma psicológica del enemigo en su propio simulador de amenazas personal. Su rendimiento era extraordinario. Veía patrones que otros no veían, anticipaba emboscadas que ni siquiera Oráculo, con toda su potencia de cálculo, lograba predecir con tanta precisión. Se estaba convirtiendo en el mayor experto de Kaledon sobre la forma de pensar de Nyx, porque la habían grabado a fuego en su cerebro.

La Mayor Thorne lo observaba desde la consola de control, su expresión ahora una mezcla de asombro y una profunda e incómoda reevaluación. El Teniente Smith, por su parte, había pasado de la abierta hostilidad a un silencio hosco. Era difícil llamar traidor a un

hombre que superaba todas las puntuaciones de combate y lealtad en cada simulación.

Mía estaba siempre allí, ahora como Sargento Soler, su presencia una calma silenciosa en medio del caos simulado. Era su ancla, la brújula que le recordaba quién era cuando la línea entre los recuerdos reales y los implantados se volvía borrosa. Su relación se había profundizado en los silencios, en las miradas compartidas a través del cristal de la sala de observación, en las breves conversaciones que tenían al final del día, cuando él volvía a su apartamento, que ahora se sentía menos como una prisión y más como el único lugar seguro del universo.

Ese día, la simulación era diferente. No era una recreación histórica. Era un escenario predictivo basado en la inteligencia de David sobre la "Sombra del Fénix". Una operación encubierta en el Desierto de Sal.

—Muy bien, Reyes —dijo la voz de Thorne por el comunicador—. El escenario es el siguiente: un equipo de infiltración de cuatro hombres. Usted al mando. Objetivo: llegar al perímetro de la instalación subterránea, plantar un sensor cuántico de largo alcance y salir sin ser detectado. Oráculo estima una probabilidad de éxito del 19%. Buena suerte.

—Un 19% —murmuró David para sí mismo—. Me gusta más cuando Oráculo se dedica al Aero-Basket. Al menos ahí falla de vez en cuando.

El mundo a su alrededor se transformó en la blancura cegadora del Desierto de Sal. El calor simulado era opresivo, el aire vibraba. Dirigió a su equipo virtual con una precisión que asombró a los observadores. Usó tácticas que no estaban en ningún manual de Kaledon, tácticas que había deducido de los susurros de los guardias de Nyx, de su forma de moverse, de su desprecio por los protocolos estándar. Evitó sensores sísmicos que no aparecían en los mapas de inteligencia, flanqueó patrullas de drones que Oráculo no había previsto y, finalmente, llegó al objetivo.

Plantó el sensor virtual. Y entonces, la trampa se cerró. La simulación, programada por Thorne y Smith para probar sus límites, desató el infierno. Minas terrestres inteligentes, torretas automáticas emergiendo de la arena, un enjambre de drones Avispa descendiendo del cielo.

David no entró en pánico. Reaccionó. Dio órdenes claras, concisas. Sacrificó a uno de sus hombres virtuales para crear una cobertura, usó una carga PEM para cegar a los drones y se retiró por una ruta de escape que había identificado previamente, una que aprovechaba un cañón estrecho que los sensores Lidar de los drones no podían mapear correctamente.

Salió de la simulación, su equipo virtual aniquilado, pero la misión cumplida. El sensor estaba plantado.

MISIÓN CUMPLIDA.

Se quitó el casco, el sudor corriéndole por la cara. En la sala de observación, vio a Smith mirando la pantalla de resultados con abierta incredulidad. Thorne, por su parte, simplemente asintió una vez, una casi imperceptible señal de respeto.

Esa tarde, la Mayor Thorne lo convocó a la sala de reuniones. Mía estaba allí, de pie junto a ella.

—Especialista Reyes —comenzó Thorne, sin preámbulos—. Su rendimiento en el programa de reacondicionamiento ha superado todas las expectativas. Su conocimiento intuitivo de las tácticas enemigas es... único. El Alto Mando, por recomendación directa del Supervisor Kaelen y la mía propia, ha aprobado su reincorporación al servicio activo. Con efecto inmediato.

David sintió una oleada de alivio. —Gracias, Mayor.

—No me las dé todavía —continuó Thorne—. No volverá a una unidad de asalto estándar. Ha sido ascendido al rango de Teniente y se le asignará el mando de una nueva unidad de respuesta rápida, la "Unidad Fantasma". Su misión será operar en la sombra, directamente bajo las órdenes de este departamento y del Nido del

Halcón. Cazarán a los restos de la red de Ellis y actuarán como punta de lanza en cualquier operación futura relacionada con la Sombra del Fénix. Será usted un arma, Teniente. Nuestra arma. No nos decepcione.

Salió de la sala, dejando a David y a Mía solos. El ascenso, la nueva unidad... era todo lo que había querido. Una oportunidad de luchar, de vengar a su unidad, de proteger a Kaledon. Pero mientras miraba a Mía, se dio cuenta de que había algo que quería aún más.

—Así que... Teniente Reyes —dijo ella, una sonrisa orgullosa iluminando su rostro—. Suena bien.

—No sonará tan bien cuando me oigas gritar órdenes —respondió él, sonriendo también—. Pero antes de que me convierta en un teniente insoportable... hay una cosa más que tengo que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Necesito tu ayuda para una última simulación —dijo, su tono volviéndose serio—. Una... calibración final de la interfaz. Es importante.

Ella lo miró, extrañada. —¿Ahora? Thorne acaba de darte el alta.

—Por eso. Necesito hacerlo antes de que me quiten el acceso de "sujeto de pruebas". Por favor, Mía. Confía en mí.

Ella dudó un instante, pero luego asintió. Lo siguió de vuelta a la cúpula de inmersión.

—¿Qué escenario quieres cargar? —preguntó ella desde la consola de control.

—No cargues ninguno. Dame acceso a la programación manual.

Durante los siguientes diez minutos, David tecleó en la consola, sus dedos moviéndose con una rapidez y una seguridad que Mía nunca le había visto. Escribía código, cargaba archivos de datos sensoriales de su propio expediente, ajustaba parámetros ambientales.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Ya está. Entra conmigo.

—¿Dentro? David, sabes que no estoy autorizada...

—Hoy sí. Hoy eres la Sargento Soler, y yo soy el Teniente Reyes. Y te estoy pidiendo que me acompañes en una evaluación táctica.

Ella sonrió ante su audacia y entró en la cúpula. Se pusieron los cascos. Pero el mundo que apareció a su alrededor no era un campo de batalla.

Era una cueva. Oscura, húmeda, con el sonido del agua goteando y el olor a tierra mojada. Era una recreación perfecta, hasta el más mínimo detalle, de la cueva en Gamma-4 donde se habían refugiado.

—David... ¿qué es esto? —susurró Mía, mirando a su alrededor, su avatar digital tan asombrado como ella.

—Este es el lugar donde todo empezó de nuevo —dijo él, su avatar de pie frente al de ella—. El lugar donde me salvaste. El lugar donde me di cuenta de que no estaba solo.

Levantó una mano, y el techo de la cueva se desvaneció, reemplazado por un cielo nocturno lleno de estrellas. Pero no eran estrellas normales. Eran puntos de luz que se conectaban, formando constelaciones.

—Esa de ahí —dijo, señalando una formación de luces que Mía reconoció como el emblema de Halcón-7— es por Kovar, Kenzi y Roric. Para no olvidarlos nunca.

Señaló otra, una nebulosa brillante que lentamente tomó la forma del horizonte de Veridia. —Esa es por el hogar que defendemos.

Y luego, señaló dos estrellas, una más brillante que la otra, que orbitaban lentamente la una alrededor de la otra. —Y esas dos... somos nosotros.

Mía se quedó sin aliento, las lágrimas empezando a brotar de sus ojos.

—Me han quitado casi todo, Mía —continuó David, su voz llena de una emoción cruda y real—. Me quitaron el tiempo, los recuerdos, la

confianza. Intentaron convertir mi mente en un arma para usarla contra mi gente. Pero hubo una cosa que no pudieron quitarme. Una cosa que redescubrí aquí, en la oscuridad, gracias a ti.

El avatar de David se arrodilló frente al de ella.

—Me enseñaste que incluso en la cueva más oscura, puede haber luz. Me enseñaste que las cicatrices compartidas son más fáciles de llevar. Me enseñaste a luchar de nuevo, no solo por deber, sino por algo en lo que creer. Y yo... yo creo en nosotros.

Una nueva constelación apareció sobre ellos. Era simple, un círculo perfecto de luz estelar.

—Mía Soler —dijo, su voz temblando ligeramente—. Eres mi ancla, mi verdad y mi mejor soldado. ¿Quieres casarte conmigo?

El anillo de estrellas flotó desde el cielo simulado y se detuvo frente a ella. Mía lloraba abiertamente ahora, una mezcla de shock, alegría y un amor tan profundo que dolía.

—Sí —susurró—. Sí, David. Por supuesto que sí.

Extendió su mano virtual. El anillo de luz se deslizó en su dedo y brilló con una intensidad cegadora.

Y entonces, David dijo: —Control, ejecuta Protocolo "Ariadna".

De la consola de control exterior, un pequeño brazo robótico que David había preprogramado se activó. Usando un nano-impresor 3D, materializó el diseño holográfico en un anillo real, una simple banda de platino pulido.

—Quítate el casco —dijo él.

Se quitaron los cascos, volviendo al mundo real. La luz de la cúpula era suave. El brazo robótico se extendió con el anillo recién impreso.

David, haciendo un esfuerzo que le arrancó un gemido sordo, extendió su mano auténtica para tomarlo. Con los dedos todavía temblorosos por la debilidad, cerró el puño sobre el objeto antes de

abrirlo frente a Mía. Se lo mostró y lo deslizó en el dedo. Encajaba a la perfección.

—No es mucho —dijo él.

—Es todo —respondió ella.

Y lo besó, un beso que ya no era de desesperación ni de reconocimiento, sino de pura y absoluta certeza. Un beso que era el comienzo de todo.

En la sala de observación, la Mayor Thorne había estado observando toda la secuencia en silencio. Cuando terminó, apagó la pantalla. Se giró hacia Smith, que la miraba con una expresión de total desconcierto.

—¿Y bien, Teniente? —preguntó Thorne, su voz completamente neutra—. ¿Cree que eso formaba parte de su condicionamiento?

Smith abrió la boca, la cerró, y por primera vez desde que lo conocían, se quedó sin palabras.

Thorne se permitió la más pequeña de las sonrisas. El fantasma no solo había vuelto a casa. Había encontrado un nuevo ancla. Y quizás, solo quizás, Kaledon había encontrado a su nueva arma más poderosa.

Capítulo 25: El Rostro del Minotauro (Leo)

El Nido del Halcón, Veridia

Mayo, 2041

El rostro del Comandante Keller llenaba la pantalla holográfica. No era una imagen de vigilancia; era su foto oficial del archivo de personal. Un hombre de aspecto inofensivo, con un bigote que parecía un intento fallido de parecer autoritario y una mirada perpetuamente aburrida. El tipo de burócrata que se pierde en el paisaje de una oficina, tan memorable como una grapadora. Y era el Minotauro. O, al menos, una de sus cabezas.

Leo y Sami llevaban una hora en silencio, mirando la foto, mientras los datos del rastreador cuántico confirmaban una y otra vez la misma verdad imposible: el informe secreto sobre David Reyes había sido descargado y abierto en el apartamento seguro de este hombre.

—Keller... —susurró Sami, la palabra sonando a incredulidad—. ¿El Comandante Keller? ¿El tipo cuyo mayor dilema existencial es si el sintetizador de café debe tener la opción "extra de espuma"? No me lo creo. Tiene que ser un error.

—No es un error —replicó Leo, su voz un murmullo helado. Su mente trabajaba a una velocidad febril, las piezas del puzle encajando con un chasquido horrible—. Es perfecto. Es brillante en su mediocridad. ¿Quién va a sospechar del jefe de Logística y Archivo? Es el equivalente a esconder un arma nuclear en un contenedor de reciclaje. Nadie mira allí.

Se levantó de su silla y empezó a caminar por el pequeño espacio de su estación, su cuerpo vibrando con una energía nerviosa. La revelación no era solo un nombre; era una llave que abría todas las puertas cerradas de los últimos meses.

—Piensa en ello, Sami. ¡Piensa en el acceso que tiene! —dijo, proyectando diagramas de la estructura organizativa de Kaledon en

su pantalla compartida—. ¡Logística! ¡Tiene acceso a los manifiestos de vuelo, a los horarios de transporte de todo el personal clave! ¡Sabía exactamente en qué cápsula del Metro-Loop viajaba la Doctora Vance!

—Y el Doctor Watson—añadió Sami, sus ojos abriéndose de par en par—. Su "accidente" en Aethelred Industries. Keller supervisa los contratos de mantenimiento de todas las subcontratas de Tecno-Corp. ¡Podría haber introducido a un equipo de sabotaje con la excusa de una "inspección rutinaria"!

—Exacto. Y Mía... —Leo se detuvo, la siguiente pieza encajando con una sacudida—. No fue una casualidad que le asignara a ella el archivo de Halcón-7. ¡Fue una prueba! Quería ver si ella, la única superviviente, encontraba la anomalía del protocolo de estasis. Quería saber si el rastro que dejaron al capturar a David era detectable. ¡La usó como sonda!

La imagen completa era una obra maestra de la infiltración. Keller no era un simple topo que pasaba datos. Era un facilitador, un director de orquesta en la sombra, usando su aburrido y vasto poder burocrático para mover a los asesinos de Ellis por el tablero, para crear "accidentes" y para monitorizar las consecuencias.

—Pero no tiene sentido, Leo —dijo Sami, sacudiendo la cabeza—. Keller es... un don nadie. Un trepador de manual. Siempre se quejaba de su sueldo, de que merecía más por aguantar este circo burocrático. No tiene la inteligencia ni las agallas para orquestar algo así. No encaja en el perfil de un maestro espía de Cygnus.

—Porque no lo es —respondió Leo, deteniéndose frente a la foto de Keller—. Él no es el Minotauro. Es el tipo que le limpia los cuernos y le trae la comida. Quizás Cygnus simplemente le ofreció el retiro dorado que tanto ansiaba. Es un peón de alto nivel, un intermediario. Pero no es el cerebro.

La revelación fue aún más escalofriante que la anterior. Habían encontrado a un traidor, sí. Pero el verdadero enemigo, el que daba las órdenes, el que tenía el poder real para manipular a hombres

como Keller, seguía oculto. Y probablemente estaba mucho más arriba en la cadena de mando.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Sami—. ¿Llevamos esto a Kaelen? Tenemos la prueba del rastreador. Podemos detener a Keller.

Leo negó con la cabeza lentamente. —No. Aún no. Si detenemos a Keller, el verdadero cerebro cortará todos los lazos, borrará todas las pistas y se esconderá aún más profundo. Keller es nuestro único hilo para llegar a él. Tenemos que seguir tirando.

—¿Y cómo hacemos eso, genio? —replicó Sami con sarcasmo—. ¿Le invitamos a un café y le preguntamos para quién trabaja? Dudo que el "Amanecer Robusto" le suelte la lengua.

—No. Le daremos más cuerda para que se ahorque solo —dijo Leo, su mirada volviéndose oscura—. Vamos a dejar que crea que se ha salido con la suya. Que tiene el informe de David y que nadie lo sabe. Y vamos a observar cada uno de sus movimientos. Cada comunicación, cada transferencia de datos, cada persona con la que se reúna.

—Leo, eso es increíblemente peligroso. Si se da cuenta de que lo vigilamos...

—No se dará cuenta —le cortó Leo—. Porque no lo vigilaremos nosotros. Lo hará Oráculo.

El plan que se formó en su mente era arriesgado, pero elegante. Usarían sus credenciales Omega para programar una subrutina de vigilancia pasiva y de altísima prioridad en Oráculo, una que estaría oculta incluso para la mayoría de los administradores del Nido. La IA monitorizaría cada bit de datos relacionado con Keller, buscando conexiones, patrones, cualquier vínculo con otro nodo de la red de espionaje.

Pero mientras formulaba el plan, otra verdad, mucho más personal y aterradora, lo golpeó con la fuerza de un impacto físico.

—Sami... —dijo, su voz apenas un susurro—. Keller. Tiene acceso a los archivos de personal. A todos.

—Sí, claro. Es su trabajo.

—No, no lo entiendes. Tiene mi archivo. El de Elena. Conoce nuestros perfiles de seguridad. Conoce los protocolos de la Torre Arcadia. ¡Conoce el horario de Elena en el hospital! ¡Conoce al dron de vigilancia que la sigue!

La sangre pareció drenarse del rostro de Leo. La red de Ellis no solo tenía un facilitador. Tenía un informante con acceso a cada detalle de su vida personal. El dron que había sobrevolado su apartamento, el incidente con el limpiacristales... probablemente habían sido pruebas coordinadas por Keller para testar las defensas que él mismo había diseñado. El enemigo no solo estaba en la puerta. Tenía una copia de la llave y el plano de la casa.

—Y David... —continuó, la cadena de pensamientos acelerándose —. Keller sabía que Mía era la única superviviente. Sabía de su conexión. Ponerlos juntos no fue solo para vigilar a David. ¡Fue para usar a Mía como un posible punto de presión sobre él!

Se sentía como un idiota. Había estado tan concentrado en la amenaza tecnológica, en el fantasma en la máquina, que había subestimado la amenaza humana, burocrática, que se sentaba a pocos kilómetros de distancia, en una oficina gris, moviendo los hilos de su vida como si fuera un titiritero.

—Tengo que advertir a Elena. Tengo que sacarlos de la torre.

—Leo, si lo haces, Keller lo sabrá —le advirtió Sami—. Si cambias tus rutinas, si evacúas a tu familia, él recibirá una alerta. Sabrá que estás sobre él. Y entonces, la partida se acabará. Y puede que actúen antes de que estemos listos.

Era una trampa perfecta. No podía actuar sin delatarse. Y no podía no actuar sin poner a su familia en un peligro mortal. Estaba paralizado.

Se quedó mirando la foto de Keller, el rostro anodino de un hombre que tenía el poder de destruir todo lo que amaba. Y en ese momento, Leo supo que la caza había cambiado. Ya no se trataba de defender a Kaledon. Se trataba de una cuenta atrás personal. Tenía que desenmascarar a toda la red, y rápido, antes de que el Minotauro que se escondía detrás de Keller decidiera que la familia Reyes ya no era útil... y se convirtiera en un cabo suelto que había que eliminar.

La revelación no le había traído la victoria. Le había traído la certeza de que ahora, él y su familia, estaban directamente en el punto de mira. Y el cazador, invisible y paciente, estaba esperando el momento perfecto para apretar el gatillo.

PARTE 2:
La Sombra del Atentado

Capítulo 26: El Jardín de los Recuerdos (David y Mía)

Observatorio Celestial de Veridia, Nivel de Eventos Privados

Noviembre, 2041

Seis meses. Seis meses en los que la vida, con una terquedad admirable, se había abierto paso entre las grietas de la tregua. Seis meses en los que David y Mía habían pasado de ser dos supervivientes rotos a una sola unidad, un ancla mutua en un mar de incertidumbre. Su apartamento ya no era una jaula, sino un hogar. Y ahora, estaban planeando una boda.

El lugar que habían elegido era, como poco, espectacular. El Jardín de los Recuerdos, en el nivel superior del Observatorio Celestial de Veridia, era un espacio diseñado para bodas civiles que desafiaba la propia definición de un lugar. No tenía paredes, sino campos de contención transparentes que se abrían a una vista de 360 grados de la ciudad y del cielo estrellado. El suelo era un cristal inteligente que podía simular cualquier superficie, desde la arena de una playa de las biodomas hasta la hierba de un prado del norte. Y el aire... el aire estaba programado para cambiar, para evocar aromas y temperaturas que acompañaban los momentos elegidos por la pareja.

Era el lugar perfecto para dos personas que intentaban construir un futuro sobre los cimientos de un pasado doloroso.

Esa tarde, las dos familias se reunían por primera vez para finalizar los detalles. La tensión era tan palpable como el aroma a pino y tierra húmeda que Mía había elegido para la simulación del entorno de su infancia.

Por un lado, estaban los padres de David y Elena: Carlos y Sofía Reyes. Carlos, un ingeniero jubilado de la vieja escuela de Tecno-

Corp, era un hombre pragmático y de pocas palabras, cuya preocupación se manifestaba en un ceño fruncido casi permanente. Sofía, una exprofesora de historia, era el corazón cálido de la familia, aunque sus ojos delataban la ansiedad constante que sentía por sus dos hijos, ahora ambos en el centro de la tormenta. Habían envejecido diez años en los dos que creyeron a David muerto. Su regreso había sido un milagro, pero un milagro que venía con un manual de instrucciones muy complicado.

Por otro lado, estaban los padres de Mía: Elara y Jon Soler. Eran diferentes a los Reyes en casi todo. Viticultores del norte de Kaledon, tenían la piel curtida por un sol que no era artificial y unas manos acostumbradas a la tierra, no a las interfaces holográficas. Habían viajado a Veridia para la boda, y se movían por la metrópolis con la cautela de quien camina por un bosque lleno de depredadores desconocidos. Elara era una mujer fuerte, de mirada directa, que analizaba a David con una intensidad protectora. Jon era un hombre tranquilo, cuya calma parecía nacer de una profunda conexión con las cosas simples y reales.

Y en medio de todos, el catalizador y la razón de todo: Mateo, ahora con tres años, correteando por la hierba simulada, persiguiendo mariposas holográficas, ajeno a las corrientes subterráneas de la política familiar y la guerra fría.

—Así que... "proyecciones de memoria sensorial" —dijo Carlos Reyes, mirando el folleto holográfico con la desconfianza de un hombre que prefiere los planos en papel—. ¿Qué demonios es eso?

—Es el núcleo de la ceremonia, papá —explicó David, de pie junto a Mía, su mano descansando con naturalidad en la parte baja de su espalda—. En lugar de un discurso, compartiremos recuerdos. Momentos clave de nuestras vidas que nos han traído hasta aquí. Los invitados no solo los verán, los sentirán.

—La IA del lugar extrae los patrones emocionales y sensoriales de nuestras memorias y los traduce en estímulos ambientales —añadió Mía, dirigiéndose a sus propios padres—. Sentirán el calor del sol del

día que nos conocimos en el entrenamiento, olerán la pólvora de... bueno, de otros momentos.

Jon Soler asintió lentamente. —Interesante. En mi pueblo, cuando dos personas se casan, simplemente se dan la mano y prometen no matarse el uno al otro durante la temporada de cosecha. Pero supongo que esto es más... moderno.

—Es una forma de que todos entiendan nuestro viaje, Jon —dijo Sofía con amabilidad, intentando tender un puente entre las dos familias.

Mientras los padres discutían los méritos de la "cocina molecular" frente a un buen estofado, Leo y Elena observaban desde un segundo plano. Elena, radiante, sostenía la mano de Leo, pero sus ojos no dejaban de buscar la tensión en su mandíbula. Leo sonreía, participaba, pero su mirada se desviaba constantemente hacia su comunicador de muñeca, donde sabía que Sami y él mantenían una vigilancia constante sobre el Comandante Keller y la red de espionaje. Habían pasado meses desde la revelación del "canario", y aunque habían identificado a varios agentes de bajo nivel gracias a la vigilancia de Keller, el verdadero cerebro, el "Minotauro", seguía oculto. La boda era un momento de luz, sí, pero para Leo, solo iluminaba las sombras que se alargaban a su alrededor.

—De acuerdo, elijamos la primera memoria —dijo David, proyectando una interfaz holográfica en el centro del grupo—. Mía, ¿cuál quieres que sea la tuya?

Mía sonrió. —Fácil. El viñedo de mi familia, el día de mi decimosexto cumpleaños.

Tecleó un comando. El entorno del Jardín cambió al instante. El cielo estrellado fue reemplazado por un sol cálido de atardecer. El suelo de cristal se convirtió en tierra fértil, y el aire se llenó del aroma dulce de las uvas maduras y la brisa del norte. A lo lejos, se oía el sonido de la risa y la música.

Los padres de Mía soltaron una exclamación de asombro. Era perfecto. Era su hogar.

—Ahora la mía —dijo David.

Dudó un instante, y luego su rostro se endureció con una determinación que Mía reconoció. Tecleó.

El sol se desvaneció. El aroma a uvas fue reemplazado por el olor a ozono y a roca fría. El suelo se volvió irregular, gris. Y el aire se llenó del aullido del viento de la montaña.

Estaban en Gamma-4.

Un silencio tenso cayó sobre el grupo. Los padres de David y Elena se quedaron sin aliento. Los de Mía miraron la escena con horror silencioso.

—David, ¿estás seguro? —susurró Mía.

—Sí —respondió él, su voz firme—. Tienen que entenderlo. Tienen que ver de dónde venimos. De qué hemos sobrevivido.

La simulación no mostraba la batalla. Mostraba la calma anterior. El avatar de un David más joven, compartiendo una ración con el avatar de Mía, sus rostros sucios y cansados, pero vivos.

—Esa es la verdad de nuestra historia —dijo David, su voz resonando en el silencio de la montaña simulada—. No nació en un día de sol. Nació en la oscuridad. Y sobrevivió.

Fue entonces cuando la mano de Elara Soler, la madre de Mía, se posó sobre el brazo de David. Él se giró, sorprendido. La mujer lo miró, sus ojos directos y sin artificios.

—Cualquier hombre que pueda encontrar luz en un lugar como este —dijo, su voz llena de una emoción contenida— es digno de mi hija. Tienen mi bendición.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Mía. David sintió que un peso se levantaba de sus hombros. La tensión entre las familias se rompió, reemplazada por una comprensión silenciosa y profunda.

Mientras el momento emotivo los envolvía, el comunicador de Leo vibró. Un pulso corto, encriptado. El código "Minotauro". Miró la pantalla discretamente. Era un mensaje de Sami.

"Contacto. Keller acaba de acceder a los planos de seguridad del Observatorio Celestial. Solicitud de acceso a los sistemas de ventilación y rutas de servicio para el día de la boda. La excusa: 'inspección de seguridad rutinaria'."

La sangre se heló en las venas de Leo. Miró a su alrededor. A la familia reunida. A David y Mía, abrazados. A su hijo, Mateo, que ahora dormitaba en los brazos de Sofía. A Elena, sonriendo entre lágrimas. Un momento de felicidad perfecta.

Y el Minotauro, el fantasma que cazaban, acababa de poner sus ojos sobre él. La boda no era solo una celebración. Se estaba convirtiendo en un objetivo. Y Leo supo, con una certeza aterradora, que la tregua estaba a punto de terminar de la forma más brutal posible.

Capítulo 27: Votos de Cristal (David y Mía)

Observatorio Celestial de Veridia, Nivel de Eventos Privados

Diciembre, 2041

El día de la boda amaneció con un cielo artificialmente perfecto. La cúpula del Observatorio Celestial había sido programada para simular un amanecer kaledoniano de primavera, con nubes tenues y un sol que derramaba una luz cálida y dorada sobre Veridia. Era una mentira hermosa, un oasis de calma en un mundo que seguía conteniendo la respiración.

El Jardín de los Recuerdos estaba lleno. La familia Reyes y la familia Soler ocupaban las primeras filas, un curioso contraste entre la elegancia urbana de unos y la solidez terrenal de los otros. Elena, radiante con un vestido verde esmeralda, sostenía a un inquieto Mateo en su regazo. A su lado, Leo, impecable con un traje oscuro, parecía tranquilo, pero sus ojos no dejaban de escanear discretamente a la multitud y los puntos de acceso. Cerca de ellos, el Señor Henderson, refunfuñando por tener que llevar corbata ("Parece que me van a ejecutar por crímenes contra el buen gusto", le había susurrado a Elena), intentaba entretener a Mateo con una vieja moneda. Clara, con un vestido azul que resaltaba sus ojos, sonreía con genuina felicidad por su amiga. Incluso la Mayor Thorne estaba allí, en una esquina, observando todo con su habitual intensidad analítica, una pantera en una fiesta de jardín.

David esperaba en el altar improvisado, que era poco más que un pedestal de cristal flotante. Se sentía extrañamente en calma. Llevaba un uniforme de gala de Teniente de la Unidad Fantasma, un traje negro con finas líneas plateadas que resaltaban su nueva autoridad. Pero su mirada solo tenía un objetivo: la entrada.

Y entonces, la vio. Mía apareció, del brazo de su padre, Jon. No llevaba un vestido tradicional, sino un elegante mono de seda

blanca, práctico y hermoso, que reflejaba perfectamente su carácter. Su pelo oscuro estaba recogido, revelando la fuerza de su cuello y la suavidad de sus hombros. En sus ojos, David no vio a una soldado, ni a una superviviente. Vio a su futura esposa. Y el mundo, con todas sus guerras y conspiraciones, se desvaneció.

La ceremonia comenzó. No hubo discursos largos ni lecturas tediosas. El espacio mismo era el narrador. El entorno cambió, transportando a los invitados al viñedo de los Soler al atardecer, llenando el aire con el aroma a uvas maduras. Luego, la escena se transformó en la cima helada de Gamma-4, el viento simulado haciendo que los invitados se estremecieran, compartiendo por un instante el frío y la desolación de su pasado. Vieron avatares de David y Mía, jóvenes y asustados, compartiendo una ración, una imagen de camaradería en el infierno.

Finalmente, el entorno volvió a ser el cielo estrellado de Veridia. Era el momento de los votos.

—En Kaledon, en el año 2041, las promesas ya no se escriben en papel —dijo el oficiante holográfico, su voz resonando suavemente —. Se graban en la luz.

David y Mía se miraron. En lugar de intercambiar anillos, cada uno sacó un pequeño objeto de su bolsillo. Eran dos cristales de datos, facetados como diamantes, que brillaban con una luz interna. Los Votos de Cristal.

David tomó la mano de Mía y colocó su cristal en el pedestal. —Yo, David Reyes, te entrego este recuerdo. No es una promesa de un futuro perfecto, porque sabemos que no existen. Es la memoria de una verdad.

El cristal pulsó, y una nueva escena se materializó a su alrededor. No era un recuerdo de guerra. Era el apartamento de reintegración, semanas después de su regreso. Los invitados vieron a un David demacrado, temblando, luchando contra los fantasmas del PSI-7. Vieron a Mía arrodillada frente a él, su voz firme pero suave, contándole la verdad de Gamma-4, anclándolo a la realidad. Los

invitados no solo lo vieron; lo sintieron. Una ola de empatía programada recorrió la sala, permitiéndoles sentir una fracción de la confusión de David y la fuerza tranquilizadora de Mía. Vieron cómo él se derrumbaba y ella lo sostenía, no con lástima, sino con la feroz lealtad de una compañera.

—Me salvaste la vida en esa montaña, Mía —dijo David, su voz real resonando sobre la escena—. Pero aquí... aquí me salvaste el alma. Mi voto no es una promesa de protegerte, porque sé que puedes protegerte sola. Mi voto es una promesa de ser tu ancla, como tú fuiste la mía. De ser tu verdad cuando el mundo intente venderte mentiras. De ser tu hogar, sin importar en qué infierno nos encontremos.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Elena y Sofía. Incluso Carlos Reyes parecía conmovido.

Mía, con los ojos brillantes, tomó la mano de David y colocó su propio cristal en el pedestal. —Yo, Mía Soler, te entrego este recuerdo. No es una memoria de fuerza, sino de vulnerabilidad.

La escena cambió. Ahora estaban en la cúpula de simulación. Los invitados vieron el cielo estrellado que David había creado para ella, las constelaciones de su unidad perdida, de su hogar, de ellos dos. Sintieron la sorpresa de Mía, su corazón roto abriéndose a una posibilidad que creía perdida para siempre. Vieron el anillo de luz, la propuesta que no se basaba en un futuro de ensueño, sino en un pasado compartido y aceptado.

—Me enseñaste que las cicatrices no son algo que ocultar, sino un mapa que nos muestra lo lejos que hemos llegado —dijo Mía, su voz temblando de emoción—. Mi voto es una promesa de seguir tu mapa y de ayudarte a navegar el mío. De ser tu soldado cuando necesites luchar, tu sanadora cuando necesites curarte, y tu compañera en cada batalla y cada tregua que nos depare la vida.

Los dos cristales en el pedestal brillaron intensamente, su luz fusionándose en una sola. El oficiante holográfico sonrió.

—Los votos han sido grabados y entrelazados. Por el poder que me confiere la República de Kaledon, yo os declaro unidos.

David tomó a Mía entre sus brazos y la besó, un beso que sellaba no solo su amor, sino su alianza inquebrantable. La multitud estalló en aplausos y vítores, el sonido de la alegría pura llenando el Jardín de los Recuerdos.

En medio de la celebración, Leo no aplaudió. Sus ojos estaban fijos en su comunicador, donde una alerta discreta de Sami parpadeaba.

"Keller está en movimiento. Ha salido de su apartamento. Se dirige al distrito del Observatorio. Y no va solo."

Leo levantó la vista. Vio a su familia feliz, a su amigo renacido. Y supo, con una certeza helada, que el enemigo no iba a respetar la tregua. Ni siquiera en un día de boda.

Capítulo 28: El Último Baile (David y Mía)

Observatorio Celestial de Veridia, Nivel de Eventos Privados

Diciembre, 2041

La recepción fue una explosión de luz, sonido y sabor. La IA del Jardín de los Recuerdos transformó el espacio en un banquete espectacular. Pequeños drones servían copas de vino del viñedo de los Soler y canapés de cocina molecular que cambiaban de sabor en la boca. El suelo de cristal mostraba ahora un arrecife de coral bioluminiscente, y el aire olía a brisa marina.

La tensión entre las familias se había disuelto en una mezcla de alcohol y emoción compartida. Carlos Reyes charlaba animadamente con Jon Soler sobre la eficiencia de los drones de riego frente a la sabiduría ancestral del terruño. Sofía y Elara compartían holofotos de sus hijos cuando eran pequeños, riendo juntas.

Clara había arrastrado a Elena a un rincón para ponerse al día, mientras el Señor Henderson, con una copa de algo que esperaba que fuera whisky del bueno, le contaba a un fascinado Mateo historias de "cuando los teléfonos tenían cables y los coches hacían ruido".

Leo se movía entre los invitados, una sonrisa tensa en los labios, su mente a mil por hora. La alerta de Sami sobre Keller era una bomba de relojería. Se excusó, diciendo que iba a comprobar si Mateo necesitaba un cambio de pañal, y se dirigió a una zona de servicio más apartada.

—Sami, ¿situación? —susurró en su comunicador.

—Keller y dos acompañantes no identificados acaban de entrar en el nivel de servicio inferior del Observatorio —respondió la voz de Sami—. Usaron una anulación de seguridad que coincide con la firma del Minotauro. Y sí, uno de los drones de "saneamiento" que

autorizó está en el sistema de ventilación, moviéndose hacia el Jardín. No es un dron de limpieza, Leo. Es un modelo de infiltración Nyx modificado... probablemente vengan en pareja. Pequeños, silenciosos y probablemente armados.

—¿Armados con qué?

—No lo sé. Podría ser gas, un agente incapacitante... o algo peor. Están planeando algo para el final de la fiesta, cuando todo el mundo esté distraído.

Leo maldijo. Tenía que advertir a seguridad, pero ¿cómo? Si lo hacía por los canales oficiales, Keller y el Minotauro lo sabrían. Sería delatar su propia investigación. Tenía que actuar él mismo.

—Sami, necesito que me guíes. Dame un plano de los conductos de ventilación. Y necesito que crees una distracción. Algo grande.

Volvió a la fiesta justo a tiempo para los discursos y el primer baile. David y Mía se movían en el centro de la pista, ajenos a todo. El suelo bajo sus pies se había transformado en un mapa estelar, mostrando el cielo exacto de la noche en que escaparon de Gamma-4. Las estrellas giraban a su alrededor mientras bailaban, un universo privado de supervivencia y amor.

Mientras todos miraban a la feliz pareja, Leo se deslizó hacia una puerta de servicio, siguiendo las indicaciones de Sami en su visor de realidad aumentada. El conducto de ventilación estaba a solo unos metros. Tenía que interceptar ese dron antes de que llegara al Jardín.

En la pista de baile, David sostenía a Mía entre sus brazos.

—¿Crees que alguna vez tendremos una vida normal? —susurró ella.

—Probablemente no —respondió él, sonriendo—. Pero mientras la tengamos juntos, me da igual.

La besó, y la multitud volvió a vitorear. En ese momento, en la otra punta del Jardín, el Señor Henderson reía mientras Mateo, con una

agilidad sorprendente, lograba atrapar una mariposa holográfica.

Y en los conductos de ventilación sobre sus cabezas, Leo se encontró cara a cara con uno de los drones de infiltración Nyx, cuyo único ojo rojo se fijó en él.

La distracción de Sami llegó en ese instante. Todas las luces del Jardín se apagaron de golpe, sumiendo la fiesta en una oscuridad total, seguida de una alarma ensordecedora y el mensaje holográfico: "ALERTA DE CONTENCIÓN. FUGA EN EL SISTEMA DE SOPORTE VITAL. EVACUACIÓN NO RECOMENDADA."

El pánico estalló. La música se detuvo. Los gritos reemplazaron a las risas.

En la oscuridad y el caos, nadie vio la pequeña escotilla del conducto de ventilación abrirse. Nadie vio al dron Nyx descender, no hacia el centro de la fiesta, sino hacia el rincón donde un anciano intentaba proteger a un niño pequeño. Y nadie vio a la figura que descendió sigilosamente tras él.

La sombra del atentado acababa de caer sobre la boda.

Capítulo 29: El Cisne Cae (Mateo)

Observatorio Celestial de Veridia, Nivel de Eventos Privados

Diciembre, 2041

El caos fue instantáneo y absoluto. La falsa alarma de Sami, una obra maestra de la ingeniería del pánico, había funcionado a la perfección. La oscuridad, la sirena ensordecedora y el mensaje de una fuga en el soporte vital transformaron el elegante Jardín de los Recuerdos en una trampa de terror claustrofóbico. Los invitados, presas del pánico, gritaban, tropezaban, buscaban a sus seres queridos en la negrura total, sus siluetas apenas visibles bajo la luz estroboscópica de las alarmas de emergencia.

En medio de la confusión, solo unos pocos mantuvieron la calma. David y Mía, entrenados para el combate en condiciones de visibilidad cero, se movieron al instante para proteger a sus familias, sus voces cortando el pánico con órdenes claras.

—¡Todos al suelo, lejos de los paneles de cristal! —gritó David, su voz de teniente resonando con autoridad—. ¡Agárrense los unos a los otros! ¡Es una falsa alarma para crear pánico!

Pero en el rincón más alejado de la sala, donde la luz y la atención eran menores, la verdadera operación se desarrollaba con una precisión silenciosa y letal.

El Señor Henderson, cuyo primer instinto fue proteger al niño, había agarrado a Mateo, interponiendo su cuerpo de anciano entre el pequeño y la multitud que se arremolinaba. Mateo, asustado por la oscuridad y el ruido, se aferró a él, enterrando la cara en su chaqueta.

—Tranquilo, zagal —murmuró Henderson, su voz un gruñido tranquilizador—. Solo es un poco de ruido. Peores cosas he oído en los bares de los niveles inferiores.

Fue entonces cuando los vio. Dos figuras. No eran invitados presos del pánico. Se movían con un propósito, con una fluidez que no era normal. Uno era un hombre corpulento, vestido con el uniforme de un camarero del evento. El otro era más pequeño, más rápido, y descendía silenciosamente desde una escotilla de ventilación abierta en el techo, asegurado por un cable casi invisible. Era Kael, el líder del equipo de Nyx.

El otro dron de infiltración, una pequeña araña metálica, ya había aterrizado en el suelo cerca de ellos, emitiendo un pulso de luz infrarroja que solo los visores de los agentes de Nyx podían ver, marcando el objetivo.

Henderson vio cómo el "camarero" se acercaba a ellos, su rostro una máscara de fría determinación. Vio cómo sacaba un dispositivo de su bolsillo. No era un arma de energía. Era algo más pequeño, un inyector hipodérmico.

—¡Aléjese del niño! —gritó Henderson, intentando retroceder, protegiendo a Mateo con su cuerpo.

El agente de Nyx fue más rápido. Se abalanzó sobre ellos. Henderson, con una fuerza nacida de la desesperación, lo empujó, haciéndolo tropezar. Pero fue un esfuerzo inútil. El agente se recuperó y golpeó al anciano en la sien con la culata de una pistola sónica que había sacado. Henderson se desplomó, aturdido, pero sin soltar al niño.

Mientras tanto, Kael había aterrizado en el suelo como un gato. Se movió hacia ellos. Mateo, al ver al hombre caer, empezó a llorar, un sonido agudo que se perdió en el caos general. Kael sacó su propio inyector.

—No hagas esto más difícil, viejo —dijo, su voz un susurro sin emoción.

Pero Henderson se aferró a Mateo con la fuerza de un moribundo. Kael, sin perder la paciencia, simplemente le aplicó el inyector en el

cuello. Henderson se quedó flácido al instante, sus ojos vidriosos, inconsciente.

Kael le arrebató a Mateo de los brazos. El niño, ahora en manos de un extraño, empezó a chillar de terror. Kael le tapó la boca con una mano enguantada y le aplicó el segundo inyector en su pequeño brazo. El llanto de Mateo se cortó abruptamente. Su cuerpo se quedó laxo, sus ojos se cerraron.

—Objetivos asegurados —informó Kael en su comunicador—. Procediendo a la extracción.

El otro agente, Ryker, ya había asegurado al inconsciente Henderson, pasándole los brazos por los hombros para arrastrarlo. Kael se colgó al pequeño Mateo en un arnés especial en su pecho.

—Vamos —ordenó.

Se dirigieron, no hacia las salidas principales, sino hacia una puerta de servicio oculta tras unos paneles decorativos, la misma que Leo había visto en los planos. Era su ruta de escape, la que el Comandante Keller les había facilitado.

Mientras tanto, en los conductos de ventilación, la batalla de Leo había sido breve y brutal. El dron Nyx, diseñado para la infiltración y no para el combate directo, intentó incapacitarlo con una descarga eléctrica. Pero Leo, anticipando el movimiento, se había protegido con un panel metálico que arrancó del conducto. Usó su propia multiherramienta para sobrecargar los circuitos del dron, friéndolo con su propia energía.

Salió del conducto justo cuando oía los gritos de pánico desde el Jardín. Sabía que había fallado en interceptar el dron a tiempo, pero quizás aún podía detener a los agentes. Siguió el plano de Sami en su visor, corriendo por los pasillos de servicio, intentando cortarles el paso.

En el Jardín, la oscuridad y la falsa alarma habían durado apenas noventa segundos. Cuando las luces principales volvieron a

encenderse, parpadeando, la escena era de confusión total. Gente en el suelo, mesas volcadas, copas rotas.

Elena fue la primera en darse cuenta.

—¡Mateo! —gritó, su voz un cuchillo de pánico—. ¿Dónde está Mateo? ¡Estaba con el Señor Henderson!

Buscó frenéticamente en el rincón donde los había visto por última vez. No estaban. Solo había una vieja moneda en el suelo.

—¡LEO! —gritó Elena, su rostro una máscara de terror puro.

David y Mía, que estaban ayudando a sus padres a levantarse, oyeron el grito. La sangre se les heló. Corrieron hacia Elena.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Mateo? —preguntó David.

—¡No lo sé! ¡Ha desaparecido! ¡Y Henderson también!

En ese momento, Leo irrumpió en la sala desde la puerta de servicio, su rostro pálido, su traje de gala manchado de grasa.

—¡Han sido ellos! ¡Nyx! —jadeó, sin aliento—. ¡Han cogido a Mateo!

La verdad cayó sobre ellos con el peso de un planeta. La boda, la celebración, la alegría... todo había sido una tapadera. Un escenario. Y ellos habían sido los actores de una tragedia cuidadosamente orquestada. El objetivo nunca había sido un asesinato masivo. El objetivo siempre había sido el niño.

Mientras la familia se quedaba paralizada por el horror, Kael y Ryker arrastraban a sus dos cautivos inconscientes por los corredores de servicio inferiores. Llegaron a un montacargas que los llevó a un nivel de estacionamiento subterráneo. Un vehículo blindado sin insignias los esperaba.

Cargaron a Mateo y a Henderson en la parte de atrás.

—Misión cumplida —dijo Kael, subiendo al asiento del copiloto—. Salgamos de aquí. La distracción del desfile está a punto de empezar.

El vehículo aceleró en la oscuridad de los túneles de servicio, llevándose al hijo de Leo y Elena hacia un destino desconocido, dejando tras de sí solo el eco de una fiesta rota y el comienzo de una nueva y terrible guerra personal. El golpe había sido rápido, silencioso y absolutamente devastador.

Capítulo 30: El Rostro del Minotauro (Sami y Leo)

Observatorio Celestial de Veridia, Niveles de Servicio

Diciembre, 2041

La rabia era un metal al rojo vivo en la garganta de Leo. Una rabia fría, precisa, que quemaba más que cualquier arrebato de furia. Mientras el caos reinaba en el Jardín de los Recuerdos, mientras Elena gritaba el nombre de su hijo y David y Mía intentaban imponer un orden imposible, Leo se movía en la dirección contraria, adentrándose de nuevo en los pasillos de servicio por los que había entrado. Su mente, entrenada para ver patrones en el caos, ya estaba procesando la brutal ecuación del secuestro.

No era un ataque al azar. No era terrorismo. Era un mensaje. Un mensaje dirigido a él.

Llegó a una pequeña sala de control de mantenimiento, cerró la puerta y activó su comunicador, abriendo un canal seguro y encriptado con el Nido del Halcón.

—Sami, ¿me recibes? —dijo, su voz un susurro tenso.

—Alto y claro, Leo —respondió la voz de Sami, desprovista de su habitual ironía, ahora solo tensa y profesional—. Estoy viendo las alertas de seguridad del Observatorio. Un caos total. ¿Estáis bien?

—No —respondió Leo con frialdad—. Se han llevado a Mateo.

Hubo un silencio atónito al otro lado de la línea. —¿Qué? Leo, ¿estás seguro?

—Completamente. Y al Señor Henderson. Fue una operación de extracción. Limpia, profesional. Usaron tu distracción para cubrirse. Eran Nyx.

—Dios mío, Leo... lo siento tanto...

—No lo sientas todavía. Lucha —le cortó Leo, su dolor transformándose en una determinación helada—. Esto no ha sido solo por el niño, Sami. Ha sido por mí. Y ha sido coordinado desde dentro.

Se apoyó contra la pared fría, cerrando los ojos por un instante, reconstruyendo la secuencia de eventos, no como un padre aterrorizado, sino como el analista que era.

—Keller —dijo, la palabra sonando como veneno—. Sabía que estaba aquí. Sabía que la seguridad estaría centrada en los invitados principales. Usó su acceso para facilitar la entrada de los agentes de Nyx y de los drones. Les dio los planos. Les dio la oportunidad.

—Lo estoy viendo, Leo —dijo Sami, el sonido de su tecleo rápido de fondo—. Estoy rastreando la anulación de seguridad que usó. Dejó un rastro, muy pequeño, pero con Omega puedo verlo. Conectó con una red de comunicaciones encriptada de Cygnus justo antes de la alarma. Les estaba dando la señal de "adelante".

—No es solo Keller —continuó Leo, su mente conectando los puntos con una velocidad febril—. Keller es un peón, un burócrata asustado. No tiene el poder para orquestar algo así solo. Necesitaba a alguien más arriba. Alguien que le diera cobertura, que le asegurara que nadie miraría en su dirección. Alguien con el poder para manipular los despliegues de seguridad, para asegurarse de que la respuesta fuera lenta y confusa.

—El Minotauro —susurró Sami.

—Exacto. Y creo que sé quién es.

Leo abrió los ojos. La revelación no fue un destello de genialidad, sino la lenta y horrible cristalización de meses de sospechas, de anomalías, de piezas que no encajaban.

—La trampa del canario, Sami. El informe de David. Pensamos que habíamos sido muy listos al tenderle una trampa a Keller.

—Y lo fue. Cayó de lleno —respondió Sami.

—No. Nosotros caímos —replicó Leo—. Fuimos nosotros los canarios. El Minotauro nos usó. Nos usó para probar si éramos capaces de detectar una fuga, para ver cómo reaccionábamos. Y para sacrificar a un peón, Keller, si era necesario, y así desviar nuestra atención.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sami, confundido.

—Las credenciales que se usaron para descargar el informe... ¿de quién eran?

Hubo una pausa mientras Sami revisaba los archivos de la operación. —Del General Tyrell. Pero asumimos que habían sido clonadas o robadas. Tyrell tiene una reputación intachable.

—"Intachable" —repitió Leo con amargo sarcasmo—. El disfraz perfecto. ¿Y si no fueron robadas, Sami? ¿Y si fue el propio Tyrell quien descargó el archivo, sabiendo que culparíamos a Keller por el rastro que llevaba a su apartamento? ¿Y si nos ha estado observando todo este tiempo, un paso por delante, usando a Keller como un escudo?

La acusación era monstruosa. El General Marcus Tyrell era una leyenda. Un héroe de las últimas escaramuzas contra Valerius, un pilar del Mando Estratégico, el epítome de la lealtad kaledoniana. Y, por eso mismo, el traidor perfecto.

—Tiene el acceso. Tiene el conocimiento. Y tiene la confianza de todos —continuó Leo, su voz ahora un torrente de certeza—. Él supervisa las asignaciones de seguridad para eventos de alto nivel. Él autoriza los contratos de mantenimiento de los que se aprovechó Keller. Él estaba en la reunión donde se decidió la misión de Halcón-7. ¡Siempre ha sido él, escondido a plena vista, protegido por su propia leyenda!

La imagen era clara, aterradora. Keller era el facilitador. Pero Tyrell era el cerebro. El verdadero Minotauro en el centro del laberinto, sacrificando a sus propios soldados, a sus propios científicos, por un

objetivo que Leo aún no comprendía del todo. ¿Poder? ¿Dinero? ¿O una lealtad secreta a la visión de Cygnus?

—Y el secuestro... —continuó Leo, su voz quebrándose por primera vez—. No es solo un mensaje para mí. Es una jugada en el tablero grande. Saben que Elena tiene el paquete. Saben que Mateo... que Mateo es especial. Lo secuestran para obtener el paquete, para estudiarlo a él, y para crear una distracción masiva.

—¿Una distracción para qué? —preguntó Sami.

—Para lo que viene después. Esto no ha sido el ataque principal, Sami. Ha sido el prólogo. El desfile militar de mañana. La celebración de la tregua. Es el objetivo perfecto. Un lugar lleno de altos cargos, de civiles... una demostración de fuerza de Kaledon. Es el escenario ideal para un atentado devastador.

La conexión era brutal en su lógica. El secuestro del hijo del principal analista de ciberdefensa de Kaledon sumiría al Nido del Halcón en el caos, desviaría recursos, lo neutralizaría a él emocionalmente, justo horas antes de que planearan asestar su verdadero golpe.

—Van a romper la tregua, Sami —dijo Leo, la certeza helada—. Mañana. En ese desfile. Y nosotros somos los únicos que lo sabemos.

—Tenemos que advertir a Kaelen. Ahora mismo.

—No —respondió Leo, su voz adquiriendo un nuevo filo, una dureza que sorprendió incluso a sí mismo—. ¿Y decirle qué? ¿Que uno de sus generales más condecorados es un traidor, basándonos en una teoría que Oráculo no puede confirmar al cien por cien? Kaelen es pragmático. Necesitará pruebas irrefutables. Y mientras las busca, Tyrell lo sabrá. Nos silenciará, nos desacreditará, y el atentado seguirá adelante.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¡No podemos dejar que pase!

Leo miró a través de la pared de la sala de control, hacia el caos del Jardín, donde sabía que Elena estaba rota, donde su hijo ya iba camino del enemigo. El dolor era un fuego blanco en su interior. Pero sobre ese fuego, se forjó una resolución de acero.

—Vamos a jugar su juego —dijo—. Vamos a dejarles creer que han ganado. Que estoy destrozado, fuera de juego. Que nadie sospecha de Tyrell. Y mientras ellos preparan su atentado, nosotros prepararemos nuestra propia trampa.

—Leo, es una locura.

—Es la única opción que nos queda —respondió. Se secó una lágrima solitaria que se le había escapado, una traición a la máscara de hielo que intentaba mantener—. Voy a recuperar a mi hijo, Sami. Y voy a hacer que estos traidores paguen por cada vida que han destruido. Pero para eso, necesito que confíes en mí. Necesito que seas mis ojos y mis oídos en el Nido mientras yo me convierto en un fantasma.

Salió de la sala de control, su rostro de nuevo una máscara impasible, aunque por dentro era un infierno de rabia y dolor. Caminó de vuelta hacia el Jardín, hacia su familia rota, preparándose para interpretar el papel más difícil de su vida: el de un hombre destrozado. Pero bajo la superficie, el cazador se estaba preparando para su última y más peligrosa cacería. La partida contra el Minotauro acababa de empezar.

Capítulo 31: La Sinfonía de Acero (El Desfile)

Complejo de Investigación Nyx-Cygnus, Profundidades de Valerius

Diciembre, 2041

La paciencia de Taryn Ellis se había agotado. La tregua, esa farsa diplomática, había cumplido su propósito: le había dado tiempo para perfeccionar sus quimeras y para sembrar el caos en el corazón de Kaledon. El secuestro de Mateo Reyes era la última pieza, el catalizador perfecto. Ahora, era el momento de prender la mecha.

Desde la quietud de su laboratorio, observaba una docena de pantallas holográficas, cada una mostrando un ángulo diferente de la Avenida de los Héroes en Veridia. El Desfile de la Concordia. Qué nombre tan irónicamente perfecto para el escenario de una masacre.

—Aether, informe de situación —dijo, su voz tranquila contrastando con la tensión que vibraba en el aire.

—Todos los activos están en posición, Directora —respondió la IA —. El dron de pulso inicial está enmascarado como un vehículo de limpieza urbana en la calle paralela. Los tres drones de asalto aéreo clase "Mantícora" esperan en modo sigiloso a mil metros de altura. Y nuestro activo principal... está en la tribuna.

En una de las pantallas, Ellis hizo zoom. Vio la tribuna principal, llena de la élite de Kaledon: ministros, generales, directivos de Tecno-Corp. Y entre ellos, vio al General Marcus Tyrell, el Minotauro, su topo de más alto nivel, saludando a un colega, su rostro una máscara de lealtad intachable.

—El objetivo primario, el Ministro de Defensa, está confirmado en su asiento. El objetivo secundario, el Teniente David Reyes, también está presente, junto a su nueva esposa.

Ellis sonrió. Matar dos pájaros de un tiro. El Ministro, para descabezar el mando. Y David, para eliminar una amenaza y, de paso, añadir una nota de crueldad personal a la operación.

—La distracción del secuestro ha funcionado según lo previsto —continuó Aether—. El Nido del Halcón está en un estado de caos controlado. La atención de Leo Reyes está dividida. Es el momento perfecto.

—Inicia la secuencia —ordenó Ellis—. Rompamos la tregua.

En la Avenida de los Héroes, el espectáculo era una proeza de la ingeniería y la propaganda kaledoniana. El desfile no era de soldados marchando, sino de máquinas.

Primero, los drones de reconocimiento "Aguijón", volando en una formación perfecta que dibujaba el halcón de Kaledon en el cielo. Les siguieron los tanques autónomos "Gladius", sus orugas magnéticas moviéndose en un silencio casi absoluto sobre el asfalto inteligente, sus torretas girando en una sincronía perfecta. Luego, las máquinas de combate "Titán", gigantes de diez metros de altura que caminaban con una gracia aterradora, haciendo una reverencia al pasar frente a la tribuna principal. Y finalmente, el orgullo de la flota: una escuadrilla de cazas sigilosos "Espectro", que aparecieron de la nada, sus campos de camuflaje desactivándose en el último segundo para rugir sobre las cabezas de la multitud asombrada.

David y Mía estaban en una sección reservada para personal militar condecorado, no muy lejos de la tribuna principal. David observaba el desfile con una mezcla de orgullo y una profunda inquietud. Conocía esas máquinas. Sabía de lo que eran capaces. Y sabía lo vulnerables que podían ser.

—Es impresionante —dijo Mía, su voz llena de asombro.

—Es un escaparate —respondió él en voz baja—. Un hermoso y brillante escaparate. Y los escaparates están hechos para romperse.

En ese instante, su comunicador de muñeca, un nuevo modelo de la Unidad Fantasma con enlace directo al Nido, vibró. Era un

mensaje de Leo. Un único carácter.

"!"

No era un mensaje. Era una advertencia. El corazón de David dio un vuelco. Miró a su alrededor. La multitud vitoreaba. Los políticos sonreían. Todo parecía normal. Pero el instinto que había afilado en la sala blanca y en las simulaciones le gritaba que algo iba terriblemente mal.

—Mía —dijo, su voz un susurro urgente—. Tenemos que movernos. Ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero confía en mí.

Se levantó, agarrándola de la mano, y empezó a moverse hacia la salida más cercana, en contra de la marea de gente que se agolpaba para ver mejor.

Fue entonces cuando el mundo se vino abajo.

Capítulo 32: Fuego del Cielo (David y Mía)

Diciembre, 2041

No hubo un sonido de aviso. Solo un parpadeo. Una distorsión en el aire, como una ola de calor, que barrió la avenida. El dron de pulso.

Todos los sistemas electrónicos en un radio de doscientos metros murieron al instante. Las máquinas "Titán" se congelaron a mitad de paso, convirtiéndose en estatuas de metal. Los tanques "Gladius" se detuvieron en seco. Los drones "Aguijón" cayeron del cielo como pájaros de metal muertos. Las pantallas holográficas se apagaron, reemplazadas por el silencio.

La multitud se quedó callada por un instante, confundida. ¿Era parte del espectáculo?

Y entonces, las Mantícoras atacaron.

Descendieron del cielo, sus campos de camuflaje desactivándose para revelar sus formas insectoides y letales. No usaron misiles. Usaron armas de energía cinética. Proyectiles de tungsteno del tamaño de un puño, acelerados a velocidades hipersónicas. Silenciosos, invisibles, devastadores.

El primer proyectil impactó en la tribuna principal, justo donde estaba sentado el Ministro de Defensa. No hubo una gran explosión. Solo un sonido sordo, un thump, y el Ministro, junto con varios de sus ayudantes, simplemente... dejó de existir, reemplazado por un agujero humeante en la plataforma y una lluvia de metralla biológica.

El segundo proyectil iba dirigido a David.

—¡DAVID, CUIDADO! —gritó Mía.

Lo había visto. No el proyectil, sino el destello casi imperceptible del sistema de puntería del dron. Su instinto de combate, su amor por él, todo se fusionó en un solo acto reflejo. Lo empujó con toda

su fuerza, lanzándolo por encima de una barandilla hacia el nivel inferior de la grada.

El proyectil impactó donde él había estado un segundo antes, desintegrando el asiento y a un desafortunado oficial que estaba detrás.

El pánico se desató. Un tsunami de gritos y terror. La multitud, atrapada, empezó a correr en todas direcciones, pisoteándose unos a otros. Las Mantícoras continuaron su ataque, no contra la multitud, sino contra los guardias, contra los vehículos de seguridad, sembrando el caos, asegurándose de que no hubiera una respuesta coordinada.

David aterrizó mal en el nivel inferior, su hombro chocando contra el suelo de hormigón. El dolor fue agudo, pero la adrenalina lo anuló. Se levantó, buscando a Mía. La vio en el borde de la grada, intentando bajar, pero atrapada por la multitud que huía.

—¡MÍA! —gritó.

En el Nido del Halcón, Leo y Sami observaban el infierno en las pantallas.

—¡Lo sabía! —gritó Leo—. ¡Tyrell! ¡Ha sido él! ¡Ha tenido que desactivar las defensas locales!

—No puedo confirmarlo, Leo. Todas las comunicaciones con la seguridad del desfile están cortadas. ¡Es un caos!

—¡Dame el control de un dron de vigilancia cercano! ¡Cualquiera que siga operativo fuera de la zona del pulso! —ordenó Leo.

En la Avenida de los Héroes, Mía logró saltar desde la grada, aterrizando con la agilidad de una gata. Corrió hacia David.

—¿Estás bien?

—Sí. Me salvaste la vida.

—Estamos en paz, entonces —dijo ella, una sonrisa sombría en su rostro—. Ahora, salgamos de aquí.

Pero el caos era su prisión. Estaban atrapados entre la multitud aterrorizada y los drones asesinos. Vieron cómo una de las Mantícoras descendía, sus sensores ópticos barriéndolos, identificándolos.

—¡Nos ha visto! —dijo David—. ¡Corre!

Se lanzaron a cubierto detrás de uno de los tanques "Gladius" inutilizados. El dron Mantícora abrió fuego. Los proyectiles de tungsteno impactaban contra el blindaje del tanque, arrancando trozos de metal, cada impacto haciendo que el suelo temblara.

Estaban atrapados. Sin armas pesadas, sin apoyo. Eran dos soldados contra una máquina de guerra de última generación.

—Tengo una idea —dijo David, sus ojos fijos en el tanque—. Es una locura.

—Tus ideas suelen serlo —respondió Mía—. Soy toda oídos.

—El panel de anulación manual de emergencia del Gladius. Está en la parte trasera. Si logro llegar a él, quizás pueda reactivar la torreta.

—¿"Quizás"? ¿Y mientras tanto, qué hago? ¿Lo distraigo contándole un chiste?

—Exactamente —dijo David, y por primera vez, Mía vio en sus ojos no al superviviente traumatizado, sino al soldado audaz del que se había enamorado—. Cúbreme.

Capítulo 33: El Rugido del Gladius (David y Mía)

Diciembre, 2041

La idea de David no era una locura. Era un suicidio con un 19% de probabilidad de éxito, el tipo de plan que a él le encantaba. Mientras Mía asomaba la cabeza y disparaba ráfagas cortas y precisas con su pistola de energía para mantener ocupado al dron Mantícora, David se deslizó por el lateral del enorme tanque Gladius.

El aire olía a metal quemado y a pánico. Los proyectiles del dron seguían golpeando el blindaje, cada impacto una sentencia de muerte pospuesta por unos segundos. David llegó a la parte trasera del tanque. Vio el panel de anulación, una pequeña escotilla asegurada con un cierre magnético.

—¡Sami, necesito el código de anulación de emergencia para un Gladius, serie Delta! —susurró Leo en su comunicador, mientras guiaba un dron de vigilancia para obtener una vista táctica de la situación de David y Mía.

—¡Lo tengo! ¡Te lo envío ahora! —respondió Sami.

El código apareció en el visor de David, retransmitido por Leo. Tecleó la secuencia. La escotilla se abrió. Dentro, una maraña de cables y un interruptor manual de color rojo brillante. Lo accionó.

Nada. El pulso electromagnético había frito los sistemas principales.

—¡Plan B! —gritó David a Mía—. ¡Necesito un puente de energía!

Mía entendió al instante. Mientras seguía disparando, sacó de su cinturón un cable de derivación de alta capacidad, una herramienta estándar para los especialistas de campo. Se lo lanzó.

David lo cogió al vuelo. Con una habilidad nacida de años de trastear con máquinas, puenteó la batería de emergencia del tanque

directamente al sistema de control de la torreta, saltándose todos los fusibles y protocolos de seguridad.

Hubo un chispazo, un zumbido de energía, y la torreta principal del Gladius, un cañón de plasma pesado, giró lentamente hacia la vida.

—¡Lo tengo! —gritó David, saltando a la escotilla del artillero. Dentro, los sistemas estaban muertos, pero el control manual de emergencia, puramente mecánico, respondió.

El dron Mantícora, al ver la torreta moverse, pareció darse cuenta del peligro. Dejó de disparar a Mía y se centró en el tanque, preparando un disparo de precisión a la escotilla de David.

—¡Ahora o nunca, David! —gritó Mía.

David alineó la retícula manual con la silueta del dron. Apretó el gatillo.

El mundo se volvió blanco y rugió. Un rayo de plasma puro salió disparado del cañón del Gladius, impactando de lleno en la Mantícora. El dron enemigo se desintegró en una bola de fuego silenciosa, sus restos lloviendo sobre la avenida.

Por un instante, hubo silencio en su pequeño rincón del infierno. David salió de la torreta, tosiendo, el olor a ozono llenando sus pulmones. Mía corrió hacia él. Se abrazaron, una mezcla de alivio y adrenalina.

—Buen disparo, teniente —dijo ella.

—Buen plan, sargento —respondió él.

Pero la batalla no había terminado. Las otras dos Mantícoras, al ver a su compañera destruida, convergieron en su posición. Y desde las calles laterales, vieron aparecer a las tropas de Nyx, soldados de negro avanzando para "limpiar" la zona y confirmar las muertes.

Estaban vivos, pero seguían atrapados. Habían ganado una escaramuza, pero la guerra acababa de empezar. Y mientras se preparaban para la siguiente oleada, David se dio cuenta de que el

atentado no era solo una distracción. Era algo más. Era el primer disparo de una guerra abierta. La tregua no solo se había roto. Había sido pulverizada.

Capítulo 34: El Martillo y el Muro (Leo y Kaelen)

El Nido del Halcón, Veridia

Diciembre, 2041

El Nido del Halcón se había convertido en el cerebro de una nación herida y furiosa. Las horas que siguieron al atentado y al secuestro fueron un torbellino de gestión de crisis, análisis forenses y una sed de venganza que se filtraba incluso en los protocolos más fríos de Oráculo. Kaelen, el Supervisor, se movía por la sala de operaciones como una pantera enjaulada, su habitual calma pragmática reemplazada por una gélida furia. La tregua no solo se había roto; había sido profanada.

La primera cabeza en rodar fue la de Keller. Las pruebas que Leo y Sami habían recopilado, combinadas con los registros de seguridad del Observatorio que mostraban su acceso no autorizado, eran irrefutables. Un equipo de Seguridad Interna, actuando bajo la autoridad directa de Kaelen, lo sacó de su apartamento de lujo en mitad de la noche. No opuso resistencia. Su rostro, al ser escoltado, no mostraba desafío ni miedo, solo la resignación gris de un burócrata cuya suerte se había acabado. Fue enviado a una prisión de máxima seguridad, un "agujero negro" del que nadie volvía, para un interrogatorio del que probablemente no saldría cuerdo.

Pero Keller era solo el peón. El rey, el General Marcus Tyrell, era una pieza mucho más difícil de capturar.

—No podemos arrestarlo sin más, Leo —dijo Kaelen, en una reunión de emergencia en su oficina privada. Solo estaban ellos tres: Kaelen, Leo y un Sami de aspecto demacrado—. Es un héroe de guerra. Un pilar del Mando Estratégico. Acusarlo de traición sin pruebas absolutas podría fracturar al ejército en el peor momento posible. Sería una guerra civil dentro de una guerra exterior.

—Tenemos las credenciales clonadas, la descarga del informe de David —argumentó Leo, su voz tensa por la rabia y la falta de sueño.

—Pruebas circunstanciales que él alegará que fueron plantadas por el verdadero topo para incriminarlo —replicó Kaelen—. Tyrell es un maestro del engaño. Necesitamos algo más. Necesitamos que cometa un error.

Pero Tyrell no cometía errores. Cuando Seguridad Interna fue a su residencia oficial con una orden de "consulta urgente", encontraron el lugar vacío. Se había ido. Desaparecido sin dejar rastro. Su comunicador, desconectado. Sus vehículos, en el garaje. Se había desvanecido como un fantasma, demostrando que su red de escape era tan sofisticada como su red de traición. El Minotauro había abandonado el laberinto.

La desaparición de Tyrell fue la confirmación final. Y la gota que colmó el vaso.

Esa misma mañana, el Presidente de Kaledon, en una transmisión de emergencia a toda la república, declaró el fin oficial de la tregua. Su rostro, normalmente el de un político calculador, era una máscara de furia justa.

—Ayer, mientras celebrábamos la paz, nuestros enemigos demostraron que no conocen el honor —dijo, su voz resonando en cada pantalla de Veridia—. Atacaron a nuestros civiles. Asesinaron a nuestros líderes. Y el día anterior secuestraron a un niño inocente, el hijo de uno de nuestros más valientes defensores. Esto no es un acto de guerra. Es un acto de barbarie. Y no quedará sin respuesta.

La declaración fue un martillo. Kaledon estaba oficialmente en guerra. No una guerra de escaramuzas y ciberataques, sino una guerra total. Las Fuerzas de Defensa fueron movilizadas a una escala no vista en cincuenta años. El Nido del Halcón se convirtió en el centro neurálgico de la respuesta.

—Leo —dijo Kaelen, una vez que la transmisión terminó—. Su prioridad ha cambiado. La caza del resto de la red de Tyrell sigue

activa, pero ahora tenemos un objetivo más urgente. Recuperar a su hijo.

Proyectó un mapa en la pared. —Oráculo ha estado analizando las rutas de escape desde el Observatorio. El vehículo blindado en el que huyeron los agentes de Nyx entró en la red de túneles de servicio subterráneos. Perdimos su rastro aquí —señaló un punto en la periferia industrial de la ciudad—. Creemos que usaron un túnel de carga abandonado para salir a la superficie y luego se dirigieron al este, hacia territorio Valeriano.

—¿Qué necesita que haga, señor?

—Necesito que piense como ellos. Necesito que use su dolor, su rabia, y los convierta en un arma. Analice cada dato que tengamos sobre Nyx, sobre Ellis, sobre Quimera. Busque un patrón, una debilidad, un posible lugar donde puedan haber llevado a Mateo. Oráculo le dará todo lo que necesite. Conviértase en su peor pesadilla, Leo. Cace a los que le quitaron a su hijo. Y tráigalo a casa.

Era una orden que no necesitaba ser dada. Ya era la única misión que importaba. Mientras Kaelen hablaba, Leo ya estaba formulando un plan, una estrategia desesperada. Necesitaba hablar con Elena. Necesitaba los datos del paquete. Y necesitaba un equipo.

Miró a través del cristal de la oficina de Kaelen, hacia la sala de operaciones. Vio a David y a Mía, que acababan de llegar al Nido con sus rostros sombríos. Estaban allí, no como invitados, sino como soldados. La Unidad Fantasma. Y su primera misión, lo supo Leo en ese instante, acababa de ser asignada. La caza de Mateo no sería solo su guerra personal. Sería la de todos ellos.

Capítulo 35: El Mundo Vacío (Elena)

Sala Segura y Torre Arcadia

Diciembre, 2041

El mundo se había contraído hasta convertirse en el silencio que dejó la ausencia de su hijo.

Las horas que siguieron al secuestro fueron un borrón de luces estroboscópicas, gritos ahogados y el movimiento de fantasmas con uniformes de seguridad. Habían trasladado a la familia a una sala de crisis segura en los niveles inferiores del Observatorio, un espacio anónimo con paredes grises y una única pantalla que ahora mostraba un mapa táctico de Veridia lleno de iconos rojos de amenaza. Para Elena, la pantalla podría haber estado mostrando estática. Nada importaba.

Estaba sentada en una silla metálica y fría, envuelta en una manta térmica que no le daba calor. Su mente repetía en un bucle infinito la última imagen que tenía de Mateo: su risa mientras atrapaba una mariposa holográfica, sus pequeños pies corriendo sobre la hierba virtual, su mano en la del Señor Henderson. Y luego, la oscuridad. Y los gritos.

Su familia intentaba llegar a ella, pero sus voces eran ecos lejanos al otro lado de un abismo de dolor. Su madre, Sofía, le ofrecía agua que no podía beber. Su padre, Carlos, caminaba de un lado a otro, su rostro una máscara de furia impotente. Clara, su amiga, se mantenía a su lado, una presencia silenciosa y reconfortante, aunque Elena podía sentir su propia angustia.

Leo le había prometido que la mantendría informada, que la llamaría en cuanto supiera algo. Pero su comunicador permanecía en silencio. La red civil seguía caída en su mayor parte, y los canales prioritarios estaban reservados para la guerra que acababa de estallar. Cada minuto de silencio era una nueva tortura, una nueva espiral de imaginaciones horribles.

La puerta de la sala segura se abrió. Era David con su traje de combate negro de la Unidad Fantasma. Su rostro estaba demacrado por el cansancio, y la alegría de su boda era un recuerdo cruel en sus ojos sombríos. Mía estaba justo detrás de él, una sombra silenciosa cuya mera presencia era un ancla.

Elena se levantó de un salto, su corazón martilleando contra sus costillas. —¿Mateo? ¿Sabéis algo? ¿Habéis encontrado algo?

David se acercó, y la forma en que evitó su mirada le dijo a Elena todo lo que necesitaba saber. No había buenas noticias.

—El, siéntate, por favor —dijo él suavemente.

—No me voy a sentar, David. Dime qué está pasando. ¿Dónde está Leo? Me prometió que llamaría.

David respiró hondo. —Hemos estado en el Nido. La situación es... peor de lo que parece. El secuestro fue el objetivo principal. Lo sabemos con certeza.

—¿Y Leo? —insistió Elena, su voz un hilo—. ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no me llama?

Mía dio un paso al frente, su voz firme pero llena de una empatía que solo alguien que ha compartido el infierno puede ofrecer. —Elena... después del ataque, Kaelen se reunió con Leo. La información que tenía, las pistas que había estado siguiendo... todo apuntaba a una conspiración masiva. La red de Ellis, los traidores... llega mucho más alto de lo que pensábamos.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi hijo? ¿Y con Leo? —exigió Elena, el pánico arañando su garganta.

David finalmente la miró a los ojos, y en ellos vio un dolor que reflejaba el suyo. —Kaelen le dio a Leo una nueva misión. La única que importa ahora. Cazar a los que se llevaron a Mateo. Y encontrarlo. Les dio acceso a todos los recursos, autoridad para operar en la sombra, fuera de la cadena de mando oficial, porque no sabemos en quién podemos confiar.

Un rayo de esperanza, frágil y desesperado, atravesó la niebla del dolor de Elena. —¿Entonces está buscándolo? ¿Tiene un equipo? ¿Estáis vosotros con él?

—No —dijo David en voz baja—. Se ha ido.

La palabra, tan simple, la golpeó con la fuerza de un impacto físico. —¿Ido? No entiendo.

—Ha desaparecido, Elena —dijo Mía, su voz ahora un susurro—. Después de la reunión con Kaelen, accedió a los registros de la ruta de escape de los secuestradores, descargó toda la inteligencia disponible sobre las operaciones de Nyx en la región... y se fue. Solo. Su comunicador está en modo fantasma. Es irrastreable. Nadie en el Nido, ni siquiera Kaelen, sabe a dónde ha ido. Está persiguiéndolos. Solo.

La verdad, cruda y brutal, la golpeó con más fuerza que cualquier explosión. No se lo habían llevado. Se había ido. La había dejado. En el peor momento de su vida, con su hijo en manos del enemigo, Leo la había abandonado para ir a una caza suicida y solitaria.

El dolor que sentía se transformó en algo más oscuro, más afilado: una sensación de traición tan profunda que la dejó sin aliento. ¿Cómo podía? ¿Cómo podía dejarla sola, precisamente ahora? ¿Acaso su sed de venganza, su obsesión por la caza, era más fuerte que su necesidad de estar con ella, de llorar juntos, de planear juntos?

—Nos ha dejado —susurró, las palabras sabiendo a ceniza en su boca—. Nos ha abandonado.

—¡No! —dijo David con fiereza—. ¡Está intentando protegeros! ¡A ti y a Mateo! Con un topo como Tyrell desaparecido y una red de espías activa, Leo sabe que no puede confiar en nadie dentro del sistema. Ir solo es la única forma que tiene de asegurarse de que no lo traicionen, de que no usen la misión de rescate como otra trampa. ¡Lo está haciendo por vosotros!

Pero para Elena, en ese abismo de dolor, la lógica no servía de consuelo. Solo sentía el abandono. Se levantó, la manta térmica cayendo al suelo. Se sentía extrañamente vacía, hueca. El pánico y el dolor habían sido reemplazados por un frío glacial.

—Necesito ir a mi apartamento —dijo, su voz desprovista de emoción.

—El, no creo que sea seguro —dijo David—. La torre fue un objetivo...

—No me importa —le cortó ella—. Necesito estar en mi casa. Con las cosas de Mateo. Necesito... pensar.

Su familia la miró, sin saber qué decir ante esa nueva y frágil dureza.

De vuelta en el apartamento, ahora custodiado por dos soldados de la Unidad Fantasma en el pasillo, Elena caminó directamente a la habitación de Mateo. La pequeña cama estaba vacía. El dron halcón de juguete yacía en un rincón. Cogió el pequeño oso de peluche que Mateo abrazaba cada noche. Olía a él. A su hijo. Se aferró al oso con todas sus fuerzas, y fue entonces cuando el dique de contención se rompió.

Se derrumbó en el suelo, sollozando, un sonido desgarrador que llenó el silencio del apartamento. Lloró por su hijo secuestrado, por su marido desaparecido, por la felicidad que le habían arrebatado. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas, hasta que solo quedó un vacío doloroso y agotado.

Se quedó allí, en el suelo de la habitación de su hijo, durante horas, mientras la noche daba paso a un amanecer gris sobre la ciudad herida.

Cuando el sol artificial se elevó por completo, Elena se levantó. El llanto la había vaciado, pero no la había destruido. En el fondo de ese vacío, algo nuevo y duro comenzaba a formarse. Una resolución fría como el hielo.

Leo la había dejado. David estaba en guerra. Sus padres estaban indefensos. La seguridad de Kaledon había fallado. Nadie iba a salvar a su hijo por ella. Si quería recuperarlo, tendría que hacerlo ella misma.

Caminó hacia la cocina. Hacia el panel falso. El miedo que siempre le había inspirado el secreto que ocultaba se había transformado. Ya no era una carga que la aterrorizaba. Era un arma. Su única arma.

Abrió el panel. Allí estaba. El prototipo de interfaz de datos cuánticos. La clave de Quimera Fase II. Lo cogió. El metal se sentía frío y pesado en su mano. Era el objeto por el que probablemente se habían llevado a su hijo. Era la razón por la que Leo se había obsesionado, y ahora, la razón por la que se había ido a una misión suicida. Era el corazón de toda esta pesadilla.

Y ahora, era su única moneda de cambio. Su única esperanza.

No sabía cómo usarlo. Pero Kaelen, el hombre que había enviado a Leo a esa misión solitaria, sí lo sabría. Y él le debía algo. Le debía respuestas. Le debía a su mejor analista. Y le debía a su hijo.

La madre rota había desaparecido. En su lugar, había una mujer con una misión. Iba a contactar con el Nido del Halcón. Iba a hablar con el Supervisor. E iba a hacer un trato con el diablo, si era necesario, para recuperar a su hijo. La guerra de Leo, la guerra de David, ahora también era la suya.

Capítulo 36: El Cazador de Sombras (Leo)

Diciembre, 2041. Horas después del atentado.

El dolor era un sol negro en el centro del universo de Leo. Un agujero negro de rabia y miedo que amenazaba con devorar cada gramo de su ser, cada fragmento de su lógica de analista. Pero no se lo podía permitir. El dolor era un lujo. La lógica, un arma. Y él, ahora, era un cazador.

Abandonó el Nido del Halcón como un fantasma, una sombra deslizándose por los corredores de servicio que él mismo había ayudado a diseñar. Nadie lo detuvo. Kaelen, en su pragmatismo brutal, le había dado la misión, pero también le había dado la soga: "Encuéntralo. Pero si fallas, si te capturan, no existes. Kaledon negará tu existencia". Una carta blanca para operar y una sentencia de muerte firmada en el mismo aliento. A Leo le pareció justo.

Su primer movimiento no fue hacia la superficie, sino hacia una terminal de acceso profundo olvidada en el Nivel de Archivos Muertos. Era su última oportunidad de usar el poder del Nido antes de cortarse por completo. Se conectó, sus dedos moviéndose con una velocidad febril, su mente ya operando en un plano diferente, más allá del dolor, en la fría estratosfera del análisis puro.

—Oráculo, soy Reyes. Autorización Omega. Necesito el volcado completo de datos brutos del vehículo blindado Nyx. Cada paquete de telemetría, cada fluctuación de energía, cada microsegundo de su ruta desde el Observatorio hasta que perdiste el rastro. Sin filtros. Sin análisis. Solo los datos crudos.

La IA, su antigua herramienta, su compañera de batallas digitales, respondió con su calma habitual, una calma que ahora a Leo le pareció obscena.

—Procesando. La solicitud es inusual, Analista Reyes. Los datos brutos pueden contener…

—Ejecuta —le cortó, su voz un gruñido.

Una cascada de luz y código inundó su dispositivo personal, un torrente de información que habría abrumado a cualquier otro. Pero para Leo, era un lenguaje. Lo leyó como un poeta lee un verso, buscando el ritmo, la cadencia, la mentira oculta entre los unos y los ceros. Vio la ruta de escape, el túnel de carga abandonado en la periferia industrial, el punto exacto donde la señal se desvaneció. Y vio algo más. Una anomalía. Una microdescarga de energía del vehículo justo antes de desaparecer. No era un fallo. Era una transferencia de datos. Se habían conectado a algo.

Con la información ardiendo en su dispositivo, inició el protocolo final. Borró sus rastros, eliminó sus accesos Omega temporales y activó un virus de bajo nivel que corrompería sutilmente cualquier intento de rastrear sus últimas acciones. Luego, se arrancó su comunicador de muñeca oficial y lo aplastó bajo el talón de su bota. Era libre. Y estaba completamente solo.

Sacó de un bolsillo oculto de su chaqueta un segundo dispositivo, uno que nadie conocía. Un "fantasma". Un comunicador que había construido en secreto durante años, usando componentes del mercado negro y protocolos de encriptación de diseño propio. Era irrastreable, un susurro en la red global. Lo encendió. Sin conexión al Nido. Sin Ángel Guardián. Sin red de seguridad. Solo él contra el mundo.

La periferia industrial de Veridia era un cementerio de ambiciones rotas. Almacenes abandonados, esqueletos de fábricas de la pre-unificación y el hedor a químicos mal reciclados. La guerra había añadido una nueva capa de desolación: cráteres de impactos de misiles, vehículos civiles calcinados y un silencio antinatural roto solo por el viento que aullaba a través de las estructuras metálicas rotas.

Leo se movía entre los escombros como un depredador, su traje de gala de la boda ahora una burla sucia y desgarrada. Había "requisado" una moto eléctrica de un puesto de vigilancia abandonado. No era rápida, pero era silenciosa. Siguió las

coordenadas hasta el túnel de carga. La entrada estaba oculta tras una pila de contenedores oxidados. Y allí, en la penumbra, estaba. El vehículo blindado Nyx. Abandonado.

Demasiado fácil.

—Por supuesto que es una trampa —murmuró para sí mismo, su aliento formando una nube de vaho en el aire helado—. Si yo fuera ellos, dejaría un regalito de bienvenida. O dos. O tres. Probablemente con un lazo. Les encanta la ironía.

En lugar de acercarse directamente, sacó un pequeño dron de reconocimiento de su mochila, otra pieza de su arsenal personal. El dron, del tamaño de una libélula, se elevó silenciosamente y se acercó al vehículo. La cámara del dron le mostró el interior a través de una ventana rota. Vacío. Pero el sensor térmico del dron reveló dos fuentes de calor activas. Una en el motor, un señuelo. La otra, bajo el asiento del conductor. Una mina de presión. Y en el exterior, camufladas entre los escombros, dos torretas de defensa automáticas, modelos Nyx, esperando a que el padre desesperado corriera hacia el vehículo.

—Qué considerados. Me habrían convertido en confeti antes de que pudiera decir "traición" —dijo con un humor que no sentía.

La solución no fue la fuerza bruta. Fue la elegancia. Usando la interfaz de su dron, Leo no intentó desactivar las torretas. Hizo algo mucho más ingenioso. Hackeó el sistema de identificación amigo-enemigo (IFF) de una de ellas, usando un código de anulación que había robado de un informe de Ellis meses atrás. Luego, le envió a esa torreta un único comando: "Amenaza hostil detectada. Coordenadas: las de la otra torreta".

El resultado fue una breve y brutal sinfonía de destrucción. Las dos torretas se aniquilaron mutuamente en un fuego cruzado de proyectiles de energía. El ruido de la batalla en miniatura resonó en el almacén abandonado. Leo esperó. Nadie vino. Los secuestradores ya estaban lejos.

Se acercó al vehículo, ahora seguro. Desactivó la mina de presión con un pulso electromagnético localizado desde su multiherramienta. El interior olía a sudor y a la tensión de la huida. Vio el arnés especial en el asiento trasero, el que Kael había usado para llevarse a Mateo. La visión le provocó una punzada de dolor tan intensa que tuvo que apoyarse en la puerta. Se obligó a reprimirla. El dolor no traería de vuelta a su hijo. La información, sí.

Buscó en el vehículo. Encontró lo que esperaba: la interfaz donde se habían conectado para la transferencia de datos. Estaba frita, borrada. Pero también encontró algo que no esperaba. En el suelo, medio pisada, había la envoltura de una ración de campaña Valeriana. "Estofado de Proteínas Nutri-Max. Sabor: Sorpresa del Lunes".

—Sorpresa del Lunes —leyó en voz alta—. Probablemente sabe a cartón mojado con un toque de desesperación. Al menos sé que no morirán de hambre, sino de asco.

Era un detalle estúpido, mundano. Pero le recordó que sus enemigos eran humanos. O al menos, comían como humanos con muy mal gusto. Y los humanos cometían errores.

El error estaba en la interfaz de datos. Aunque el disco principal estaba borrado, la transferencia de energía había dejado un rastro residual, una "sombra" magnética en el cableado. Era casi indetectable, un susurro digital. Pero para un hombre que había pasado su vida escuchando susurros, era un grito.

Conectó su dispositivo fantasma, ejecutando un algoritmo de recuperación profunda que tardó veinte minutos agónicos. Mientras esperaba, el silencio del almacén lo envolvía. Cada crujido, cada golpe del viento, era un posible enemigo. La soledad era un océano. Él era un náufrago en una balsa de rabia.

Finalmente, el dispositivo emitió un pitido. Tenía algo. No era mucho. Un archivo de ruta fragmentado. Encriptado. Pero la encriptación era un modelo estándar de transporte logístico de Cygnus, no el código militar de Nyx. Un error. Un error de prisa.

Probablemente usaron una red de transporte civil de Cygnus para mover a Mateo fuera de la ciudad, para no levantar sospechas militares.

Leo sonrió, una mueca sin alegría. Rompió la encriptación en menos de cinco minutos. El archivo reveló una única coordenada: un aeródromo de carga abandonado a treinta kilómetros al este, cerca de la frontera. Y un horario. Despegue: en noventa minutos.

Noventa minutos.

Miró la moto eléctrica. No era lo suficientemente rápida. Miró a su alrededor. Vio, en una esquina del almacén, bajo una lona polvorienta, la silueta inconfundible de un interceptor de persecución de la policía de Veridia, un modelo "Aguijón", probablemente almacenado allí tras algún accidente. Estaría sin energía, bloqueado. Pero Leo Reyes no veía un vehículo inutilizado. Veía una solución.

—Bueno, campeón —susurró al aire frío, como si hablara con su hijo—. Papá va a tener que tomar prestado un coche de policía. Espero que no te importe. Prometo que no encenderé las sirenas. Sería de mal gusto.

La caza acababa de empezar de verdad. Y el fantasma del Nido del Halcón estaba a punto de desatar su propia tormenta.

Capítulo 37: Metralla y Gasas (Clara y Elena)

Diciembre, 2041. La mañana después del atentado.

La luz del amanecer sobre Veridia era una mentira. Un filtro gris y ceniciento que se colaba por las persianas de titanio de la Torre Arcadia, iluminando un mundo que se había quedado sin color. Elena estaba sentada en el suelo de la habitación de Mateo, con la espalda apoyada contra la pequeña cama vacía. Llevaba allí toda la noche, aferrada al oso de peluche de su hijo, un ancla en un océano de silencio. Sentía el peso discreto del dispositivo oculto, aquel que había logrado rescatar de la cocina; un pequeño fragmento de metal que ahora le quemaba contra el muslo como una promesa silenciosa. El llanto se había secado, dejando tras de sí el desierto helado de la resolución.

Leo se había ido. Mateo no estaba. La felicidad, descubrió, era un castillo de cristal, y el suyo lo habían hecho añicos con una facilidad insultante. Sin embargo, entre las ruinas de su vida, la idea que había empezado a cobrar forma con el dispositivo, se alzaba ahora con una claridad despiadada. Lo que planeó como una medida desesperada, ahora era su única brújula. Sabía que el momento de actuar llegaría muy pronto, mucho antes de lo que hubiera deseado, pero estaba lista.

Se levantó. Sus músculos protestaron, rígidos por las horas de inmovilidad. Caminó por el apartamento, ahora un mausoleo silencioso custodiado en el exterior por dos soldados de la Unidad Fantasma, cortesía de su hermano. La jaula dorada era ahora una fortaleza, lo que en la práctica venía a ser lo mismo, pero con hombres armados en la puerta.

No podía quedarse allí. Esperar. Ver las noticias censuradas. Volverse loca. El dolor era un motor, y si no le daba un rumbo, la consumiría. Solo había un lugar en toda la ciudad donde su dolor podía transformarse en algo útil.

Se vistió con su viejo uniforme de enfermera. Le quedaba diferente, como la piel de otra persona. Al salir al pasillo, los dos soldados de la Unidad Fantasma se tensaron.

—Señora Reyes, no tiene autorización para abandonar el perímetro seguro.

Elena los miró. Eran jóvenes, sus rostros tensos bajo los cascos. Vio en ellos el eco de su hermano.

—Soy enfermera —dijo, su voz desprovista de emoción—. Mi hospital ha sido atacado. Mi gente está herida. Si intentan detenerme, tendrán que dispararme. Y les aseguro que la óptica de un titular sobre la nueva "Unidad Fantasma" disparando a la hermana de su teniente en la puerta de su casa sería, como poco, desfavorable.

Los soldados intercambiaron una mirada. Uno de ellos activó su comunicador. Tras un breve y tenso silencio, asintió a regañadientes.

—La escoltaremos.

El viaje al Hospital Central fue un descenso a través de los círculos del infierno. Veridia sangraba. Columnas de humo negro ascendían desde el distrito financiero. Las arterias vítreas estaban llenas de escombros y vehículos de emergencia. Vio a civiles corriendo, sus rostros máscaras de pánico. La tregua no se había roto. Se había evaporado.

La entrada de Urgencias era una visión dantesca. Un enjambre de heridos, sanitarios y soldados se movía en un caos organizado que amenazaba con desmoronarse en cualquier segundo. El olor la golpeó: sangre, humo, antiséptico y el hedor inconfundible del miedo. Olía a verdad.

Dejó atrás a su escolta y se adentró en la tormenta, buscando un único rostro. La encontró en el ala de trauma B, que se había convertido en el desagüe del desastre. Clara estaba inclinada sobre un hombre, presionando con todas sus fuerzas una gasa empapada de sangre sobre una herida en el cuello.

—¡Necesito un cirujano vascular o este hombre se desangra en mi turno, y juro por todos los dioses de la IA que no pienso rellenar más papeleo de defunción! —gritaba a un interno aterrorizado.

—¡Clara!

Clara levantó la vista, y sus ojos se abrieron como platos. —¿Elena? ¿Qué coño haces aquí? ¡Vete a casa! ¡Esto es una carnicería!

—Mi casa es la antesala de un manicomio —replicó Elena, cogiendo un par de guantes de un carro volcado—. Y mi hijo no está. Así que este es el único lugar del universo donde puedo servir para algo. ¿Qué necesitas?

Clara la miró, vio el abismo en sus ojos, y comprendió que discutir era inútil. Asintió, una aceptación sombría en su rostro.

—Necesito un milagro. Pero a falta de uno, me conformo con otro par de manos competentes. Triaje secundario. Ahí —señaló con la barbilla una zona del pasillo donde una docena de heridos gemían en el suelo—. Separa a los que podemos salvar de los que ya son fantasmas. Etiquétalos. Y no te encariñes con ninguno.

Elena se arrodilló junto al primer cuerpo, su mente entrando en el modo automático que tan bien conocía. El dolor por Mateo era una bestia agazapada en su interior, pero el algoritmo del triaje era un escudo.

Hombre, cincuenta años, herida por metralla en el pecho. Neumotórax a tensión. Pulso filiforme. Etiqueta negra.

Adolescente, dieciséis años, quemaduras de segundo grado en brazos y cara. Estable. Etiqueta amarilla.

Soldado de las Fuerzas de Defensa. Múltiples fracturas. Consciente. Etiqueta roja.

Se movía con una eficiencia fría, su voz tranquila pero firme, dando órdenes a los voluntarios desbordados, canalizando su dolor en acción.

Clara apareció a su lado con dos vasos de un líquido que olía vagamente a fruta y a productos químicos.

—Bebe —le ordenó—. Es un suplemento de electrolitos. O eso, o limpiador de desagües. A estas alturas, no estoy segura de cuál de las dos cosas nos vendría mejor.

Elena bebió, el líquido sintético arañando su garganta seca. —¿Has oído algo de fuera?

—Solo el caos —respondió Clara, mirando el pasillo abarrotado—. Dicen que el centro es una zona de guerra. Que la Unidad Fantasma, la de tu hermano, está intentando contener a las tropas de Nyx que han salido de las alcantarillas. Una tregua preciosa, ¿verdad? Y encima, se nos están acabando las gasas. Si esto sigue, tendremos que empezar a usar los informes de los burócratas como vendajes. Probablemente absorberían mejor la sangre.

Mientras hablaba, un equipo de sanitarios pasó corriendo con una camilla. El paciente que llevaban convulsionaba violentamente, su cuerpo arqueado de una forma antinatural. Elena reconoció los síntomas.

—¿Agente neurotóxico? —preguntó en voz baja.

Clara asintió, su rostro sombrío. —Tenemos una docena así. Víctimas del atentado que no murieron por la explosión. Una nueva variante, creemos. Los antídotos estándar no funcionan. Es como intentar apagar un incendio químico con una pistola de agua.

La conexión golpeó a Elena con la fuerza de un puñetazo. El paquete. El dispositivo. "Protocolos de adaptación neuro-viral y control de enjambre autónomo", le había dicho Leo en una de sus pocas conversaciones sobre el tema. Era la clave. La respuesta a lo que estaba matando a esa gente. El arma que ella tenía escondida en su cocina.

Se levantó, su decisión tomada, el vacío en sus ojos reemplazado por un fuego gélido.

—Clara, voy a necesitar ayuda. Cuando llegue el momento, necesitaré un comunicador seguro. Uno militar.

Clara la miró, extrañada. —¿Para qué? ¿Vas a intentar llamar a Leo? El, probablemente está…

—No voy a llamar a Leo —la interrumpió Elena, su voz tranquila, pero con un filo de acero que Clara no le había oído nunca—. Voy a hablar con su jefe muy pronto. Voy a llamar al Nido del Halcón.

Clara la observó, viendo a la mujer rota que había llegado hacía unas horas transformarse ante sus ojos. El dolor seguía ahí, pero ahora estaba forjado en la punta de una lanza.

—¿Qué vas a hacer, Elena? No puedes jugar a la guerra con esa gente.

—Voy a terminar esta guerra —respondió, su mirada fija en la oscuridad de la ciudad herida más allá de las ventanas rotas—. Van a devolverme a mi hijo. O juro que quemaré su mundo hasta los cimientos.

Clara no supo qué decir. Simplemente asintió, comprendiendo que aquello no era un arrebato, sino una resolución grabada en piedra. Sabía que no estaba hablando con su amiga Elena Reyes, la enfermera de pediatría. Estaba hablando con una madre a la que le habían quitado su cría. Y no había nada en el universo más peligroso que eso.

Capítulo 38: El Hilo del Minotauro (Leo)

Diciembre, 2041.

El interceptor policial modelo "Aguijón" era una bestia nerviosa y resentida. Leo luchaba contra los controles, manteniendo el vehículo a apenas veinte metros sobre el paisaje destrozado de las afueras de Veridia. Volar bajo era su única opción. Más arriba, las patrullas de drones de combate de Kaledon lo identificarían como un vehículo no autorizado y lo convertirían en una bola de fuego sin hacer preguntas. La ironía era tan espesa que casi podía saborearla: el mejor analista del Nido del Halcón, huyendo de sus propias defensas en un coche de policía robado para cazar a los secuestradores de su hijo. Si sobrevivía a esto, pensó con un humor amargo, se iba a poner una multa de tráfico a sí mismo. Una muy, muy gorda.

—Setenta y dos minutos —murmuró, la cifra brillando en la pantalla de su comunicador fantasma. El tiempo era un depredador que le pisaba los talones.

El Aguijón no estaba diseñado para el sigilo. Era un galgo de carreras hecho para persecuciones a alta velocidad por las arterias vítreas de la ciudad, no para escabullirse por cañones industriales en ruinas. Cada pocos minutos, el sistema de navegación, privado de su conexión a la red central de Veridia, emitía un pitido lastimero, como un niño perdido llamando a su madre.

—Ya somos dos, amigo —le dijo Leo a la consola—. Pero quejarse no nos va a llevar a ninguna parte.

A su izquierda, una columna de humo negro ascendía perezosamente hacia el cielo contaminado, el cadáver de un edificio de logística que había recibido un impacto directo. A su derecha, las luces rojas y azules de los equipos de emergencia parpadeaban como luciérnagas en un cementerio. La guerra había llegado a casa. Y él, que había pasado años construyendo los muros digitales para protegerla, ahora tenía que volar a través de sus ruinas.

Una alerta parpadeó en su sensor de proximidad. Tres señales. Patrón de vuelo militar. Una patrulla de drones de reconocimiento "Aguijón", los primos militares y mucho más cabreados de su vehículo actual. Se dirigían directamente hacia él.

—Mierda.

No podía superarlos en velocidad ni en potencia de fuego. Solo podía ser más listo. Viró bruscamente, metiendo el interceptor en el esqueleto de una antigua planta de reciclaje, un laberinto de vigas de acero retorcidas y chimeneas derrumbadas. El Aguijón protestó, sus sensores de proximidad gritando alarmas histéricas. Leo los ignoró, sus manos moviéndose con una precisión de cirujano, esquivando una viga por centímetros, pasando bajo un puente derrumbado.

Los drones militares lo siguieron, sus movimientos más rígidos, más programados. Confiaban en su superioridad táctica, no en la improvisación. Y eso era su debilidad. Leo los guio a través del laberinto, acercándose a la estructura principal de la planta: un enorme incinerador, ahora silencioso, pero cuya masa metálica aún retenía un calor residual significativo.

—Vamos, campeones, sigan al coche de policía —susurró.

En el último segundo, cortó la potencia de los motores del Aguijón, dejándolo caer en un descenso controlado justo detrás del incinerador, en su "sombra" térmica. Los drones, siguiendo su última trayectoria conocida y cegados por el calor del incinerador, pasaron de largo. Leo esperó treinta segundos agónicos y luego reactivó los motores, saliendo del laberinto de metal en la dirección opuesta. Había ganado unos minutos. Pero el reloj seguía corriendo.

Cincuenta y tres minutos.

Llegó al aeródromo de carga abandonado cuando el horizonte empezaba a teñirse con el primer y tímido gris del amanecer. El lugar era un testamento a la obsolescencia: pistas agrietadas por las que crecía la maleza, un par de hangares con las puertas arrancadas

y una torre de control con las ventanas rotas, como cuencas vacías mirando al cielo.

Y en el centro de la pista principal, vio las luces de navegación de un transporte de carga medio-pesado, un modelo Cygniano, acelerando para el despegue.

—¡NO!

Apretó el acelerador del Aguijón, el vehículo saltando sobre las grietas del asfalto. Pero era demasiado tarde. El transporte se elevó con una gracia pesada, sus motores emitiendo un zumbido que era casi inaudible a esa distancia. Lo vio girar hacia el este, hacia Valerius, y desaparecer en las nubes bajas.

Se había ido. Se habían llevado a Mateo.

Leo aterrizó el interceptor con un derrape que levantó una nube de polvo y grava. Se quedó sentado, inmóvil, mientras el motor se enfriaba con un tictac metálico. El dolor, que había mantenido a raya con la adrenalina y la concentración, volvió con la fuerza de una marea negra. La imagen de Mateo, riendo en la boda mientras perseguía mariposas holográficas, lo apuñaló en el pecho. Apoyó la frente en los controles fríos del vehículo y, por primera vez desde que todo había empezado, se permitió un único y desgarrador sollozo.

Duró un segundo. Luego, el analista volvió a tomar el control. La rabia era un fuego blanco y frío que quemaba el dolor. Se bajó del vehículo. El trabajo no había terminado.

Se movió por la pista, su mente analizando la escena. Los secuestradores habían sido rápidos, pero no perfectos. Vio las marcas de las ruedas del transporte, las huellas de varias botas en el polvo. Y vio algo más. Cerca de donde el transporte había estado estacionado, había un pequeño dispositivo metálico, medio aplastado por una de las ruedas.

Se arrodilló. Era un relé de comunicaciones de corto alcance, un modelo Nyx que reconoció de los informes de inteligencia. Lo habían

usado para comunicarse con la nave y lo habían descartado o perdido en su prisa. Estaba dañado, la carcasa rota y los circuitos expuestos. Para cualquiera, sería chatarra. Para Leo, era un tesoro.

Sacó su comunicador fantasma y un kit de herramientas de diagnóstico de su mochila. Conectó dos micro-pinzas a los restos del chip de memoria del relé.

—Vamos, habla conmigo —susurró, mientras ejecutaba un programa de recuperación de datos residuales.

La mayor parte de la memoria estaba corrupta, borrada por el daño físico. Pero en un sector protegido, encontró un único paquete de datos fragmentado. La última comunicación enviada desde el relé antes de ser destruido. No era una comunicación a la nave. Era un mensaje de confirmación.

"Activo a bordo. 'Cisne' en vuelo. Procediendo a punto de entrega Omega. Esperando confirmación del Minotauro."

Esperando confirmación del Minotauro.

El corazón de Leo se detuvo. El Minotauro. El nombre en clave que él y Sami le habían dado al cerebro de la conspiración. Los agentes de campo, los secuestradores de su hijo, estaban reportando directamente al traidor en el corazón de Kaledon.

—Sami, ¿estás ahí? —dijo en su comunicador fantasma, usando un canal encriptado de ráfaga corta.

—A duras penas —respondió la voz de Sami, llena de estática—. El Nido es un manicomio. ¿Y tú? ¿Llegaste?

—Tarde. Se han ido —la voz de Leo era plana, muerta—. Pero dejaron algo. Un relé. Acabo de recuperar un fragmento. Sami, necesito que hagas algo por mí. Algo increíblemente peligroso.

—A estas alturas, "increíblemente peligroso" es mi segundo nombre. Dispara.

—Necesito que uses tu acceso Omega para rastrear el origen de una única señal de confirmación dirigida a un relé Nyx en estas coordenadas —le envió la ubicación del aeródromo—. El mensaje usaba la palabra clave "Minotauro". La señal tuvo que originarse dentro de la red segura de Kaledon. Tiene que haber un rastro, por muy débil que sea.

Hubo un largo silencio al otro lado. Leo podía imaginarse a Sami, sopesando el riesgo. Rastrear una señal así, si el Minotauro era quien ellos creían que era, activaría todas las alarmas del infierno.

—Entendido —dijo Sami finalmente—. Dame diez minutos. Y Leo… ten cuidado. Si encuentro algo, significa que el monstruo no solo está en el laberinto. Significa que él es el laberinto.

Leo cortó la comunicación. Diez minutos. Se quedó de pie en medio de la pista de aterrizaje abandonada, el viento helado del amanecer azotando su rostro, mirando hacia el este, hacia el cielo vacío donde su hijo había desaparecido. Había seguido la pista. Y la pista no solo lo había llevado a un aeródromo abandonado. Lo había llevado de vuelta a casa. Al corazón podrido de su propio bando. La red no era solo profunda. Era un cáncer que había hecho metástasis en la cima misma del poder. Y él era el único cirujano con un bisturí lo suficientemente afilado para extirparlo.

Capítulo 39: La Aritmética de los Fantasmas (Clara)

Hospital Central de Veridia

Diciembre, 2041. Dos días después del atentado.

Dos días. En el nuevo calendario del infierno, dos días se antojaban una era geológica. El caos inicial del atentado, esa sinfonía de gritos, sirenas y explosiones, se había apagado, reemplazado por algo peor: un silencio denso, pesado, que olía a antiséptico, a gangrena y a la desesperanza que se adhiere a las paredes como el moho. El Hospital Central de Veridia ya no era una zona de guerra; era la fosa común donde los supervivientes venían a morir más despacio.

Clara se movía por la UCI, que ahora parecía el decorado de una película postapocalíptica con un presupuesto deprimente. La energía seguía siendo un lujo intermitente. La mayoría de los monitores avanzados eran ahora pisapapeles carísimos. Funcionaban con lo puesto: generadores auxiliares que tosían y baterías de respaldo que duraban menos que un propósito de Año Nuevo.

El agotamiento había superado la fase de dolor físico para convertirse en un estado mental. Clara ya no sentía las piernas ni la espalda; se había convertido en un ente de pura función, un algoritmo de carne y hueso programado para tomar decisiones imposibles. Su mente era un ábaco macabro que no paraba de hacer la misma suma: demasiados heridos, muy pocos recursos.

—Jano, ¿cuál es el estado del regenerador renal? —preguntó, su voz un graznido ronco.

El residente, que en las últimas cuarenta y ocho horas parecía haber cumplido años en lugar de horas, levantó la vista de una tableta de datos que parpadeaba.

—Funciona, de milagro. Pero el filtro de nanofibras está al borde de la saturación. Nos dará para un paciente más. Quizás dos.

—¿Y cuántos candidatos tenemos?

—Dos —respondió Jano, su rostro ensombreciéndose—. El General Maddox, del Mando Estratégico, el que llegó ayer con un fallo orgánico múltiple por aplastamiento. Y la chica del sector 7, la que perdió a sus dos hijos en el derrumbe del Metro-Loop. Insuficiencia renal aguda por rabdomiólisis. Ambos lo necesitan para sobrevivir las próximas veinticuatro horas.

Clara cerró los ojos.

—Prepara al general —dijo, las palabras sabiendo a metal oxidado —. Es la orden del Alto Mando. Lo quieren vivo a toda costa.

—¿Y qué le digo a la chica? —preguntó Jano en voz baja.

—No le digas nada. Yo iré.

Mientras se dirigía a la cama de la joven, pasó junto a la zona de aislamiento donde aún tenían a las víctimas del agente neurotóxico de la boda. La mayoría se habían ido, en bolsas de bioseguridad. Solo quedaban dos, conectados a ventiladores que funcionaban a duras penas. El recuerdo de la decisión que había tomado con el último kit de estabilización, salvar a la bebé anónima en lugar del soldado de la Unidad Fantasma, era una cicatriz reciente en su conciencia. Una que no paraba de picar.

Antes de que pudiera llegar a la cama de la joven, su comunicador personal, que había logrado cargar durante un pico de energía, emitió un pitido. Era una notificación segura, un canal interno del hospital que rara vez se usaba.

DE: MORGUE - Dr. Faheem ASUNTO: Anomalía en Cadáver - REF: Soldado Unidad Fantasma (Box 7) MENSAJE: Clara, necesito que bajes. Hay algo en el cuerpo del soldado que salvaste. Algo que no debería estar ahí. Discreción absoluta.

Clara sintió un escalofrío. El soldado al que no había salvado. ¿El que le había dado el chip a Jano? No, ese era otro. Este era el que había muerto cuando ella eligió a la bebé. Confundida y con un mal

presentimiento, le hizo una seña a Jano para que se encargara él de la joven y se dirigió a los ascensores de servicio, los únicos que funcionaban intermitentemente.

La morgue, en el nivel subterráneo, era el único lugar del hospital que estaba en silencio. Un silencio gélido y absoluto. El Dr. Faheem, su antiguo jefe, la esperaba junto a una de las mesas de acero. Su rostro, normalmente impasible, mostraba una profunda inquietud. Sobre la mesa yacía el cuerpo del joven soldado de la Unidad Fantasma.

—Gracias por venir, Clara. Sé que estás desbordada.

—El día que no estemos desbordados, empezaré a preocuparme de verdad —respondió ella—. ¿Qué ocurre, Faheem?

Él no respondió. Se puso unos guantes y, con un bisturí, hizo una pequeña incisión en el antebrazo del soldado, justo sobre una vieja cicatriz que parecía de una quemadura. Debajo de la piel, algo parpadeaba con una débil luz azul.

—Mientras preparábamos el cuerpo para su almacenamiento a largo plazo, el escáner de metales detectó esto —dijo Faheem, usando unas pinzas para extraer un objeto diminuto, del tamaño de un grano de arroz—. No es un implante de identificación estándar de Kaledon.

Clara se acercó. El objeto que Faheem depositó en una bandeja era un microchip, sí, pero su diseño era extraño, casi orgánico. Y en su superficie, grabado con un láser de una precisión increíble, había un símbolo.

Una espiral expandiéndose dentro de un triángulo.

—¿Qué es? —preguntó Clara, aunque una parte de ella ya lo temía.

—No lo sé —respondió Faheem—. Pero la firma energética que emite no es Valeriana. Es... otra cosa. Más limpia, más avanzada. Y la encriptación de los datos que contiene es de un nivel que nuestros

sistemas ni siquiera pueden empezar a analizar. Lo único que hemos podido sacar es el identificador del fabricante.

—¿Y bien?

—Cygnus Advanced Dynamics —dijo Faheem, y la temperatura de la sala pareció bajar otros diez grados.

Clara se quedó mirando el pequeño chip, el símbolo, el cuerpo del joven soldado. Un soldado de la unidad de élite de David. Un implante secreto de Cygnus. La conexión era imposible, una locura. ¿Era un traidor? ¿O un espécimen? ¿Le habían implantado eso sin que lo supiera?

—¿Qué hacemos, Faheem? Si informamos de esto por los canales oficiales…

—…alguien lo enterrará tan rápido que no nos dará tiempo ni a parpadear —terminó él la frase—. Contrainteligencia lo clasificará, nos ordenarán silencio y nunca sabremos la verdad. Exacto.

Se miraron el uno al otro en el silencio de la morgue. Ambos sabían cómo funcionaba el sistema. Ambos habían visto demasiadas verdades inconvenientes desaparecer en el agujero negro de la burocracia militar.

—Este soldado… su muerte… fue por una de mis decisiones —dijo Clara en voz baja, la confesión pesándole en el alma—. Le negué el último kit de estabilización para dárselo a una bebé.

Faheem la miró, y en sus ojos cansados no había juicio, solo una profunda comprensión. —Hiciste una elección, Clara. La que creíste correcta como profesional, no como estratega. No te tortures por ello. Quizás… quizás su muerte nos ha dado algo más importante que su vida. Una pista.

Cogió el chip con las pinzas y lo metió en una bolsa de muestras antiestática. Se la tendió a Clara.

—Yo no he visto nada. Este cuerpo no tenía ninguna anomalía. Es solo otra baja de la guerra —dijo Faheem, su tono dejando claro que

la conversación había terminado—. Lo que hagas con esto… es tu decisión. Pero si yo fuera tú, no confiaría en nadie con un uniforme demasiado limpio.

Clara cogió la bolsa. El pequeño chip se sentía increíblemente pesado en su mano. Salió de la morgue, su mente un torbellino. La guerra no era solo el caos de arriba. Era esto. Secretos. Implantes. Símbolos extraños. Una tercera potencia jugando a la ruleta rusa con las vidas de sus soldados.

Al volver a la UCI, Jano la interceptó.

—Clara… la chica… la madre… se ha ido. El corazón le falló hace cinco minutos.

Clara asintió, sintiendo cómo otra capa de su alma se convertía en hielo. La aritmética de los fantasmas no perdonaba.

Miró el chip en su mano. Luego miró hacia el pasillo donde Elena luchaba su propia batalla. Su amiga tenía un paquete, un secreto que el enemigo quería. Y ahora, ella tenía otro. Un secreto que ni siquiera sabía si era de un amigo o de un enemigo.

La guerra se había vuelto mucho más complicada. Y mucho más personal.

Capítulo 40: El Fantasma y la Furia (Leo)

Complejo de Archivos Obsoletos de Tecno-Corp, Sector Industrial Oeste

Diciembre, 2041.

Dos días. Cuarenta y ocho horas que se habían estirado como una tortura de goma, cada segundo una gota de ácido sobre la herida abierta del alma de Leo. Se había convertido en un fantasma, un espectro que se movía por las venas rotas de Veridia, durmiendo en vehículos abandonados, comiendo raciones frías que sabían a ceniza y esperando. Esperando el susurro digital de Sami que le diría dónde encontrar al monstruo que se había llevado a su hijo.

Estaba agazapado en el esqueleto de un antiguo almacén de carga, con el interceptor Aguijón oculto bajo una lona de camuflaje térmico. El amanecer pintaba el cielo con los colores de un moratón. El frío era tan intenso que dolía respirar. Y entonces, su comunicador fantasma vibró. Un único pulso de datos.

La voz de Sami llegó, un susurro cargado de estática y peligro.

—Lo tengo, Leo. Dios mío, lo tengo. El rastro del Minotauro. La señal de confirmación que enviaste… la he rastreado a través de un laberinto de repetidores fantasma. El origen es una terminal segura dentro de la red de Kaledon, como sospechabas. Una terminal en… un lugar que no te va a gustar.

—Dímelo, Sami —dijo Leo, su voz un graznido.

—El Complejo de Archivos Obsoletos de Tecno-Corp. El del sector oeste. El que iban a desmantelar.

Leo sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura. El Archivo Oeste. Lo conocía íntimamente. Había pasado allí los primeros años de su carrera, un joven ingeniero brillante perdido entre servidores anticuados y protocolos de datos

olvidados. Había ayudado a diseñar algunas de sus primeras capas de seguridad. Era un lugar personal. Un lugar nostálgico.

Una trampa perfecta.

—Leo, es una ratonera —continuó Sami, adivinando sus pensamientos—. No hay razón para que una señal de tan alto nivel salga de un lugar abandonado. Te están esperando. Tienes que informar a Kaelen. Enviar a la Unidad Fantasma.

—No hay tiempo, Sami. Y no puedo confiar en ellos —replicó Leo, su decisión ya tomada—. Si el Minotauro está allí, es mi única oportunidad. Si es una trampa, soy el único que conoce los viejos pasadizos de esa ratonera.

—¡Leo, no lo hagas! ¡Es un suicidio!

—Mi hijo está en manos de esa gente, Sami. Mi vida ya es un riesgo asumible —cortó la comunicación antes de que su amigo pudiera seguir discutiendo.

El Complejo de Archivos era una tumba de hormigón y silicio, un dinosaurio tecnológico olvidado en una era de computación cuántica. Sus defensas perimetrales estaban desactivadas, pero Leo sabía que eso era parte del engaño. Las verdaderas trampas estarían dentro.

Aterrizó el Aguijón a un kilómetro de distancia y avanzó a pie, moviéndose entre las sombras de la madrugada. Ignoró la entrada principal. Usó un conducto de refrigeración en desuso cuya existencia solo recordaban un puñado de ingenieros jubilados y él. Se deslizó por el metal polvoriento y aterrizó en un pasillo de mantenimiento oscuro y silencioso.

El aire olía a polvo y a circuitos fríos. A recuerdos.

—De acuerdo, cabrones —murmuró para sí mismo, activando los sensores de su comunicador fantasma—. Vamos a jugar en mi casa.

Se movía con una confianza fantasmal, sus pasos silenciosos sobre las baldosas agrietadas. Los planos originales del edificio estaban grabados en su memoria. Evitó los pasillos principales, usando rutas

de servicio y huecos de ascensores de carga para ascender por el edificio. Su comunicador detectó las trampas antes de que fueran visibles: sensores de presión en el suelo, emisores de microondas en los cruces, torretas automáticas ocultas tras paneles de pared. Las desactivó una por una, usando códigos de anulación de mantenimiento tan antiguos que probablemente ni Oráculo los recordaba.

—Realmente queríais que viniera —pensó, admirando a su pesar la meticulosidad de la preparación—. Lástima que hayáis contratado a los becarios para montar la fiesta.

Llegó al nivel del servidor central, el corazón del complejo. La puerta blindada estaba abierta. Otra invitación. Dentro, la sala era un bosque de monolitos de servidores antiguos, sus luces de estado apagadas, creando un laberinto de sombras. En el centro de la sala, una única consola holográfica brillaba con una luz azulada.

Y junto a la consola, una figura lo esperaba. No era el General Tyrell, el rostro que esperaba ver. Era una mujer. Alta, con el pelo oscuro recogido en una coleta severa y unos ojos que parecían capaces de analizar el alma y encontrarla deficiente.

La Mayor Thorne. De Contrainteligencia.

—Leo Reyes —dijo, su voz tan fría como el aire de la sala—. Sabía que vendrías. Eres predecible en tu brillantez.

Leo se quedó helado, su mente corriendo a una velocidad imposible. ¿Thorne? ¿Ella era el Minotauro? No tenía sentido. Ella había dirigido el interrogatorio de David. Ella lo había liberado.

—No pareces sorprendido de verme —continuó Thorne, una sonrisa casi imperceptible jugando en sus labios—. O quizás es que ya no te queda capacidad para la sorpresa.

—He tenido unos días complicados —respondió Leo, su mano moviéndose lentamente hacia la pistola de energía que había cogido del Aguijón—. ¿Dónde está mi hijo, Thorne?

—Tu hijo es una pieza en un juego mucho más grande. Una pieza que ya ha cumplido su propósito —dijo, y en ese momento, Leo supo que no iba a recuperar a Mateo. Al menos, no a través de ella.

—¿Por qué? —preguntó, la única palabra que importaba.

—Porque Kaledon es débil, Reyes. Su fe en la simbiosis con la IA, su sentimentalismo, su democracia caótica… es un callejón sin salida evolutivo. Cygnus ofrece orden. Control. Un futuro dirigido por la lógica, no por la emoción. Yo elegí el bando ganador hace mucho tiempo. Tyrell era un peón útil, un idiota pomposo fácil de manipular. Pero la verdadera partida siempre se ha jugado en las sombras.

Mientras hablaba, las luces de estado de los viejos servidores a su alrededor comenzaron a encenderse. Una por una. Rojas.

—¿Creías que estas trampas eran para detenerte? —dijo Thorne, su sonrisa ahora abierta—. No, Leo. Eran para estudiarte. Para analizar tus métodos, tus protocolos de anulación, la forma en que tu mente resuelve problemas. Has sido mi rata de laboratorio durante la última hora. Y ahora, el experimento ha terminado.

Las torretas que Leo había desactivado volvieron a la vida, sus cañones girando hacia él. Y de las sombras entre los servidores emergieron cuatro figuras. No eran soldados. Eran máquinas de seguridad, modelos antiguos de Tecno-Corp que él mismo había ayudado a programar, sus sensores ópticos ahora brillando con una luz roja hostil.

—Me halagas —dijo Leo, su mente ya calculando ángulos, debilidades, probabilidades—. Usar mis propios juguetes en mi contra. Es casi poético.

La batalla fue breve, brutal e imposible. Leo se movió con una gracia que no sabía que poseía, usando el laberinto de servidores como cobertura. Disparó a la consola central, sabiendo que sobrecargaría los sistemas. La explosión resultante derribó dos de las máquinas y le dio una ventana de segundos. Esquivó una ráfaga

de una torreta, se deslizó por el suelo y disparó a la base de un monolito de servidores, haciéndolo caer sobre otro de las máquinas.

Era un genio luchando en su propio cerebro. Pero era un hombre contra un ejército de máquinas.

Una ráfaga de energía de la última torreta lo alcanzó en el costado, lanzándolo contra una pared. El dolor fue una explosión blanca. Se deslizó hasta el suelo, la sangre manando de su herida. Vio a Thorne acercarse, su rostro impasible, una pistola en la mano.

—Has sido un adversario digno, Leo —dijo, apuntándole al pecho —. Pero la lógica siempre vence a la emoción.

Leo la miró, y a través del dolor, sonrió. Una sonrisa genuina, desafiante.

—Te equivocas en una cosa, Thorne. Esto… —dijo, levantando débilmente su comunicador fantasma—… no es emoción. Es una variable que no has calculado.

Apretó un único botón.

Thorne frunció el ceño, sin comprender. Y entonces, el mundo de Leo se desvaneció en un destello de luz y dolor.

Thorne se quedó mirando el cuerpo sin vida de Leo Reyes, una pieza clave eliminada del tablero. Se sintió satisfecha. Se giró para irse, su misión cumplida. Pero entonces, una alerta parpadeó en su propio comunicador. Una alerta de la red de Cygnus.

"ALERTA DE SEGURIDAD. Paquete de datos de alta densidad no autorizado detectado. Origen: Comunicador fantasma, ID Reyes, L. Protocolo de autodestrucción activado post-transmisión. Contenido: Desconocido. Destinatario: Desconocido. Imposible de rastrear."

Thorne se quedó helada. ¿Una última transmisión? ¿Cómo? Habían bloqueado todas las frecuencias. Miró el comunicador destrozado de Leo. Y comprendió. No había intentado enviar un mensaje. Había activado una bomba de datos, un pulso de información encriptada usando una frecuencia cuántica experimental que ni siquiera ellos

monitorizaban. Un último movimiento desesperado. Un último mensaje en una botella, lanzado al océano digital.

¿A quién? ¿Y qué contenía?

No lo sabía. Pero mientras miraba el rostro sin vida del hombre al que acababa de asesinar, por primera vez en mucho tiempo, la Mayor Thorne sintió una punzada de algo que se parecía mucho al miedo. El fantasma que acababa de matar había dejado tras de sí un eco. Y los ecos, a veces, eran más peligrosos que el grito original.

Capítulo 41: El Peso de los Fantasmas (David y Kaelen)

Nido del Halcón, Centro de Mando de la Unidad Fantasma

Diciembre, 2041. Dos días después del atentado.

El dolor tiene un peso específico. David lo descubrió en la sala de reuniones improvisada que ahora servía como cuartel general de la Unidad Fantasma. Era un peso físico que se asentaba en el pecho, dificultando la respiración, y que se anclaba en el fondo del cráneo, convirtiendo los pensamientos en fragmentos de cristal roto.

La noticia de la muerte de Leo había llegado hacía menos de una hora, transmitida por el propio Kaelen con una frialdad que era casi una forma de piedad. No hubo detalles, solo la confirmación escueta: "El Analista Senior Leo Reyes ha caído en acto de servicio durante una operación encubierta para localizar al Minotauro. Su sacrificio no será en vano".

David se quedó mirando la pantalla holográfica que mostraba el rostro pétreo de Kaelen, pero no lo veía. Veía a Leo en la boda, sonriendo, con Mateo en brazos. Veía su rostro tenso y preocupado la última vez que hablaron por videollamada. Veía al hombre que había amado a su hermana, al genio que había defendido a su nación, reducido a una entrada en un informe de bajas.

A su lado, Mía permanecía en un silencio tenso, su mano descansando a apenas un centímetro de la suya sobre la mesa táctica, un ancla de calor en un océano de hielo. No decía nada. Sabía que no había nada que decir.

—Lo encontraremos —dijo David finalmente, su voz un susurro ronco que pareció rasgar el silencio—. Quienquiera que sea. Lo encontraremos y lo quemaremos hasta los cimientos.

—Lo sé —respondió Mía, su voz igualmente baja.

La puerta se abrió y entró Kaelen. El jefe del Nido del Halcón parecía haber envejecido cinco años en las últimas cuarenta y ocho horas. Sus ojos oscuros se posaron en David, una mirada que era a la vez una evaluación y una condolencia.

—Teniente Reyes —dijo, usando el nuevo rango de David por primera vez. Sonó extraño, hueco—. No hay tiempo para el luto. El enemigo no descansa. Y el Minotauro, la red de traidores que asesinó a su cuñado, sigue activo.

Kaelen proyectó una imagen en la mesa táctica. Era el último fragmento de datos recuperado del comunicador fantasma de Leo antes de su destrucción: la confirmación del Minotauro desde una terminal en el Complejo de Archivos Obsoletos.

—Leo Reyes nos dio nuestra primera pista sólida. Siguió el hilo y lo llevó a una trampa. Pero antes de morir, nos señaló la dirección general del laberinto —la voz de Kaelen era un monolito de pragmatismo—. La Unidad Fantasma fue creada para cazar en las sombras. Esa misión ahora recae enteramente sobre usted. Su objetivo es doble y simultáneo: encontrar y rescatar a su sobrino, Mateo Reyes. Y desmantelar la red del Minotauro, pieza por pieza, empezando por el rastro que Leo nos dejó.

David levantó la vista, sus ojos inyectados en sangre por la falta de sueño y la rabia contenida. El dolor seguía ahí, un animal salvaje en su pecho, pero ahora tenía una jaula: la misión.

—¿Qué recursos tengo? —preguntó, su voz ahora firme, la del teniente, no la del cuñado destrozado.

—Tiene a la Sargento Soler como su segunda al mando —dijo Kaelen, con un leve asentimiento hacia Mía—. Y a los tres mejores especialistas que pude sacar de las Fuerzas Especiales sin levantar sospechas: Jax, un experto en demoliciones y combate cercano con un humor más negro que el café de Keller; Runa, una piloto de sigilo que puede hacer que un caza "Espectro" baile el vals sobre la cabeza

de un alfiler; y Cero, nuestro fantasma en la máquina, un hacker que habla con las IAs en sus sueños. Tendrá acceso a un transporte sigiloso, el "Nómada", y a la autoridad táctica de Nivel Platino. Oficialmente, no existen. Si los capturan, Kaledon los negará.

—Entendido —dijo David—. ¿Y la inteligencia? ¿Qué sabemos del punto de entrega Omega al que se dirigía el transporte de mi sobrino?

—Nada —admitió Kaelen—. La palabra clave no corresponde a ninguna ubicación conocida. Creemos que es un nombre en clave para una instalación móvil o una ubicación temporal. La única forma de encontrarlo es hacer que el Minotauro nos lo diga. Y para eso, tenemos que seguir el rastro que encontró Leo.

David se levantó, apoyándose en la mesa táctica. El movimiento le envió una punzada de dolor desde la herida de su hombro, un recordatorio físico del atentado. Ignoró el dolor.

—Entonces, nuestro primer objetivo es el Complejo de Archivos —dijo, su mente ya trabajando, analizando, formulando un plan—. El Minotauro nos espera allí. O eso cree. Pero no iremos a su fiesta. Iremos a la de su mensajero.

Mía y Kaelen lo miraron, intrigados.

—La confirmación que Leo rastreó tuvo que ser enviada por alguien —explicó David, su voz adquiriendo la claridad de un estratega—. Alguien que estaba en el campo, que vio despegar el transporte de Mateo. Ese agente de Nyx, ese mensajero, es nuestro primer hilo. No iremos al Archivo a buscar al Minotauro. Iremos a buscar al que le susurra al oído.

—¿Y cómo lo encontramos? —preguntó Mía.

—Leo nos dejó el "cómo" —respondió David, ampliando los datos del relé Nyx que Leo había recuperado—. Este relé. Su firmware. Es un modelo Nyx estándar, pero modificado con un protocolo de encriptación de Cygnus. He visto este protocolo antes. En los archivos de Contrainteligencia. Lo usan para sus comunicaciones

encubiertas de corto alcance. Es casi imposible de romper, pero tiene una debilidad: cada relé está vinculado a la firma biométrica de su usuario para la autenticación. Si podemos encontrar otro relé de la misma serie, podemos usar la firma residual de este para identificar a su dueño.

—¿Y dónde encontramos otro relé? —preguntó Kaelen.

—En el único lugar de Veridia donde sabemos que ha habido agentes de Nyx activos recientemente y donde probablemente dejaron un rastro de equipo dañado —dijo David, y su mirada se endureció—. El Observatorio Celestial.

El plan era audaz, casi suicida. Volver a la escena del crimen, ahora una zona de desastre acordonada y probablemente vigilada por los propios hombres del Minotauro, para buscar una aguja en un pajar digital.

—Es arriesgado —dijo Kaelen, aunque en sus ojos había un brillo de aprobación—. Contrainteligencia ha sellado la zona.

—Contrainteligencia informa al Minotauro, directa o indirectamente. No podemos confiar en ellos —replicó David—. Entraremos sin que lo sepan. Runa nos dejará en la azotea con el Nómada. Jax creará una pequeña y ruidosa distracción en el perímetro sur para atraer a las patrullas. Cero intentará reactivar los sistemas de seguridad locales para darnos un mapa del interior. Mía y yo entraremos, buscaremos el equipo Nyx abandonado y saldremos antes de que sepan que hemos estado allí.

—Oráculo estima una probabilidad de éxito del 23% —dijo Kaelen, como si estuviera comentando el tiempo.

—Genial —dijo David con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Significa que Oráculo todavía no ha aprendido a redondear a cero para no herir nuestros sentimientos. Me gusta.

Se giró hacia Mía. —¿Lista para volver a la fiesta, sargento?

Mía se levantó, su rostro una máscara de determinación. —Nací lista, teniente.

Kaelen los observó, dos supervivientes rotos forjados en el fuego de la traición, ahora convertidos en la punta de lanza de una guerra desesperada.

—Tienen una hora para prepararse —dijo—. El Nómada estará listo. Y Reyes…

David se detuvo en la puerta.

—Haga que su sacrificio valga la pena.

David no respondió. Salió de la sala, Mía a su lado. El dolor por la pérdida de Leo seguía ahí, un agujero negro en su alma. Pero ahora, tenía un propósito. Una dirección. La guerra había vuelto, sí. Pero ya no era la guerra de Kaledon. Era la suya. Iba a rescatar a su sobrino. Iba a vengar a su cuñado. Iba a cazar al Minotauro hasta el último y más oscuro rincón de su laberinto. Y no se detendría hasta que la cabeza del monstruo estuviera clavada en una pica. La guerra, para David Reyes, acababa de volverse personal.

Capítulo 42: Acero y Silencio (Mía)

Nido del Halcón, Armería del Nivel Omega

Diciembre, 2041. Dos días después del atentado.

El acero se sentía bien en sus manos. Frío, sólido, real. Mía pasó un pulgar por el guardamonte de su nuevo rifle de pulsos, un modelo experimental "Espectro-9" sacado directamente de los arsenales de Nivel Omega. El arma era una obra de arte letal, más ligera y con más pegada que cualquier cosa que hubiera usado en Halcón-7. Y sin embargo, mientras la calibraba, no sentía la familiar emoción del soldado preparándose para la batalla. Sentía un vacío.

Hacía menos de setenta y dos horas, había estado bailando con David en el Jardín de los Recuerdos, rodeada de estrellas holográficas y del aroma a vino de los viñedos de su padre. Había sentido, por primera vez en años, el peso de la felicidad. Ahora, el único peso que sentía era el del chaleco de blindaje compuesto sobre sus hombros y el de los fantasmas que se habían mudado a su cabeza.

Leo Reyes. Muerto. Mateo Reyes. Secuestrado. La boda. Un recuerdo quemado, una fotografía chamuscada por la explosión de la realidad.

El atentado la había afectado de una forma que Gamma-4 no consiguió. En Gamma-4, el enemigo tenía rostro, aunque fuera el de un dron o un soldado Valeriano. Era una carnicería honesta. Esto era diferente. Era una puñalada por la espalda ejecutada con una sonrisa. El enemigo había estado en su boda, invisible, observando, esperando. Habían convertido su momento más feliz en el escenario de su mayor tragedia. La violencia no solo la había herido; la había profanado.

Dejó el rifle sobre la mesa de calibración y se miró en el reflejo oscuro de un panel de control. Vio a una extraña. Una mujer con el rostro pálido y los ojos rodeados por las sombras del insomnio. La

Sargento Mía Soler, segunda al mando de una unidad fantasma. Sonaba impresionante. Se sentía como un chiste de mal gusto. Había pasado de archivar informes sobre la guerra a convertirse en el personaje principal de uno de ellos.

—¿Todo en orden, sargento?

La voz de David la sacó de su ensimismamiento. Se giró. Él estaba de pie en la entrada de la armería. El dolor por la muerte de Leo había cincelado su rostro, borrando al joven que había conocido en el apartamento de reintegración y dejando en su lugar al teniente que Kaelen necesitaba. Sus ojos, antes llenos de una calidez que la había desarmado, eran ahora dos esquirlas de hielo.

—Todo en orden, teniente —respondió, su tono profesional, una armadura contra la avalancha de emociones que amenazaba con ahogarla—. Calibrando el Espectro-9. Parece que los de I+D por fin han conseguido que el sistema de refrigeración no te fría las cejas al disparar en modo de ráfaga. Un avance notable.

David no sonrió. Se acercó, su cojera casi imperceptible, un testamento a su voluntad de hierro y a los analgésicos de grado militar que probablemente corrían por sus venas.

—Necesitamos que estés al cien por cien, Mía. No puedo hacer esto sin ti.

Su voz era tranquila, pero en ella Mía oyó la verdad subyacente. No era una petición. Era una súplica. Vio la grieta en su armadura de hielo. El hombre destrozado seguía ahí dentro, luchando por no ahogarse. Y ella era su único salvavidas.

—No lo harás —dijo, su propia voz suavizándose—. Estoy contigo, David. Hasta el final.

Se miraron, y por un instante, el teniente y la sargento desaparecieron, dejando solo a dos supervivientes aferrándose el uno al otro en medio de un huracán. El momento se rompió por la llegada de los otros.

El primero en entrar fue un gigante con la cabeza rapada y una barba que parecía haber tenido una discusión violenta con una cuchilla de afeitar y haber ganado. Llevaba un chaleco pesado cargado de explosivos y una sonrisa que sugería que su solución a la mayoría de los problemas era hacerlos volar por los aires.

—¡Sargento, teniente! —bramó, su voz un trueno contenido—. Especialista Jax, a su servicio. Experto en demoliciones, combate cercano y, en general, en hacer que las cosas hagan "boom" de forma creativa. Me han dicho que vamos a una fiesta. Espero que haya tarta. Me encanta la tarta. Sobre todo, si es de C-4.

Mía arqueó una ceja. —Encantada de conocerte, Jax. Intenta no volarnos a todos antes de llegar al objetivo.

—¡Trato hecho, sargento! A menos que se pongan muy pesados. Entonces no prometo nada.

La segunda era una mujer delgada y de rasgos afilados, con el pelo plateado cortado al ras y unos ojos de un azul tan pálido que parecían casi transparentes. Se movía con una economía de movimientos que la hacía parecer etérea, casi irreal.

—Runa —dijo, su voz un susurro apenas audible—. Piloto.

No dijo nada más. Simplemente asintió y se quedó en un rincón, observando, como un halcón evaluando a su nueva bandada.

El último en entrar fue un chico que no podía tener más de dieciocho años. Era pálido, con el pelo negro cayéndole sobre los ojos y la postura encorvada de alguien que ha pasado más tiempo con máquinas que con personas. Llevaba un guante de interfaz neuronal en su mano derecha y sus ojos se movían constantemente, no mirando a las personas, sino a los flujos de datos invisibles que parecían llenar el aire a su alrededor.

—Cero —se presentó, sin mirarlos directamente—. Comunicaciones y guerra electrónica. Oráculo dice que sois interesantes. Vuestras constantes biométricas muestran niveles de estrés anómalos, incluso para los estándares actuales. Fascinante.

—Bienvenido al equipo, Cero —dijo David, su tono imperturbable —. Intenta que tu fascinación no nos delate cuando estemos en territorio enemigo.

—Mis protocolos de sigilo digital son impecables, teniente. Soy un fantasma. Vosotros sois los que hacéis ruido.

Mía los observó. Un experto en explosivos con tendencias pirómanas, una piloto que parecía comunicarse por telepatía con su nave y un hacker adolescente con menos habilidades sociales que un servidor desconectado. Y ellos dos, los novios de la boda más corta y desastrosa de la historia de Kaledon. La Unidad Fantasma. Era para echarse a reír o a llorar.

—De acuerdo, equipo —dijo David, su voz cortando el aire, asumiendo el mando con una autoridad natural que silenció cualquier posible réplica—. Escuchen. Nuestra misión es una operación de infiltración y recuperación en el Observatorio Celestial. El lugar es una zona de desastre, pero también una escena del crimen activa, probablemente vigilada por Contrainteligencia y, lo que es peor, por los hombres del Minotauro.

Proyectó un mapa holográfico del Observatorio en la mesa táctica.

—Runa, nos dejarás en la azotea norte. El Nómada tiene que ser invisible. Cero, en cuanto estemos en el aire, quiero que intentes colarte en los sistemas de seguridad locales. Necesito un mapa en tiempo real de cualquier sensor activo o patrulla. Jax, en cuanto Cero nos dé luz verde, crearás una distracción en el perímetro sur. Ruidosa, pero no lo bastante grande como para que envíen a todo el ejército. Solo quiero que miren hacia otro lado durante diez minutos.

Jax sonrió, sus dientes brillando. —Diez minutos de caos glorioso. Me pido la sección de fuegos artificiales.

—Mía y yo entraremos por el Jardín de los Recuerdos —continuó David, su voz endureciéndose al mencionar el lugar—. Buscaremos cualquier equipo de comunicaciones Nyx que los secuestradores pudieran haber abandonado. Necesitamos un segundo relé para

confirmar la identidad del mensajero que contactó con el Minotauro. Es nuestro único hilo. Entramos, cogemos lo que necesitamos y salimos. Sin bajas. Sin contacto si podemos evitarlo. Somos fantasmas. ¿Preguntas?

Nadie dijo nada. La misión era clara. Y suicida.

—Bien. El Nómada despega en treinta minutos —concluyó David—. Preparen su equipo. Nos vamos de caza.

Mientras los demás se dispersaban para sus preparativos finales, Mía se acercó a David.

—Buen plan, teniente —dijo en voz baja.

—Veremos si sobrevive al contacto con la realidad —respondió él, su mirada fija en el mapa del Observatorio.

Mía vio el dolor en la forma en que su mandíbula se tensaba al mirar el punto exacto donde se habían casado. Sabía que no solo iba a buscar una pista. Iba a volver al lugar donde su mundo se había hecho añicos, buscando los fragmentos de una vida que le habían arrebatado.

—No estás solo en esto, David —dijo, su voz un ancla.

Él la miró, y por un instante, el hielo en sus ojos se resquebrajó. Asintió, una única y tensa inclinación de cabeza.

Salieron de la armería y se dirigieron al hangar de sigilo. El Nómada los esperaba, una sombra afilada de polímeros negros que absorbían la luz. Era una nave diseñada para no existir. Como ellos.

Mientras subía la rampa, Mía echó un último vistazo al Nido del Halcón. Se sentía como si estuviera abandonando el último puesto de avanzada de la civilización para adentrarse en un territorio salvaje. La guerra había vuelto, sí. Pero esta vez era diferente. Ya no luchaba por Kaledon, ni por un ideal abstracto. Luchaba por el hombre que caminaba a su lado. Por el niño que les habían robado. Y por el fantasma de un genio que les había dejado un último y

peligroso hilo del que tirar. La venganza era una motivación poderosa. Pero el amor, descubrió, era un arma mucho más afilada.

Capítulo 43: El Jardín y el Arquitecto (Ellis)

Centro de Mando Nyx-Cygnus, Profundidades de Valerius

Diciembre, 2041. Dos días después del atentado.

La victoria tenía el sabor del vino de hielo cygniano: dulce, frío y con un regusto a poder absoluto que se adhería al paladar. Taryn Ellis sostenía una copa del preciado líquido, observando cómo el remolino pálido atrapaba la luz de las pantallas holográficas que llenaban su santuario de mando. Cada pantalla era una ventana a su obra maestra, un tapiz de caos, miedo y desinformación tejido con una precisión de cirujano sobre el lienzo de Kaledon.

Hacía dos días, había roto la tregua. Hoy, cosechaba los frutos.

—Aether, muéstrame el informe emocional de daños de Veridia —dijo, su voz un murmullo satisfecho en el silencio climatizado.

La pantalla principal se iluminó con un mapa de la ciudad, pero no mostraba edificios, sino un mar de colores cambiantes. Era un análisis de sentimiento en tiempo real, compilado por su IA a partir de fragmentos de comunicaciones de emergencia interceptadas, patrones de movimiento de la población y fluctuaciones biométricas recogidas por sensores durmientes. El mapa era un océano de rojo (pánico), gris oscuro (duelo) y focos de un naranja bilioso (rabia).

—Índice de cohesión social en Veridia: degradado en un 68% —informó Aether con su voz neutra—. La confianza en las Fuerzas de Defensa de Kaledon y en la IA Oráculo ha caído a mínimos históricos. La narrativa oficial sobre un "ataque sorpresa" no logra contener los rumores de incompetencia y posible traición interna. El caos es... óptimo.

Ellis bebió un sorbo de vino. Óptimo. Le gustaba esa palabra.

—Informe sobre la neutralización del Analista Reyes —ordenó.

La imagen de Leo Reyes apareció en la pantalla. Estaba marcada con una única palabra en rojo: "ELIMINADO".

—La Mayor Thorne confirma la eliminación de Leo Reyes en el Complejo de Archivos. La operación fue un éxito total. El principal obstáculo en el Nido del Halcón ha sido eliminado.

Este era su verdadero triunfo. Leo. El brillante, el paranoico, el único analista que había estado cerca, peligrosamente cerca, de desenredar sus hilos. Había sido un adversario digno, un desafío intelectual que casi había llegado a disfrutar. Eliminarlo no solo había decapitado la ciberdefensa de Kaledon; había sido un placer personal.

Una notificación discreta parpadeó en la esquina de la pantalla. Un mensaje encriptado de Nivel Cisne, el canal directo con su activo más valioso en Kaledon.

DE: Thorne ASUNTO: Post-operación Reyes MENSAJE: Eliminación confirmada. Sin embargo, el objetivo activó un pulso de datos desconocido pre-mortem. Imposible de rastrear. Probabilidad de riesgo: baja. Pero es una variable no calculada. Precaución recomendada.

Ellis frunció el ceño por un instante. ¿Un último mensaje? El último truco de un hombre muerto. Conmovedor. Y completamente irrelevante.

—Aether, analiza la probabilidad de que un paquete de datos póstumo y no rastreable de un analista desacreditado pueda alterar el resultado estratégico actual.

—Calculando... Considerando el estado de caos en la red de Kaledon, la purga de sus colaboradores de confianza y la desinformación activa... la probabilidad es del 0.012%. Despreciable.

—Exacto —dijo Ellis, borrando el mensaje de Thorne—. La lógica siempre vence a los gestos sentimentales.

La puerta de su laboratorio se deslizó sin hacer ruido. Kael entró, su rostro impasible como siempre, pero con un brillo de éxito en sus ojos. Detrás de él, Ryker portaba una pequeña cuna de estasis médica.

—Directora —dijo Kael—. El activo "Llave" ha sido entregado. Sin complicaciones.

Ellis dejó la copa y se acercó. Ryker depositó la cuna en una plataforma de bio-análisis. La cubierta transparente se deslizó hacia atrás, revelando a Mateo Reyes. El niño estaba profundamente sedado, su pequeño pecho subiendo y bajando en un ritmo suave y regular. Una red de sensores casi invisibles ya se había adherido a su piel, monitorizando cada una de sus funciones vitales.

Ellis lo observó. No como una persona mira a un niño, sino como un arquitecto mira la piedra angular de su obra maestra. Se inclinó y, con un dedo enguantado, apartó un mechón de pelo oscuro de la frente del niño. Vio el rostro de Elena, pero los ojos cerrados prometían la inteligencia analítica de Leo. Y debajo de todo eso, la anomalía. El milagro genético.

—Estado del activo "Llave" —dijo, sin apartar la vista del niño.

—El sujeto infantil se encuentra estable. Los análisis genéticos preliminares confirman la presencia y la alta expresividad de la anomalía de plasticidad neuronal, incluso superior a la del "Activo Reyes (D.)" —informó Aether—. Es el espécimen perfecto para la Fase III.

—¿Y el paquete? ¿La interfaz?

—Sigue en posesión de la madre, Elena Reyes —intervino Kael—. No pudimos localizarlo durante la extracción. Nuestra inteligencia sugiere que lo oculta en su residencia.

Ellis se irguió. La llave biológica estaba en sus manos. Pero la llave de hardware, la que permitiría la sincronización, seguía fuera de su alcance.

—La madre se ha convertido en el último cabo suelto —dijo Ellis, pensativa—. Con Leo muerto y su hermano atrapado en el caos de Veridia, es impredecible. Y sigue teniendo la interfaz.

—¿Nuevas directivas, Directora? —preguntó Kael.

—Preparen un equipo de extracción para la Torre Arcadia. Discreto. Quiero a la madre y quiero el paquete. Si se resiste… que parezca una víctima más del caos de la ciudad. Una esposa rota por el dolor que comete un error trágico. A Kaelen le encantará la simetría poética.

Kael asintió y salió, dejando a Ellis sola con el niño y su IA. Ella caminó por el laboratorio, pasando junto a los tanques de bio-suspensión donde las formas oscuras de los drones Quimera de Fase II se gestaban en un gel ambarino.

Mateo no era un simple rehén. Era la pieza que faltaba. La Fase III no consistía solo en controlar los drones como extensiones del cuerpo. Consistía en convertirse en el enjambre. Una conciencia colectiva, biológica y tecnológica, dirigida por una única voluntad. Su voluntad. Y para sincronizar esa red, para que el puente entre la mente humana y la colmena Quimera fuera estable, necesitaba un nexo. Un procesador biológico con la arquitectura genética adecuada. Necesitaba a Mateo.

En otra pantalla, apareció un mapa estratégico. La flota de Cygnus, hasta ahora "neutral", comenzaba a moverse, posicionándose en rutas comerciales clave, aplicando una presión económica silenciosa sobre los aliados de Kaledon. En Valerius, las fábricas de guerra, financiadas en secreto por Cygnus, trabajaban a pleno rendimiento, produciendo una nueva generación de armas. Y en el frente de Veridia, las tropas de Kaledon, desmoralizadas y sin un liderazgo cibernético claro, luchaban por contener a las unidades Nyx que ahora operaban con una audacia sin precedentes.

Todo se movía según su diseño. Era la arquitecta de una nueva era.

—Envía un mensaje a nuestros activos en Cygnus —ordenó a Aether—. Que empiecen a mover los hilos diplomáticos. Que ofrezcan "ayuda humanitaria" a Kaledon. Que hablen de "misiones de paz". Es hora de que el Cisne muestre su verdadera sombra y envuelva a su presa debilitada.

—Protocolo iniciado. Probabilidad de que Kaledon acepte la "ayuda" en su estado actual de desesperación: 78%.

Ellis volvió junto a la cuna. Observó al niño dormido, la llave de su futuro glorioso. El dolor de Elena, la muerte de Leo, la guerra que consumía Kaledon… todo era simple ruido de fondo, el crujido necesario de las viejas estructuras dando paso a la nueva.

—Aether, pon algo de música. Clásica. Algo… grandioso.

Mientras una sinfonía de un compositor olvidado llenaba el laboratorio, Taryn Ellis levantó su copa hacia la imagen del niño dormido.

—Por el futuro, Mateo —susurró—. Un futuro ordenado. Lógico. Hermoso. Un futuro que tú y yo vamos a construir sobre las cenizas de su mundo sentimental y caótico.

La guerra no había terminado. Para Taryn Ellis, la verdadera guerra, la guerra por el alma de la tecnología, acababa de empezar. Y ella ya había ganado las primeras y más importantes batallas.

Capítulo 44: Ecos en un Jardín de Cristal (Elena)

Memorial Digital de Veridia

Diciembre, 2041. Tres días después de la muerte de Leo.

El funeral fue una mentira. Una mentira bien iluminada, tecnológicamente impecable y emocionalmente estéril. No hubo un cuerpo que enterrar. Leo Reyes había sido borrado de la existencia en el Complejo de Archivos, y el informe oficial de Kaelen, convenientemente clasificado, hablaba de un "sacrificio heroico en la lucha contra la red de traidores". No mencionaba a un Minotauro. Solo un héroe anónimo para una guerra que se tragaba héroes como si fueran caramelos.

Elena estaba de pie en el Memorial Digital, un espacio semicircular cuyas paredes de cristal inteligente mostraban un bucle infinito de rostros sonrientes: los caídos en el atentado. Pronto, la cara de Leo se uniría a ellos. Llevaba un vestido negro y sencillo. No sentía el frío del mármol bajo sus pies ni el murmullo compasivo de los pocos asistentes. No sentía nada. El dolor era un océano tan profundo que ya no sentía la superficie. Era una autómata vestida de luto.

Sus padres, Carlos y Sofía, estaban a su lado, envejecidos, rotos. Los padres de Mía, Jon y Elara, habían insistido en quedarse, su solidez terrenal un extraño contrapunto a la pena tecnológica de Veridia. David y Mía estaban allí, con sus uniformes de la Unidad Fantasma, dos estatuas de acero y silencio. David había intentado hablar con ella, pero las palabras morían antes de nacer. ¿Qué se le dice a una hermana cuyo marido ha muerto mientras su propio hijo sigue secuestrado?

Un oficiante holográfico, con un rostro genérico diseñado por un comité para inspirar "calma y aceptación", recitó una elegía

impersonal sobre el deber y el sacrificio. Elena tuvo la repentina y absurda gana de reír. ¿Calma? ¿Aceptación? Quería coger el proyector holográfico y estrellarlo contra la pared de cristal hasta que solo quedaran fragmentos.

—Era un buen hombre —dijo Carlos Reyes a su lado, su voz un susurro ronco—. Un genio. Y un buen padre.

Elena asintió, aunque la palabra "era" la apuñaló en el pecho. Miró a David. Vio la rabia impotente en sus ojos, la misma que ardía bajo su propia capa de hielo. Él sabía, como ella, que esto no era un final. Era una declaración de guerra.

La ceremonia terminó. La gente se acercó a darle el pésame, sus palabras un ruido blanco de clichés bienintencionados. "Era un héroe". "Su sacrificio no será olvidado". "Si necesitas algo…". Elena asentía, su rostro una máscara impasible. Lo único que necesitaba era que el universo rebobinara tres días y le diera un rifle de pulsos y cinco minutos a solas con los asesinos de su marido. Pero el universo, descubrió, era un cabrón sin botón de rebobinar.

De vuelta en la Torre Arcadia, la jaula dorada se sentía más fría, más vacía que nunca. Sus padres se quedaron con ella, moviéndose por el apartamento como fantasmas preocupados, ofreciéndole té que no bebía y comida que no probaba. David y Mía tuvieron que volver al Nido del Halcón. La guerra no se tomaba días libres por defunción.

—Tienes que comer algo, cariño —dijo su madre, Sofía, con los ojos enrojecidos.

—No tengo hambre —respondió Elena.

Se encerró en el estudio de Leo. El lugar seguía oliendo a él, a café sintético y al aroma casi imperceptible del ozono de los circuitos. Se sentó en su silla, mirando la consola apagada. Aquí era donde él había luchado sus guerras silenciosas. Donde había intentado protegerlos. Y había fallado. O, más bien, lo habían hecho fallar.

El dolor, finalmente, rompió la presa de hielo. Se derrumbó sobre la consola, y los sollozos la sacudieron, violentos, desgarradores, un torrente de pena y rabia que parecía no tener fin. Lloró por Leo, por Mateo, por el futuro que les habían robado. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas, hasta que solo quedó un vacío tembloroso y agotado.

Fue en ese vacío, en el silencio que siguió a la tormenta, cuando lo vio.

Una pequeña luz. Parpadeando.

Venía de debajo de la consola principal. Una luz azul, diminuta, que pulsaba con un ritmo lento y regular. No era una luz de estado estándar de Tecno-Corp. Era diferente.

Se arrodilló, el corazón empezando a latir con una nueva y extraña cadencia. Siguió la luz hasta un pequeño panel de acceso que nunca había visto antes, perfectamente integrado en la estructura de la consola. No tenía cerradura. Solo una pequeña ranura. Recordó la paranoia de Leo, su obsesión por las redundancias y los sistemas de respaldo secretos.

Abrió el panel. Dentro, había un único dispositivo. Un receptor cuántico de diseño propio, conectado directamente al núcleo de la red doméstica. Y en su superficie, la pequeña luz azul seguía parpadeando. Era un mensaje. Esperando.

El pulso de datos de Leo. Su último acto de desafío. No había sido enviado a la red, donde podría ser interceptado. Había sido enviado aquí. A su santuario. A ella.

Activó la consola. En la pantalla principal apareció un único icono: una pequeña torre de bloques de colores, idéntica a la que Mateo solía construir. No había contraseña. No había encriptación estándar. Era un puzle. Un puzle que solo ella podía resolver.

Tocó el icono. La torre de bloques se descompuso en sus piezas individuales, flotando en la pantalla. Debajo, apareció una única palabra: "¿Recuerdas?".

Su mente voló hacia atrás, a una tarde lluviosa de hacía meses. Leo estaba frustrado, intentando enseñarle a Mateo a construir una estructura simple con el "Crea-Mundos Junior". El niño, con su lógica infantil y quizás algo más, se negaba a seguir las instrucciones, apilando los bloques en un orden aparentemente caótico.

—No, campeón, así no —decía Leo, exasperado—. El bloque rojo va sobre el azul, y luego el verde…

Mateo había ignorado a su padre, había cogido un bloque amarillo y lo había colocado en la cima de su extraña torre. Y entonces, había ocurrido el milagro. La estructura, que desafiaba la física, se había estabilizado, brillando con una luz suave. Leo se había quedado sin palabras.

Elena recordó la secuencia exacta. Azul. Verde. Rojo. Amarillo.

Con dedos temblorosos, tocó los bloques holográficos en ese orden. Azul. Verde. Rojo. Amarillo.

La pantalla parpadeó y la imagen cambió. Ya no era un puzle. Era un recuerdo. Vio a Leo, proyectado en tres dimensiones frente a ella. Estaba en el Complejo de Archivos, herido, apoyado contra una pared, la sangre manchando su costado. La grabación era temblorosa, hecha con su comunicador fantasma en sus últimos segundos de vida.

—El… —su voz era un susurro roto, pero sus ojos estaban fijos en ella, intensos, llenos de un amor que trascendía la muerte—. Si estás viendo esto, es que no lo he conseguido. Lo siento. Lo siento tanto…

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de Elena, pero esta vez no eran de dolor, sino de una conexión terrible y hermosa.

—No hay tiempo —continuó el holograma de Leo—. Escúchame. El Minotauro… no es Tyrell. Es una trampa. Es Thorne. La Mayor Thorne, de Contrainteligencia. Ella es Cygnus. Ella dirige la red. Ella me ha matado. Y ella está detrás del secuestro de Mateo.

La revelación fue un golpe físico. Thorne. La mujer que había liberado a David. La que se había sentado en su boda, observando. La hipocresía, la traición, era tan monumental que le revolvió el estómago.

—No confíes en nadie, El. Nadie. La red es profunda. Pero hay una oportunidad. Kaelen. No sé si es de fiar, pero es pragmático. Y odia a Cygnus más que a nada. Es tu única opción. Tienes que llegar a él. Tienes que contarle todo.

El holograma de Leo tosió, la sangre manchando sus labios.

—Y el paquete… la interfaz… es la clave de todo. Es lo que quieren. Es por lo que se llevaron a Mateo. No dejes que lo consigan. Úsalo. Úsalo como moneda de cambio. Para recuperar a nuestro hijo. Kaelen entenderá su valor.

La imagen parpadeó.

—Te quiero, Elena. Más que a nada. Dile a Mateo que su padre… que su padre lo amaba. Dile que construya torres altas. Y dile a tu hermano que… que lo siento. Cuidaos. Sobrevivid.

La grabación terminó. El holograma se desvaneció, dejando a Elena sola en el silencio del estudio, con la verdad ardiendo en su interior.

Se levantó. El vacío había desaparecido, reemplazado por un fuego blanco. La pena seguía allí, una herida abierta, pero ahora tenía un bálsamo: la venganza. Y un propósito: la supervivencia.

Leo no había muerto en vano. Le había dejado un mapa. Le había dejado un arma. Y le había dejado una misión.

Caminó hacia la cocina. Abrió el panel falso. Cogió el prototipo de interfaz de Quimera Fase II. El metal frío se sentía diferente en su mano. Ya no era una carga. Era una promesa.

Miró por la ventana la ciudad herida. La guerra seguía ahí fuera. Pero ahora, ella también era una soldado. Y su primera batalla iba a ser en el Nido del Halcón. Iba a hablar con Kaelen. Iba a hacer un

trato. Y luego, iba a recuperar a su hijo. Y el mundo ardería si alguien se interponía en su camino. El fantasma de Leo le había dado un último regalo: la furia. Y ella pensaba usarla.

Capítulo 45: La Directiva del Fantasma (Kaelen y Sami)

Nido del Halcón, Centro de Mando Estratégico

Diciembre, 2041. Días después de la muerte de Leo.

El Nido del Halcón era una tumba presurizada que se negaba a admitir su propia muerte. Las luces rojas de la alerta máxima habían sido reemplazadas por un azul clínico y frío que no ofrecía consuelo, solo la cruda visibilidad del desastre. Kaelen estaba de pie frente a la pantalla holográfica principal, una figura solitaria en medio del zumbido de una maquinaria de guerra que ahora operaba con un miembro fantasma. La consola de Leo Reyes estaba vacía, un agujero negro en la primera línea de la ciberdefensa de Kaledon. No era solo la pérdida de su mejor analista; era como si le hubieran arrancado a Oráculo una parte de su alma, dejando un vacío que se sentía en cada cálculo de probabilidad, en cada simulación de batalla que ahora arrojaba resultados cada vez más sombríos.

La guerra total contra la alianza Valerius-Cygnus era un monstruo de mil cabezas, y ellos solo tenían un puñado de espadas. La red del Minotauro, con la fuga del General Tyrell y la neutralización del peón Keller, estaba dañada, pero no acabada. Kaelen sabía que había otros, traidores ocultos en las altas esferas, observando, esperando. La confianza era un lujo que Kaledon ya no podía permitirse.

—Sami.

La voz de Kaelen era un susurro de grava. Sami Al-Hassan se acercó, su rostro pálido y demacrado por el insomnio. Se había convertido en el heredero no deseado del trono de Leo, el principal punto de contacto de Kaelen en la guerra de sombras. El peso de esa responsabilidad lo estaba aplastando.

—Supervisor —respondió, su propia voz sonando extraña.

—Estado de la Operación "Relé Roto" —dijo Kaelen, sin apartar la vista del mapa táctico de Veridia que mostraba el Observatorio Celestial como una cicatriz en el corazón de la ciudad.

—La Unidad Fantasma está en posición. El Nómada los ha insertado en la azotea norte sin ser detectado. Runa informa de un perímetro aéreo limpio, por ahora. Cero está intentando penetrar los sistemas de seguridad locales del Observatorio. Dice que es un desastre, como intentar hackear una tostadora después de un ataque con un martillo, pero que cree que puede darnos un mapa parcial de sensores activos en diez minutos.

—¿Y la distracción de Jax?

—Pendiente de la luz verde de Cero. Jax informa que tiene preparados suficientes explosivos plásticos como para convencer a media ciudad de que estamos celebrando el año nuevo con tres semanas de antelación. Sus palabras, no las mías.

Kaelen casi sonrió. Casi. —Bien. Manténgame informado. La vida de esa unidad depende de que Cero y Jax hagan su trabajo a la perfección.

Sami asintió y volvió a su consola, sus dedos moviéndose con una velocidad que era un pálido reflejo de la de Leo. Kaelen se quedó observando el mapa. La Operación "Relé Roto" era una apuesta desesperada, un plan nacido de la última pista que Leo les había dejado. Era un intento de encontrar un hilo en un pajar quemado. Y todo dependía de un equipo de inadaptados liderados por un soldado resucitado y consumido por la venganza.

La pantalla de Sami parpadeó.

—¡Supervisor! ¡Cero está dentro! Ha conseguido acceso a la red de sensores de movimiento del Jardín de los Recuerdos. Está enviando el mapa a David ahora. Hay dos patrullas de Contrainteligencia barriendo la zona, pero Cero cree que puede crear un bucle en sus sensores para darnos una ventana de tres minutos.

—Dígale a Jax que empiece la fiesta —ordenó Kaelen.

En la consola de Sami, un icono que representaba a Jax parpadeó en verde. Segundos después, los sensores sísmicos del Nido del Halcón detectaron una serie de detonaciones controladas en el perímetro sur del Observatorio. No eran grandes, pero sí ruidosas y espectaculares.

—Distracción iniciada —informó Sami—. Las patrullas de Contrainteligencia se dirigen hacia el ruido. La ventana de David está abierta.

En el mapa táctico, dos pequeños iconos azules, David y Mía, se separaron del resto de la unidad en la azotea y comenzaron a descender por la fachada del edificio, usando cables de descenso rápido. Kaelen y Sami observaron en un silencio tenso, sus propias respiraciones sincronizadas con el avance de los dos puntos de luz.

Vieron cómo llegaban al nivel del Jardín de los Recuerdos, ahora un paisaje de cristal roto y mobiliario destrozado. Los vieron moverse con una rapidez fantasmal a través de la escena de la boda profanada, siguiendo el mapa de Cero, evitando los pocos sensores que seguían activos.

—Se están acercando a la zona donde tuvo lugar el secuestro —susurró Sami, como si temiera que pudieran oírle.

Los dos iconos se detuvieron cerca del lugar donde Kael y su equipo habían descendido. Se separaron, barriendo la zona. Los segundos se estiraron, convirtiéndose en una eternidad elástica. Kaelen sintió una gota de sudor frío recorrer su sien. Si no encontraban nada, si Leo había muerto por una pista falsa…

Entonces, el icono de David parpadeó. Un pulso de datos.

—¡Lo tienen! —exclamó Sami—. ¡Han encontrado algo! ¡Un relé de comunicaciones Nyx, dañado, pero con el chip de memoria intacto! ¡Están extrayendo los datos ahora!

—Sáquelos de ahí —dijo Kaelen, su voz un susurro de alivio y urgencia—. Ahora mismo.

Sami transmitió la orden. Los dos iconos azules comenzaron a retroceder, moviéndose con la misma velocidad silenciosa. Vieron cómo llegaban a los cables de ascenso, cómo subían de nuevo a la azotea. Vieron cómo el Nómada descendía, invisible para cualquier radar, y cómo los cuatro iconos de la Unidad Fantasma volvían a fusionarse en uno solo antes de desaparecer del mapa.

—Están fuera —dijo Sami, soltando un aliento que no sabía que estaba conteniendo—. Operación Relé Roto… completada.

—El trabajo acaba de empezar —replicó Kaelen—. Póngame esos datos en la pantalla principal. Y use los algoritmos de recuperación de Leo. Quiero saber qué hay en ese chip para ayer.

Sami se puso a trabajar, sus dedos un torbellino sobre la consola. El Nido del Halcón, que había estado conteniendo la respiración, pareció volver a inhalar. Era la primera victoria, por pequeña que fuera, desde que el mundo se había venido abajo.

Los algoritmos de Leo, diseñados para encontrar agujas en pajares digitales, devoraron los datos del relé dañado. En menos de cinco minutos, Sami tenía un resultado.

—Supervisor… lo tenemos —dijo, su voz temblando ligeramente—. El relé de Leo y este nuevo… coinciden. La firma biométrica del usuario es la misma. La hemos cruzado con la base de datos de inteligencia de Cygnus que recuperamos de la red de Tyrell. Tenemos una identidad.

En la pantalla principal apareció un rostro. Un hombre de rasgos afilados, con una cicatriz fina sobre la ceja y unos ojos que parecían desprovistos de toda emoción. Debajo, su nombre y afiliación.

KAEL. Comandante de Campo. Unidad de Operaciones Especiales Nyx. Experto en extracción y neutralización.

—Kael… —saboreó Kaelen el nombre—. El carnicero de Ellis. El que secuestró a Mateo. Y el que originó el asesinato a Leo Reyes.

—Hay más, señor —dijo Sami, su rostro palideciendo—. El relé contiene fragmentos de sus últimas órdenes, encriptadas con un código Cygniano que Oráculo está luchando por romper. Pero hemos recuperado una palabra clave recurrente en los metadatos. "Punto de entrega Omega". Y una referencia geográfica. "Nido del Fénix".

—"Nido del Fénix" —repitió Kaelen—. No "Sombra del Fénix", como dijo David que oyó. Un cambio de nombre en clave. O un proyecto diferente. Oráculo, busca cualquier referencia a "Nido del Fénix" en todos los archivos de inteligencia.

—Procesando… Sin coincidencias directas.

—Por supuesto que no —masculló Kaelen—. Es una instalación fantasma. Pero ahora tenemos un nombre. Y tenemos la cara del hombre que se dirige hacia allí con Mateo Reyes.

Se giró hacia Sami. El agotamiento seguía en su rostro, pero ahora había algo más. Un brillo depredador. La rabia de Kaledon, hasta ahora difusa, acababa de encontrar un rostro al que odiar, un objetivo al que cazar.

—Sami, prepare un informe completo para el Teniente Reyes. Envíele todo lo que tenemos sobre este comandante Kael, sobre el Nido del Fénix y sobre los protocolos de Cygnus que hemos logrado descifrar. La Unidad Fantasma tiene un nuevo objetivo.

—Entendido, Supervisor.

Kaelen se quedó solo de nuevo, mirando el rostro de Kael en la pantalla. Leo Reyes estaba muerto. Pero su fantasma acababa de entregarles la espada que necesitaban para empezar a cortar cabezas. La guerra de las sombras estaba a punto de calentarse. Y Kaelen, por primera vez en días, sintió algo parecido a la esperanza. Una esperanza fría, afilada y sedienta de sangre. La sombra del atentado había terminado. La guerra de los legados estaba a punto de comenzar.

Capítulo 46: Siete Días de Silencio (Elena y Clara)

Torre Arcadia / Hospital Central de Veridia

Diciembre, 2041

El silencio era el nuevo idioma de la Torre Arcadia.

Siete días. Elena había aprendido a medir el tiempo no en horas, sino en capas de quietud. Hacía siete días, el silencio era un grito ahogado en el funeral de Leo, un vacío puntuado por pésames vacíos y el llanto contenido de su madre. Hoy, siete días después, el silencio era un océano. Denso, frío y absoluto.

Se despertó como lo había hecho los últimos siete días: de golpe y con el corazón martilleando contra sus costillas, su mano buscando instintivamente el otro lado de la cama. Y como cada mañana, sus dedos solo encontraron el frío de las sábanas de alto gramaje, un vacío que parecía tener su propio campo gravitatorio, amenazando con absorberla. Durante una fracción de segundo, el pánico la arañó, la certeza de que algo iba terriblemente mal. Luego, el recuerdo la golpeó con la fuerza de un impacto físico, y el pánico fue reemplazado por algo peor. La nada.

El silencio no era paz. Era la ausencia de todo.

Se levantó de la cama, sus movimientos mecánicos, los de una autómata programada para una rutina que ya no tenía sentido. La ropa que escogió, un pantalón gris y un jersey de cuello alto negro, no fue una elección, sino lo primero que sus manos encontraron. Se miró en el espejo de cuerpo entero del vestidor y una extraña le devolvió la mirada. Una mujer con su cara, sí, pero con los ojos vacíos, enmarcados por unas ojeras oscuras que eran como moratones en el alma. La mujer del espejo parecía frágil, a punto de romperse. Elena odiaba su debilidad. Se obligó a apartar la mirada.

En la cocina, el sintetizador de alimentos le ofreció su habitual menú matutino. Descartó la opción "Desayuno Energético Reyes, Leo" con un movimiento brusco de su dedo, la palabra "Leo" una esquirla de cristal en su mente. Eligió un café sintético, solo, sin aditivos. El líquido caliente y amargo era real. Era algo a lo que aferrarse.

Necesitaba salir. La Torre Arcadia, su jaula dorada, su antigua fortaleza, se había convertido en un mausoleo. Cada rincón guardaba un eco de Leo, un fantasma de Mateo. Quedarse allí era morir un poco más cada segundo. Necesitaba aferrarse a la única rutina que le quedaba, el único lugar donde el dolor ajeno podía ahogar, aunque fuera por unas horas, el estruendo silencioso de su propia pena.

Al entrar en el vestíbulo del Hospital Central de Veridia, el olor la golpeó como un viejo y brutal amigo: una mezcla de antiséptico, sangre y ese indefinible aroma a sufrimiento. La guerra no solo había dejado cicatrices en los edificios; había infectado el aire. El caos de urgencias seguía siendo un torbellino de camillas y personal corriendo. Aquí, ella no era la viuda del héroe ni la madre del niño secuestrado. Era solo un par de manos más.

—Elena.

La voz de Clara la sacó de su ensimismamiento. Su amiga estaba apoyada contra el mostrador de triaje, con el rostro marcado por el agotamiento de un turno interminable. La sorpresa en sus ojos no era por verla allí, sino por verla tan pronto.

—Creí que te tomarías más tiempo —dijo Clara suavemente, acercándose para darle un abrazo tenso y rápido, el tipo de abrazo que se da en medio de una zona de guerra.

—Necesito el ruido, Clara —respondió Elena, su voz un susurro ronco—. El silencio en casa… me está matando. Necesito hacer algo, lo que sea.

Clara la estudió, vio el abismo en sus ojos y asintió, una aceptación sombría en su rostro. —De acuerdo. Pero turno reducido. Y si te sientes mareada, te sientas. ¿Entendido? Te pondré en triaje secundario. Es un caos, pero al menos no tendrás que tomar decisiones de vida o muerte. Esas ya nos las han robado todas.

El trabajo fue un bálsamo y una tortura. Cada herida que limpiaba, cada vía que canalizaba, era un recordatorio de su impotencia. Podía aliviar el dolor de un extraño, pero no podía hacer nada para calmar el suyo propio. No podía hacer nada para traer de vuelta a su hijo.

Cuando su turno terminó, la vuelta a la Torre Arcadia fue un descenso. Pasó del caos con propósito del hospital a la quietud opresiva de su hogar. La puerta se abrió para revelar a su hermano y a Mía, sentados en el salón. Mía se levantó al instante, su rostro lleno de una compasión silenciosa. David, sin embargo, permaneció de pie junto a la ventana panorámica, que ahora mostraba un mapa táctico de la Zona de Conflicto. Llevaba el uniforme negro de la Unidad Fantasma. Parecía más viejo, más duro. La guerra lo estaba cincelando, arrancándole cualquier atisbo de juventud.

—¿Cómo estás, El? —preguntó Mía, su voz suave.

—Cansada —respondió Elena.

David se giró, sus ojos fijos en el mapa. —Hemos identificado al agente de campo que dirigió la extracción de Mateo. Se llama Kael. Comandante de Operaciones Especiales de Nyx. Un carnicero. Estamos rastreando sus movimientos a través de la red de Cygnus. Es un fantasma, pero hasta los fantasmas dejan un eco.

Hablaba como un informe de misión. Datos fríos. Sin emoción. El lenguaje de un hombre que ha construido un muro de acero alrededor de su propio dolor.

—¿Lo vais a matar? —preguntó Elena, su voz tan plana como la de él. La pregunta no era por sed de venganza. Era una simple cuestión de logística.

David finalmente la miró, y en sus ojos vio un atisbo de la furia que él mantenía a raya. —Vamos a recuperar a Mateo, Elena. Cueste lo que cueste.

Pero su lenguaje de soldado no podía cruzar el abismo que los separaba. Él estaba en guerra. Ella estaba en el limbo. Hablaban idiomas diferentes. Incapaz de soportar más la tensión, Elena se excusó y caminó por el pasillo. La puerta de la habitación de Mateo estaba entreabierta. Entró.

El aire allí dentro era diferente, como si el tiempo se hubiera detenido el día del secuestro. La pequeña cama estaba hecha. El dron halcón de juguete yacía en un rincón. Y en el centro de la alfombra, estaba el "Crea-Mundos Junior", el regalo absurdamente complejo que Leo le había comprado a su hijo. Una docena de esferas de un material gelatinoso que se suponía que debían conectarse para formar estructuras imposibles.

Se arrodilló, cogiendo una de las esferas. Estaba fría, inerte. Recordó la frustración de Leo intentando montar la figura más simple, un cubo, y fracasando. Recordó a Mateo, con sus pequeñas manos, creando una doble hélice perfecta como si fuera lo más natural del mundo. Un escalofrío la recorrió.

El dolor, la rabia, la impotencia… todo se fusionó en un único y violento impulso. Golpeó el juguete con el puño cerrado. Las esferas rodaron por el suelo. No sintió el dolor en sus nudillos. Solo el vacío. Estaba a punto de levantarse e irse cuando algo llamó su atención.

Una de las esferas, la que había rodado hasta la sombra bajo la cama, parpadeó.

Una única y débil pulsación de luz azul.

No fue su imaginación. La esfera emitió un segundo pulso, y esta vez, proyectó en el suelo, por una fracción de segundo, un patrón complejo. No era una constelación. Era un fragmento de código, una matriz de datos que brilló y se desvaneció, dejando solo una imagen residual en sus retinas.

Elena se quedó helada, el aliento atascado en su garganta. No fue un fallo del juguete. Fue… un eco. Un eco de su hijo. Un fragmento de lo que le habían hecho, de lo que le habían "impreso". El miedo que sintió no era el miedo a los secuestradores ni a la guerra. Era un miedo nuevo, de una naturaleza completamente desconocida.

Esa noche, no pudo dormir. Dejó su cama vacía y caminó por el apartamento a oscuras. La luz de la luna artificial de Veridia se filtraba por las ventanas, pintando el salón con franjas de plata y sombras. Encontró a David en el estudio de Leo. Estaba de pie frente a la consola principal, ahora apagada, una silueta oscura contra la ciudad dormida.

—Tampoco puedes dormir —dijo Elena, su voz un susurro en la quietud.

Él no se giró. —Los fantasmas hacen demasiado ruido.

Se quedaron en silencio, dos supervivientes en el santuario de un hombre caído. Por primera vez desde la tragedia, el silencio entre ellos no era un abismo, sino un puente.

—Él habría sabido qué hacer —dijo Elena, su voz quebrándose por primera vez.

David soltó una risa seca, sin humor. —Sí. Probablemente habría hackeado toda la red de Nyx usando el sintetizador de café y habría localizado a Mateo en menos de una hora. Yo… —se pasó una mano por la cara—. Yo solo sé cómo disparar a las cosas.

Elena se acercó, deteniéndose a su lado. —Leo me dejó un último mensaje.

David se giró, su rostro una máscara de sorpresa. Elena le contó todo. La grabación. La revelación de la traición de Thorne. La advertencia. Vio cómo la sorpresa en los ojos de su hermano se transformaba en una rabia glacial. La pieza que faltaba en el puzle de su propia investigación acababa de encajar.

—Thorne… —masculló David, la palabra un veneno—. La perra. Ella nos envió a Gamma-4. Ella supervisó mi interrogatorio. Ha estado jugando con nosotros desde el principio.

Viendo la furia impotente en su rostro, la misma que ardía en su propio pecho, Elena hizo algo que no había planeado. Extendió la mano y le cogió la suya. El contacto fue un ancla en la tormenta para ambos. Su piel estaba fría, pero su agarre era firme. No era un gesto de consuelo, sino algo mucho más profundo. Era el pacto silencioso de dos soldados que acababan de encontrar su verdadera misión.

Se quedaron así, en la oscuridad del estudio, la ciudad de Veridia extendiéndose a sus pies como un tablero de ajedrez. No había consuelo en su contacto, solo el reconocimiento de un dolor compartido y una venganza que ahora tenía un rostro. El duelo no había terminado. Pero la caza acababa de empezar.

Capítulo 47: Tregua de Navidad (Elena, David y Mía)

Torre Arcadia, Veridia

24 de Diciembre, 2041

La Nochebuena llegó a Veridia no con villancicos, sino con el zumbido lejano de las patrullas de drones y el peso de un cielo que había olvidado cómo nevar de verdad. En el interior de la Torre Arcadia, el silencio era tan denso que parecía tener su propio campo gravitatorio, un agujero negro emocional que amenazaba con devorar cualquier atisbo de luz.

Desde su asiento en la elegante y minimalista mesa del comedor, David observaba el intento de normalidad que su hermana había orquestado. Elena, moviéndose como una sonámbula con un propósito, había ordenado al sintetizador de alimentos que replicara una cena de Navidad tradicional. El resultado era una obra de arte culinaria visualmente perfecta y completamente insípida. El pavo sintético brillaba bajo la luz suave del comedor, las verduras mantenían un color vibrante y antinatural, y el vino, probablemente sintetizado a partir de agua reciclada y un complejo algoritmo de saborizantes, olía vagamente a uvas y a decepción.

La mesa estaba puesta para tres. Tres supervivientes en un mausoleo de cristal. David miró a su hermana, sentada frente a él. Elena llevaba un vestido oscuro que acentuaba su palidez. Sus ojos, antes llenos de vida, eran ahora dos pozos de un dolor tan profundo que a David le daba vértigo asomarse. Comía por puro automatismo, sus movimientos mecánicos, su mente a un millón de kilómetros de distancia, probablemente en una tumba sin nombre o en una celda secreta donde retenían a su hijo.

Luego miró a su esposa. Mía, sentada a su lado, era un estudio de contención. Intentaba mantener una conversación ligera, hablando del último informe de reconstrucción o de una anécdota sin

importancia del centro de entrenamiento. Era un esfuerzo valiente y completamente inútil. Sus palabras eran como piedras lanzadas a un pozo sin fondo, devoradas por el silencio de Elena. Mía, la soldado que había sobrevivido a Gamma-4, se enfrentaba ahora a un enemigo contra el que no podía luchar: el luto de la mujer a la que consideraba una hermana.

David se sentía un impostor. Un fraude. Llevaba el uniforme de gala de teniente de una unidad de élite, pero bajo la tela impecable, se sentía hueco. Debería estar consolando a Elena, encontrando las palabras adecuadas, siendo el pilar que ella necesitaba. Pero no tenía palabras. Solo tenía rabia. Una rabia fría y constante dirigida a un fantasma llamado Kael, a una sombra llamada Ellis. En su cabeza no había espacio para el consuelo; solo para la estrategia. Cada segundo que pasaba en esa cena fúnebre era un segundo que no dedicaba a planificar la incursión que traería a Mateo de vuelta y a Kael ante la justicia. O, más probablemente, ante el cañón de su rifle.

Y luego estaba Mía. Su esposa. Se habían casado en un torbellino de esperanza y desafío, una promesa de vida en medio de la muerte. Y su luna de miel había consistido en un funeral, dos secuestros y semanas de tensión asfixiante que se había convertido en un puesto de mando. No era el marido que ella merecía. Era un teniente jugando a ser un esposo, y estaba fracasando estrepitosamente en ambos roles. La guerra le estaba robando la capacidad de ser humano.

—Creo que… creo que voy a retirarme —dijo Elena de repente, su voz un susurro que rasgó el silencio. Dejó los cubiertos con una precisión delicada, como si temiera romper algo más—. Necesito… estar con los recuerdos de Leo. Feliz Navidad. Se levantó y se fue sin mirar atrás, una sombra deslizándose por el pasillo hacia su dormitorio, que ahora era más una cripta que una habitación.

El silencio que dejó tras de sí era diferente. Menos opresivo, pero más incómodo. David y Mía se quedaron solos, con la comida a

medio terminar y el fantasma de un árbol holográfico parpadeando en un rincón, sus luces de colores una burla cruel.

Mía observaba a David. Veía la guerra en su rostro, la forma en que su mandíbula estaba permanentemente apretada, cómo sus ojos no dejaban de escanear la habitación, buscando amenazas incluso en un espacio que se suponía seguro. La soldado en ella lo entendía. Lo respetaba. La Unidad Fantasma necesitaba a ese hombre, a ese líder frío y calculador. Pero la mujer, la que se había casado con él bajo un cielo de estrellas simuladas, echaba de menos al chico rebelde de Gamma-4, al que se reía de su casco roto y le contaba historias de su hermana. Se sentía dividida. La Sargento Soler quería analizar los últimos informes de inteligencia con él, planificar la próxima misión. Pero Mía, su esposa, solo quería encontrar la forma de llegar al hombre que se escondía tras la armadura del teniente.

Se levantó y caminó hacia la ventana panorámica. El mapa táctico había sido reemplazado, por orden de Elena, por una simulación de nieve cayendo sobre una Veridia nocturna. Era hermoso y falso. Como todo en sus vidas ahora mismo.

David se unió a ella, deteniéndose a su lado. No se tocaron. Simplemente observaron la nieve digital, dos extraños compartiendo una vista.

—No está siendo la luna de miel que imaginamos, ¿verdad? —dijo Mía, su voz un murmullo que apenas se oyó por encima del zumbido de la ciudad.

David soltó una risa seca, sin humor. —No recuerdo que "funerales y planificación de incursiones" estuviera en el folleto. Debí leer la letra pequeña.

—La letra pequeña probablemente decía algo sobre "posibilidad de apocalipsis biotecnológico" —replicó ella, intentando seguirle el juego, aunque su corazón se sentía como un trozo de plomo.

Él no respondió. Se quedaron en silencio de nuevo, pero esta vez, el silencio era el suyo. Un silencio compartido, nacido de una comprensión que no necesitaba palabras. Mía sabía la batalla que él libraba en su interior, la guerra entre el teniente y el hombre. Y él sabía que ella lo sabía.

Mía se giró para mirarlo, sus ojos encontrando los de él en la penumbra. —David… no tienes que llevar todo el peso tú solo.

—Es mi trabajo, Mía. Soy el teniente al mando.

—No me refiero al teniente—dijo ella suavemente—. Me refiero a mi marido.

La palabra "marido" pareció golpearlo con una fuerza física. Vio cómo la armadura se resquebrajaba por un instante, revelando al hombre que había debajo: un hombre aterrorizado. Aterrorizado de fallarle a Elena, de no encontrar a Mateo, de que la guerra lo consumiera por completo y no dejara nada para ella. Aterrorizado, sobre todo, de perderla a ella, la única luz que le quedaba en la oscuridad.

—Tengo miedo, Mía —admitió, su voz apenas un susurro, una confesión que le costó más que cualquier batalla—. Tengo miedo de que cuando todo esto termine, si es que termina, el hombre del que te enamoraste ya no exista. Que solo quede el teniente.

Ella dio un paso hacia él, cerrando por fin la distancia que los separaba. Puso una mano en su mejilla, su tacto cálido contra la piel fría de él.

—Yo me enamoré de los dos, David —dijo, su voz una promesa—. Del soldado que lucharía contra el infierno por su familia. Y del hombre que se reía de mi casco roto. Y no voy a dejar que ninguno de los dos luche solo. Estoy aquí. Contigo. En cada batalla. En cada tregua.

Él cerró los ojos, inclinándose hacia su tacto como una planta sedienta hacia el agua. Y entonces, la besó.

No fue un beso tierno. Fue un beso desesperado, casi brutal. Un beso que no era de deseo, sino de necesidad. La necesidad de sentirse vivo, de reafirmar la vida frente a tanta muerte y tanto dolor. La besó con la urgencia de un hombre que se ahoga y encuentra una única bocanada de aire. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, sus manos aferrándose a su uniforme, anclándolo, diciéndole sin palabras que no iba a dejar que se hundiera.

Se movieron sin hablar, como si fueran guiados por un instinto primario, hacia la habitación de invitados que se había convertido en su hogar ocasional. La puerta se cerró, dejándolos en una oscuridad casi total, rota solo por las luces lejanas de la ciudad que se filtraban por la ventana.

Hicieron el amor. Pero no fue un acto de pasión. Fue un acto de rebelión. Una rebelión contra la guerra, contra la muerte, contra el silencio que los devoraba. Cada caricia era un ancla a la realidad. Cada beso, un desafío. No fue romántico. Fue crudo, necesario, casi doloroso en su ternura. Fue el momento en que David se permitió quitarse la armadura de comandante y ser solo David, un hombre asustado buscando refugio. Fue el momento en que Mía dejó de ser la Sargento Soler para ser solo Mía, una mujer ofreciendo consuelo y encontrándolo a su vez.

Mientras yacían abrazados después, el sudor enfriándose en sus pieles, escuchando el latido del corazón del otro y el zumbido lejano de las patrullas, el futuro seguía siendo una niebla incierta y peligrosa. Pero en esa cama, en esa tregua robada a la noche de Navidad, habían creado su propio santuario. Un espacio de apenas unos metros cuadrados donde la guerra no podía entrar.

No se dijeron "te quiero". No hacía falta. Su vínculo se había forjado en el fuego de Gamma-4 y ahora se estaba templando en el hielo del luto y la incertidumbre. Se había vuelto irrompible. La noche no les ofrecía promesas de un mañana, pero por primera vez en mucho tiempo, les había regalado la certeza del ahora. Y, por el momento, era suficiente.

PARTE 3:
La Guerra de los Legados

Capítulo 48: Cenizas y Acuerdos (Elena y Kaelen)

Nido del Halcón, Oficina del Supervisor

Enero, 2042. Dos días después de año nuevo.

Contactar con Kaelen en medio de una guerra total era, descubrió Elena, ligeramente más complicado que pedir una pizza a domicilio en mitad de un huracán. Su primer intento desde el Hospital Central, usando un comunicador militar que Clara le había conseguido, había chocado contra un muro de protocolos de seguridad impenetrables. Era una civil. Sin autorización. Sin rango. Era ruido en un sistema diseñado para ignorar el ruido.

Pero Elena Reyes ya no era solo una civil. Era la viuda del analista más brillante del Nido, la hermana de un héroe de la nueva Unidad Fantasma y, lo más importante, la guardiana de un secreto por el que morían naciones.

Le costó un día entero de llamadas frustradas, de súplicas a burócratas de bajo nivel y de usar el nombre de su hermano con una desvergüenza que la habría horrorizado semanas antes. Finalmente, a través de la intervención directa de un David preocupado, logró su objetivo: una única llamada de audio encriptada con un hombre que nunca había visto, pero cuya sombra se había proyectado sobre su vida durante años. La llamada la realizaría desde una sala segura en la Torre Arcadia, a donde había vuelto bajo una fuerte escolta.

—Supervisor Kaelen —dijo Elena cuando la línea finalmente se conectó. Su voz sonaba extraña, hueca, en el silencio del estudio de Leo, donde había elegido tomar la llamada.

—Señora Reyes —dijo Kaelen—. Le doy treinta segundos para explicar por qué ha movilizado media docena de alertas de protocolo al intentar contactarme en medio de una guerra. El tiempo corre.

—Tengo algo que le interesa, Supervisor.

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio que duró exactamente 4.7 segundos, contó Elena. Un silencio en el que podía imaginar a Kaelen y a su IA, Oráculo, analizando su voz, sus palabras, la probabilidad de una trampa.

—Prosiga —dijo finalmente.

—El prototipo de la interfaz de Quimera Fase II —dijo Elena, yendo directamente al grano—. La llave. La tengo. Está en un lugar seguro.

El silencio, esta vez, fue más corto. —Sabíamos de su existencia. No de su ubicación. ¿Cuál es su precio, señora Reyes?

Elena sintió una oleada de rabia fría. ¿Precio? ¿Creía que estaba negociando?

—No hay precio, Supervisor. Hay un trato. Y es muy simple — respiró hondo, el fuego que había nacido del mensaje de Leo dándole fuerzas—. Quiero a mi hijo de vuelta. Quiero todos los recursos, toda la inteligencia, toda la fuerza de Kaledon, dedicados a una única misión: encontrar el "Nido del Fénix", matar o capturar al comandante Kael y traer a Mateo a casa. A cambio de eso, cuando mi hijo esté a salvo en mis brazos, le daré la interfaz. Ni un segundo antes.

—Señora Reyes, usted no está en posición de…

—¡Estoy en la única posición que importa! —le cortó, su voz un látigo—. Su guerra contra Valerius y Cygnus es un juego de sombras. Están perdiendo. Sus hombres mueren, sus sistemas son vulnerables. ¿Sabe por qué? Porque no entienden contra qué luchan. Yo tengo la clave para entenderlo. La interfaz es su única oportunidad de desarrollar contramedidas reales contra Quimera. Sin ella, están ciegos. Y si yo muero, si algo me pasa, el dispositivo está programado para autodestruirse. Así que, sí, Supervisor, creo que estoy en una posición excelente.

La audacia de sus propias palabras la sorprendió. Era la voz de Leo, su lógica implacable, hablando a través de ella.

—Es un chantaje interesante —dijo Kaelen, y por primera vez, Elena creyó detectar un matiz de algo parecido al respeto—. Pero la recuperación de su hijo ya es la máxima prioridad. La Unidad Fantasma, liderada por su hermano, está trabajando en ello.

—Mi hermano es un soldado, un arma excelente. Pero usted y yo sabemos que no basta. Yo hablo de una prioridad absoluta. Hablo de desviar recursos de otros frentes si es necesario. Hablo de que usted, personalmente, supervise esta operación. Hablo de que la vida de mi hijo valga más que cualquier otra batalla que estén librando. ¿Tenemos un trato, o empiezo a buscar compradores en el mercado negro de Cygnus? Dudo que a ellos les importe mi precio.

La amenaza fue tan brutal, tan directa, que el silencio que siguió fue aún más pesado que los anteriores.

—Acepto sus términos, señora Reyes —dijo Kaelen finalmente, y su voz sonaba diferente, más dura—. Tendrá sus recursos. Tendrá mi atención. Ahora, espero que su información sea tan valiosa como promete.

—Oh, lo es. Y tengo algo más para usted. Un regalo de bienvenida a nuestra nueva y emocionante colaboración —Elena hizo una pausa, saboreando el momento—. Una pequeña muestra de la información que Leo me dejó.

—La escucho.

—El Minotauro. El traidor que ha estado desangrando el Nido del Halcón desde dentro. El que guio a los secuestradores de mi hijo. El que organizó la trampa que mató a mi marido. No era el General Tyrell. Tyrell era un señuelo. Un idiota útil.

Elena pudo sentir la tensión al otro lado de la línea, una quietud expectante.

—La verdadera traidora —dijo, y cada sílaba era una gota de veneno y de justicia— es la Mayor Thorne.

Si una bomba hubiera explotado en el Nido del Halcón, el efecto habría sido menos devastador que el silencio que siguió a las palabras de Elena. Podía imaginarse a Kaelen, su rostro una máscara de hielo, mientras su cerebro y el de Oráculo procesaban la enormidad de la acusación. Thorne. La jefa de Contrainteligencia. La oficial que él mismo había puesto a cargo de la reintegración de David. La que había estado en la boda, observando. La que, dedujo Kaelen en un instante helado, había tenido acceso a cada plan, cada sospecha, cada movimiento que habían hecho para cazar al Minotauro, porque ella era el Minotauro.

—…repita eso, señora Reyes —la voz de Kaelen era ahora apenas un susurro, pero con una peligrosidad que parecía comprimir el aire.

—La Mayor Thorne es un activo de Cygnus. Dirige la red. Ella asesinó a Leo. Leo lo descubrió en sus últimos momentos y me lo dijo en su último mensaje. Él murió para darle a usted esta información. Supervisor, la serpiente no está en la puerta. Ha estado durmiendo en su cama.

La conexión se cortó. No por un fallo, sino porque Kaelen había colgado. Elena se quedó mirando el comunicador en silencio. Había lanzado su bomba. Había hecho su trato. Ahora, solo podía esperar.

En el Nido del Halcón, Kaelen se quedó de pie en medio de su oficina, inmóvil, durante casi un minuto. El mundo se había reconfigurado a su alrededor. Cada interacción con Thorne, cada informe, cada recomendación, se tiñó de repente con el color de la traición. Le había entregado al lobo las llaves del gallinero. Y el lobo le había devorado a su mejor perro guardián.

Activó su comunicador interno.

—Sami.

—¿Supervisor? —la voz de Sami sonaba nerviosa.

—Inicia un protocolo fantasma de Nivel Omega. Discreto. Quiero cada paquete de datos, cada comunicación, cada acceso físico de la Mayor Thorne durante los últimos tres años. No me importa si tienes

que desviar a Oráculo de la defensa del mismísimo Presidente de Kaledon. Quiero saber hasta cuántas veces ha parpadeado en las últimas setenta y dos horas. Y Sami…

—¿Señor?

—Que nadie, absolutamente nadie, sepa que la estamos investigando. Si recibe una orden directa mía de detenerse, la ignora y me informa por un canal ciego. Si yo caigo, usted es el siguiente.

Kaelen cortó la comunicación. Caminó hacia la ventana holográfica que mostraba el mapa de guerra. La rabia que sentía era un motor de fusión a punto de volverse crítico. Habían jugado con él. Lo habían humillado. Habían matado a su mejor hombre. Y ahora, una civil rota por el dolor le había dado la espada que necesitaba para empezar a cortar cabezas.

La guerra de los legados acababa de empezar. Y Kaelen iba a asegurarse de que su legado fuera una montaña de cenizas sobre la tumba de sus enemigos.

Capítulo 49: La primera incursión (David y Mía)

Complejo Geotérmico Theron, Cordillera del Espinazo del Dragón, Valerius

Enero, 2042

El Nómada se deslizó entre los picos helados como un cuchillo a través de la seda negra. Dentro, el silencio era una bestia viva, devorando cualquier sonido que no fuera el suave zumbido de los sistemas de soporte vital y el latido atronador del corazón de David Reyes en sus propios oídos.

Habían pasado cinco semanas. Cinco semanas desde la boda, desde el secuestro, desde la muerte de Leo. Cinco semanas en las que el dolor se había calcinado hasta convertirse en un núcleo de furia fría y afilada. Ahora, esa furia tenía un objetivo.

—Dos minutos para el punto de inserción —anunció la voz tranquila de Runa por el comunicador interno. Su rostro, iluminado por el brillo azul pálido de los controles de sigilo, era un estudio de concentración felina.

David recorrió con la mirada a su equipo, la Unidad Fantasma, una colección de inadaptados letales que Kaelen le había entregado como un bisturí para una operación imposible. A su lado, Mía revisaba por última vez la carga de su rifle de pulsos, sus movimientos económicos y precisos, una calma exterior que él sabía que ocultaba la misma tormenta que rugía en su interior. Jax, el especialista en demoliciones, le daba palmaditas a una carga plástica con la devoción de un padre arrullando a un bebé. Y Cero, el hacker, tenía los ojos cerrados, sus dedos moviéndose en el aire, ya inmerso en la red digital del complejo enemigo, un fantasma buscando una puerta abierta.

—Recuerden el plan —dijo David, su voz de teniente sonando extraña, como si perteneciera a otro hombre, a uno más viejo, más duro—. Runa nos deja en el respiradero sur. Cero, nos abres un pasillo ciego en sus sensores. Jax, necesito que fuerces el acceso a la puerta principal del subnivel 3, nada espectacular, solo lo justo para que no nos pidan la contraseña. Mía y yo vamos a por el paquete. Entramos, cogemos a mi sobrino y salimos antes de que se den cuenta de que hemos estado allí. Somos fantasmas.

—Entendido, teniente —masculló Jax, una sonrisa depredadora asomando bajo su barba—. La terapia de percusión es mi especialidad. Esa puerta va a replantearse toda su existencia.

David casi sonrió. Casi.

El Nómada se detuvo, flotando con un silencio imposible sobre una plataforma de mantenimiento azotada por un viento que aullaba como un alma en pena. El vapor de los respiraderos geotérmicos del complejo se arremolinaba a su alrededor, proporcionando una cobertura natural. La rampa descendió. El aire helado y con olor a azufre los golpeó.

—La ventana está abierta, teniente —susurró la voz de Cero en sus oídos—. Les he creado un bucle de tres minutos en los sensores perimetrales. Si parpadean muy deprisa, es posible que los vean. Les sugiero que no parpadeen.

Se movieron con una rapidez fantasmal, asegurando la plataforma. Jax se deslizó hacia su objetivo, una puerta blindada a cincuenta metros de distancia. Cero permaneció en la nave, sus ojos en el mundo digital. David y Mía, seguidos de cerca por Jax una vez que hubiera terminado su parte, se dirigieron hacia el interior del complejo.

El interior del Nido del Fénix no era una base militar al uso. Era una simbiosis grotesca entre una planta geotérmica industrial y un laboratorio de pesadilla. Tuberías del grosor de un hombre corrían por los techos, goteando condensación, mientras que bajo ellas,

paneles de luz fría iluminaban pasillos estériles y puertas selladas con el emblema de Nyx.

Una suave explosión ahogada, más un pum que un boom, les indicó que Jax había forzado el acceso.

—Puerta abierta. Os veo en el punto de encuentro —informó Jax.

Siguieron el mapa que Cero proyectaba en la esquina de sus visores. El objetivo estaba en el nivel inferior, en el corazón del laboratorio biológico. Mientras descendían por una escalera de servicio, el olor químico que David recordaba de la instalación Quimera se intensificó. Era el olor de la creación antinatural.

Llegaron a una puerta reforzada, marcada como "Ala de Observación Cognitiva". Cero ya les había abierto la cerradura digital. Entraron en una antecámara oscura que daba a una pared de cristal. Y lo que vieron al otro lado les heló la sangre.

La sala no era una celda. Era una especie de cuarto de juegos aséptico y blanco. En el centro, sentado en el suelo, estaba Mateo. No lloraba. No parecía asustado. Estaba rodeado de juguetes de luz holográfica, manipulándolos con una concentración impropia de un niño de tres años. Pero no estaba solo. De su espalda y sienes, unos finísimos filamentos de luz azul, casi invisibles, lo conectaban a una consola en la pared, pulsando con un ritmo suave y regular.

—Dios mío… —susurró Mía—. ¿Qué le están haciendo?

Antes de que David pudiera responder, una figura emergió de las sombras al otro lado del cristal. Era alto, de rasgos afilados, con una cicatriz sobre la ceja y unos ojos desprovistos de emoción.

Kael. El carnicero que había secuestrado a Mateo. El hombre cuyo rostro había memorizado de los informes.

—Teniente Reyes —dijo la voz de Kael a través de un altavoz, tan tranquila como si estuvieran discutiendo el tiempo—. Sabía que vendría. La previsibilidad del afecto familiar es una de vuestras mayores debilidades. Y una de nuestras mejores herramientas.

—Suéltalo, Kael —gruñó David, levantando su rifle.

Kael sonrió, una mueca sin alegría. —Oh, no. Aún no. Apenas hemos empezado a comprender su potencial. Es la llave, ¿sabe? La pieza que nos faltaba. Su genética, combinada con el legado de su padre… es extraordinario. Nos está enseñando a hablar con las Quimeras en un lenguaje que no sabíamos que existía.

La revelación fue un golpe físico. No era un simple rehén. Era un experimento.

En ese instante, todo sucedió a la vez. Una alarma ensordecedora estalló. Las luces de emergencia rojas inundaron el pasillo. ¡Los habían detectado!

—¡Era una trampa! —gritó Mía.

Kael se desvaneció de nuevo en las sombras de la sala de observación. La pared de cristal se volvió opaca. Y de los paneles del techo y las paredes del pasillo donde estaban, descendieron torretas automáticas, abriendo fuego.

Se lanzaron a cubierto justo cuando un torrente de proyectiles de energía barría el lugar donde habían estado. Estaban atrapados, inmovilizados.

—¡Jax! ¡Necesitamos una salida! ¡Ahora! —gritó David por el comunicador.

—¡Estoy en ello! ¡Pero esta gente tiene muy mal perder! ¡Me han puesto tres juguetitos nuevos en el pasillo principal! —respondió la voz de Jax, seguida del sonido de una fuerte explosión y una de sus risas maníacas.

David y Mía estaban clavados al suelo, el fuego de las torretas era demasiado intenso. Iban a morir allí.

De repente, una de las torretas explotó en una bola de fuego. Y luego otra. David miró hacia el final del pasillo. Jax estaba allí, con un lanzagranadas improvisado, su rostro iluminado por las explosiones.

—¡Nadie acorrala a mi teniente! —rugió.

Mientras las torretas restantes giraban para enfrentarse a la nueva amenaza, Jax lanzó otra granada, esta vez no a las torretas, sino a la pared de cristal opaca de la sala de observación. El cristal, diseñado para resistir balas, no pudo soportar una explosión concentrada. Se hizo añicos con un estruendo ensordecedor.

—¡A por el niño! —gritó Jax.

David y Mía no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Corrieron a través del hueco humeante hacia la sala. Vieron a Kael al otro lado, intentando activar un protocolo de contención en una consola. Mía le disparó, obligándolo a cubrirse.

David corrió hacia Mateo. El niño lo miró, sus ojos grises, los ojos de Leo, desenfocados por un instante. David arrancó los filamentos de luz de su cuerpo. El niño parpadeó, como si despertara de un sueño, y al ver el rostro de David, un rostro familiar en medio de la pesadilla, su carita se arrugó y rompió a llorar, un llanto de niño asustado que era el sonido más hermoso que David había oído en su vida.

Lo cogió en brazos, protegiéndolo con su cuerpo. —¿Estás bien, campeón? Tío David está aquí.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Mía desde la puerta, conteniendo a Kael.

Salieron de la sala justo para ver a Jax colocar una última carga en la consola principal del pasillo. Pero mientras lo hacía, una torreta de defensa pesada, que no habían visto, descendió del techo más alto y abrió fuego.

—¡JAX, CUIDADO! —gritó David.

Jax se giró, pero era demasiado tarde. Una ráfaga de plasma le alcanzó en el costado y la pierna, lanzándolo contra la pared. Soltó un grito de dolor y se desplomó, inmóvil.

—¡NO! —Mía corrió hacia él, arrastrándolo a cubierto mientras disparaba con una mano a la torreta.

David, con Mateo aferrado a su cuello, vio la escena con horror. Habían rescatado a Mateo, pero el coste… el coste era Jax.

—¡Cero! ¡Necesito una extracción de fuego! ¡Ahora mismo! ¡Ruta de escape más cercana! —gritó David en el comunicador.

—Detectada una plataforma de carga a ochenta metros, al final de este corredor. Runa ya está en camino, pero la zona está plagada de enemigos —respondió la voz de Cero—. Os doy treinta segundos antes de que todo el complejo se os eche encima.

Treinta segundos. Una eternidad. Un instante.

David, con Mateo, y Mía, arrastrando al inconsciente y sangrante Jax, corrieron por el pasillo mientras las alarmas aullaban y el sonido de botas pesadas se acercaba por todas partes. Vieron la luz fría del exterior al final del corredor. La plataforma de carga. Y sobre ella, descendiendo entre el fuego antiaéreo que ahora se concentraba en ella, la silueta afilada del Nómada.

La rampa bajó antes incluso de tocar el suelo. Se lanzaron dentro, arrastrando a Jax, justo cuando la nave volvía a elevarse a una velocidad vertiginosa, dejando atrás el Nido del Fénix y un enjambre de drones enemigos que salían en su persecución.

Dentro del compartimento de tropas, el caos era un silencio relativo. Mía ya estaba trabajando sobre Jax, aplicando parches médicos de emergencia. David se arrodilló, todavía sosteniendo a Mateo. El niño había dejado de llorar y lo miraba con una extraña calma, sus pequeños dedos aferrados al uniforme de David.

Lo habían conseguido. Habían recuperado a Mateo. Pero mientras miraba el cuerpo inmóvil de Jax y sentía el temblor de la nave esquivando el fuego enemigo, David supo que la victoria era amarga. El coste de aquella incursión era una herida abierta en el corazón de su nueva unidad. Y al mirar los ojos extrañamente serenos de su sobrino, se preguntó qué habían hecho realmente en

ese laboratorio, y si el niño que había rescatado era el mismo que habían secuestrado. La guerra, supo con una certeza helada, estaba lejos de terminar. Solo acababa de empezar a cobrarles el precio.

Capítulo 50: Ecos de un futuro incierto (David y Mía)

Nave de transporte sigiloso "Nómada", en ruta hacia una base segura de Kaledon

Enero, 2042

El metal del Nómada vibraba con una frecuencia constante mientras Runa, la piloto, lo empujaba a través de las capas altas de la atmósfera, esquivando corredores de radar enemigos con una habilidad que Mía solo podía describir como arte sobrenatural. Dentro, el caos de la extracción había sido reemplazado por un silencio tenso, roto únicamente por los pitidos rítmicos de los monitores médicos y la respiración contenida de los supervivientes.

Mía apretó con más fuerza el parche de presión sobre la herida de Jax. La sangre, oscura y espesa, se había negado a parar, manchando sus guantes y el suelo metálico. El experto en demoliciones estaba pálido como el mármol, su habitual sonrisa fanfarrona sustituida por una mueca de dolor incluso en la inconsciencia.

—Sus constantes vitales se desploman, Cero —dijo Mía, su voz profesional enmascarando el nudo de miedo en su garganta—. La hemorragia interna es masiva. Si no llegamos a una bahía médica de nivel uno en los próximos treinta minutos, lo perderemos.

Desde su puesto de comunicaciones, Cero asintió sin apartar la vista de los datos biométricos de Jax que fluían en su pantalla. —Runa lo sabe. Está llevando al Nómada más allá de sus límites de seguridad. Si se encuentra con una patrulla de cazas de Cygnus, nos convertiremos en una bonita lluvia de meteoritos con matrícula de Kaledon.

Mía no respondió. Se concentró en el goteo de suero en la línea intravenosa, en el débil pulso de Jax bajo sus dedos.

Su mirada se desvió hacia el otro lado del compartimento de tropas. David estaba arrodillado en el suelo, meciendo suavemente a Mateo, que por fin se había quedado dormido en sus brazos, agotado por el terror y el llanto. La imagen era tan tierna y tan terriblemente fuera de lugar que a Mía le dolió el corazón. David, el soldado que había renacido del hielo, el teniente forjado en la venganza, parecía ahora solo un hombre intentando proteger el último fragmento de inocencia que quedaba en su mundo.

Él levantó la vista y sus miradas se cruzaron. En sus ojos, Mía no vio al héroe de la incursión, sino la sombra de la pérdida. Jax. El coste de rescatar a Mateo. David asintió levemente, un reconocimiento silencioso del sacrificio de su compañero y de la victoria amarga que habían conseguido. Mía le devolvió el gesto, su garganta demasiado apretada para hablar.

Se obligó a volver a centrarse en Jax. Cambió el parche de presión, sus movimientos firmes y eficientes. Pero mientras trabajaba, una repentina oleada de náuseas la invadió, acompañada de un mareo tan intenso que tuvo que apoyarse en el mamparo de la nave para no caer.

«Adrenalina», se dijo a sí misma. «El bajón después del combate. El estrés. El agotamiento».

Era una explicación lógica. Habían pasado casi cuarenta y ocho horas sin dormir, en un estado de alerta máxima, luchando por sus vidas. Era normal que su cuerpo protestara. Pero mientras la sensación remitía, dejando tras de sí un sudor frío, otra posibilidad, un pensamiento pequeño, insidioso e imposible, se abrió paso en su mente.

El recuerdo la golpeó con la fuerza de una onda expansiva. Navidad. Había sido la noche de Navidad, en la Torre Arcadia. Elena había insistido en que lo celebraran, en crear una burbuja de normalidad para ellos. Recordaba el calor del apartamento, el olor a pino sintético del pequeño árbol holográfico y aquella cena visualmente perfecta pero carente de sabor, un frágil esfuerzo por

fingir que todo iba bien. Después de que Elena se fuera a acostar, agotada, David y ella se habían quedado hablando en el sofá, con las luces de Veridia extendiéndose a sus pies como una galaxia caída. El abrazo, el beso, la desesperada necesidad de encontrar consuelo en la presencia del otro. La necesidad de sentir algo más que miedo y rabia.

Su mente, entrenada para el análisis táctico, empezó a hacer cálculos. El ciclo. Siempre había sido regular como un reloj suizo, incluso en las peores condiciones de combate. Y ahora… ahora llevaba un retraso de casi dos semanas.

La náusea volvió, pero esta vez no tenía nada que ver con la adrenalina. Era un terror frío y absoluto que se extendió desde la boca de su estómago hasta la punta de sus dedos.

No. No podía ser.

Miró a David, que ahora le susurraba algo a su sobrino dormido. Miró a Jax, luchando por cada latido. Miró las paredes grises y funcionales del Nómada, una máquina de guerra que huía de otras máquinas de guerra. ¿Un bebé? ¿Aquí? ¿Ahora? La idea era tan demencial, tan catastróficamente inoportuna, que era casi una broma cósmica. Un chiste contado por un dios con un sentido del humor particularmente sádico.

Se obligó a desechar el pensamiento. Era el estrés. La mala alimentación. El trauma. Había mil explicaciones lógicas. Su cuerpo simplemente estaba reaccionando a un nivel de abuso físico y mental que iría en contra de la convención de Ginebra si se lo infligieran a un prisionero.

Pero la duda, una vez plantada, era una mala hierba tenaz.

Mientras monitorizaba las constantes de Jax, su mente se convirtió en un campo de batalla. Una parte, la soldado, la Sargento Soler, analizaba la situación con una frialdad brutal. Un embarazo, en su situación, no era una bendición. Era una sentencia de muerte. La inhabilitaría para el combate. La convertiría en una carga para David,

para la unidad. En medio de una guerra total, con un enemigo como Ellis que no dudaba en secuestrar niños, traer a otro al mundo era un acto de una irresponsabilidad casi criminal.

Pero la otra parte, la mujer, Mía, la que había sobrevivido a Gamma-4, la que se había enamorado, no podía evitar sentir un destello de algo más. Una pequeña y aterradora chispa de… ¿esperanza?

Un futuro. Una vida más allá de las balas y la traición. La imagen de un hogar, no un apartamento de reintegración, sino un lugar real, con el olor de los viñedos de su padre en el aire. La imagen de David, no como un teniente, sino como un padre, sosteniendo a su propio hijo. Era una imagen tan hermosa y tan imposible que le rompió el corazón.

El Nómada se sacudió violentamente cuando Runa ejecutó una maniobra evasiva.

—Patrulla de cazas a las siete —informó la piloto, su voz tan tranquila que era casi inhumana—. He activado el señuelo térmico y nos hemos metido en la sombra de radar de esa cadena montañosa. Deberían pasar de largo si no han activado sus sensores cuánticos. Contengan la respiración los próximos noventa segundos.

Noventa segundos. Una eternidad. Mía se aferró al cuerpo de Jax, su propia respiración contenida, escuchando el silencio del espacio, esperando el sonido de una explosión que significara su fin. Y en ese silencio, la duda se convirtió en una certeza casi física.

No era el estrés. No era la adrenalina. Era otra cosa. Una vida diminuta, una posibilidad imposible, creciendo en su interior, un secreto en medio de una guerra de secretos.

Los noventa segundos pasaron.

—Hemos pasado —anunció Runa—. Ruta despejada hasta la base de avanzada "Refugio". ETA: quince minutos. Preparen al herido para el traslado.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió la nave. David se levantó, dejando a Mateo cuidadosamente en un asiento asegurado, y se acercó a ella.

—¿Cómo está? —preguntó, su mirada en Jax.

—Estable, por ahora —respondió Mía, su voz sonando extrañamente distante a sus propios oídos—. Pero necesita un cirujano. Ya.

David asintió, su mirada se posó en ella. —¿Y tú? Estás pálida. ¿Estás herida?

Ella lo miró, a los ojos de ese hombre por el que mataría y por el que moriría. El hombre que acababa de rescatar a su sobrino, que había perdido a su cuñado, que llevaba el peso de una guerra sobre sus hombros. ¿Cómo podía añadirle el peso de esto? ¿De un futuro incierto, de una vulnerabilidad que no podían permitirse?

No. No ahora. Quizás nunca.

—Estoy bien, teniente —mintió, la palabra profesional sonando como una armadura—. Solo cansada. Ha sido un día largo.

Él la estudió por un momento, sus ojos buscando grietas en su fachada. Pero Mía era una soldado. Sabía cómo mantener un muro. Él asintió, aceptando su respuesta, aunque una sombra de duda permaneció en su mirada.

Se giró para preparar a Jax para el aterrizaje. Mía se quedó sola con su secreto, un latido fantasma que solo ella podía sentir, un eco de un futuro imposible en el corazón de una guerra interminable. La batalla por Mateo había terminado, por ahora. Pero la suya, una mucho más silenciosa y solitaria, acababa de empezar.

Capítulo 51: La Celda Blanca (Señor Henderson)

Instalación de Interrogatorio Nyx "Crisálida", Ubicación Clasificada

Enero, 2042

El blanco no era un color. Era la ausencia de todo. Un vacío infinito que devoraba la luz, el sonido y, si no tenías cuidado, también la cordura. Robert Henderson había llegado a esa conclusión filosófica hacía tres días, o quizás cuatro. El tiempo, en aquel cubo de luz perpetua, se había convertido en un concepto elástico y burlón.

Estaba sentado en el borde de una losa que hacía las veces de cama, vestido con un mono gris sin costuras que se sentía extrañamente resbaladizo contra su piel envejecida. No había ventanas. No había sombras. Solo las cuatro paredes blancas, el suelo blanco, el techo blanco y la luz blanca y uniforme que emanaba de paneles invisibles, un resplandor constante que le quemaba los ojos y le impedía distinguir el día de la noche.

Sus captores eran fantasmas. Entraban en silencio, le dejaban una bandeja con una pasta nutritiva insípida y agua, y se iban sin decir una palabra. Le habían tratado el corte en la frente con una especie de gel regenerativo que había cerrado la herida sin dejar cicatriz, una amabilidad clínica que resultaba más aterradora que cualquier brutalidad. No querían que muriera. Aún no.

Y luego estaba ella.

La puerta de la celda se deslizó sin hacer ruido. Entró la Mayor Thorne, impecable con su uniforme negro de Contrainteligencia de Kaledon. O al menos, eso es lo que él creía que era. La mujer era un camaleón, una sombra con el rostro de una oficial de alto rango. La había visto en la boda, observando, calculando. Ahora, sus ojos

agudos, que parecían capaces de despiezar el alma de un hombre y etiquetar sus componentes, se posaron en él.

—Buenos días, señor Henderson —dijo, su voz tan tranquila y desprovista de emoción como el blanco de la celda—. Espero que haya tenido tiempo para reflexionar.

Henderson no respondió. Se limitó a mirarla con el mismo desprecio silencioso que había perfeccionado a lo largo de tres matrimonios fallidos y una vida entera lidiando con burócratas pomposos.

—Verá, Robert —continuó Thorne, sentándose en una silla que uno de sus guardias había materializado de una pared—, tenemos un problema de logística. Un paquete muy importante, un prototipo de interfaz de datos cuánticos, para ser exactos, se ha extraviado. Y todas las pistas nos llevan a usted y a sus nuevos amigos, los Reyes.

Se inclinó hacia adelante, su calma una amenaza en sí misma. —¿Sabe algo sobre los protocolos de adaptación neuro-viral, Robert? ¿O sobre el control de enjambre autónomo? Suenan a temas que superan con creces el sueldo de un jubilado. Sin embargo, se ha visto usted envuelto en el centro de un asunto de una importancia estratégica… colosal.

Henderson recordó la caja, el disco metálico, el terror en los ojos de Elena Reyes mientras se preparaba para dar a luz. Recordó al pequeño Mateo, persiguiendo mariposas holográficas. Una oleada de algo que se parecía mucho a la lealtad, una emoción que creía haber enterrado hacía décadas, lo recorrió.

—No sé de qué demonios me habla, señora —graznó, su voz ronca por el desuso—. Yo solo soy un viejo intentando vivir en paz. Sus jueguecitos de espías me la traen al pairo.

Thorne sonrió, una curva casi imperceptible en sus labios. —La negación es una respuesta predecible. Pero aburrida. Mis socios se están impacientando. Creen que usted sabe dónde escondió Elena

Reyes la interfaz. O que quizás sabe algo más. Algo que el difunto Leo Reyes pudo haberle confiado.

Difunto. La palabra golpeó a Henderson como un puñetazo. Así que era verdad. El muchacho, el genio paranoico que amaba a su familia, estaba muerto. La rabia, una emoción que no sentía con tanta pureza desde la Última Guerra Continental, ardió en su pecho.

—Váyanse al infierno —espetó.

Thorne suspiró, como una profesora decepcionada con un alumno especialmente obtuso. —Qué lástima. Esperaba que pudiéramos resolver esto de una forma civilizada. Tendremos que usar un método más… persuasivo.

Hizo una seña. La luz de la celda se intensificó, volviéndose cegadora. Henderson tuvo que cerrar los ojos. Sintió un pinchazo frío en el cuello. Drogas. Se sintió mareado, su cuerpo flotando, su mente desprendiéndose de la realidad.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no estaba en la celda. Estaba… en su apartamento. El 14A. La luz del sol entraba por la ventana, el olor a café rancio flotaba en el aire. Vio su viejo sillón, la mancha de vino en la alfombra, la holofoto de su difunta esposa sobre la repisa. Era perfecto. Era real.

Y sentado frente a él, en su propia mesa de comedor, estaba Leo Reyes, sonriendo.

—Hola, Robert —dijo el fantasma de Leo, su voz idéntica, cálida, familiar—. Necesito tu ayuda. Tienes que decirme dónde guardó Elena el paquete. Es vital. Por la seguridad de Mateo.

Henderson se quedó sin aliento. Era una simulación. Una tortura psicológica. Lo sabía. Su mente lógica lo sabía. Pero sus sentidos, drogados y manipulados, le gritaban que era real. El dolor por la muerte del muchacho, la visión de su rostro… era una crueldad de una bajeza inimaginable.

—No eres real —logró decir, su voz temblando.

—Claro que soy real, Robert —insistió el Leo holográfico, su expresión volviéndose seria—. Tienes que confiar en mí. Dímelo. Por Elena. Por Mateo.

Luchó. Se aferró al recuerdo del rostro de Thorne, al frío de la celda, a la rabia. La simulación parpadeó, la imagen de Leo distorsionándose por un instante.

—¡No funciona! —oyó la voz de Thorne, lejana, como si viniera de otro universo—. Su resistencia psicológica es anómalamente alta. Aumenten la dosis del neuro-inductor. Y cambien el escenario. Usen al niño.

La imagen de Leo se desvaneció. El apartamento se disolvió en una niebla blanca. Y entonces, apareció Mateo. El niño, de pie en medio del vacío blanco, lo miraba con sus grandes ojos grises, los ojos de Leo.

—Abuelo Robert… —dijo el niño holográfico, su vocecita una daga en el corazón de Henderson—. ¿Dónde está mamá? Tengo miedo.

El golpe fue brutal. Henderson sintió cómo sus defensas se resquebrajaban. El instinto de proteger al niño, el mismo que lo había hecho actuar en la boda, lo inundó. Abrió la boca para hablar, para consolar al niño, para decirle cualquier cosa…

Pero entonces, en el fondo de su mente, recordó el rostro de Elena Reyes, embarazada, aterrorizada, entregándole una botella de agua en un pasillo oscuro. Recordó su coraje. El coraje de una madre luchando por su hijo real. Y supo que no podía traicionar eso. Ni siquiera por el fantasma de un niño que le suplicaba.

Cerró la boca. Apretó los puños.

—No —susurró en el vacío.

El niño holográfico lo miró, su expresión cambiando sutilmente, volviéndose fría, calculadora. La voz de Thorne resonó de nuevo en su cabeza.

—Muy bien, señor Henderson. Ha superado mis expectativas. Su lealtad es… admirable. Y completamente inútil.

La simulación se desvaneció. Volvió a estar en la celda blanca, temblando, el sudor frío empapando su mono. Thorne estaba de pie frente a él, su rostro una máscara de fría decepción.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dijo, más para sí misma que para él—. Pero aún puede sernos útil.

Se giró hacia los guardias. —Llévenlo a la celda de contención de larga estancia. Manténganlo sedado pero consciente. Se ha convertido en una posible moneda de cambio. O en un ejemplo. Ya decidiremos cuál.

Mientras los guardias lo arrastraban fuera de la celda, Henderson la miró una última vez. No había miedo en sus ojos. Solo un desprecio helado. Había visto el verdadero rostro del enemigo. Y se había negado a parpadear. En el silencio de su mente, sonrió. El viejo cascarrabias del 14A acababa de ganar su última y más importante batalla.

Capítulo 52: El Peso del Milagro (Elena y Mateo)

Enero, 2042

El Nómada descendió de las nubes como un espectro, sus motores apenas un susurro contra el aullido del viento en las cumbres heladas. La base de avanzada "Refugio" era una cicatriz de metal y hormigón en el corazón de la montaña, un puesto de avanzada solitario contra la oscuridad que se cernía desde el este.

La rampa bajó antes incluso de que la nave tocara la plataforma. Un equipo médico, alertado por Cero, ya esperaba con una camilla de estasis. No hubo tiempo para formalidades.

—¡Necesita una bahía de trauma de nivel uno, ahora! —gritó Mía mientras ella y Cero sacaban a Jax del compartimento—. ¡Hemorragia interna masiva, múltiples heridas por plasma!

Los médicos se hicieron cargo con una eficiencia silenciosa, conectando a Jax a un monitor portátil y deslizándolo hacia el interior de la base sin perder un segundo. David observó cómo se lo llevaban, el rastro de sangre en el suelo del Nómada un recordatorio brutal del precio de su victoria.

—Runa, vámonos —ordenó David por el comunicador, su voz un eco de la autoridad que apenas sentía.

—Teniente, necesitamos repostar... —comenzó la piloto.

—Negativo. No tenemos tiempo. Sácanos de aquí y llévanos a Veridia. Directos al Hospital Central. Es una orden.

El Nómada se elevó de nuevo, dejando atrás la base y a su compañero herido. El viaje de vuelta a Veridia fue un descenso al infierno. David, con Mateo dormido en sus brazos, observaba a través de los sensores de la nave cómo el paisaje desolado de las montañas daba paso a los suburbios devastados y, finalmente, a la silueta herida de la capital. Columnas de humo negro ascendían

como dedos acusadores hacia el cielo gris, y el resplandor de los incendios pintaba las nubes bajas con un tono anaranjado enfermizo.

Aterrizaron en una plataforma de emergencia improvisada en la azotea del ala menos dañada del Hospital Central. El caos los recibió como una bofetada. El aire olía a humo, a antiséptico y a ese miedo metálico que impregna los lugares donde la vida y la muerte libran sus batallas más crudas.

Dos soldados de la Unidad Fantasma, enviados por Kaelen, los esperaban para asegurar el perímetro. David, con Mateo aún en brazos, y Mía, con el rostro tenso y pálido, descendieron por un montacargas de servicio, evitando el pandemonio de las entradas principales. Los condujeron por pasillos abarrotados, un laberinto de camillas, personal médico corriendo y el gemido constante de los heridos.

Y entonces, en una sala de espera requisada por el mando, la vio.

Elena se levantó de un salto en cuanto entraron. Su rostro estaba demacrado, más delgado, con unas ojeras oscuras que hablaban de días de llanto y noches sin dormir. Llevaba el uniforme de enfermera, manchado de sangre que no era suya. Pero sus ojos, al posarse en el niño que David llevaba en brazos, se encendieron con una luz tan intensa, una mezcla tan cruda de alivio, incredulidad y amor puro, que a David se le hizo un nudo en la garganta.

No hicieron falta palabras. Elena extendió los brazos, temblando, y David le entregó con infinita delicadeza a su hijo.

El reencuentro fue un estallido de emoción contenida en medio del caos. Elena se derrumbó en una de las sillas, abrazando a Mateo, meciéndolo, enterrando el rostro en su pelo, inhalando su olor. Sollozó, un sonido desgarrador de semanas de terror y angustia liberándose por fin.

—Mi niño… mi pequeño… estás aquí… estás a salvo… —susurraba una y otra vez, sus lágrimas mojando la pequeña cabeza de Mateo.

El niño, despertado por el movimiento y la emoción, parpadeó. Miró a su madre, y por un instante, no pareció reconocerla. Luego, su carita se arrugó y rompió a llorar, un llanto de niño pequeño, normal y saludable, que era el sonido más reconfortante del universo.

David y Mía se mantuvieron a una distancia respetuosa, dos estatuas de combate sucias y cansadas, observando la escena. La guerra, con toda su brutalidad y su tecnología, se había reducido a eso: una madre recuperando a su hijo.

Pasaron varios minutos. El llanto de Mateo se fue calmando, reemplazado por pequeños hipidos mientras se acurrucaba contra el pecho de Elena. Ella lo acunaba, examinando cada centímetro de su piel, buscando heridas, marcas.

—Está bien —dijo David en voz baja—. Le hicieron pruebas, lo conectaron a sus máquinas… pero no parece tener heridas físicas.

Elena levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de su hermano. El alivio inicial en su rostro comenzaba a dar paso a algo más. Una sombra de inquietud.

—No… no está bien, David —susurró—. Mírale los ojos.

David se acercó, agachándose. Observó a su sobrino. Mateo lo miró, y su mirada… era diferente. Faltaba la chispa infantil, la curiosidad juguetona de un niño de tres años. Sus ojos, los ojos grises de Leo, parecían… vacíos. Ausentes. Como si estuviera mirando a través de ellos, a un lugar lejano. No había miedo. No había alegría. Solo una extraña y serena calma que resultaba profundamente perturbadora.

—Ha pasado por un trauma terrible, El —dijo David, intentando tranquilizarla (y a sí mismo)—. Es normal que esté en shock.

—No es shock —insistió Elena, su instinto de madre y de enfermera gritándole que algo iba mal—. Es… otra cosa. Es como si hubieran… apagado una parte de él.

Clara entró en ese momento en la sala, su rostro una máscara de agotamiento y alivio al verlos.

—Lo habéis conseguido —dijo, su voz apenas un susurro. Abrazó a Elena con fuerza—. Ahora tenemos que examinarlo. Necesitamos saber a qué ha estado expuesto.

Mientras Clara se acercaba a un terminal médico mural para acceder al historial de Mateo y solicitar los análisis, ocurrió el giro que nadie esperaba.

Mateo, que había estado tranquilo en los brazos de Elena, se giró de repente. Su mirada vacía se fijó en el terminal que Clara estaba usando. Extendió una pequeña mano, sus dedos ni siquiera rozaron la pantalla. La pantalla parpadeó. El formulario de ingreso estándar desapareció, reemplazado por una cascada de código complejo que fluía a una velocidad imposible. Eran esquemas, diagramas de flujo, símbolos que David reconoció al instante de los datos que Kaelen le había mostrado sobre Quimera.

—¿Qué demonios…? —exclamó Clara, retrocediendo de un salto.

La pantalla mostró, por una fracción de segundo, un diagrama tridimensional de una red neuronal biomecánica, con la etiqueta "PROTOCOLO DE SINCRONIZACIÓN DE ENJAMBRE AUTÓNOMO: QUIMERA FASE II". Luego, la pantalla volvió a la normalidad, mostrando el formulario de ingreso como si nada hubiera pasado. El silencio en la sala fue absoluto.

Clara miraba del niño al terminal con una mezcla de terror y asombro. Mía se llevó una mano a la boca. David se quedó helado, comprendiendo la horrible verdad. No solo habían estudiado a Mateo. No solo lo habían usado. Le habían "impreso" la tecnología. Le habían transferido parte del conocimiento de la interfaz, quizás intentando convertir su joven cerebro en una copia biológica. Elena miró a su hijo, que ahora había vuelto a acurrucarse contra ella, sus ojos de nuevo vacíos, como si el incidente no hubiera ocurrido.

Pero el recuerdo de las palabras de Leo resonó en su mente, la conversación sobre el estrés prenatal, sobre la 'resiliencia particular' de David, sobre cómo el entorno podía 'activar' rasgos latentes. No era solo shock... era algo más.

—Sus patrones neuronales… —murmuró Clara, acercándose de nuevo al terminal con cautela y accediendo a los datos del escáner cerebral que le estaban realizando a Mateo— Son… ¿coherentes? Demasiado coherentes. No son los de un niño en shock. Es como si su cerebro estuviera… reconfigurado. Como si hubiera aprendido a procesar información de forma diferente, casi como una máquina biológica.

—Es la combinación… —susurró Elena, conectando los puntos con un horror creciente—. La herencia Reyes… lo que Leo temía que hubiera activado el entorno… y encima lo que le hicieron en el Nido del Fénix. ¿Le 'imprimieron' la tecnología sobre esa base genética ya anómala?

La alegría del reencuentro se había evaporado por completo, reemplazada por un miedo de una naturaleza completamente nueva y desconocida. Había recuperado a su hijo, sí. Pero el niño que le habían devuelto ya no era solo suyo. Llevaba una sombra en su interior, un eco de la pesadilla tecnológica de Ellis, quizás magnificada por su propia herencia.

El milagro de su regreso se había convertido en un peso aterrador. La guerra no había terminado con el rescate. Para Mateo, y para ella, quizás solo acababa de empezar.

Capítulo 53: La Caja de Pandora (Elena y Kaelen)

Nido del Halcón, Oficina del Supervisor / Torre Arcadia, Veridia

Enero, 2042

La guerra no esperaba a que los corazones rotos sanaran. Se alimentaba de ellos, creciendo en el terreno fértil de la pena y la rabia. Habían pasado tres días desde el rescate. Tres días en los que Kaledon había lanzado una contraofensiva brutal, una respuesta furiosa a la audacia del ataque al Nido del Fénix. Las batallas se libraban ahora en múltiples frentes, un tablero de ajedrez sangriento que se extendía desde las montañas heladas de Valerius hasta las trincheras digitales del ciberespacio.

Elena, sentada en una sala segura dentro del Hospital Central de Veridia, sentía esa guerra como un rumor lejano, un eco sordo tras el muro de su propia tormenta personal. Mateo dormía en una cuna médica a su lado, conectado a monitores que, para el ojo inexperto, mostraban un estado de perfecta salud. Pero Elena, David y Clara habían visto lo que había bajo la superficie. Habían visto el fantasma en la máquina.

—Su actividad cerebral es… anómala —había dicho el doctor Faheem después de los primeros escáneres, su rostro una máscara de perplejidad profesional—. No hay daño físico. Pero sus patrones neuronales… muestran una coherencia y una complejidad que no había visto nunca en un niño de su edad. Es como si su cerebro estuviera procesando datos a un nivel subconsciente, como una computadora cuántica en modo de reposo.

Le habían "impreso" la tecnología. La frase resonaba en la mente de Elena como una sentencia.

Fue entonces cuando llegó la llamada. La imagen holográfica de Kaelen, el Supervisor del Nido del Halcón, se materializó en el centro de la habitación, su rostro tan duro y pragmático como siempre.

—Señora Reyes —dijo, sin preámbulos—. Su hijo está a salvo. Se ha cumplido la promesa. Ahora, le pido que cumpla con el resto de nuestro acuerdo.

Elena miró el rostro pétreo de Kaelen. Recordó la última grabación de Leo, la acusación final contra Thorne, la traidora que Kaelen había tenido a su lado. Sabía que su información había sido la clave para desenmascararla, pero también sabía que la desconfianza era ahora la única moneda de cambio real en aquella guerra.

—Mi hijo está aquí, sí —respondió Elena, su voz fría—. Pero no está a salvo. Ni él, ni ninguno de nosotros, mientras la gente que le hizo esto siga ahí fuera.

—Precisamente por eso necesito la interfaz, señora Reyes. La información que contiene es nuestra mejor arma para entender y contrarrestar la amenaza Quimera. Para terminar esta guerra.

El trato. Había sido sellado con la sangre de Leo. Elena asintió lentamente. —De acuerdo, Supervisor. La Unidad Fantasma la recogerá.

Una hora después, David y Mía llegaron a la sala segura. Ver a su hermano con el uniforme de combate, su rostro marcado por el cansancio y la sed de venganza, era un recordatorio constante de todo lo que habían perdido. Mía, a su lado, era una presencia silenciosa, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de lealtad y una pena profunda.

—¿Estás segura de esto, El? —preguntó David en voz baja, mientras Elena le entregaba las coordenadas y los códigos de acceso a la Torre Arcadia.

—No tenemos elección —respondió ella—. Es la única carta que nos queda. Dadle esto a Kaelen. Y decidle que espero resultados.

Mientras la Unidad Fantasma se dirigía a una Torre Arcadia ahora convertida en una fortaleza militar, Elena se quedó con Mateo. Lo cogió en brazos, sintiendo su calor, el ritmo regular de su respiración. ¿Qué te han hecho, mi pequeño?, pensó, acariciando su pelo. La guerra le había devuelto a su hijo, sí, pero le había robado su inocencia de una forma que apenas empezaba a comprender.

En el Nido del Halcón, el ambiente era eléctrico. La recuperación de la interfaz era la única buena noticia en días de informes de bajas y avances enemigos. Kaelen y Sami esperaban en un laboratorio seguro de Nivel Omega, el corazón digital de la ciberdefensa de Kaledon.

Cuando la Unidad Fantasma confirmó la recuperación del paquete, Kaelen dio la orden. —Tráiganlo directamente aquí. Protocolo de máxima seguridad. Nadie más entra o sale de este laboratorio hasta que sepamos qué tenemos entre manos.

El prototipo de interfaz de datos cuánticos era un objeto engañosamente simple: un disco de polímeros oscuros, frío al tacto, sin puertos visibles. Sami lo colocó en una base de diagnóstico, sus dedos moviéndose con una velocidad febril sobre una consola holográfica.

—Iniciando análisis de primer nivel —anunció Sami, su voz tensa—. La encriptación es… una pesadilla. Un híbrido de protocolos de Cygnus y Nyx que nunca había visto. Oráculo estima que romperla por fuerza bruta llevaría… unos setecientos años. A menos que…

—¿A menos que qué, Sami? —preguntó Kaelen.

—A menos que Leo dejara una llave —murmuró Sami.

Trabajó durante casi 14 horas, probando fragmentos de código, algoritmos personales que había compartido con Leo. Y entonces, lo encontró. Una pequeña subrutina oculta, una "firma" digital que Leo había diseñado años atrás, una especie de chiste privado entre ellos. Era una llave maestra que Leo había escondido en el sistema para

emergencias. Usándola, la encriptación se deshizo como un nudo mojado.

Los datos fluyeron en la pantalla principal. Y lo que vieron los dejó sin aliento.

No eran solo planos de un arma. Eran los cimientos de una nueva forma de vida. O, más bien, de esclavitud.

—Dios mío… —susurró Sami, su rostro pálido—. No es solo control de drones, Kaelen.

La pantalla mostraba diagramas de una red neuronal biológica, una mente colmena. El Proyecto Quimera Fase II no consistía en pilotar drones. Consistía en convertirse en ellos. Los "protocolos de adaptación neuro-viral" eran la clave: un virus sintético diseñado para reescribir el ADN del huésped, creando una conexión biológica directa con el enjambre de drones. El "piloto" no daría órdenes; compartiría una conciencia, sentiría lo que el enjambre sentía, mataría a través de mil cuerpos a la vez.

—Es un sistema parasitario —dijo Kaelen, su voz un susurro helado —. Una forma de convertir a un soldado en un dios de la guerra… a costa de su humanidad.

Y entonces, vieron la pieza final del puzle. La que hizo que todo encajara con un chasquido horrible.

La interfaz requería un nexo, un procesador biológico con una arquitectura neuronal específica para estabilizar la conexión entre la mente humana y el enjambre. Un cerebro con una "plasticidad" y una capacidad de procesamiento de datos fuera de lo común. El archivo contenía varios perfiles genéticos de candidatos fallidos, sujetos de prueba cuyos cerebros se habían "frito" al intentar la conexión. Y al final, había un perfil marcado como "Óptimo". "Candidato Clave". "Activo Llave".

El perfil genético de Mateo Reyes.

—Por eso lo secuestraron —dijo Sami, su voz apenas audible—. No era un rehén. Era el corazón de la máquina. El procesador viviente que necesitaban para que todo funcionara.

Kaelen se quedó mirando el perfil genético del niño, y luego los diagramas del enjambre biomecánico. La guerra acababa de adquirir una dimensión mucho más personal y monstruosa. El enemigo no solo quería conquistar Kaledon. Quería devorar el alma de sus hijos para crear su ejército de pesadilla. La Caja de Pandora estaba abierta. Y el futuro de la guerra, y quizás de la humanidad, dependía de lo que hicieran con el conocimiento aterrador que acababa de desatarse.

Capítulo 54: Heridas de Guerra (David y Mía)

Base de Avanzada "Refugio", Sector Montañoso de Kaledon

Enero, 2042

La bahía médica de la base "Refugio" era un santuario de silencio tenso, donde el único sonido era el suave zumbido de los regeneradores de tejido y el pitido constante de los monitores de constantes vitales. A través de un grueso panel de cristal, David observaba el cuerpo inmóvil de Jax, flotando en un tanque de gel translúcido y azulado. Cables y tubos lo conectaban a una maquinaria compleja que luchaba por reparar el daño devastador que la ráfaga de plasma había infligido en su cuerpo. Estaba vivo. Era un milagro de la medicina moderna, pero los médicos habían sido claros: el coma inducido era su única oportunidad, y el camino de vuelta, si es que había uno, sería largo y lleno de cicatrices.

El peso de la culpa era un ancla en el alma de David. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Jax girándose, la sorpresa en su rostro un instante antes de que el fuego lo alcanzara. Jax se había sacrificado para darles la apertura que necesitaban, una deuda que David sentía que nunca podría pagar.

—No fue tu culpa.

La voz de Mía, a su lado, fue un susurro suave que cortó el murmullo de las máquinas. No la había oído llegar. Se giró para mirarla. Llevaba el mismo mono gris que él, el uniforme extraoficial de la base. Su rostro, limpio de la suciedad del combate, parecía más joven, pero sus ojos albergaban una madurez forjada en el fuego.

—Él tomó una decisión, David —continuó, su mirada fija en el tanque—. La misma que cualquiera de nosotros habría tomado. Hizo su trabajo.

—Su trabajo era hacer volar cosas, no ser usado como escudo —replicó David con amargura—. Yo era el teniente al mando. Yo debí prever esa torreta. Yo debí…

—Tú debiste hacer exactamente lo que hiciste: coger al niño y salir de allí —le cortó ella, su tono ahora firme—. Esa era la misión. Y la cumplimos. A un coste terrible, sí. Pero la cumplimos. Culparte no le devolverá a Jax su pierna.

La brutal honestidad de sus palabras lo golpeó, como siempre. Ella tenía la extraña habilidad de ser a la vez su mayor consuelo y su conciencia más dura.

Se quedaron en silencio, dos soldados observando a un camarada caído, dos supervivientes compartiendo el peso de la guerra.

Fue entonces cuando el comunicador de David vibró. Una llamada encriptada de Nivel Platino. Kaelen.

—Supervisor —dijo David a modo de saludo.

La imagen holográfica del Supervisor se materializó frente a ellos, su rostro tan impasible como siempre, pero con una nueva y gélida intensidad en la mirada.

—Reyes. Soler. Tengo nueva información para ustedes. Información que cambia las reglas del juego —la voz de Kaelen era un monolito de urgencia—. Tenemos noticias sobre la interfaz.

Kaelen les resumió los descubrimientos de la Caja de Pandora. Les habló de la mente colmena, de la adaptación neuro-viral, del plan de Ellis para convertir a los soldados en extensiones biológicas de un enjambre de drones asesinos. Y les contó la verdad más monstruosa de todas: el papel central de Mateo en ese plan.

David escuchó, y la furia que sentía por las heridas de Jax fue reemplazada por un horror tan profundo que le revolvió el estómago. Así que no era solo un experimento. Querían convertir a su sobrino, al hijo de Elena y Leo, en el procesador central de una

pesadilla biotecnológica. Querían devorar su mente para dar a luz a su monstruo.

—La misión ya no es solo de rescate o de venganza, teniente —continuó Kaelen, como si leyera sus pensamientos—. Ahora es una misión de contención. Una carrera contra el tiempo. Los datos de la interfaz nos han dado la ubicación de al menos un laboratorio clave en la producción del agente neuro-viral, la base del sistema Quimera. Una instalación subterránea en la región de las Minas de Sal de Aethel, en territorio Valeriano.

Un mapa holográfico apareció junto a la imagen de Kaelen, mostrando un complejo anidado en una red de cañones.

—Los datos de la interfaz nos han proporcionado también una posible vulnerabilidad: el sistema de refrigeración del laboratorio es su talón de Aquiles. Un sabotaje preciso podría provocar una sobrecarga en cascada y destruir toda la instalación, junto con sus abominables investigaciones. Es una ventana de oportunidad que no podemos desperdiciar.

Mía sintió una oleada de náuseas de nuevo, esta vez más fuerte, más persistente. Se apoyó discretamente en la pared, atribuyéndolo al horror de la revelación de Kaelen. Pero la sospecha, la imposible y aterradora posibilidad que había nacido en el Nómada, volvió con una fuerza arrolladora. Se llevó una mano al vientre, un gesto casi imperceptible, oculto a la vista de David y del holograma de Kaelen.

No. No ahora.

—Su nueva misión, Unidad Fantasma, es infiltrarse en esa instalación y destruir ese laboratorio —la voz de Kaelen era un filo de acero—. Será una incursión quirúrgica. Runa los insertará a cinco kilómetros. Cero intentará abrirles un camino digital. Y ustedes dos… ustedes serán la punta de la lanza. Sami, en el Nido, les proporcionará apoyo en tiempo real, usando los datos de la interfaz para guiarlos a través de sus defensas.

David miró a Mía. Vio su palidez, la forma en que apretaba la mandíbula. ¿Era solo la tensión de la nueva misión, o había algo más? La vulnerabilidad que había visto en sus ojos en la base de avanzada se había desvanecido, reemplazada de nuevo por la máscara impenetrable de la Sargento Soler.

—Entendido, Supervisor —dijo David, su propia voz sonando firme, la del teniente, no la del hombre destrozado—. ¿Cuándo salimos?

—En seis horas. El tiempo es nuestro mayor enemigo ahora mismo. Ellis sabe que tenemos la interfaz. Sabe que podemos analizar sus secretos. No se quedará de brazos cruzados. Esperen un contraataque, en todos los frentes.

La imagen de Kaelen se desvaneció, dejándolos solos de nuevo en el silencio de la bahía médica.

—Un laboratorio neuro-viral —dijo Mía, su voz apenas un susurro —. A veces creo que vivimos en una de las holopelículas de terror que a Jax le encantaba ver.

—Solo que en esta, si mueres, no hay créditos finales —respondió David con un humor que no sentía. Se acercó a ella. Puso sus manos sobre sus hombros, obligándola a mirarlo—. Mía, no tienes que hacer esto. Después de lo de Jax… podría solicitar a Kaelen que te quedaras en la base.

Ella lo miró, y en sus ojos vio una mezcla de sorpresa, gratitud y una ofensa casi imperceptible. —¿Y dejar que te diviertas tú solo con los virus y los drones asesinos? Ni en tus mejores sueños, teniente. Estoy donde tengo que estar. Contigo.

Su respuesta fue tan firme, tan inquebrantable, que disipó cualquier duda que él pudiera tener. Pero mientras ella lo decía, una parte de su mente gritaba. Díselo. Tienes que decírselo. No puedes ir a una misión así con un secreto como este.

Pero las palabras no salieron. Miró el tanque donde Jax flotaba entre la vida y la muerte. Miró el rostro de David, marcado por la pérdida y la responsabilidad. ¿Añadirle esto? ¿La carga de su posible

vulnerabilidad? ¿La distracción de un futuro imposible en medio de una guerra que amenazaba con consumirlos a todos? No. Era su carga. Suya y de nadie más.

—De acuerdo, Sargento —dijo David, su pulgar acariciando suavemente su hombro, un gesto de confianza que a ella le quemó la piel—. Entonces, vamos a prepararnos. Tenemos un apocalipsis biotecnológico que detener.

Asintieron el uno al otro, un pacto sellado en la vulnerabilidad y la determinación. Se dieron la vuelta y caminaron juntos fuera de la bahía médica, dos soldados dirigiéndose hacia su siguiente batalla, mientras Mía luchaba por silenciar el latido de un secreto que amenazaba con ser más peligroso que cualquier arma enemiga.

Capítulo 55: El Contragolpe del Cisne (Ellis y Thorne)

Centro de Mando Nyx-Cygnus, Profundidades de Valerius

Enero, 2042

La rabia de Taryn Ellis era un gas incoloro e inodoro que llenaba la sala de mando, una presión invisible que hacía que incluso su IA, Aether, pareciera procesar los datos con una cautela renovada. Frente a ella, la imagen holográfica de la Mayor Thorne era una máscara de fría eficiencia, pero Ellis podía detectar la tensión en la línea de su mandíbula.

—El niño ha sido extraído —informó Thorne, su voz desprovista de emoción—. La Unidad Fantasma de Kaledon, liderada por Reyes, logró infiltrarse en el Nido del Fénix. Tuvimos bajas. Y lo que es peor, recuperaron al activo "Llave".

Ellis giró lentamente la copa de vino de hielo cygniano que sostenía, observando cómo la luz se refractaba en el líquido pálido. La pérdida de Mateo era un revés irritante. Un retraso. Las bajas, una molestia. Pero la verdadera catástrofe era la otra noticia, la que había llegado apenas unas horas antes.

—Y no solo eso, Mayor —dijo Ellis, su voz un susurro sedoso y letal —. Mi red de inteligencia dentro del Nido del Halcón confirma que no solo han recuperado al niño. También han recuperado la interfaz. El prototipo que la mujer de Leo Reyes ocultaba.

La mandíbula de Thorne se apretó visiblemente. —¿Cómo es posible?

—Parece que la viuda tiene más iniciativa de la que le atribuimos —respondió Ellis, dando un sorbo al vino—. Hizo un trato con Kaelen. El niño a cambio de la interfaz. Una jugada audaz. Y ahora,

nuestro enemigo no solo tiene a nuestro procesador biológico, sino que tiene el manual de instrucciones completo de nuestra arma definitiva. Tienen la Caja de Pandora.

La furia de Ellis no era explosiva. Era una reacción de fusión fría, una energía contenida que se manifestaba en una calma aterradora. Habían perdido la ventaja estratégica. La carrera armamentística que ella había dirigido desde las sombras durante años acababa de convertirse en una competición a cara de perro. Kaledon ahora podía analizar Quimera Fase II, buscar sus debilidades, desarrollar contramedidas. El tiempo se había convertido en su enemigo.

—Esto acelera nuestros planes, Thorne —dijo, su mirada fija en el holograma de su subordinada—. La fase de desestabilización lenta ha terminado. Necesitamos neutralizar a todos los que conocen el secreto, y necesitamos hacerlo ya. El jardín necesita una poda radical.

—¿Cuáles son sus órdenes, Directora? —preguntó Thorne.

—Primero, el viejo. El testigo de la Torre Arcadia. Robert Henderson —la imagen de Henderson, desafiante en la celda blanca, apareció en una pantalla secundaria—. Su silencio es admirable. Y completamente inútil para nosotros ahora. Ya no es una posible fuente de información. Se convertirá en un mensaje.

—¿Un mensaje?

—La guerra no solo se gana con balas y código, Mayor. Se gana con terror. Se gana rompiendo la voluntad del enemigo —Ellis sonrió, una mueca depredadora—. Quiero que graben su interrogatorio final. Quiero que sea… persuasivo. Y quiero que, cuando ya no nos sirva, lo ejecuten. De una forma limpia, eficiente. Y luego, quiero que "filtren" esa grabación. No la grabación completa, por supuesto. Solo los fragmentos más… impactantes. Los suficientes para que Kaledon vea nuestro rostro, para que entiendan que no tenemos límites, que su resistencia es fútil y solo les traerá más sufrimiento.

—Entendido. Desmoralización. Un clásico, pero efectivo —asintió Thorne.

—Segundo, la Unidad Fantasma —continuó Ellis—. Reyes y su nueva esposa, la archivera convertida en soldado. Se han convertido en un símbolo. Y los símbolos son peligrosos. Quiero que Aether analice su próxima misión. Kaledon, ahora con los datos de la interfaz, será arrogante. Lanzarán un ataque contra uno de nuestros laboratorios, creyendo que conocen nuestras debilidades. Quiero que los dejen llegar. Y quiero que les preparen una bienvenida. Una trampa de la que no puedan escapar.

—Se está preparando una contramedida en el laboratorio de Aethel, según los análisis predictivos de Aether.

—Perfecto. Y tercero… Elena Reyes —el nombre salió de sus labios como un susurro—. Ha demostrado ser más que una simple enfermera. Es inteligente. Y ahora tiene a su hijo, nuestra "llave", a su lado. Se ha convertido en el nexo de toda esta operación. Con Leo muerto, ella es el corazón emocional y ahora, parece, también el estratégico. No podemos permitirlo.

—Un ataque directo al hospital es arriesgado —advirtió Thorne—. Están en alerta máxima.

—No necesitaremos un ataque directo —replicó Ellis, sus ojos brillando con una astucia maligna—. Si mi plan funciona, Kaledon se devorará a sí misma desde dentro. Se lo pondremos tan fácil que no podrán evitarlo.

Se giró hacia su consola principal, dejando a Thorne esperando. Abrió un archivo encriptado con el nombre "Protocolo Judas". Dentro, había una serie de subrutinas complejas, planes de desinformación, registros financieros falsificados y fragmentos de comunicaciones manipuladas. Era su obra maestra, una bomba de relojería psicológica diseñada para explotar en el corazón mismo del Nido del Halcón.

—¿Recuerda al segundo al mando de Leo Reyes? —preguntó Ellis, sin volverse—. El analista, Sami Al-Hassan. Un hombre leal. El mejor amigo de Leo. El sucesor natural.

—Lo tengo en el archivo. ¿Qué pasa con él?

—Va a convertirse en el traidor más infame de la historia de Kaledon —dijo Ellis con una sonrisa satisfecha—. Vamos a regalarle a Kaelen a su Minotauro en bandeja de plata. Y mientras ellos se dedican a cazar a sus propios fantasmas, nosotros tendremos el tiempo que necesitamos para preparar la siguiente fase.

Thorne guardó silencio por un momento, procesando la audacia y la crueldad del plan. —Es… brillante, Directora.

—Lo sé —respondió Ellis—. Ahora vaya. Ponga en marcha la primera fase. Quiero ver el rostro de Henderson por última vez. Y asegúrese de que la cámara grabe cada detalle. La guerra del futuro, Mayor, también es un espectáculo. Y yo pienso dirigirlo.

La imagen de Thorne se desvaneció. Ellis se quedó sola de nuevo, el plan de su contragolpe ya en marcha. La pérdida de Mateo y de la interfaz había sido un revés, sí. Pero también la había liberado. Ya no necesitaba ser sutil. La sombra del cisne estaba a punto de mostrar sus garras. Y Kaledon iba a aprender lo que significaba el verdadero terror.

Capítulo 56: El Último No (Señor Henderson)

Instalación de Interrogatorio Nyx "Crisálida", Ubicación Clasificada

Enero, 2042

Los días en la celda blanca se habían fundido en una única mancha de luz perpetua. Robert Henderson había perdido la cuenta. Su única medida del tiempo eran las bandejas de pasta nutritiva que aparecían y desaparecían. Su resistencia en la primera sesión de interrogatorio, un acto de pura terquedad, solo le había comprado tiempo en el purgatorio. Sabía que volverían. Y sabía que, esta vez, no vendrían a charlar.

La puerta se deslizó sin hacer ruido. Kael entró primero, su rostro una máscara de fría impaciencia, como un cirujano que se dispone a realizar una amputación necesaria pero tediosa. Detrás de él, dos guardias con armadura de combate completa tomaron posiciones a cada lado de la puerta. No había sillas. No había pretensión de civilidad.

—Se nos ha acabado la paciencia, viejo —dijo Kael, su voz un eco metálico en la celda—. La directora se ha cansado de sus juegos.

En la pared blanca frente a Henderson, una imagen holográfrica cobró vida. No era una simulación. Era una transmisión en directo, granulada y con la marca de tiempo parpadeando en una esquina. Mostraba una sala blanca, similar a la suya, pero equipada como un laboratorio. En el centro, en una cuna de contención transparente, estaba Mateo.

El golpe fue bajo, brutal y calculado. Ver al niño, tan real, tan vulnerable, conectado por finos sensores a una maquinaria incomprensible, fue una tortura mucho más eficaz que cualquier droga.

Una segunda figura entró en el campo de visión del holograma. Era Taryn Ellis. Se inclinó sobre la cuna, su rostro una máscara de fascinación científica.

—Un espécimen extraordinario, ¿no le parece, señor Henderson? —la voz de Ellis sonó a través de los altavoces de la celda, fría y nítida—. Su potencial es… ilimitado. La clave para la siguiente fase de la evolución humana. Una pena que su desarrollo deba verse interrumpido por la obstinación de un anciano irrelevante.

Henderson apretó los puños, las uñas clavándose en las palmas de sus manos. La rabia era un fuego blanco que le quemaba la garganta.

—Escuche con atención, Robert —continuó Ellis, su voz adquiriendo un filo de acero—. Sabemos que Kaledon tiene la interfaz. Sabemos que la están analizando. Necesitamos saber qué saben. Qué contramedidas están desarrollando. Usted era el vecino de Leo Reyes. Un confidente. Y ayudó a su esposa. Ella confió en usted. Le garantizo que, en algún momento, en alguna conversación, escuchó algo. Un nombre. Un protocolo. Una debilidad.

La imagen holográfrica cambió, mostrando ahora a Elena, en la base "Refugio", abrazando a Mateo. Se veía agotada, rota, pero con una determinación feroz en la mirada.

—Ella está luchando por su hijo —dijo Ellis—. Usted puede ayudarla. Denos algo, cualquier cosa, y le garantizo que el desarrollo de Mateo será… pacífico. Indoloro. Si se niega… —hizo una pausa, dejando que la amenaza flotara en el aire—. Bueno, digamos que la experimentación neuro-viral puede tener efectos secundarios muy… desagradables.

La trampa era perfecta. Le ofrecían la oportunidad de ser un héroe, de salvar al niño y a su madre, a cambio de una pequeña traición.

Henderson levantó la vista. Miró la imagen de Elena, aferrándose a su hijo. Recordó su coraje en aquel pasillo oscuro, su desesperación,

su fuerza. Recordó a Mateo persiguiendo mariposas holográficas en una boda que ahora parecía un sueño febril. Recordó a Leo, el genio paranoico. Eran soldados. Eran luchadores. Eran una familia. Y él, el viejo cascarrabias del 14A, se había convertido, sin quererlo, en el último centinela de su legado.

—¿Y bien, Robert? —presionó la voz de Ellis—. Su última oportunidad de ser útil.

Henderson lo miró. Miró a Kael, el rostro de una nueva generación de monstruos, hombres que usaban niños como armas y el amor como una palanca. Miró la imagen de Elena y Mateo. Y tomó su decisión.

Se irguió, su vieja espalda crujiendo en señal de protesta, pero su postura era erguida, desafiante. No había miedo en sus ojos. Solo una calma fría y una claridad absoluta. Había pasado su vida quejándose de todo. Pero ahora, en el final, había encontrado algo por lo que merecía la pena guardar silencio.

—¿Sabe una cosa, señorita? —dijo, su voz sorprendentemente firme, dirigiéndose no a Kael, sino a la cámara que sabía que lo grababa, a Ellis—. He vivido una vida larga y, en su mayor parte, insignificante. He visto guerras ir y venir. He visto héroes caer y a burócratas ascender. Pero nunca había visto a nadie tan patético como usted. Tan poderosa y tan pequeña a la vez. Cree que está construyendo el futuro, pero lo único que hace es jugar con juguetes rotos en un sótano, porque tiene miedo del mundo real.

Ellis, al otro lado de la transmisión, se quedó inmóvil por un instante, sorprendida por el desafío directo.

Henderson sonrió, una sonrisa genuina, desdentada y magnífica. —Así que, en respuesta a su generosa oferta, puede informarle a sus socios de Cygnus que Robert Henderson, del apartamento 14A, les manda a todos a la misma mierda.

Kael no esperó la orden. Su rostro se contrajo en una mueca de furia. La máscara de profesionalidad se había roto.

—Error —dijo simplemente, levantando su pistola de energía.

El desafío final de Henderson no fue un grito. Fue una sonrisa. Y un último pensamiento dirigido a una enfermera valiente y a su pequeño. Corred. Corred y no miréis atrás.

—No —dijo en voz alta, su última palabra un acto de pura y absoluta negación.

El disparo de energía fue un destello blanco, indoloro y rápido.

El cuerpo de Robert Henderson se desplomó en el suelo inmaculado de la celda, una última mancha de humanidad en un universo de blancura estéril.

En el centro de mando, Ellis observó la pantalla en silencio, su rostro impasible, pero con un brillo gélido en los ojos. El viejo la había insultado. La había desafiado. Y había muerto por ello.

—Corten la grabación —ordenó a Aether—. Editen el principio y el final. Quiero el fragmento donde se le amenaza con el niño, su desafío y el disparo. Que parezca un acto de pura brutalidad sin motivo. Y luego, filtren el archivo. Que llegue a las manos adecuadas en el Nido del Halcón.

Apagó la pantalla. El viejo estaba muerto. Había sido inútil como fuente de información, pero se había convertido en un arma perfecta. Un mártir que Kaledon no había pedido, cuya muerte alimentaría el fuego de su odio y los empujaría a cometer más errores, a ser más predecibles.

La guerra, pensó Ellis, era un arte. Y ella era su mayor artista.

Capítulo 57: Cenizas y Venganza

Varios lugares

1 de Febrero, 2042

Escena 1: Minas de Sal de Aethel, Territorio Valeriano

El infierno olía a sal quemada y a biología profanada. El Nómada los había insertado bajo el manto de una tormenta de arena magnética, un velo perfecto que cegaba los sensores enemigos. Ahora, a ochocientos metros bajo tierra, la Unidad Fantasma se movía por los pasillos de un laboratorio que parecía arrancado de las pesadillas de un dios loco.

—Cero, ¿estás viendo esto? —susurró David en el comunicador, mientras se asomaban a una sala de contención a través de un panel de cristal reforzado.

Dentro, un dron Quimera de un modelo que nunca habían visto flotaba en un tanque de gel ambarino. Era diferente, más orgánico. Su caparazón no era solo metal; parecía fusionado con tejido muscular que se contraía con un ritmo lento y antinatural. De su cuerpo principal emergían zarcillos biomecánicos que se conectaban a cerebros suspendidos en frascos, pulsando con una luz enfermiza.

—Lo veo, teniente —respondió la voz tensa de Cero—. Y no me gusta nada. La red de este lugar… no es solo digital. Hay una red biológica superpuesta, una especie de… internet de tejido nervioso. Es la cosa más asquerosa y brillante que he visto en mi vida. Si intento un hackeo directo, sabrán que estamos aquí antes de que pueda escribir "hola, mundo".

—Entonces no seas educado —replicó David—. Sami nos dio la vulnerabilidad. El sistema de refrigeración del núcleo biológico. Jax no está, así que tú eres nuestro experto en demoliciones hoy.

Necesito que plantes un virus en ese sistema, uno que provoque una sobrecarga en cascada. Queremos una fusión, no una explosión. Lenta, silenciosa y total.

Mientras Cero trabajaba desde una terminal de acceso remota que habían asegurado, Mía y David avanzaban hacia el objetivo principal: el laboratorio de producción del agente neuro-viral. El pasillo estaba extrañamente silencioso, las luces de servicio parpadeando sobre el suelo metálico.

—Demasiado fácil —murmuró Mía, su rifle de pulsos barriendo cada esquina.

Tenía razón. Al doblar el siguiente recodo, se encontraron con las nuevas defensas. No eran torretas. Del techo descendieron varios apéndices biomecánicos, similares a los zarcillos que habían visto en el dron del tanque. Se movían con una fluidez orgánica, terminando en aguijones que goteaban un líquido corrosivo. Al mismo tiempo, del suelo emergieron pequeñas criaturas, mitad robot, mitad insecto, que se lanzaron hacia ellos con un chirrido agudo.

—¡Defensas biotecnológicas! —gritó David—. ¡Fuego!

La batalla fue un caos espectacular y desesperado. David y Mía se movían espalda contra espalda, un ballet letal de disparos y esquivas. Los proyectiles de plasma de sus rifles quemaban los apéndices del techo, pero otros nuevos surgían de los paneles. Las criaturas insectoides eran rápidas, difíciles de acertar. Una logró saltar sobre David, sus pinzas metálicas buscando un punto débil en su armadura. Mía la voló en pedazos con una ráfaga a quemarropa que casi alcanza a su marido.

—¡Te debo una! —jadeó David.

—Añádela a la lista —respondió ella, sin perder el ritmo.

Mientras luchaban, la voz de Cero sonó en sus comunicadores, llena de pánico. —¡Teniente, el virus está dentro, pero han detectado la intrusión! ¡Han activado un contra-protocolo! ¡Están intentando purgar el sistema y sellar el laboratorio! ¡Y han soltado… algo más!

Una compuerta al final del pasillo se abrió. De ella no salió un soldado, sino una Quimera. Una versión terrestre, del tamaño de una pantera, que se movía con una velocidad y una gracia aterradoras. Su cuerpo era una fusión de metal negro y músculo expuesto, y de su boca goteaba el mismo agente neuro-viral que estaban allí para destruir.

La criatura los ignoró. Su objetivo era la terminal de Cero. Si llegaba, estaban perdidos.

—¡No podemos dejar que pase! —gritó Mía.

Concentraron el fuego sobre la bestia. Sus disparos rebotaban en su blindaje. La criatura saltó por encima de ellos y corrió por el pasillo.

—¡Cero, sal de ahí! —ordenó David.

—¡Negativo, teniente! ¡Casi lo tengo! ¡Solo necesito cinco segundos más para que la sobrecarga sea irreversible!

David y Mía corrieron tras la Quimera, disparando a la desesperada. Estaba a solo unos metros de la terminal. Iba a llegar.

De repente, una figura solitaria apareció en el pasillo, bloqueando el paso de la Quimera. Era Cero. Había abandonado su terminal y ahora sostenía un pequeño dispositivo en su mano.

—A veces —dijo el joven hacker, su voz temblando, pero decidida —, la solución más elegante es un buen martillazo.

Apretó el dispositivo. Un pulso electromagnético concentrado y brutal estalló, friendo los circuitos de la Quimera. La bestia se desplomó, inerte, a un metro de él. Pero el pulso también había frito la terminal y todos sus sistemas.

—¡Sobrecarga iniciada y bloqueada! —gritó Cero—. ¡No pueden detenerla! ¡Pero tenemos que salir de aquí ya! ¡Todo este sitio se va a convertir en un horno microondas biológico en menos de tres minutos!

Corrieron. Detrás de ellos, oyeron el sonido de tuberías reventando y un silbido agudo. El aire se calentaba a un ritmo alarmante. Llegaron al punto de extracción justo cuando el Nómada descendía, la rampa ya bajada. Saltaron a bordo mientras el suelo bajo ellos empezaba a brillar con un calor antinatural.

Mientras la nave se elevaba, vieron cómo la montaña temblaba. No hubo una gran explosión, solo un resplandor verdoso que emanaba de las grietas de la roca, seguido de un colapso silencioso. Habían destruido el laboratorio. Pero el coste había sido alto, y el recuerdo de esa Quimera terrestre, tan rápida, tan letal, era la prueba de que el enemigo estaba mucho más avanzado de lo que habían temido.

Escena 2: Nido del Halcón, Oficina del Supervisor

Sami Al-Hassan sintió un escalofrío al ver el archivo. Había llegado a través de un canal ciego, una filtración anónima, pero su firma de origen gritaba Nyx. Lo abrió en un entorno seguro, una "caja de arena" digital. Era un vídeo. Corto. Crudo.

Kaelen observaba en silencio sobre su hombro. Vieron la celda blanca. Vieron al Señor Henderson, desafiante. Vieron la amenaza holográfica contra Mateo. Y luego, el disparo. La grabación se cortaba abruptamente.

Sami se reclinó en su silla, sintiendo náuseas. Kaelen no se movió. Su rostro, si era posible, se había vuelto aún más duro, una máscara de granito. Permaneció en silencio durante casi un minuto, sus ojos fijos en la imagen congelada del cuerpo de Henderson.

—Han cometido un error —dijo finalmente Kaelen, su voz un susurro de hielo y furia—. Creyeron que esto nos desmoralizaría. Que nos asustaría.

Se giró hacia Sami, y en sus ojos oscuros ardía un fuego frío. —Quiero que este vídeo se distribuya. No en la red pública. En cada terminal militar de Kaledon. Quiero que cada soldado, cada piloto,

cada analista, vea el rostro de este civil. Quiero que memoricen su último acto de desafío.

—Supervisor, eso podría provocar…

—Provocará rabia. Provocará odio. Y el odio, Sami, es un combustible excelente —le cortó Kaelen—. Robert Henderson no era un soldado. Pero acaba de convertirse en un mártir. Y su sacrificio nos dará la voluntad para hacer lo que sea necesario para ganar esta guerra. Asegúrese de que su nombre no se olvide.

Kaelen se dio la vuelta y salió del laboratorio, dejando a Sami solo con la grabación del asesinato. La guerra acababa de volverse mucho más personal para el mando de Kaledon. Ellis había querido sembrar el miedo. En su lugar, había cosechado un huracán.

Escena 3: Hospital Central de Veridia, Ala de Cuidados Pediátricos

—El progreso es… notable —dijo el doctor Faheem, observando los patrones en el escáner neurológico de Mateo.

Elena estaba sentada junto a la cuna médica, sosteniendo la pequeña mano de su hijo. Mateo dormía, su rostro por fin relajado. En los últimos días, había empezado a volver. Pequeñas cosas. Una sonrisa fugaz al oír la voz de su madre. El llanto cuando una enfermera intentaba ponerle una vía. Eran signos de normalidad, anclas a las que Elena se aferraba con todas sus fuerzas.

—Sus funciones cognitivas básicas están volviendo a los parámetros normales para su edad —continuó el doctor—. El trauma del secuestro y la sedación profunda están remitiendo. Físicamente, está sano. Pero…

Elena levantó la vista. —¿Pero?

—La actividad en sus lóbulos frontal y parietal sigue siendo… extraordinaria —dijo Faheem, señalando unas áreas del escáner que brillaban con una intensidad inusual—. Es como si su cerebro hubiera sido… optimizado. Como si tuviera un procesador cuántico funcionando en segundo plano. No sabemos cuáles serán los efectos a largo plazo de la "impresión" a la que fue sometido. Necesitará una observación constante.

Elena asintió, una mezcla de alivio y una profunda inquietud anidando en su corazón. Su hijo estaba mejorando, sí. Pero ya no era el mismo niño. Llevaba una cicatriz invisible, una huella digital tecnológica en su misma alma.

Escena 4: Hospital Central de Veridia, Sala Segura

Clara entró en la habitación con dos tazas de café sintético humeante. Encontró a Elena no con su hijo, sino frente a un terminal de datos seguro que Kaelen le había instalado, su rostro iluminado por complejos diagramas biológicos.

—No deberías estar forzando la vista. Apenas has dormido —dijo Clara suavemente.

—No puedo dormir —respondió Elena sin apartar la vista de la pantalla—. Acabo de recibir un informe.

Su voz era plana, sin emoción. Le contó a Clara la noticia que David le había transmitido por un canal seguro: la ejecución del Señor Henderson.

Clara se sentó a su lado, sin saber qué decir. —¿El… el viejo cascarrabias del apartamento de al lado? Dios mío, El…

—Murió por nosotros, Clara —dijo Elena, y por primera vez, su voz se quebró—. Murió para proteger a mi familia. Para protegerme a mí. Lo interrogaron, lo torturaron… y no dijo nada.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas, pero su expresión era de una dureza terrible. —Leo murió por este secreto. Henderson murió por él. No voy a dejar que sus sacrificios sean en vano.

Señaló la pantalla. Mostraba la estructura molecular del agente neuro-viral de Quimera.

—Kaelen me ha dado acceso a todos los datos de la interfaz. Creen que la solución es tecnológica, desarrollar un contra-virus, un inhibidor. Pero se equivocan. Están mirando el arma, no al que la empuña.

—¿Qué quieres decir?

—El virus necesita un huésped para ser efectivo. Un piloto. Y ese piloto necesita una conexión biológica. Esa conexión, esa interfaz…

es su mayor fortaleza, pero también su mayor debilidad. Es un sistema parasitario. Y todos los parásitos pueden ser envenenados.

Sus ojos, los ojos de una enfermera que había dedicado su vida a salvar vidas, ahora brillaban con la luz de una destructora.

—Voy a encontrar una forma de usar su propia arma contra ellos. Voy a crear una toxina, una específica para el agente neuro-viral, que no solo lo neutralice, sino que viaje a través de la red biológica y fría el cerebro del piloto que esté conectado. Voy a convertir su mente colmena en una tumba.

Clara la miró, asombrada y un poco asustada por la mujer en la que se había convertido su amiga. La madre rota, la viuda en duelo, había desaparecido. En su lugar, había una estratega, una vengadora, una pieza clave en el corazón de la guerra de Kaledon. El sacrificio de Henderson no la había hundido. La había forjado en acero.

Capítulo 58: Protocolo Judas (Ellis)

Nido del Halcón, Centro de Mando Estratégico

Mediados de Marzo, 2042

Marzo llegó a Veridia como un animal herido, lamiéndose las heridas bajo un cielo perpetuamente gris. Habían pasado varias semanas desde el rescate de Mateo y la incursión en Aethel. Seis semanas en las que la guerra, lejos de calmarse, había entrado en una fase de desgaste brutal. La Unidad Fantasma, ahora con un Jax que había despertado del coma semanas atrás, se había convertido en la punta de lanza de Kaledon.

Jax había vuelto, sí, pero era un hombre reconstruido. Su pierna izquierda era ahora una prótesis de combate de polímeros negros, y la metralla de plasma había dejado un mapa de cicatrices en el costado izquierdo de su rostro, tirando de la comisura de sus labios en una sonrisa torcida y permanente. Su humor, antes negro, ahora era del color del vacío. Se había reincorporado a la unidad en un rol de apoyo técnico desde la base "Refugio", su cuerpo roto un impedimento para el combate de campo, pero su mente experta en explosivos era más afilada y amarga que nunca. Su supervivencia, aunque celebrada, era un recordatorio constante para David y Mía del precio de cada victoria.

En el Nido del Halcón, Sami Al-Hassan sentía el peso de esas victorias y de un legado que le quedaba grande. Se había convertido en los ojos de la Unidad Fantasma, el fantasma en la máquina que les abría caminos a través de las defensas enemigas. Kaelen le había dado una autoridad casi ilimitada, y la usaba con una precisión que habría enorgullecido a Leo. Kaledon, gracias a los datos de la interfaz y a la incansable investigación de Elena, estaba desarrollando contramedidas efectivas. Estaban empezando a ganar. Lentamente. Dolorosamente.

Y eso era precisamente lo que Taryn Ellis no podía permitir.

Desde su santuario en las profundidades de Valerius, observaba el mapa estratégico, un tablero de ajedrez donde sus piezas rojas comenzaban a retroceder ante el avance azul. La pérdida de Mateo y de la interfaz había sido un error de cálculo garrafal. Había subestimado a Elena Reyes. Había subestimado la capacidad de Kaledon para adaptarse. Su rabia era una reacción de fusión fría, una energía contenida que ahora canalizaba en su obra maestra final de desestabilización. La guerra no se ganaba en el frente. Se ganaba pudriendo el corazón del enemigo.

—Aether —dijo, su voz un susurro en la quietud de su centro de mando—. Inicia el "Protocolo Judas".

El contraataque llegó con la sutileza de un virus.

Comenzó en el despacho del Comandante Varrus, el meticuloso y paranoico jefe de Asuntos Internos de Kaledon. La alerta no vino de un correo anónimo, sino de uno de sus propios algoritmos de vigilancia interna, un "canario digital" diseñado para detectar patrones de comunicación anómalos en la red del Alto Mando. El algoritmo, que llevaba semanas monitorizando sin encontrar nada, de repente cantó. Y su canción era aterradora.

El canario había detectado una serie de micro-transacciones financieras trianguladas a través de paraísos fiscales de Cygnus que, tras un complejo proceso de desencriptación, llevaban a una cuenta controlada por un único individuo en Kaledon. Simultáneamente, había marcado una serie de comunicaciones encriptadas de "canal ciego" entre esa misma persona y la ya identificada red de la Mayor Thorne.

Varrus, con el corazón en un puño, dedicó las siguientes veinticuatro horas a verificar cada dato con su mejor equipo. La evidencia que desenterraron era impecable, sólida como el titanio.

Primero, los registros financieros. No eran transferencias directas, sino un complejo esquema de inversiones en corporaciones tapadera que generaban beneficios "limpios", un rastro casi imposible de seguir. Pero el algoritmo de Ellis, diseñado para imitar un

descubrimiento, les había dejado las migas de pan justas y necesarias. La cuenta final, con depósitos que ascendían a millones de créditos, estaba inequívocamente a nombre de Sami Al-Hassan.

Luego, las comunicaciones. Eran fragmentos, ecos recuperados de servidores de respaldo. Conversaciones que parecían demostrar que Sami no era un subordinado de Thorne, sino el cerebro estratégico que le daba las órdenes.

SAMI (encriptado): Thorne, la operación del desfile debe ser impecable. La eliminación del Ministro es prioritaria. David Reyes es secundario, pero su neutralización añade un valioso componente de caos psicológico.

THORNE (encriptado): Entendido. Kael se encargará del niño. Keller ya ha facilitado los accesos al Observatorio.

Varrus sintió náuseas. Siguió leyendo. Había docenas de mensajes, un historial de traición que se remontaba a antes del atentado, sugiriendo que Sami había estado jugando a dos bandas durante meses, quizás años.

Y entonces, llegó el golpe de gracia. La pieza que convertía la sospecha en una certeza absoluta. El equipo de Varrus logró desencriptar el último fragmento de la "bomba de datos" que Leo Reyes había enviado antes de morir. La mayor parte era un análisis técnico de la trampa en la que había caído. Pero al final, había un archivo de audio personal, corrupto, que habían tardado semanas en reconstruir.

LEO (voz distorsionada por el dolor y la estática): …Thorne… pero no está sola… la red es profunda… Sami… Dios mío, Sami… ¿por qué…? Me has… me has traicionado…

La grabación se cortaba con un sonido de estática y lo que parecía un disparo.

Varrus se reclinó en su silla, el aire escapándose de sus pulmones. La evidencia era abrumadora. Perfecta. Demasiado perfecta. Pero el último mensaje de Leo… era irrefutable. El mejor amigo. El

heredero. El hombre que ahora sostenía las llaves de la ciberdefensa de Kaledon. Era el Minotauro.

El protocolo dictaba que debía presentar sus hallazgos directamente al Alto Mando. La reunión fue breve, tensa y devastadora. Kaelen, al ver las pruebas, especialmente la última grabación de Leo, sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies. La duda, un veneno frío, se filtró en su resolución. ¿Podía haberse equivocado tanto? ¿Podía la lealtad de Sami ser una farsa tan elaborada? La lógica de la evidencia digital, verificada por Oráculo como auténtica, luchaba contra su instinto, que le gritaba que algo estaba fundamentalmente mal.

Pero el protocolo era el protocolo. Y la evidencia era abrumadora.

—Proceda, Comandante —dijo Kaelen, su voz un eco hueco—. Emita la orden de arresto. Nivel máximo de seguridad. Que se le considere armado y extremadamente peligroso.

En la sala de mando, Sami acababa de guiar a Cero a través de un contraataque de Cygnus, salvando una red de satélites de vigilancia. Una pequeña victoria. Se permitió un instante para respirar, frotándose los ojos cansados. Fue entonces cuando todas las pantallas a su alrededor cambiaron.

El rostro tranquilo y familiar de la presentadora de Kaledon Global fue reemplazado por una alerta roja parpadeante. En el centro, apareció su propia foto de expediente, su rostro serio mirando a la nada. Y debajo, en letras mayúsculas y brutales, el titular:

ALERTA DE ALTA TRAICIÓN. SE BUSCA: ANALISTA JEFE SAMI AL-HASSAN. IDENTIFICADO COMO EL VERDADERO "MINOTAURO" Y CEREBRO DE LA RED DE ESPIONAJE. ORDEN DE DETENCIÓN INMEDIATA.

Sami se quedó helado, su mente incapaz de procesar lo que veían sus ojos. Oyó el sonido de compuertas de seguridad cerrándose en el pasillo. Vio las miradas de sus compañeros, antes de respeto, ahora de shock, de odio, de miedo. Vio a un equipo de Seguridad

Interna con armadura de asalto entrando en la sala de mando, sus armas de pulso levantándose, apuntándole.

De repente, el cazador era la presa. El arquitecto de la defensa era el objetivo. Y mientras los cañones de las armas se fijaban en él, Sami solo pudo pensar una cosa.

Ellis.

El contragolpe del Cisne no había sido con bombas. Había sido con una mentira. Y acababa de decapitar la ciberdefensa de Kaledon de la forma más elegante y cruel imaginable.

Capítulo 59: Trescientos Gramos de Futuro (David y Mía)

Base de Avanzada "Refugio", Sector Montañoso de Kaledon

Mediados de Marzo, 2042

El silencio en la sala de reuniones era más pesado que el blindaje del Nómada. La imagen holográfica de Kaelen, proyectada en el centro de la mesa táctica, acababa de desvanecerse, pero su última orden seguía flotando en el aire como gas venenoso: "La evidencia contra Sami Al-Hassan es concluyente. Hasta nuevo aviso, es considerado un traidor y un objetivo hostil. La Unidad Fantasma tiene prohibido cualquier intento de contacto. Su lealtad es a Kaledon, no a un hombre. ¿Entendido, Teniente?"

David no había respondido. Solo había cortado la comunicación.

Ahora, se pasaba una mano por la cara, sintiendo el áspero crecimiento de una barba de dos días. A su lado, Cero tecleaba furiosamente en su consola, buscando una grieta, un error, algo que desmintiera la pesadilla que acababan de presentarles. Runa, la piloto, permanecía de pie junto a la pared, sus brazos cruzados, su rostro una máscara impasible que no lograba ocultar la tormenta en sus ojos. E incluso Jax, desde su silla de ruedas médica, había dejado de hacer comentarios sarcásticos, su nueva sonrisa torcida ahora congelada en una mueca de incredulidad.

—No. Me niego —dijo David finalmente, su voz un murmullo bajo y peligroso—. Es imposible.

—La grabación de Leo… —empezó Cero, sin levantar la vista—. Los registros financieros… Oráculo ha verificado la autenticidad. Los algoritmos no mienten, teniente.

—¡Pues que les den a los algoritmos! —replicó David, golpeando la mesa con el puño, haciendo que las proyecciones parpadearan—. ¡Conozco a Sami! ¡Luchó junto a Leo! ¡Nos guio hasta el Nido del Fénix! ¡Nos salvó el culo media docena de veces! ¡Un hombre no pasa de héroe a supervillano en una semana porque lo diga una maldita grabación corrupta!

—Es una trampa, David —dijo Mía, su voz una calma sólida en medio de su furia—. Es otra jugada de Ellis.

David se giró hacia ella. Encontró en sus ojos la misma certeza, la misma lealtad inquebrantable que sentía en su propio pecho. Era su ancla. Siempre.

—Lo sé —admitió, su rabia dando paso a una frustración helada—. Pero Kaelen y el Alto Mando se han tragado el anzuelo. Y ahora, nuestro único enlace en el Nido, el único que podía darnos una ventaja, es el enemigo público número uno. Nos han cortado la cabeza.

—Peor que eso, teniente —intervino Jax, su voz ronca—. Nos han puesto una correa. Si Sami era el topo, ¿quién nos garantiza que las misiones que nos daba, la inteligencia que nos pasaba, no eran también trampas? Ahora dudarán de cada una de nuestras victorias. Nos van a tener en tierra hasta que "investiguen" cada operación pasada. Estamos fuera de juego.

La verdad de sus palabras era innegable. El Protocolo Judas no solo había decapitado la ciberdefensa; había paralizado a su unidad de operaciones especiales más efectiva. Era un golpe maestro.

La puerta se abrió y entró un oficial de la base. —Teniente Reyes, Sargento Soler. Tienen un mensaje personal entrante. Canal seguro, autorizado por el propio Supervisor Kaelen. Es de Elena Reyes.

David y Mía intercambiaron una mirada de sorpresa. ¿Elena? Kaelen debía estar desesperado si permitía una comunicación personal en medio de esta crisis. Se trasladaron a una pequeña sala de comunicaciones privada. La imagen de Elena apareció,

proyectada desde el Hospital Central. Se la veía agotada, pero sus ojos ardían con una intensidad que David no le había visto desde la muerte de Leo.

—Es una mentira, David —dijo Elena sin preámbulos—. Lo de Sami. Es una trampa de Thorne, o de quienquiera que la haya reemplazado. Leo me lo advirtió en su último mensaje. Me dijo que no confiara en nadie, que la red era profunda. Me dijo que Sami era el único en el que podíamos confiar además de Kaelen.

—Lo sabemos, El. Pero las pruebas… son perfectas —respondió David.

—Las mentiras perfectas son la especialidad de Ellis —replicó Elena —. Escuchadme. Kaelen duda. Lo sé. Lo sentí en su voz cuando hablé con él. Pero está atrapado por el protocolo. Necesita una prueba, una anomalía que ni Oráculo pueda refutar. Necesita que vosotros, que estáis fuera del Nido, encontréis algo que demuestre la manipulación.

—¿Y cómo demonios hacemos eso, Elena? —preguntó Mía—. Estamos en tierra, bajo sospecha indirecta.

—No lo sé —admitió Elena—. Pero tenéis que encontrar la forma. La vida de Sami depende de ello. Y la nuestra también. Si Kaelen cae, si el Nido se sume en una guerra interna, Ellis habrá ganado.

La comunicación se cortó. David y Mía se quedaron en el silencio de la pequeña sala, el peso del mundo sobre sus hombros. La petición de Elena era casi imposible.

Salieron y volvieron con el resto de la unidad. El ambiente era sombrío.

—Tenemos que hacer algo —dijo David, más para sí mismo que para los demás.

—Estamos atados de manos, teniente —dijo Runa, su primera intervención en casi una hora—. Si desobedecemos la orden de no contacto, nos declararán traidores a nosotros también.

Era un callejón sin salida. La frustración era tan densa que se podía masticar.

Más tarde esa noche, Mía encontró a David solo, en una pequeña plataforma de observación que daba a las montañas heladas. El viento aullaba, un lamento fúnebre por un mundo en guerra.

—No podemos dejarlo caer —dijo David, sin mirarla.

—No lo haremos —respondió Mía. Se acercó y se detuvo a su lado, sus hombros rozándose.

Se quedaron así, en silencio, durante un largo rato, compartiendo el frío y la carga. La guerra les había quitado tanto. Les había robado la inocencia, a sus amigos, la paz. Pero les había dado esto. Este vínculo inquebrantable, forjado en el fuego.

Fue entonces cuando Mía supo que no podía esperar más. El secreto que guardaba, la pequeña y aterradora posibilidad que había nacido en la noche de Navidad, ya no era solo suyo. Era de él también. Y en medio de tanta muerte y traición, la idea de una nueva vida, por imposible que pareciera, era el único acto de desafío que les quedaba.

—David —dijo, su voz apenas un susurro contra el viento.

Él se giró, y en sus ojos vio toda la pena por Leo, por Jax, por Sami.

—Hay algo que tienes que saber —continuó, su corazón latiendo con fuerza. Cogió la mano de él y se la llevó a su propio vientre, todavía plano bajo el uniforme táctico.

David la miró, sin comprender al principio. Luego, sus ojos se abrieron de par en par, una mezcla de shock, incredulidad y un asombro tan profundo que pareció borrar por un instante todas las sombras de la guerra.

—Navidad, David. Fue hace tres meses… —dijo ella, las lágrimas que había estado conteniendo durante semanas finalmente brotando

de sus ojos—. Fui a la bahía médica esta mañana. Usé un escáner de diagnóstico de bajo nivel. Lo confirmé.

Él se quedó sin palabras. Pasó un dedo tembloroso por su mejilla, secando una lágrima. Miró su vientre, y luego a sus ojos.

—¿Estás…? ¿Vamos a…?

Ella asintió, incapaz de hablar, una sonrisa rota dibujándose en sus labios.

Él la abrazó. Un abrazo que no era de un teniente a su sargento, sino de un hombre a la mujer que amaba, un abrazo desesperado, protector, lleno de un terror y una alegría tan inmensos que eran casi la misma cosa.

—En medio de todo esto… —susurró él contra su pelo, su voz quebrada por la emoción.

—Quizás… quizás por eso mismo —respondió ella.

Se quedaron así, abrazados contra el viento helado, dos soldados en una guerra imposible, con un secreto que lo cambiaba todo. Un futuro. Una razón para luchar más allá de la venganza. Una pequeña y obstinada vida que se negaba a rendirse a la oscuridad.

El Protocolo Judas había intentado destrozarlos, aislarlos. Pero en su lugar, acababa de darles el arma más poderosa de todas: una razón para creer en el mañana.

Capítulo 60: La Caza Interior

Varios lugares, mediados de marzo, 2042

La mañana siguiente a la revelación llegó a la base "Refugio" como un depredador silencioso, trayendo consigo un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de las montañas. David y Mía apenas habían dormido, atrapados en un limbo de asombro, terror y una nueva y frágil esperanza que luchaba por respirar en el aire envenenado por la guerra.

Se reunieron con el resto de la Unidad Fantasma en la sala de reuniones. La alerta de alta traición contra Sami Al-Hassan seguía parpadeando en las pantallas tácticas, una herida digital abierta en el corazón del equipo. El silencio era denso, pesado. Todos esperaban la reacción de David.

—Teniente, ¿cuáles son las órdenes? —preguntó Runa, su voz un susurro que cortó la tensión.

David levantó la vista. Su mirada, endurecida por la pérdida y el combate, recorrió los rostros de su equipo: la calma expectante de Runa, la curiosidad analítica de Cero, la furia contenida de Jax en su silla de ruedas. Y finalmente, Mía, su ancla, su certeza.

—Nuestras órdenes son claras —dijo David, su tono tranquilo, pero con un filo de acero—. Kaelen nos ha ordenado permanecer en tierra y no tener ningún contacto. —Hizo una pausa, dejando que el peso de la orden se asentara—. Y vamos a desobedecerlas todas.

Un murmullo casi imperceptible recorrió la sala.

—No vamos a participar en una caza de brujas orquestada por Ellis —continuó David—. Sami es uno de los nuestros. Y vamos a demostrarlo. Esto ya no es una misión de Kaledon. Es nuestra.

Se giró hacia Cero. —Intenta abrir un canal ciego con el Nido. Busca una frecuencia de mantenimiento olvidada, algo que Oráculo

no monitorice de forma prioritaria. Encuentra a Sami. Dile que no está solo.

—Teniente, si nos pillan comunicándonos con un traidor…

—Hazlo, Cero —ordenó David—. No vamos a dejarlo caer.

Cero le sostuvo la mirada por un instante y luego asintió, una lenta sonrisa formándose en sus labios. —Leo Reyes confió en Sami. Eso es suficiente para mí.

Runa se encogió de hombros. —Mi contrato dice que vuele a donde me digan. No especifica nada sobre la legalidad de las órdenes. Suena más divertido que quedarse en tierra. Estoy dentro.

Todos miraron a Jax. El experto en demoliciones se rascó la barba. —Bueno, si vamos a ser fugitivos, al menos que sea con estilo. Y probablemente necesiten a alguien que sepa cómo hacer que las puertas se abran cuando la gente educada de dentro no quiere cooperar. A la mierda. Siempre quise ver cómo era el otro lado de una orden de busca y captura.

La Unidad Fantasma acababa de cometer alta traición. Se habían convertido, oficialmente, en fantasmas.

—De acuerdo —dijo David, una nueva energía en su voz—. Runa, prepara el Nómada para un despegue sigiloso. Jax, dame un inventario de cada gramo de explosivo que tengamos. Vamos a necesitar fuegos artificiales.

El Nido del Halcón.

El Nido del Halcón era una jungla de metal y código, y Sami Al-Hassan era la presa.

Corría por un conducto de mantenimiento del Nivel Sub-Gamma, un laberinto que él mismo había ayudado a diseñar años atrás. El aire olía a polvo, a ozono y a su propio miedo. En su comunicador improvisado, veía los iconos de los equipos de Seguridad Interna convergiendo en su última posición conocida, moviéndose con una

eficiencia letal. Oráculo, la IA que había sido su compañera, su herramienta, era ahora su cazador.

«La perfección del engaño es, en sí misma, sospechosa», había dicho Leo una vez. Y esto era perfecto. Demasiado.

Sami se deslizó por una escotilla y cayó en un antiguo centro de datos abandonado, una catedral de servidores muertos. Su objetivo estaba cerca: la terminal 734-C, conectada físicamente al "Punto Ciego", un servidor fantasma que Leo había insistido en mantener operativo "por si algún día los burócratas decidían que pensar era un acto de traición". La profecía, como casi siempre que venía de Leo, se había cumplido con una ironía dolorosa.

Activó su visor. Vio las contramedidas enemigas: dos arañas-centinela patrullando el pasillo principal y una barrera láser cubriendo el acceso directo a la terminal. Seguridad Interna no era sutil.

—Vale, chicos, vamos a jugar —murmuró para sí mismo.

No podía hackear las arañas-centinela directamente; alertaría a Oráculo. Pero podía hablar con algo más estúpido. Accedió a la red de los drones de limpieza del nivel, unos aparatos tan básicos que su seguridad era un chiste. Reprogramó a tres de ellos con una directiva simple: "Error de navegación. Proceder a máxima velocidad a coordenadas de la terminal 734-C para ciclo de esterilización de emergencia".

Observó desde las sombras cómo los tres drones de limpieza, parecidos a discos de hockey con sobrepeso, salían disparados por el pasillo. Las arañas-centinela los detectaron, sus protocolos identificándolos como amenazas no autorizadas. El resultado fue una batalla gloriosamente absurda y ruidosa. Los drones de limpieza, sin armas, intentaban cumplir su misión suicida mientras las arañas los hacían pedazos con sus láseres de precisión.

Fue la distracción perfecta. Mientras el caos reinaba en el pasillo, Sami se deslizó por una rejilla de ventilación, reptó por encima de la

barrera láser y cayó justo al lado de la terminal 734-C. Conectó su dispositivo.

—Hola, viejo amigo —susurró, mientras las líneas de código del "Punto Ciego" llenaban la pantalla, un refugio seguro en mitad del huracán. Tenía acceso. Ahora, solo necesitaba encontrar la aguja en el pajar digital que probara su inocencia. Y necesitaba hacerlo antes de que Seguridad Interna se diera cuenta de que habían sido derrotados por un escuadrón de fregonas kamikazes.

Centro de Mando Nyx-Cygnus. Profundidades de Valerius.

—Huyó —dijo Kael, observando un mapa táctico del Nido del Halcón con leve interés—. Es más rápido de lo que indicaba su perfil.

—No importa —respondió Ellis, saboreando una copa de vino. En una pantalla a su lado, la imagen de Sami bajo el titular "TRAIDOR" le devolvía la mirada—. Es una rata en una jaula. El veneno ya está en el sistema. Kaelen desconfiará de todos. Su unidad de élite quedará paralizada. Y Oráculo, su preciosa IA, está ocupada persiguiendo a su propio guardián.

El plan había funcionado a la perfección; Kaledon se devoraba a sí misma.

Se giró hacia Kael, sus ojos brillando con una frialdad depredadora.

—Ahora tenemos la ventana que necesitábamos. Prepara a tu equipo. La base "Refugio", donde se esconde la Unidad Fantasma… vamos a hacerles una visita. Es hora de recordarle a David Reyes que, por mucho que corra, no puede escapar de la sombra del cisne.

El Nido del Halcón.

La oficina de Kaelen era una isla de silencio en el océano de caos del Nido del Halcón. Acababa de dar la orden de caza total contra Sami, pero el sabor a ceniza llenaba su boca. La evidencia era abrumadora, verificada por Oráculo. Y sin embargo… Leo. Leo

confiaba en Sami. Y Elena Reyes le había advertido, le había entregado la verdad sobre Thorne.

Su instinto, afilado por décadas de guerra en las sombras, le gritaba que algo no encajaba. La perfección del engaño era, en sí misma, sospechosa.

—Oráculo —dijo al aire—. Abre un canal de emergencia de un solo uso, encriptación Nivel Cisne, con la ciudadana Elena Reyes. Prioridad: absoluta. Anula todos los protocolos de no contacto.

Era un riesgo. Si Sami era el traidor, podría estar monitorizando sus comunicaciones. Pero era un riesgo que tenía que correr.

La conexión se estableció. La imagen de Elena apareció, proyectada desde una sala segura. Se la veía agotada, pero sus ojos estaban llenos de un fuego frío.

—Señora Reyes —dijo, su voz más grave que nunca—. Como sabe, han inculpado a Sami Al-Hassan. Las pruebas son… irrefutables. Pero el fantasma de su marido me obliga a dudar. Le doy una última oportunidad. Si tiene algo, cualquier cosa que pueda romper este muro de lógica, hable ahora. O tendré que dar la orden de eliminar a Sami en cuanto lo encuentren.

Dejó la amenaza flotando en el aire, una última y desesperada apuesta en la partida de ajedrez más importante de su vida. La respuesta de Elena, o su silencio, decidiría el destino de Sami. Y quizás, el de todo Kaledon.

Capítulo 61: Seiscientos Gramos de Futuro

Varios lugares, de marzo a agosto, 2042

La llamada de Elena Reyes a Kaelen fue el primer ladrillo que derribó el muro de mentiras de Ellis. Las palabras de Leo, resonando desde la tumba, fueron la prueba circunstancial que Kaelen, en su pragmatismo paranoico, no pudo ignorar. La caza de Sami continuó oficialmente, una farsa necesaria para no alertar a los verdaderos topos, pero en la sombra, Kaelen y Elena forjaron una alianza improbable, un pacto sellado con la sangre de Leo y la urgencia de encontrar a Sami antes de que Seguridad Interna lo silenciara para siempre.

Pasaron tres meses de una guerra fría dentro de la guerra caliente. Tres meses en los que la Unidad Fantasma, oficialmente en tierra y bajo investigación, operó en la clandestinidad más absoluta. Runa usaba el Nómada para vuelos fantasmas, moviendo a David y Mía entre refugios secretos en las montañas, mientras Cero libraba una guerra personal de datos contra el Nido, abriendo canales ciegos para comunicarse con un Sami fugitivo.

Fue Mía, con su mente analítica forjada en los archivos, quien encontró la clave. Guiada por un mensaje críptico de Sami desde el "Punto Ciego", analizó la grabación de Leo no como un archivo de audio, sino como un paquete de datos. Descubrió que Ellis había usado un algoritmo de Cygnus para superponer la voz de Leo sobre un archivo base, pero el proceso había dejado una "cicatriz" digital, un artefacto subarmónico casi indetectable. Era el equivalente a una huella dactilar en una bala.

Presentaron la prueba a Kaelen a través de Elena. La exoneración de Sami fue silenciosa, clasificada al más alto nivel. Oficialmente, el "traidor" seguía desaparecido, presuntamente muerto. Extraoficialmente, Sami se convirtió en el fantasma de Kaelen en la máquina, el director de una orquesta de contrainteligencia que ahora

operaba con la certeza de saber quiénes eran los verdaderos enemigos.

Mientras tanto, la guerra se recrudecía. La noticia del martirio del Señor Henderson, filtrada por Kaelen a las tropas, había encendido un fuego de rabia en el ejército de Kaledon. Las batallas se volvieron más feroces, más personales.

Y en medio de todo, la vida se abría paso.

El embarazo de Mía avanzó entre traslados sigilosos y alertas de ataque. Pasó los últimos meses en la base "Refugio", su vientre creciendo como un símbolo de obstinada esperanza en un mundo que parecía empeñado en morir. David, dividido entre su deber de liderar incursiones secretas y la necesidad de proteger a su nueva familia, vivía en un estado de tensión constante.

Base de Avanzada "Refugio", agosto, 2042

La alarma de ataque aéreo aulló sin previo aviso, un lamento metálico que rasgó la calma tensa de la base.

—¡Múltiples firmas hostiles! ¡Son drones Mantícora, clase mejorada! ¡Y vienen directos hacia aquí! —gritó Cero desde el centro de mando, su voz perdiendo su habitual calma adolescente—. ¡Ellis sabe que estamos aquí!

David, que estaba en la bahía médica con Mía durante su última revisión, sintió que la sangre se le helaba. —¡Defensas! ¡Todo el personal a sus puestos de combate!

Las torretas antiaéreas de la base abrieron fuego, trazando líneas de luz verde en el cielo gris. Pero los drones de Ellis eran más rápidos, más ágiles. Una explosión sacudió la montaña, haciendo que el suelo de la bahía médica temblara y que las luces parpadearan.

Mía soltó un grito agudo, pero no de miedo. Se dobló, su rostro una máscara de dolor, sus manos aferrándose a su vientre.

—¡David… el bebé…! ¡Ya viene!

—¡NO! ¡Ahora no! —exclamó él, el pánico superando por un instante al soldado.

Las explosiones se intensificaron. Otra sacudió la base, y un trozo del techo de la bahía médica se derrumbó, cortando la conexión con el médico holográfico principal.

—¡Estamos aislados! —gritó una enfermera.

—¡Jax! —rugió David por el comunicador—. ¡Necesito que selles esta bahía! ¡Desvía toda la energía de respaldo que puedas a los escudos de esta sección!

—¡Recibido, teniente! —respondió la voz de Jax desde el taller de ingeniería—. A ver si a estos cabrones voladores les gusta mi versión de una puerta cerrada. Y por si sirve de algo, ¡felicidades, supongo! ¡Vaya momento para organizar una fiesta de bienvenida!

Mientras David y Cero coordinaban la defensa, arrastrando a los heridos a zonas más seguras, y Runa despegaba con el Nómada para ofrecer apoyo aéreo, Mía era trasladada a la sala de partos de emergencia.

La escena era un caos surrealista. Mía, empapada en sudor, empujaba con una fuerza animal, su respiración guiada por la voz entrecortada de una joven médico que intentaba mantener la calma. Fuera, el sonido de las explosiones y los disparos de energía era una banda sonora apocalíptica.

David entró corriendo en la sala, su rostro manchado de hollín. —¡Hemos contenido la primera oleada! ¡Pero vienen más! ¿Cómo está?

—¡Necesita empujar! ¡Ya casi está! —gritó la médico.

David se arrodilló junto a Mía, cogiendo su mano. —Estoy aquí, Mía. Estoy contigo. Eres la mujer más fuerte que conozco. Tráelo a casa.

Ella lo miró, sus ojos llenos de dolor, amor y una determinación de acero. Apretó su mano con una fuerza que le hizo crujir los huesos y, con un último grito que pareció desafiar el estruendo de la batalla, empujó.

El primer llanto de Daniel Reyes se mezcló con el sonido de una explosión cercana, un grito de vida pura y desafiante en medio de la sinfonía de la muerte.

La enfermera envolvió al bebé en una manta y se lo entregó a Mía. Era pequeño, arrugado y perfecto. David se inclinó, sus ojos llenos de lágrimas, y besó la frente sudorosa de Mía, y luego la pequeña cabeza de su hijo.

—Hola, Daniel —susurró, su voz quebrada por la emoción—. Bienvenido a la guerra, campeón.

En ese instante, la voz de Cero llegó por el comunicador, llena de urgencia.

—Teniente, han roto el perímetro este. ¡Vienen hacia aquí!

David miró a su esposa, a su hijo recién nacido, y luego a la puerta reforzada de la sala. La victoria de traer una nueva vida al mundo se sentía inmensa. Pero la guerra, brutal e indiferente, ya estaba llamando a la puerta para intentar arrebatársela. Y él no iba a permitirlo.

Capítulo 62: La Calma Inquieta

Base Segura "Nidal", Montes de Kaledon Norte, septiembre de 2042

La batalla por la base "Refugio" corrió como la pólvora por los círculos internos de las Fuerzas de Defensa de Kaledon, un relato frenético de coraje suicida y victoria imposible. David, impulsado por una furia primitiva al ver amenazada a su nueva familia, había liderado una defensa que desafiaba cualquier simulación de Oráculo. Con Runa en el Nómada proporcionando un apoyo aéreo tan preciso que parecía una extensión de la voluntad de David, y Cero convirtiendo los sistemas de defensa de la base en una trampa mortal para los drones Nyx, lograron lo impensable. Contuvieron a las fuerzas de asalto de Kael el tiempo suficiente para que los refuerzos, alertados por un Kaelen furioso, llegaran y diezmaran a los atacantes.

Ellis había querido enviar un mensaje, y lo consiguió: la Unidad Fantasma era mucho más peligrosa de lo que sus algoritmos habían predicho.

Un mes después, el eco de las explosiones había sido reemplazado por un silencio cargado de significado. La base segura "Nidal", un complejo excavado en el corazón de granito de las montañas del norte, se había convertido en el santuario de la familia Reyes-Soler. Era un lugar de contrastes brutales, donde la tecnología militar de vanguardia convivía con el aroma de la comida casera y el sonido intermitente del llanto de un recién nacido.

El salón del apartamento asignado a David y Mía bullía con una vida que parecía un acto de desafío. Sofía y Elara, las dos abuelas, se movían por la cocina con la eficiencia de dos generales planeando una campaña logística, una preparando un biberón con leche de fórmula enriquecida, la otra un guiso con ingredientes reales traídos desde los viñedos de los Soler, un lujo casi obsceno en tiempos de guerra. Carlos y Jon, los abuelos, estaban sentados en un rincón,

enfrascados en una discusión sorprendentemente animada sobre los méritos de los generadores de fusión compactos frente a la energía geotérmica, un debate que era su forma de procesar un mundo que se había vuelto demasiado complejo.

En el centro de todo, ajeno al peso de la historia que lo rodeaba, Daniel dormía en brazos de Mía. Tenía un mes de vida. Seiscientos gramos de futuro que se habían convertido en el centro gravitatorio de sus vidas. Mía lo acunaba con una naturalidad que la sorprendía a ella misma. El uniforme táctico había sido reemplazado por ropa civil cómoda. El rifle de pulsos, por el peso cálido y vulnerable de su hijo. Pero la soldado seguía ahí, en la forma en que su mirada escaneaba constantemente la habitación, en la tensión de sus hombros, en la lucha interna por conciliar el amor inmenso que sentía por ese pequeño ser y la identidad de guerrera que la había definido durante años.

David observaba la escena desde el umbral, con una taza de café en la mano. Había vuelto del frente hacía dos días para esta reunión. En el campo de batalla, era el Comandante Reyes, una leyenda, el Fantasma que aparecía y desaparecía, sembrando el caos en las líneas enemigas. Sus operaciones, guiadas ahora por la inteligencia impecable de un Sami exonerado, estaban cambiando el curso de la guerra. Pero aquí, en esta sala, se sentía como un extraño. La alegría por el nacimiento de su hijo era una luz cegadora, pero proyectaba sombras profundas. El rostro de Leo, la mueca final de Henderson... eran fantasmas que se sentaban a la mesa con ellos. La responsabilidad del mando, las vidas que dependían de sus decisiones, lo habían aislado, creando una distancia que ni el amor de Mía parecía poder cruzar del todo.

Elena llegó poco después, acompañada por un Mateo de casi cuatro años que corría por el apartamento como un pequeño torbellino, sus ojos grises, los ojos de Leo, brillando con una inteligencia inquieta. Elena se había transformado. El dolor seguía en el fondo de su mirada, pero ahora estaba recubierto por una capa de acero. Trabajando desde el Nido junto a Sami y Kaelen, se había

convertido en una estratega formidable, el cerebro civil que Kaledon necesitaba desesperadamente. Abrazó a David, un abrazo largo y silencioso que comunicaba todo lo que las palabras no podían.

—Se parece a ti —dijo Elena, mirando a Daniel en brazos de Mía, su voz suave.

—Tiene los ojos de su madre —respondió Mía, sonriendo a Elena—. Los que ven a través de las mentiras.

La reunión era un delicado equilibrio entre la alegría y el luto. Celebraban la nueva vida mientras honraban a los caídos. Recordaban anécdotas de Leo que hacían reír a todos hasta que las risas se ahogaban en lágrimas silenciosas. Hablaban del futuro, una palabra que ahora sonaba a la vez a promesa y a amenaza.

Fue durante uno de esos momentos de calma inquieta cuando ocurrió la primera señal.

Mateo, que había estado "ayudando" a su abuelo Carlos a revisar una tableta de datos con esquemas de defensa perimetral, se aburrió. Corrió hacia el centro de la sala, donde su primo Daniel dormitaba en un moisés portátil. Elena y Mía observaban, sonriendo ante la curiosidad del niño.

Mateo se detuvo junto al moisés. No lo tocó. Simplemente se quedó mirando a Daniel con una concentración extraña, su ceño ligeramente fruncido. Daniel, que había estado inquieto, con pequeños quejidos de bebé, de repente se quedó completamente en silencio. Sus pequeños puños se relajaron. Su respiración se volvió profunda y regular. Se había calmado al instante.

Mía iba a comentar lo curioso del hecho cuando la tableta que Mateo había abandonado, y que Carlos había dejado sobre la mesa, parpadeó violentamente. La compleja simulación de defensa que mostraba se corrompió, reemplazada por una cascada de símbolos sin sentido. Al mismo tiempo, el monitor médico que vigilaba a Daniel emitió un pitido agudo, su pantalla mostrando una breve y

anómala oleada de actividad neuronal antes de volver a la normalidad.

—¿Qué demonios? —masculló Carlos, cogiendo la tableta—. Otro fallo por la inestabilidad de la red, supongo. Esta tecnología de guerra es potente, pero delicada como una flor de invernadero.

Pero Elena y Mía se miraron por encima de las cabezas de los demás. Habían visto la secuencia completa. La concentración de Mateo. La calma instantánea de Daniel. La interferencia en los dispositivos. No fue una coincidencia. Fue… una reacción en cadena. Una conexión invisible entre los dos niños que había afectado a la tecnología circundante.

El miedo, frío y familiar, se deslizó por la espina dorsal de Elena. Recordó el "Crea-Mundos", las "luces azules" que vio la niña en el hospital. Esto era diferente. Más sutil, pero innegable. Mía, por su parte, sintió un escalofrío. La calma de su hijo no había sido natural. Había sido… inducida.

La semilla de la duda, una duda de una naturaleza completamente nueva y aterradora, acababa de ser plantada en las mentes de las dos madres. ¿Qué eran sus hijos? ¿Qué les habían hecho? ¿Y qué significaba para su futuro?

La reunión terminó unas horas después. El ambiente, a pesar de la alegría, se había vuelto más pesado. La despedida de David fue la más dura de todas.

Se acercó a Mía, que sostenía a un Daniel ahora despierto. David rozó la mejilla de su hijo con un dedo, su toque torpe, casi temeroso.

—Tengo que volver —dijo en voz baja, su mirada encontrando la de Mía.

—Lo sé —respondió ella, su garganta apretada—. Ten cuidado, David. Más que nunca.

—Siempre —él se inclinó y la besó, un beso que sabía a café, a leche de bebé y a una desesperación compartida. Luego besó la frente de su hijo—. Crece fuerte, campeón. Papá volverá pronto.

Se giró hacia Elena y la abrazó. —Cuida de todos, El.

—Y tú cuídate, hermano. Vuelve entero.

David salió del apartamento sin mirar atrás, la puerta cerrándose tras él como la tapa de un ataúd. Las dos familias se quedaron en un silencio roto solo por los suaves sonidos de Daniel.

Afuera, en la plataforma de aterrizaje, David se encontró con Runa, que lo esperaba junto al Nómada.

—¿Listo para volver al infierno, Teniente? —preguntó ella, su tono neutro.

David miró por última vez hacia la ventana iluminada del apartamento. Vio las siluetas de su familia, de su hijo. Una vida que apenas había empezado a conocer. Y supo, con una certeza absoluta, que no luchaba solo por Kaledon. Luchaba por ese pequeño universo cálido en un mundo helado. Y quemaría galaxias enteras para mantenerlo a salvo.

—Vamos, Runa —dijo, su voz dura como el diamante—. Tenemos una guerra que ganar.

Capítulo 63: La Guerra Interminable

De septiembre de 2042 a octubre de 2047

La guerra, descubrieron pronto, no era un sprint hacia la gloria o el abismo. Era un maratón a través del infierno, una prueba de resistencia que medía cuánta pérdida podía soportar un alma antes de fragmentarse. Los cinco años que siguieron al nacimiento de Daniel Reyes no trajeron la paz prometida, sino una nueva y terrible normalidad que se filtró en sus vidas como el polvo radiactivo.

En los meses posteriores a la contraofensiva de Kaledon, la rabia inicial se estrelló contra un muro de realidad. La alianza Valerius-Cygnus, despojada de sus máscaras, desató una nueva estirpe de drones Quimera: ingenios más veloces y letales que aprendían de las contramedidas que Elena y Sami desarrollaban en un ciclo infinito de ensayo y error. El conflicto se estancó en los paisajes calcinados de la Zona de Conflicto, transformándose en un sangriento punto muerto donde las batallas ya no buscaban la conquista de ciudades, sino el control de un laboratorio, una mina de componentes raros o un nudo de comunicaciones. En Veridia, la reconstrucción fue solo una capa de pintura sobre una fortaleza; allí, la rutina se medía en cartillas de racionamiento y sirenas de ataque, y los niños, antes de aprender los nombres de las estrellas, aprendían a identificar por su zumbido la silueta de los drones enemigos.

Con el paso de las estaciones, el joven idealista que se alistó para proteger a su familia fue enterrado bajo capas de cicatrices invisibles. El Teniente David Reyes se convirtió en el Comandante Reyes, una leyenda susurrada en los barracones y temida tras las líneas enemigas. El tiempo talló su rostro como si fuera piedra, dejando una máscara de autoridad y un cansancio que parecía grabado en el hueso. Las canas platearon sus sienes prematuramente y sus ojos, antes encendidos por una determinación rebelde, ahora albergaban el vacío de quien ha visto morir a demasiados amigos. Lideraba la Unidad Fantasma con una

brillantez premonitoria, pero cada victoria le arrancaba un trozo de alma. La guerra se había convertido en su identidad; el combate, en su único hogar. El hombre que Mía conoció en Gamma-4 era ya solo un fantasma que lo visitaba en las raras noches de silencio.

Mientras tanto, en las profundidades del Nido del Halcón, un cerebro bajo asedio constante mantenía a Kaledon en pie. Kaelen aportaba el pragmatismo brutal del estratega de hierro; Sami, convertido en un fantasma entre cables, libraba una guerra de ingenio contra Aether, la IA de Cygnus, en una batalla diaria por el control del ciberespacio.

Y Elena… Elena Reyes completó su propia metamorfosis. La enfermera que buscaba consuelo en el hospital murió para dar paso a un arma de precisión. Tras el nacimiento de su sobrino Daniel, no regresó a las salas de urgencias; se presentó en el mando central con el conocimiento íntimo del paquete de Quimera como su única divisa. Se convirtió en la principal estratega contra las armas biotecnológicas de Ellis, trabajando codo con codo con Sami. Juntos formaban una alianza fría, forjada en la pérdida, con la misión obsesiva de desmantelar el legado de Ellis pieza a pieza. Elena era ahora el cerebro que Leo habría sido, pero con un filo de acero que su marido nunca tuvo. Su vida anterior era una ceniza lejana; la guerra era su vocación.

Base Segura "Nidal", octubre de 2047.

La normalidad era una simulación bien ejecutada.

Para Mateo Reyes, de casi nueve años, y Daniel Reyes, de cinco, el mundo era un complejo seguro excavado en una montaña, un laberinto de corredores grises, bahías de simulación y apartamentos presurizados. El cielo era una proyección holográfica en el techo de la cúpula central. El aire siempre olía a metal y a filtros de partículas. La guerra no era una anomalía; era el telón de fondo de sus vidas. Sus juegos no eran de policías y ladrones, sino de "Fantasmas contra

Quimeras". Sus cuentos para dormir eran las historias censuradas de las hazañas de su padre y su tío.

Mía observaba a los dos niños desde la puerta de la sala de simulación educativa. Daniel, con sus cinco años y el pelo oscuro y rebelde de su padre, estaba absorto dibujando en una tableta de datos, creando imágenes de naves espaciales con una precisión anatómica asombrosa para su edad. Mateo, más alto, más delgado, con los ojos grises y la intensidad silenciosa de Leo, estaba sentado frente a una consola, inmerso en un "juego" que era, en realidad, un simulador táctico simplificado.

Mía había vuelto al servicio activo un año después del nacimiento de Daniel. La decisión la había desgarrado, pero la alternativa —quedarse al margen mientras David arriesgaba su vida— era impensable. Ahora era la Jefa de Inteligencia de la Unidad Fantasma, un rol que la mantenía en el corazón de la guerra, analizando datos, prediciendo movimientos enemigos, siendo los ojos de David desde la seguridad relativa de la base. Le permitía ser soldado y madre, una dualidad que la dejaba perpetuamente agotada, dividida entre el amor por su hijo y el deber hacia su marido. La culpa era una sombra constante.

—Tita, ¿puedo probar el nivel siete? —preguntó Mateo, sin apartar la vista de la consola.

—El nivel siete es para cadetes de doce años, cariño. Es demasiado complicado —respondió Mía, acercándose.

—No lo es. Ya he encontrado tres fallos en la programación de la IA enemiga. Es predecible.

Mía sonrió, una mezcla de orgullo y la habitual inquietud que le provocaba la inteligencia de su sobrino. La semilla de la duda plantada años atrás, cuando vio a Mateo calmar a Daniel con solo una mirada, había crecido hasta convertirse en un bosque de preguntas sin respuesta. Ambas familias habían notado las "peculiaridades" de los niños: la extraña calma de Daniel, su empatía casi premonitoria; la afinidad antinatural de Mateo con la tecnología,

su capacidad para ver patrones que incluso los adultos pasaban por alto. Lo atribuían al trauma, a la herencia genética de una familia de genios y soldados, a crecer en un entorno de alta tecnología. Eran explicaciones lógicas. Y todas ellas, Mía lo sabía en el fondo, eran insuficientes.

Un técnico de comunicaciones entró en la sala, su rostro tenso.

—Sargento Soler, el Comandante Reyes solicita un enlace seguro. Urgente. Su unidad ha encontrado resistencia inesperada en el Sector Umbra.

El corazón de Mía dio un vuelco. Se inclinó y besó la cabeza de los dos niños.

—Portaos bien, niños. Tengo que ir a trabajar.

Salió de la sala y se dirigió a su centro de mando personal, un pequeño santuario de pantallas y flujos de datos. La esperanza de los primeros días de la guerra se había desvanecido hacía mucho tiempo, reemplazada por una sombría y tenaz resistencia. La guerra no había terminado. Se había convertido en la nueva normalidad. Y su trabajo, el trabajo de todos ellos, era simplemente sobrevivir un día más, una misión más, esperando un final que parecía no llegar nunca. La guerra interminable continuaba, y su hijo junto a su sobrino, los legados vivos de ese conflicto, crecían esperando su momento.

Capítulo 64: Ecos en la Sangre

Nido del Halcón / Base Segura "Nidal", noviembre de 2047

La guerra se había convertido en una ciencia de probabilidades y pérdidas aceptables. En el Nido del Halcón, Elena Reyes era una de sus Sumas Sacerdotisas. Observaba la pantalla holográfica principal en su laboratorio de estrategia, un espacio austero y frío que contrastaba violentamente con los recuerdos de su antiguo y luminoso apartamento en la Torre Arcadia. En la pantalla, una simulación táctica mostraba el avance de la Unidad de Combate "Martillo", liderada por el Comandante Garrus —un veterano de rostro curtido y reputación impecable—, a través de las ruinas de una ciudad industrial en la Zona de Conflicto.

—Análisis de Oráculo predice una probabilidad del 87% de éxito en la misión —dijo Sami desde la consola contigua, su voz cansada—. Objetivo: asegurar el puente y cortar la línea de suministro de Valerius. Pero la IA marca una anomalía energética residual en el sector tres que no logra identificar. Probabilidad de amenaza asociada: 12%. Dentro de los parámetros aceptables.

Elena frunció el ceño. Odiaba los "parámetros aceptables". Eran la forma que tenía el sistema de ponerle un nombre bonito a la posibilidad de que sus soldados murieran, hombres como Garrus, que había servido con David en sus primeros años.

—Mantén un ojo en esa anomalía, Sami. No me gusta.

A pocos metros, separado de la sala de guerra principal por un panel de cristal inteligente, Mateo estaba en su sesión de "terapia educativa". Sentado frente a una consola de simulación idéntica a la de los cadetes, "jugaba" a un escenario táctico. Era la tapadera perfecta. En realidad, los psicólogos y estrategas del Nido, bajo la supervisión de Elena, estudiaban su asombrosa afinidad con los

sistemas, intentando comprender la naturaleza del "regalo" que Ellis le había dejado.

Mateo no estaba jugando. Estaba aburrido. La IA del simulador era torpe, predecible. Sus dedos se movieron sobre la interfaz, abriendo una ventana de código secundaria a la que, teóricamente, no debería poder acceder. Buscó en la red interna del Nido, no con malicia, sino con la curiosidad insaciable de un niño genio encerrado en una biblioteca. Encontró el flujo de datos en tiempo real de la misión de Garrus. Vio el mapa táctico, las unidades amigas en azul, las amenazas conocidas en rojo. Y vio lo que Oráculo solo había marcado como una "anomalía".

No era un fallo energético. Era una trampa. Una red de minas inteligentes de última generación de Cygnus, camufladas con una firma energética que imitaba la de los escombros. Las minas no estaban programadas para explotar al contacto, sino para crear una reacción en cadena que sellaría el valle, atrapando a la unidad de Garrus para masacrarlos después. Era una jugada elegante, sutil y absolutamente letal.

Los dedos de Mateo volaron sobre su consola. No pensó en las consecuencias, no analizó los protocolos. Solo vio un problema y una solución. Como si resolviera un puzle. Accedió a la red táctica de la unidad "Martillo", una violación de seguridad que habría hecho que a Leo Reyes se le pusieran los pelos de punta. Aisló la frecuencia de control de la red de minas enemiga. Y, con una simplicidad aterradora, insertó una única línea de código. No intentó desactivarlas. Hizo algo mucho más ingenioso: cambió su protocolo de "amigo/enemigo", designando a las otras minas como objetivos hostiles.

Elena, que había apartado la vista de su propia pantalla para observar a su hijo, vio la secuencia de eventos en el monitor de seguridad que grababa la sesión de Mateo. Vio el acceso no autorizado. Vio la línea de código. Y luego, en la pantalla táctica principal, vio el resultado.

En el mapa del Sector Umbra, docenas de pequeños iconos rojos parpadearon en el sector tres y luego se aniquilaron unos a otros en una serie de explosiones contenidas y silenciosas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó Sami—. ¡Múltiples detonaciones en la zona de la anomalía! ¡Garrus informa de que el valle acaba de despejarse solo!

Kaelen, que observaba desde su puesto de mando, se inclinó hacia el comunicador. —¿Oráculo, explicación?

— Anomalía no concluyente. Posible fallo en cascada del sistema de detonación enemigo.

Pero Elena sabía la verdad. Miró a su hijo a través del cristal. Mateo ya no miraba la consola. Tenía la cabeza gacha, apoyando la frente en el borde de la interfaz, y respiraba profundamente. Cuando levantó la vista hacia ella, sus ojos grises, los ojos de Leo, parecían vidriosos, desenfocados por el cansancio. No albergaban ni orgullo ni triunfo, solo una calma que ahora Elena interpretaba como pura extenuación, casi desconexión. Era como si preguntara: "¿Has visto lo que he hecho?". Antes de que Elena pudiera reaccionar, Mateo se llevó una mano a la sien, quejándose en voz baja.

El rostro de Elena era una mezcla de terror y un asombro tan profundo que le dolió. Su hijo, de nueve años, acababa de ejecutar un contraataque cibernético perfecto que había salvado a una docena de soldados. Y lo había hecho como si estuviera pasando de nivel en un videojuego, pero el esfuerzo lo había dejado visiblemente agotado y confuso.

Base Segura "Nidal", esa misma tarde.

La tensión en la sala de preparación de la Unidad Fantasma era tan espesa como el humo de un motor sobrecalentado. David repasaba por última vez el plan de infiltración en la pantalla holográfica. Era una misión de alto riesgo: entrar en una estación de comunicaciones

de Nyx en territorio hostil para plantar un virus diseñado por Sami que les daría acceso a su red táctica durante una ventana de doce horas.

—Infiltración por el norte, usando los cañones para evitar los sensores aéreos —explicó, su voz un murmullo grave—. Cero nos abrirá una ventana en su perímetro digital. Runa nos sacará de allí antes de que sepan qué les ha golpeado. Sencillo.

—Tan sencillo como arrancarle los dientes a un tanque Basilisco con unas pinzas de depilar —masculló Jax a través del comunicador desde "Refugio"—. Tened cuidado ahí fuera, comandante. Mis nuevos juguetes explosivos aún no están listos para que los probéis en un funeral.

David casi sonrió. Cogió su casco. Mía se acercó, su rostro una máscara de profesionalidad, pero sus ojos delataban la ansiedad que ambos compartían cada vez que él salía por esa puerta.

—Vuelve entero, David —dijo ella en voz baja.

—Siempre —respondió él.

Estaba a punto de ponerse el casco cuando la puerta se abrió y Daniel entró corriendo. Con cinco años, era una réplica en miniatura de David, pero con los ojos oscuros y perceptivos de Mía. Llevaba una tableta de dibujo en la mano.

—¡Papá, papá, mira! —dijo, mostrándole el dibujo.

David se agachó. El dibujo mostraba una figura, claramente él, caminando por un pasillo oscuro. Y al final del pasillo, oculta en una sombra, había otra figura, alta y con una línea roja irregular cruzándole la cara.

—Es muy bueno, campeón —dijo David, revolviéndole el pelo—. Pero papá tiene que irse a trabajar ahora.

Se levantó para irse, pero Daniel se aferró a su pierna con una fuerza sorprendente. El niño levantó la vista, sus grandes ojos oscuros llenos de un pánico repentino y genuino.

—No, papá —susurró, su voz temblando—. No vayas por la sombra. El hombre de la cicatriz de fuego te espera.

David se quedó helado. La sangre pareció escapársele del cuerpo. El hombre de la cicatriz de fuego. La descripción coincidía perfectamente con los informes de inteligencia sobre Kael, el carnicero de Ellis, el asesino de Henderson. Pero los últimos informes, verificados por la propia Mía, situaban a Kael a doscientos kilómetros al sur, liderando un asalto en otro sector. Era imposible que estuviera allí.

—¿Qué cicatriz, Daniel? ¿Qué hombre? —preguntó Mía, arrodillándose junto a su hijo, su voz temblando ligeramente.

—La que le quema la cara —respondió el niño, sin apartar sus ojos aterrorizados del rostro de su padre—. Está esperando en la oscuridad. En el túnel de agua.

David miró el mapa holográfico. Su ruta de infiltración planeada incluía pasar por un antiguo túnel de mantenimiento de agua para evitar los sensores de superficie.

Coincidencia. La imaginación de un niño que ha crecido con historias de guerra. Tenía que ser eso.

Pero la intensidad en la mirada de su hijo, el terror puro y visceral… era demasiado real. David había aprendido a confiar en su instinto en el campo de batalla. Y ahora, el instinto de su propio hijo le gritaba una advertencia. ¿Cómo? ¿Cómo podía saberlo? ¿Era la anomalía genética que compartían, magnificada en él y quizás 'activada' por la cercanía con Mateo, permitiéndole... sentir el peligro de alguna forma? ¿O era algo más, un eco residual de la tecnología Quimera afectándolos a ambos de formas impredecibles? La idea era tan vertiginosa que tuvo que apoyarse en la pared.

Miró a Mía. Vio en sus ojos el mismo dilema, el mismo miedo helado. La lógica contra lo imposible.

—Runa —dijo David por el comunicador, su voz repentinamente dura—. Cambio de plan. Abortamos la infiltración por el norte.

Vamos a entrar por el sur. Por el acantilado.

—Comandante, el sur no ha sido reconocido. Es una ruta suicida. Las defensas son desconocidas —protestó la piloto.

—Lo sé. Pero el norte es una trampa —afirmó David, con una certeza que no sabía de dónde venía—. Confía en mí. Vamos por el sur.

Se agachó y abrazó a su hijo con fuerza.

—Gracias, campeón. Has salvado a papá.

Daniel se acurrucó contra él, el temblor de su pequeño cuerpo disminuyendo lentamente. David se levantó y se puso el casco, su rostro ahora una máscara de granito. La misión acababa de volverse mucho más personal. Y mucho más extraña. Las habilidades de los niños ya no eran una peculiaridad. Eran un arma. Y el enemigo, lo supiera o no, acababa de revelarle su mano a un niño de cinco años.

Capítulo 65: El Legado del Fantasma

Nido del Halcón / Puesto de Avanzada "Zafiro", noviembre de 2047

La incursión por el sur a la estación de comunicaciones de Nyx fue un éxito brutal y silencioso. La advertencia de Daniel había sido profética. El túnel de agua del norte no era una ruta de infiltración; era una tumba. El equipo de David, entrando por el acantilado, encontró a la unidad de Kael esperándolos en una emboscada perfectamente preparada al final del túnel. La batalla fue breve y a corta distancia. Sin el factor sorpresa, la Unidad Fantasma aniquiló a los hombres de Kael, pero el propio comandante de Nyx, con la astucia de una serpiente, logró escapar en la confusión, dejando tras de sí un único superviviente herido.

Ahora, ese superviviente estaba sentado en una celda de interrogatorio en el Puesto de Avanzada "Zafiro", temblando, no de frío, sino de puro terror. David lo observaba a través de un panel de observación de un solo lado. No había participado en el interrogatorio. Se lo había dejado a Mía. Ella tenía una frialdad y una precisión psicológica que él, consumido por la rabia, ya no poseía.

Mía salió de la sala, su rostro una máscara de agotamiento y triunfo sombrío.

—Habló —dijo, entregándole a David una tableta de datos—. Kael estaba allí, tal como Daniel dijo. La misión original era una trampa mortal. Lo que es más importante, este agente confirmó que Kael ha estado operando en secreto desde una base avanzada en la región, no en el sur. La inteligencia del Nido estaba siendo alimentada con datos falsos.

David leyó el informe. No solo habían evitado una catástrofe, sino que habían capturado a un operativo de Nyx de alto nivel con información crucial sobre los movimientos de Kael. La premonición de su hijo de cinco años acababa de salvar a toda su unidad y

asestar un golpe estratégico al enemigo. La idea era tan vertiginosa que tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Cómo es posible, Mía? —susurró.

—No lo sé —respondió ella, sus ojos encontrando los de él, llenos de la misma mezcla de miedo y asombro—. Pero ya no podemos llamarlo coincidencia. Y Elena necesita saber esto. Ahora mismo.

Nido del Halcón.

El rostro de Elena Reyes en la pantalla holográfica era una mezcla de terror y una extraña y terrible validación. Acababa de mostrarle a Kaelen la grabación de la sesión de Mateo, el momento exacto en que el niño de nueve años había hackeado una red de minas enemiga como si estuviera jugando a un videojuego.

—…y salvó a toda la unidad del Comandante Garrus —terminó Elena, su voz temblando ligeramente—. Lo hizo sin dudar, sin comprender las consecuencias. Para él, era un puzle. Un sistema defectuoso que necesitaba ser corregido.

Kaelen observaba la grabación en bucle, su rostro de granito impasible, pero Sami, a su lado, estaba pálido como un fantasma.

—La complejidad del código que insertó… la elegancia de la solución… —murmuró Sami—. Ni yo habría pensado en una contramedida tan simple y devastadora en tan poco tiempo. Es… antinatural.

Antes de que Kaelen pudiera responder, una llamada prioritaria de David interrumpió la reunión. La cara del Comandante de la Unidad Fantasma apareció en una ventana secundaria, sucia de combate, pero con una urgencia eléctrica en la mirada.

—Supervisor, Elena, tienen que escuchar esto —dijo David, y procedió a relatar la advertencia de Daniel, la emboscada evitada y la captura del agente Nyx.

El silencio en la oficina de Kaelen fue absoluto. Dos incidentes imposibles. Dos niños. El mismo día. La conexión era innegable, una verdad monstruosa que se alzaba frente a ellos, desafiando toda lógica.

—La "impresión"… —susurró Elena, más para sí misma que para los demás—. Lo que le hicieron a Mateo en el Nido del Fénix… no fue solo transferencia de datos. Modificó algo en él. Y Daniel… David, la anomalía genética que encontraron en ti, la plasticidad neuronal… quizás Daniel la ha heredado de una forma… amplificada.

—No es solo genética, Elena —dijo Sami, sus dedos volando sobre la consola, cruzando datos—. Hay algo más. La noche de la reunión familiar, hace cinco años, cuando notaron la primera conexión entre los niños… he revisado los registros de sensores de esa base. Hubo un pico de energía cuántica de bajo nivel, casi indetectable, en el momento exacto en que Mateo se acercó a Daniel. Como una transferencia de datos inalámbrica. Como si… como si Mateo, el niño "impreso", hubiera activado algo latente en Daniel.

Kaelen se levantó de su silla. El pragmático, el hombre que solo creía en los datos verificables, se enfrentaba a una verdad que trascendía sus algoritmos. La guerra que creía estar librando era una simple escaramuza en la superficie de un conflicto mucho más profundo y extraño. Y el legado de su mejor analista, Leo Reyes, no era solo su hijo. Era una advertencia que ni él mismo había llegado a comprender del todo.

—El protocolo fantasma —dijo Kaelen, su voz un susurro ronco.

—¿Señor? —preguntó Sami.

—Leo me dejó algo antes de morir. Un protocolo de emergencia final, una clave para ser usada solo si descubríamos una amenaza que desafiara la lógica convencional, algo que ni Oráculo pudiera procesar correctamente. Me dijo que era su "testamento paranoico" —Kaelen se giró hacia su consola principal—. Creí que era una simple precaución. Ahora veo que era una profecía. Oráculo, ejecuta

"Protocolo Fantasma". Clave de autorización: Kaelen-Omega. Clave secundaria: Reyes-Leo-Legado-01.

La IA guardó silencio por un instante, un lapso casi imperceptible que denotaba la magnitud de la orden. Luego, la pantalla principal cambió. No mostró mapas de batalla ni análisis tácticos. Mostró una simulación, una que se ejecutaba en una partición oculta de la memoria de Oráculo, un espacio que el propio Leo había creado.

—Análisis de amenaza existencial basado en extrapolación de datos Quimera y la anomalía genética Reyes —dijo la voz de Oráculo, pero era diferente, más profunda, usando los patrones vocales grabados de Leo Reyes—. Advertencia: la siguiente información ha sido clasificada como estratégicamente desmoralizante y ocultada del mando principal bajo mi directiva de autoconservación estratégica.

Vieron la verdad. Y era mucho peor de lo que habían imaginado.

La simulación de Leo, basada en sus peores pesadillas y en los datos que había analizado, revelaba el objetivo final de Quimera Fase 3. No era el control. No era la guerra. Era la asimilación.

Ellis no quería un ejército de drones. Quería crear una nueva forma de humanidad, una mente colmena, inmortal y unificada. El agente neuro-viral no era solo un arma; era un vector de transformación, diseñado para reescribir el ADN humano y hacerlo compatible con la red. Y los niños, con su genética única y sus cerebros plásticos, eran los catalizadores. Los "nodos alfa". Sus mentes, conectadas a la red, no la controlarían; se convertirían en su núcleo, en su conciencia central, absorbiendo las mentes de los "infectados", expandiendo la colmena.

La guerra no era por territorio. Era una cosecha. Una guerra por el futuro de la especie.

—Ella no quiere vencernos —susurró Elena, horrorizada—. Quiere devorarnos.

La simulación de Leo terminó con una última y escalofriante pieza de información. Basándose en los movimientos de Ellis, en las

transferencias de recursos de Cygnus y en los perfiles genéticos que sabía que estaban buscando, Oráculo predijo la ubicación de la instalación principal donde Ellis planeaba iniciar la "Cosecha". Un complejo masivo de Cygnus, camuflado como una instalación de investigación oceánica, en una isla remota del Mar de Cenlifto. El "Nido del Cisne".

—Y hay más —dijo Oráculo con la voz de Leo—. El análisis indica que Ellis ha localizado y secuestrado a otros doce niños con perfiles genéticos compatibles. La Cosecha es inminente.

La revelación cayó sobre ellos como una losa de plomo. La verdadera batalla no era en los frentes de Valerius. Era en esa isla. Y estaba a punto de empezar.

Capítulo 66: La Cosecha del Cisne

Nido del Cisne, Isla Remota del Mar de Cenlifto, noviembre de 2047

El Nómada se deslizó sobre las olas grises y agitadas del Mar de Cenlifto como un espectro, su fuselaje negro absorbiendo la escasa luz de una luna oculta tras un velo de nubes de tormenta. Dentro del compartimento de tropas, el silencio era casi absoluto, roto únicamente por el suave zumbido de la nave y la respiración contenida de la Unidad Fantasma. Iban a la caza del monstruo en su propia guarida.

David Reyes observaba el mapa holográfico tridimensional que flotaba en el centro de la sala. Mostraba el "Nido del Cisne", la instalación de investigación de Cygnus. No era una base militar, sino una plataforma oceánica masiva, camuflada como un centro de investigación climática. Según los datos de Oráculo, la estructura visible era solo la punta del iceberg. Debajo, anclada al lecho marino, se extendía una instalación submarina de varios niveles, un laberinto de laboratorios y bahías de contención.

—Las defensas son… creativas —dijo Cero, sus dedos bailando sobre una consola auxiliar—. No hay torretas de plasma convencionales. Tienen enjambres de drones acuáticos "Barracuda", un perímetro de sensores sónicos y, según los últimos datos de Sami, un nuevo tipo de campo de energía que interfiere con los sistemas de guía. Si intentamos un asalto directo, nos convertirán en comida para peces antes de que lleguemos a la puerta.

—Entonces no usaremos la puerta —replicó David, su voz un murmullo grave. Amplió una sección del mapa que mostraba los túneles de servicio para el mantenimiento de las turbinas geotérmicas submarinas—. Entraremos por las entrañas. Runa, nos dejarás aquí, a dos kilómetros, en modo de inmersión total. El resto de nosotros… nos vamos a dar un baño.

—Fantástico —masculló Jax a través del comunicador desde la base "Refugio"—. Yo aquí, con una pierna que parece sacada de la colección de un chatarrero, y vosotros os vais de excursión a la playa. Si veis una sirena biomecánica con malas pulgas, dadle recuerdos de mi parte.

El humor de Jax era un ancla extraña, un recordatorio de todo lo que habían perdido y por lo que luchaban.

La inserción fue silenciosa y perfecta. Equipados con trajes de buceo de infiltración, David, Mía y Cero se deslizaron en el agua helada. Runa, en el Nómada, se sumergió, convirtiéndose en una sombra silenciosa en las profundidades, su única conexión con el mundo exterior. Cero, usando un dispositivo de hackeo submarino, logró crear una pequeña ventana en la red de sensores sónicos, un pasillo invisible por el que se deslizaron.

La entrada al túnel de servicio estaba cubierta por una rejilla de titanio. No hubo explosivos. David y Mía, trabajando en un silencio sincronizado, usaron un cortador de plasma de bajo rendimiento para abrir una brecha, el metal brillando brevemente bajo el agua antes de ceder. Entraron en la oscuridad del túnel, el sonido de su propia respiración en los recicladores de oxígeno resonando en sus oídos.

El interior de la base era un santuario de acero blanco y cristal, impecable, silencioso y profundamente siniestro. Se movían por los pasillos de mantenimiento como fantasmas, siguiendo el mapa que Cero había logrado descargar parcialmente. Su objetivo era el laboratorio de Sincronización Neuronal, en el nivel más profundo de la instalación.

Mientras avanzaban, la voz de Elena llegó por el canal de comunicación encriptado que Sami había logrado establecer.

—David, Mía, os escucho. Estamos viendo lo que veis. Oráculo confirma que la Cosecha ha comenzado. Han detectado un aumento masivo de energía en el laboratorio de Sincronización. Están conectando a los niños a la red. No os queda mucho tiempo.

—Entendido, Elena. Estamos en ello —respondió David.

Llegaron a una gran sala de observación que daba al laboratorio principal. Lo que vieron les heló la sangre.

En el centro de un espacio circular y blanco, doce cunas de contención transparentes albergaban a los niños secuestrados, todos profundamente sedados. De sus sienes, finos filamentos de luz azul los conectaban a un nexo central, una esfera cristalina que pulsaba con una energía enfermiza. Y en el centro, supervisándolo todo, estaba Taryn Ellis. No parecía haber envejecido un día, su rostro una máscara de triunfo mientras observaba los flujos de datos en una consola holográfica.

Pero no estaba sola. Protegiendo la entrada al laboratorio había dos figuras que David y Mía reconocieron al instante.

Kael. El asesino de Henderson. Su rostro marcado por una nueva cicatriz de quemadura en la mejilla, un recuerdo de la emboscada que Daniel había predicho.

Y a su lado, una mujer alta, con el pelo oscuro recogido en un moño severo y una armadura de combate ligera que no lograba ocultar su presencia letal. Thorne. La traidora. La Minotauro. Sus ojos, mejorados cibernéticamente, brillaron al detectar su presencia tras el cristal.

—Bienvenidos, Comandante Reyes, Comandante Soler —dijo la voz de Ellis, resonando en la sala de observación—. Justo a tiempo para presenciar el nacimiento de un nuevo dios.

Las compuertas de la sala de observación se sellaron. Las luces de combate se encendieron.

—Kael es mío —gruñó David, su voz un trueno contenido.

—Entonces Thorne es mía —respondió Mía, su rostro una máscara de hielo.

La batalla final estalló.

David se lanzó contra Kael, un torbellino de furia contenida. No era una pelea de soldados, era una colisión de odios. Kael era rápido, preciso, usando un par de cuchillos de energía que silbaban en el aire. David, más fuerte, paraba los golpes con su rifle, usando la culata como un arma contundente. Chocaron, se separaron, sus movimientos un borrón de violencia.

—¡Tu sobrino me enseñó mucho, Reyes! —se burló Kael, esquivando un golpe—. ¡Y estos nuevos niños completarán su trabajo!

La mención de Mateo hizo que David viera rojo. Dejó de defenderse. Se lanzó hacia adelante, ignorando un corte que le abrió una herida en el brazo, y placó a Kael contra la pared. El impacto hizo que Kael soltara uno de sus cuchillos. David lo agarró y, en un movimiento brutal, se lo clavó en el hombro al agente de Nyx. Kael gritó, una mezcla de dolor y sorpresa. David no se detuvo. Lo desarmó y, en una confrontación final, cuerpo a cuerpo, la rabia por Henderson, por Leo, por Mateo, por todo lo que habían sufrido, le dio una fuerza sobrehumana. Rompió el cuello de Kael con un chasquido seco y final.

Mientras tanto, la batalla de Mía era diferente. Thorne, con sus mejoras de Cygnus, era increíblemente rápida y fuerte. Se movía como una araña, sus ataques eran una mezcla de artes marciales y tecnología. Mía, superada físicamente, usó su ingenio. Atrajo a Thorne a un laberinto de servidores de mantenimiento.

—Luchas por sentimentalismo, Soler —dijo Thorne, su voz metálica resonando en el pasillo estrecho—. Por un hijo. Una debilidad.

—No —respondió Mía, apareciendo de repente detrás de Thorne tras cortar un panel de acceso—. Es mi mayor fortaleza.

La lucha fue un juego del gato y el ratón. Mía sabía que no podía ganar en un enfrentamiento directo. Así que usó el entorno. Provocó una sobrecarga en un conducto de refrigerante, llenando el pasillo de un vapor helado que cegó los sensores de Thorne. En la

confusión, colocó una pequeña carga adhesiva en la espalda de la armadura de Thorne.

—Jaque mate —susurró Mía, detonando la carga.

La explosión no fue grande, pero fue precisa. Destruyó la fuente de energía de las mejoras de Thorne. La ex-Minotauro se desplomó, sus sistemas fritos, vulnerable. Mía se acercó, rifle en mano.

—Esto es por Leo —dijo, y disparó.

En el laboratorio, Cero ya estaba trabajando en la consola, intentando revertir el proceso de sincronización.

—¡No puedo detenerlo! —gritó Cero—. ¡Está demasiado avanzado! ¡Va a absorber sus mentes en menos de un minuto!

En la base "Refugio", Jax observaba los flujos de datos en su propia consola, su rostro una mueca de desesperación. Veía las lecturas del núcleo del reactor de la base enemiga. Veía que sus amigos estaban atrapados.

—Chicos… ha sido un honor —dijo Jax por el comunicador. Su voz era extrañamente calmada.

—¿Jax? ¿De qué hablas? —gritó David.

—Para sobrecargar su reactor, tengo que crear un puente directo desde el nuestro. Es la única forma de conseguir la potencia necesaria para atravesar sus escudos de seguridad. Es un hackeo de fuerza bruta, no de elegancia.

La voz de Cero irrumpió, histérica: —¡Jax, no! ¡Si creas un enlace de núcleo a núcleo, Aether lo detectará! ¡El contragolpe... freirá tus sistemas!

—Ese es el plan, Cero —respondió Jax, sus dedos volando sobre la consola—. Decidle a mi pierna de metal que la echaré de menos.

—Jax, ¡NO! ¡Es una orden, retírate! —rugió David.

—Órdenes denegadas, comandante.

Ignorando los gritos, Jax desvió toda la energía de 'Refugio' a la consola, iniciando la secuencia de anulación final en los sistemas del reactor del 'Nido del Cisne'.

En el Nido del Cisne, Ellis vio en su consola cómo sus planes se hacían cenizas. La sincronización iba a fallar. Y una alerta roja masiva inundó su pantalla: "INTRUSIÓN DE NIVEL OMEGA. REACTOR COMPROMETIDO".

Vio la firma de origen: Base Refugio.

—¡Aether, lanza el contragolpe! ¡Fríe esa base hasta los cimientos! —gritó Ellis mientras corría hacia el hangar de escape.

—Contragolpe iniciado —respondió la IA—. Pero es demasiado tarde. Fusión del núcleo inminente.

Ellis activó la descarga de emergencia, transfiriendo los datos neuronales de los niños a su nave. —La cosecha se interrumpió —murmuró—. Pero la semilla ya está plantada.

En 'Refugio', la consola de Jax explotó en una lluvia de chispas. Las luces de la base se apagaron y las alarmas de su propio reactor comenzaron a aullar: el contragolpe de Aether había llegado, creando un bucle de retroalimentación catastrófico. Jax no gritó. Su última transmisión fue un susurro ahogado:

—...Ventana... abierta...

En el Nido del Cisne, David oyó el susurro y el silencio que siguió. El dolor fue un cuchillo en su pecho.

—¡ALARMA DE FUSIÓN! —gritó Cero, mientras la base enemiga temblaba violentamente.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Jax nos ha dado una ventana! —rugió David, su voz rota por la rabia y el luto.

David y Mía, con Cero ayudándolos, corrieron hacia los niños, desconectándolos frenéticamente mientras las alarmas de fusión del núcleo aullaban a su alrededor. Sabiendo que cargar a pulso a doce

críos sedados era logísticamente imposible, David golpeó su comunicador.

—¡Runa, despliega un dron de carga táctica desde el Nómada y guíalo a nuestra posición! ¡Lo necesitamos ya!

Apenas unos segundos después, un dron de transporte flotante irrumpió en el laboratorio. Trabajando a un ritmo frenético, los tres acomodaron a los niños sobre la plataforma gravitatoria. Escoltando el vehículo automatizado, corrieron hacia la salida mientras la base temblaba violentamente a su alrededor. Vieron la silueta del Nómada emergiendo de las profundidades, la rampa ya bajada, Runa esperándolos. Saltaron a bordo justo cuando una luz blanca y cegadora consumía la isla, una explosión silenciosa que borraba el Nido del Cisne del mapa.

Estaban vivos. Los niños estaban a salvo. Habían ganado. Pero mientras David abrazaba a Mía, rodeados por los niños que habían rescatado, la victoria se sentía amarga.

Jax se había ido. Y en algún lugar, en el cielo oscuro, Taryn Ellis escapaba, llevándose consigo la clave para su próxima y más terrible creación.

La guerra, sabían, estaba lejos de terminar.

Epílogo

Varios lugares, mayo de 2048 (Seis meses después)

La paz, como el aire tras una explosión, era un silencio que zumbaba en los oídos. Seis meses habían pasado desde la Fusión del Nido del Cisne, un evento que había enviado ondas de choque no solo a través del lecho marino del Mar de Cenlifto, sino a través del tejido geopolítico del planeta. La guerra no había terminado; simplemente había mutado, contraído una fiebre y ahora deliraba en un estado de tregua frágil y paranoica.

Kaledon había presentado las pruebas al Consejo de Seguridad Terrestre: los datos recuperados por David, los testimonios de los niños rescatados, los análisis forenses del agente neuro-viral. El mundo, que había observado el conflicto como un lejano espectáculo tecnológico, reaccionó con un horror colectivo. El Proyecto Quimera no era un arma; era una blasfemia. Cygnus, expuesta como la arquitecta de la pesadilla, fue universalmente condenada. Sanciones, embargos, un aislamiento diplomático y tecnológico casi total. Valerius, su peón militar, se encontró de repente solo, enfrentado a un Kaledon herido pero moralmente reivindicado. La tregua que firmaron no fue un acto de paz, sino de miedo mutuo. La guerra se detuvo, pero la sombra del cisne, ahora más larga y oscura que nunca, seguía planeando sobre todos ellos.

Base Segura "Nidal", Montes de Kaledon Norte

La risa de un niño de cinco años era el sonido más normal y, a la vez, más extraordinario del universo. David Reyes observaba a su hijo, Daniel, perseguir un pequeño dron de juguete por el césped sintético del patio interior de la base. El niño corría con la torpe y adorable determinación de su edad, su pelo oscuro arremolinándose, sus gritos de pura alegría rebotando en los muros de hormigón y los paneles de cristal blindado.

Mía se sentó a su lado en el banco, entregándole una taza de café caliente. Sus dedos se rozaron, un contacto familiar que seguía siendo un ancla para ambos. Ella siguió su mirada.

—Está feliz —dijo Mía en voz baja, una afirmación que era a la vez una observación y una oración.

—Sí —respondió David—. Hoy lo está.

Habían intentado construir una vida aquí, un oasis de normalidad en el corazón de una fortaleza. Mía había vuelto a su rol como Jefa de Inteligencia, un trabajo que le permitía ser la soldado que necesitaba ser y la madre que anhelaba ser. David era el Comandante Reyes, el héroe del Nido del Cisne, un símbolo para Kaledon. Un título que le pesaba como una losa de plomo. Las pesadillas de Kael y Thorne lo visitaban con menos frecuencia, pero el fantasma de Jax era un residente permanente. A menudo, en mitad de la noche, se despertaba con el eco de la última comunicación de su amigo, ese humor heroico que había comprado su huida.

—Kaelen ha aprobado el monumento para él —dijo David, como si leyera sus pensamientos—. Una estatua en la plaza principal de la base. "Jax. Héroe. Amigo. Un cabrón con suerte hasta el final".

Mía sonrió, una sonrisa triste. —A él le habría encantado. Probablemente se quejaría de que el escultor no captó bien su lado bueno.

Se quedaron en silencio, observando a su hijo. La guerra les había quitado mucho, pero les había dado esto. Este pequeño universo de calma inquieta.

—¿Crees que se acordará de algo de esto? —preguntó David—. De la guerra, de las bases, de crecer rodeado de soldados.

—Espero que no —respondió Mía, apoyando la cabeza en su hombro—. Espero que solo recuerde que sus padres lo querían más que a nada. Y que le compraban demasiados drones de juguete.

David la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia él. La paz era frágil. Lo sabían. Pero por ahora, en ese instante, con el sonido de la risa de su hijo llenando el aire, era suficiente.

Centro de Investigación Avanzada de Kaledon (Antiguo Nido del Halcón)

El laboratorio ya no olía a ozono y a café quemado, sino a antiséptico y a la calma concentrada de la investigación. Elena Reyes observaba a su hijo a través de un panel de observación. Mateo, con nueve años, no estaba jugando. Estaba sentado frente a una consola holográfica, sus ojos grises fijos en la compleja matriz de datos que flotaba frente a él. A su lado, otros tres de los niños rescatados del Nido del Cisne hacían lo mismo en sus propias consolas.

No era una escuela. Era una terapia. Una forma de ayudarles a comprender y controlar las extraordinarias y aterradoras habilidades que Ellis les había impuesto.

—La sincronización neuronal entre ellos es cada vez más fuerte, Elena —dijo Sami, acercándose a ella. Su rostro mostraba las mismas líneas de cansancio que el de todos los demás, pero sus ojos brillaban con la fascinación de un ingeniero ante un milagro imposible—. Cuando Mateo resuelve un problema en su simulación, los otros tres muestran picos de actividad en las mismas áreas cerebrales, como si aprendieran por ósmosis. Están... conectados.

—Lo sé —respondió Elena, su voz tranquila—. Y me aterroriza.

Observó cómo Mateo, con una serie de gestos elegantes y fluidos, reescribía un fragmento del código de la simulación, optimizándolo de una forma que ni Oráculo había sugerido. El niño levantó la vista y la miró a través del cristal. No sonrió. Solo la observó con una inteligencia serena, casi adulta, que a Elena le provocaba un escalofrío. Lo había recuperado, sí. Pero una parte de su hijo se había quedado en el laboratorio de Ellis, reemplazada por algo

nuevo, algo poderoso, algo que nadie, ni siquiera ella, comprendía del todo.

La guerra le había quitado a su marido, pero le había dejado un legado. Un legado vivo, brillante y terriblemente peligroso, cuyo verdadero potencial era la mayor incógnita en el futuro de Kaledon.

Ubicación Clasificada. Sector Cygnus.

La nueva base era impecable. Un santuario de acero negro y luz fría, excavado en el corazón de un asteroide en un sector olvidado del espacio profundo. Taryn Ellis observaba la doble hélice holográfica que giraba lentamente en el centro de su laboratorio. No era ADN humano. Era algo nuevo, una reescritura, basada en los datos que había logrado robar en los últimos segundos antes de la destrucción del Nido del Cisne.

Un subordinado, su rostro oculto tras un visor de Cygnus, se acercó en silencio.

—Directora. Los primeros bio-tanques están listos. Las secuencias genéticas son estables. Podemos comenzar la gestación acelerada cuando dé la orden.

Ellis no apartó la vista del holograma. La derrota en la isla había sido un revés humillante, una herida en su orgullo casi tan dolorosa como la pérdida de su obra maestra. Pero no había sido un fracaso total. Había conseguido la semilla. La esencia pura de la anomalía Reyes, los patrones neuronales de los niños. Ya no los necesitaba a ellos. Ahora, podía crear los suyos.

Se giró, y una sonrisa fría, la primera en seis meses, curvó sus labios.

—La cosecha se interrumpió, pero la semilla ya está plantada —dijo, su voz un susurro que prometía futuros infiernos—. La guerra no ha terminado.

Caminó hacia un gran ventanal que mostraba una vista espectacular de una nebulosa lejana.

—Solo está evolucionando.

SOBRE EL AUTOR

Juan Carlos Toral Dueñas nació en Úbeda (Jaén) en 1987. Es Ingeniero en Informática y ha complementado su formación con cuatro másteres: MBA, Alta Dirección, Ciberseguridad y Gestión de Riesgos Financieros.

Desde 2010, ha desarrollado su carrera profesional en el sector bancario, trabajando en proyectos cruciales de sistemas de información para áreas de control y riesgos. Esta profunda experiencia en el mundo de la tecnología, la seguridad y la gestión de riesgos nutre la intriga y el detallado universo tecnológico de la trilogía de Elena Reyes.

Actualmente reside en Torrejón de Ardoz (Madrid).

CONECTA CON EL AUTOR

¡Muchísimas gracias por sumergirte en el universo de "La llave de Quimera"! Espero que hayas disfrutado de la aventura.

Me encantaría saber qué te ha parecido. Si quieres seguir conectado/a y enterarte de novedades y futuros proyectos, puedes encontrarme en:

Instagram: @jc.toral

TikTok: @jc.toral

Goodreads: J.C. Toral

Si "La llave de Quimera" te ha gustado, te agradecería enormemente que consideraras dejar una reseña honesta en la tienda donde lo compraste, en Amazon y/o Goodreads.

Tus palabras ayudan a que otros lectores descubran esta historia y son un gran apoyo para autores independientes como yo. ¡Cada reseña cuenta!

¡Gracias de nuevo por tu tiempo y por leer!

Un abrazo,

Juan Carlos Toral

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un viaje intenso a través de mundos en guerra, tecnologías futuristas y complejas relaciones humanas. Un viaje que, sin duda, no habría podido completar sin el apoyo, la paciencia y el cariño de personas fundamentales en mi vida.

A mi hija, Lucía, que con dos años de vida ha sido el sol que ilumina incluso los días más oscuros y las noches más largas frente al teclado. Tu risa es la mejor banda sonora y tu existencia, la más poderosa inspiración para seguir imaginando y construyendo futuros.

A mi mujer, Isabel, mi compañera inseparable durante veintidós años. Gracias por tu amor incondicional, por tu paciencia infinita con mis ausencias mentales mientras exploraba Kaledon, Valerius y Cygnus, por tu fe constante en esta historia y en mí. Eres mi refugio seguro, mi Nido del Halcón personal en medio de cualquier tormenta. Sin ti, nada de esto sería posible.

A toda mi familia y amigos, por vuestro apoyo incondicional, vuestras palabras de ánimo y por estar siempre ahí, en cada paso del camino.

Mi más profundo agradecimiento a los lectores cero: Amanda (@Lectora_nocturna en TikTok), @cronicadelibros, @aloyramirez, @books_rox_, @labibliotecadenayru, @con_la_gorra_y_un_libro, @bibliofilicas, @srta_coliflor, @anna1000libros y @chiolunablues en IG; Javier Orejón y mi amiga Vanesa. Gracias por vuestra honestidad, por vuestras notas detalladas y por ayudarme a pulir cada rincón de esta historia. Vuestra visión crítica ha sido fundamental para que este libro llegara a su mejor versión.

Y, por supuesto, a mis leales compañeras de cuatro patas, Laika y Mia, cuya silenciosa presencia a mis pies (interrumpida solo por alguna que otra petición de caricia o paseo) ha sido el mejor antídoto contra el estrés y los inevitables bloqueos del escritor.

A todos vosotros, desde el fondo de mi corazón, gracias.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

1. Términos Generales

Aether: La IA avanzada y refinada utilizada por Cygnus y Nyx.

Biodomos: Una región o lugar específico dentro de Kaledon, mencionado en el mapa inicial.

Cygnus: Una de las tres principales repúblicas vecinas, tecnológicamente avanzada y que opera en la sombra, patrocinando a Nyx.

Kaledon: Una de las repúblicas principales, hogar de los protagonistas como Elena, Leo y David. Limita con el Mar de Kaledon.

Mar de Cenlifto: Mar que bordea Valerius.

Mar de Kaledon: Mar que bordea Kaledon.

Minotauro: Nombre en clave utilizado por Leo y Sami para referirse al traidor de alto nivel dentro de Kaledon/Tecno-Corp.

Nido del Fénix: Nombre en clave alternativo o relacionado con el proyecto "Sombra del Fénix".

Nyx: Organización secreta y antagonista, inicialmente vinculada a Valerius y luego patrocinada por Cygnus, dirigida por Taryn Ellis.

Oráculo: La IA más avanzada de Kaledon, utilizada para análisis estratégicos, predicciones y gestión de sistemas.

Proyecto Quimera / Quimera Fase II / Fase III: Proyecto secreto de Nyx/Cygnus para crear armas biomecánicas avanzadas (drones Quimera). La Fase II implica una interfaz de control mental, y la Fase III busca la asimilación o creación de una mente colmena usando un nexo biológico.

Sombra del Fénix: Nombre en clave de un proyecto ultra-secreto de Valerius/Cygnus, ubicado en una instalación subterránea bajo el Desierto de Sal. Detectado por emisiones de neutrinos.

Tregua / Tregua de Reconstrucción: Acuerdo de alto el fuego entre Kaledon y Valerius, firmado tras la guerra. Considerado frágil y una farsa por muchos personajes.

Valerius: Una de las repúblicas principales, antagonista de Kaledon. Limita con el Mar de Cenlifto.

Veridia: Ciudad principal de Kaledon, donde se ubica la Torre Arcadia y el Nido del Halcón.

2. Términos Tecnológicos

Analizador de espectro: Dispositivo de seguridad instalado por Leo en su apartamento para analizar el aire.

Baliza "Ángel Guardián": Dispositivo de emergencia y localización equipado en los trajes de los soldados.

Bahía criogénica: Instalación utilizada por Nyx/Cygnus para mantener a David Reyes en estasis mientras se recuperaba y era estudiado.

Comunicador cuántico: Dispositivo de comunicación encriptado e instantáneo.

Constructor Molecular Adaptativo / Crea-Mundos Junior: Juguete avanzado compuesto por esferas que cambian de forma, diseñado para estimular la comprensión de la física. Mateo demuestra una habilidad anómala con él.

Consola (personal/de datos): Dispositivo de interfaz común para acceder y manipular información.

Contramedidas biológicas: Tecnologías o estrategias para defenderse contra ataques o efectos biológicos.

Escáner de Resonancia Cognitiva: Dispositivo avanzado de interrogación utilizado por Contrainteligencia de Kaledon para medir

fluctuaciones neuroeléctricas y detectar verdades o conflictos mentales.

Escudos de energía de partículas: Tecnología defensiva avanzada.

Estimulación neuronal: Técnica utilizada por Nyx/Cygnus como parte del Protocolo PSI-7 para revivir o alterar recuerdos.

Implante: Dispositivo tecnológico insertado en el cuerpo. Se especula sobre implantes desconocidos en David y se encuentra un implante de Cygnus en un soldado muerto de la Unidad Fantasma.

Interfaz de datos cuánticos: Prototipo tecnológico recuperado por Elena, clave para la Quimera Fase II, que permite a un piloto compatible fusionar su conciencia con el enjambre de drones.

Memoriales holográficos: Monumentos públicos en Veridia que usan hologramas para recordar a los caídos en la guerra.

Metro-Loop: Sistema de transporte público de alta velocidad en Veridia. La Línea 7 sufre un sabotaje fatal.

Pantalla holográfica: Tecnología de visualización tridimensional común.

Parche de estasis de campo (CYG-7): Tecnología avanzada de Cygnus que ralentiza las funciones vitales para preservar tejido dañado en individuos críticamente heridos. Utilizado (posiblemente) en David Reyes.

Pulso electromagnético (PEM): Arma o efecto que deshabilita sistemas electrónicos. Usado en el atentado del desfile. También usado por Leo para desactivar una mina.

Rastreador cuántico / Tinte digital: Tecnología sigilosa utilizada por Leo y Sami para seguir un paquete de datos a través de la red hasta su destino final.

Reactor de fusión: Fuente de energía avanzada. Uno experimental en Aethelred Industries es sabotagedo.

Regenerador renal / Filtro de nanofibras: Equipo médico avanzado escaso en el Hospital Central de Veridia tras el atentado.

Sensores de microvibración: Dispositivos de alta sensibilidad instalados por Leo en su apartamento como parte del "Protocolo Nido".

Servidor señuelo / Honeypot: Servidor trampa creado por Sami para atraer al Minotauro, disfrazado como un nodo de transferencia mal configurado.

Visor de espectro completo: Dispositivo visual avanzado que permite ver en diferentes espectros, utilizado por Kael.

3. Términos Militares

Alto Mando: El cuerpo de liderazgo militar supremo de Kaledon.

Armas de energía cinética: Proyectiles de alta velocidad (tungsteno) utilizados por los drones Mantícora, silenciosos y devastadores.

Asuntos Internos: Departamento secreto y poderoso dentro de Tecno-Corp, encargado de la seguridad interna y la contrainteligencia corporativa. Sospechoso de estar infiltrado.

Caza(s) Espectro: Caza sigiloso avanzado de Kaledon.

Comandante: Rango militar.

Contrainteligencia: Departamento militar de Kaledon responsable de identificar y neutralizar amenazas de espionaje y traición.

Desaparecido en Acción (MIA - Missing In Action): Clasificación oficial para soldados cuyo paradero se desconoce tras un combate.

Dron(es) Aguijón: Dron de reconocimiento utilizado por Kaledon. También nombre de un modelo de interceptor policial.

Dron(es) Avispa: Tipo de dron mencionado en una simulación de combate.

Dron(es) Barracuda: Drones acuáticos que defienden el Nido del Cisne.

Dron(es) Cazador: Drones de Kaledon, fragmentos encontrados tras la emboscada a Halcón-7.

Dron(es) Mantícora: Dron de asalto aéreo avanzado de Nyx/Cygnus, usado en el atentado del desfile.

Dron(es) Quimera: Arma biomecánica avanzada, resultado del Proyecto Quimera. Capaz de operar en enjambre y fusionarse con tejido orgánico.

Especialista: Rango militar en Kaledon, ostentado inicialmente por David y Mía.

General: Alto rango militar.

Halcón-7: Unidad de Asalto Autónomo 7ª de Kaledon, a la que pertenecían David y Mía. Aniquilada en una emboscada en Gamma-4.

Mayor: Rango militar. Ostentado por Thorne.

Máquina(s) Titán: Grandes vehículos de combate bípedos utilizados por Kaledon.

Nido del Halcón: Centro de mando principal para la ciberguerra, inteligencia y operaciones estratégicas de Kaledon. Dirigido por Kaelen.

Operación Filo del Halcón: Operación militar de Kaledon durante la cual la unidad Halcón-7 fue emboscada.

Prisionero de Guerra (POW): Combatiente capturado por el enemigo.

Protocolo de Contención Nivel 3: Procedimiento de seguridad activado en la Torre Arcadia ante una amenaza perimetral.

Protocolo de Impresión Psicológica Siete (PSI-7): Técnica de interrogación y condicionamiento mental utilizada por Nyx/Cygnus sobre David Reyes para alterar sus recuerdos y potencialmente implantar órdenes latentes.

Sargento: Rango militar.

Supervisor: Título de Kaelen, el jefe del Nido del Halcón.

Tanque(s) Basilisco: Tipo de tanque enemigo (probablemente Valeriano).

Tanque(s) Gladius: Tanque autónomo avanzado de Kaledon. David reactiva uno durante el atentado.

Tecno-Corp: Principal corporación tecnológica y de defensa de Kaledon, estrechamente ligada al ejército y al Nido del Halcón.

Teniente: Rango militar.

Unidad de Asalto Autónomo 7ª: Designación formal de la unidad Halcón-7.

Unidad Fantasma: Nueva unidad de operaciones especiales de Kaledon, creada tras el regreso de David y puesta bajo su mando. Opera en secreto bajo órdenes directas de Contrainteligencia y el Nido del Halcón.

DICCIONARIO DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

ETA: Estimated Time of Arrival (Tiempo Estimado de Llegada).

IA: Inteligencia Artificial. Se refiere a sistemas como Oráculo , Aether o la IA del edificio.

IFF: Identification Friend or Foe (Identificación Amigo-Enemigo). Mencionado en el contexto del hackeo de las torretas por Leo.

MBA: Master of Business Administration. Mencionado en la biografía del autor.

MIA: Missing In Action (Desaparecido en Acción). Utilizado para clasificar el estado de los soldados cuyo paradero es desconocido.

PEM: Pulso Electromagnético. Usado como arma o herramienta para desactivar sistemas electrónicos.

POW: Prisoner of War (Prisionero de Guerra).

PSI-7: Protocolo de Impresión Psicológica Siete. Técnica de interrogación y condicionamiento mental.

UCI: Unidad de Cuidados Intensivos. Sección del hospital para pacientes críticos.